



ROBERTO MARTÍNEZ GUZMÁN

LA

ENVIDIA

DE LOS

MEDIOGRES

LA ENVIDIA DE LOS MEDIOCRES
(Lucas Acevedo 2)

Roberto Martínez Guzmán

Noviembre, 2021

La envidia de los mediocres

© Roberto Martínez Guzmán

Diseño Gráfico: Nere Gurutxeta

Amazon EU S.a.r.l.

Blog: rmartinezguzman.blogspot.com

Facebook: [/roberto.martinez.guzman](https://www.facebook.com/roberto.martinez.guzman)

Twitter: [@RMartinezGuzman](https://twitter.com/RMartinezGuzman)

Instagram: [/r.martinez.guzman](https://www.instagram.com/r.martinez.guzman)

Email: roberto.mtnez.guzman@gmail.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluida la reprografía y el tratamiento informático, sin la autorización previa y por escrito del autor.

A Mayte, mi amiga.

FONSAGRADA

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

SIETE LIBROS PARA EVA

*No todo lo que es oro reluce,
ni toda la gente errante anda perdida.*

J. R. R. Tolkien

FONSAGRADA

El día de Nochebuena de 2019 la señora Alicia casi no abandonó la cocina en ningún momento de la tarde. Primero sazonó un majestuoso capón de Vilalba, luego troceó un par de lomos de bacalao ya desalados y, por último, lavó con esmero una docena y media de vieiras.

Cuando tuvo todo listo, respiró hondo e hizo un repaso mental del momento exacto en que debía poner a cocinar cada plato. A las siete metería el capón en el horno, a las ocho, el bacalao y, un poco más tarde y en cuanto este estuviese en su punto, le tocaría el turno a las vieiras. Justo en orden inverso a cómo serviría el menú en la mesa sobre las nueve de la noche.

Segura de no haberse olvidado de nada, se acercó, con su andar torpe y las manos temblorosas, hasta la despensa para tomar los ingredientes que necesitaba para cocinar las distintas guarniciones.

Todavía estaba troceando un buen taco de jamón cuando el señor Sabino entró en la cocina, encendió el televisor y se sentó en un banco a descansar. Regresaba de acomodar a los dos cerdos y siete gallinas que la pareja mantenía en los establos. Se quitó la gorra que cubría de un modo casi perenne su cabeza y miró con orgullo a la mujer con la que había compartido los últimos sesenta años de su vida. Mientras tomaba un poco de aliento, se dio cuenta de que hacía mucho tiempo que no la había visto tan ilusionada. Con voz cariñosa, le dijo que iba a ducharse y que, en cuanto acabase, prepararía la mesa y cortaría los turrónes para el postre. Ella le respondió con una simple pero acogedora sonrisa.

Poco más tarde, llegarían su hijo y su nuera desde Vigo y los cuatro se sentarían a la mesa. Durante la cena, hablarían sobre las novedades del pueblo, les preguntarían si había nieve en el camino y, un año más y de manera recurrente, animarían a la pareja para que les hiciesen abuelos, aunque la realidad era que ya habían perdido toda esperanza de que eso pasase.

Una vez que hubiesen brindado con cava y con la noche casi agotada, el señor Sabino insistiría, sin éxito, en que se quedasen a almorzar al día siguiente, mientras la señora Alicia se iría a dar los últimos retoques a la habitación de invitados. Justo en ese momento, la añoranza por la próxima Nochebuena los invadiría de nuevo.

Sin embargo, ese día nunca llegaría para ellos. Apenas unos pocos meses después, los dos estarían muertos.

Capítulo 1

Tomás me había llamado la noche anterior y recuerdo que la conversación fue menos distendida que de costumbre. Aunque no dejé de intentarlo todo el rato, él no entró en ninguna de mis bromas y, después de interesarse por cómo me encontraba, se limitó a preguntarme si podía ir a visitarle a la mañana siguiente a su despacho. Por supuesto, le dije que sí, pero en cuanto colgué el teléfono me di cuenta de que aquella era la primera vez en mucho tiempo que él parecía necesitar algo de mí y no era yo quien reclamaba de manera desesperada unos minutos de su tiempo para que me sacase de algún embrollo judicial.

Supongo que el hecho de que un amigo necesite algo de ti nunca puede considerarse una buena noticia, pero reconozco que en aquel momento me hizo cierta ilusión.

Aquella noche me acosté temprano y, al día siguiente, a primera hora de la mañana del martes, 11 de junio de 2019, cogí mi viejo Toyota y me dirigí sin perder tiempo a su despacho. Dejé el coche en el aparcamiento subterráneo del final de la Gran Vía viguesa, ascendí por la calle unos metros a buen paso y me presenté delante de Clara, su secretaria, con mi mejor sonrisa.

—Te está esperando —dijo nada más verme, a la vez que me señalaba la puerta del despacho.

Como solía ser costumbre en ella, también amenazó con dejar caer alguna indirecta sobre mi situación sentimental con una leve sonrisa en la boca, pero mi decisión a la hora de entrar en el despacho de Tomás no le dio opción a hacerlo.

—Clara me ha dicho que pase —dije, a modo de saludo en cuanto abrí la puerta.

—Sí, siéntate.

Cuando lo hice, Tomás bajó la mirada un segundo y luego la subió de nuevo, de manera perezosa y con semblante serio, como si no quisiera afrontar aquella conversación. O para ser más exactos, como si le costase desvelar el tema por el que me había llamado.

—Verás, la semana pasada enterramos a mi madre —dijo.

Yo me quedé inmóvil y sin saber muy bien qué decir. No solo porque no me esperaba la noticia, sino porque sentía verdadero afecto por los padres de Tomás.

—Dios, es increíble —acerté a decir pasados unos segundos, sacudiendo la cabeza—. ¿No hace poco que murió tu padre?

—Sí, hace un par de meses, de un ataque al corazón.

—Hombre, pues lo siento mucho. Lamento no haber ido a su funeral y también lamento no haberme enterado de su muerte. Ya sabes que nunca me paro a leer las esquelas del periódico, ni se me ha dado bien dar pésames. Soy un desastre para estas cosas.

—No te preocupes. Pensé en llamarte, pero al final decidí que no tenía sentido. Tú nunca has sido religioso y yo tampoco tenía ningún interés en sumar gente al funeral solo por aparentar.

Podía entender el razonamiento. En Galicia hay una ley no escrita que dice que, cuando un familiar directo del difunto te llama para informarte del fallecimiento, adquieres la implícita obligación de asistir a él. Y Tomás nunca había sido de ese tipo de personas.

—Es difícil de entender —continuó Tomás—. Se les veía muy bien, pero de un año y medio a esta parte, habían sufrido un bajón enorme. Mi padre parecía cansado a todas horas, habían dejado de trabajar las fincas y en pocos meses pasó de ser una persona activa a un anciano al que todo le costaba un esfuerzo enorme. Y mi madre, no sé si estaba preocupada por él o qué, pero tampoco parecía ser la misma. Luego, poco después de la semana santa, se lo encontró muerto en la finca y creo que nunca llegó a superarlo. Sandra y yo la intentamos convencer para que se viniese a vivir con nosotros, pero resultó imposible. No quiso dejar la casa, ni deshacerse de los animales que habían conservado cuando dejaron las fincas. Ya ves, un puñado de gallinas y un par de cerdos. Pero por mucho que insistimos, no conseguimos que se separase de ellos. Salía todos los días por la mañana temprano para darles de comer y limpiarlos, como si los necesitase para subsistir. Me imagino que le recordaban a mi padre, o que necesitaba tener algo que hacer para sentirse útil.

—Bueno, tus padres eran mayores. No sé, creo que las personas que son activas intentan no parar nunca, pero acaba por llegar un día en el que se sienten mayores. Y ese día marca un punto de decadencia, más acusada cuanto más tarde se produzca. Quizá fue lo que les ocurrió a ellos.

—Es posible, pero te confieso que no esperaba que su decadencia fuese así de rápida.

—¿Cómo murió tu madre?

—Se tropezó, o se resbaló en las escaleras, y se desnucó. Al menos, eso fue lo que me dijo la Guardia Civil. Sostienen que se cayó por ellas y se golpeó la cabeza con el final de la balaustrada. Estuvo tirada en el patio tres o cuatro días. Con el sol y demás, cuando la encontraron, el cuerpo ya presentaba los primeros signos de descomposición.

—Vaya, lo siento, eso nunca es agradable de escuchar.

—No te preocupes.

—¿Quién la encontró?

—Spielberg.

—¿Spielberg?

—Sí.

Spielberg. Hacía tiempo que no me acordaba de él. En nuestra adolescencia y cuando Tomás y yo estábamos en las categorías inferiores del Celta, algunas vacaciones de verano las pasé con él en Fonsagrada. Las recuerdo con especial cariño. En la salvaje y heterogénea pandilla que habíamos formado, podría decirse que a Spielberg le reservamos el papel de mascota. Era primo hermano de Tomás, hijo de una hermana menor de su padre, y se prestaba a ello como ninguno. Por entonces, era el más pequeño de nosotros y tenía cuatro o cinco años menos que yo, por lo que en la actualidad estaría en los treinta y ocho o treinta y nueve años.

Todos hemos conocido a un Spielberg durante nuestra juventud, ese niño pequeño, con la cara llena de granos e introvertido, incapaz de encajar en algún grupo. No le gustaba a nadie, pero no tanto como para llegar a odiarlo, por lo que lo asumíamos como una especie de molestia con la que cargar. Quizá por eso construyó una especie de fachada hacia el exterior consistente en un vestuario

extravagante y una pose de intelectual de andar por casa, a la vez que proclamaba a los cuatro vientos que iba a dedicar su vida al séptimo arte. Decía que algún día sería un director famoso y por eso llevaba siempre consigo una antigua y rudimentaria cámara con la que grabar cualquier instante interesante, aunque casi siempre escogía los momentos más inoportunos para nosotros. Tal era su obsesión que acabamos por llamarle Spielberg, toda vez que por aquella época y después de haber ganado un Oscar por *E. T.*, el bueno de Steven Spielberg hizo un nuevo intento con *El último emperador*. En esa ocasión se había quedado sin estatuilla, pero como en las dos había un niño protagonista, en la pandilla sosteníamos que los responsables de la Academia debían de estar planeando crear un premio al mejor niño y, una vez instaurado, él se lo llevaría año tras año. La broma se arraigó en nosotros durante todo el verano y, cuando quisimos darnos cuenta, habíamos metido a nuestro molesto compañero en ella para preguntarle su opinión por la decisión o mandarle a descubrir un nuevo niño prodigio cuando nos cansaba mucho. Como era primo de Tomás, no podíamos excluirlo de nuestro grupo y sobrellevábamos la carga de la mejor manera posible.

El verdadero nombre de Spielberg era Norberto, así que el apodo le vino como caído del cielo y, de hecho, creo que él fue el más feliz por el cambio.

—¿Por qué la encontró Spielberg? —le pregunté a Tomás.

—Pues porque estaba viviendo con mis padres desde hacía un par de años. Mis tíos viven en Madrid y a él no le gustan las grandes ciudades, dice que le agobian las prisas y el tráfico intenso. Además, creo que ellos pensaban que necesitaba un cambio de aires, porque Spielberg no dejaba de matricularse en todos los cursos de cine que encontraba. Hizo uno en Lugo y después incluso se marchó a Bilbao a estudiar otro y, cuando acabó, ya no quiso volver a Madrid. Dijo que prefería quedarse con mis padres y su madre tuvo que hablar con mi padre para que lo acogiese. Se suponía que solo sería una temporada, pero al final se instaló allí y ya no regresó a casa más que en navidades.

—¿Y en el pueblo no se aburre?

—Eso es lo que podría pensarse, pero lo cierto es que da la sensación de que incluso le gusta. Aún sigue en la casa y ahora no sé qué hace, pero hasta que murió mi madre, se levantaba por las mañanas temprano, desayunaba con ella y luego se iba a dar una vuelta por los alrededores con la cámara. Otras veces cogía el coche y se marchaba unos días a Lugo. Creo que a mis padres les gustaba su compañía, aunque no sabría decir si era porque les caía bien o solo porque hacía que se sintiesen menos solos.

Se llevó el dorso de la mano a la barbilla y se lo rascó en la barba.

—Cuando murió mi madre —dijo luego—, Spielberg se había ido al principio de semana a Lugo para arreglar unos asuntos. Al volver el sábado por la mañana, se encontró con el cadáver tirado en medio del patio. La Guardia Civil me dijo que les parecía que la muerte había sido instantánea, pero hay que esperar a ver qué dice el informe del forense.

—Bueno, si fue así, al menos no sufrió. Ya sé que no sirve de mucho, pero siempre te quedará ese consuelo. Si te das cuenta, ninguno de tus padres sufrió y si me pongo en su lugar, a mí no me gustaría pasar los últimos años de mi vida postrado en una cama, necesitando que alguien me asista y con dolores permanentes. Prefiero llegar a una edad avanzada e irme de repente. Aunque luego seguro que nunca viene bien el momento.

Después me tomé un respiro.

—Lo siento de verdad, Tomás —añadí al final.

—Gracias, sé que lo dices de corazón. Pero si te he pedido que vengas no es para que me des el pésame, sino porque quiero pedirte un favor.

—Sí, claro, lo que sea.

Lo dije de manera instintiva y convencido por completo. Hasta entonces pensaba que solo me había llamado para desahogarse con un amigo, pero si necesitaba algo más, por supuesto que podía contar conmigo. En el fondo, le debía mucho a Tomás. Nos conocíamos desde el instituto, era casi el único amigo que conservaba en los últimos tiempos y siempre estaba dispuesto a resolverme cualquier tema legal sin aceptar que le pagase ni un

euro. Pero, además, no hacía mucho que me había prestado sin vacilar su cabaña para que pudiese ordenar mi cabeza. O al menos, esa fue la razón que esgrimí en aquel momento para pedírsela, porque lo que en realidad pretendía era plantar un discreto e improvisado cementerio dentro de su propiedad, que acabó por contar con dos inquilinos tan despreciables como agresivos, enterrados de manera discreta al pie de una encina.

—¿Qué necesitas? Sabes que puedes contar conmigo para lo que sea —me reafirmé antes de que empezase a hablar.

Tomás arrugó la frente y se reclinó hacia adelante en su desgastada silla de escritorio, con una expresión sombría en la cara.

—Te dije que mi padre no era el mismo de siempre durante el último año y medio, más o menos —dijo—, pero en realidad, fue algo que les ocurrió a los dos por igual y al mismo tiempo. Piensa que antes de eso siempre los había visto felices y activos, incluso podría asegurar que envejecer nunca les había quitado el sueño. Un día, de repente, se empezaron a deprimir, los dos a la vez. No puedo explicarlo, era como si algo les preocupase a todas horas. Sandra y yo nos dábamos cuenta y les preguntábamos si estaban bien, y ellos siempre respondían que sí, por lo que pensamos que sería cosa de la edad. Ahora me doy cuenta de que debimos pasar más tiempo con ellos, y mucho más después del fallecimiento de mi padre. Eso no logro sacármelo de la cabeza.

—Tomás, cuando se va alguien cercano, siempre pensamos que tendríamos que haber pasado más tiempo con esa persona. Es parte del duelo, de echar de menos a ese ser querido. No debes martirizarte, le ocurre a todo el mundo.

—Supongo que sí, pero de todos modos mi madre se murió, tuvimos el funeral y ya. Sandra y yo nos volvimos a Vigo y lo único que se me pasó por la cabeza fue que se había acabado una parte de mi vida. La vida tiene etapas, ¿sabes? Naces, eres un niño, estudias, luego empiezas a trabajar, te casas, tienes hijos y, por último, ves cómo tus antepasados se van muriendo hasta que tú te quedas el primero en la rampa de salida. Esa es la cronología de la vida.

—Estoy seguro de que tus padres querrían que siguieseis adelante sin mirar atrás.

—Sí, eso es lo que yo también me digo a mí mismo. El problema es que hay algo que me ata a ellos y más después de la carta que recibí ayer.

—¿Qué carta?

—La recibí ayer aquí, en el bufete. No traía remitente y lo único que dejaba ver es que estaba franqueada en Lugo capital.

Tomás abrió un cajón de su mesa y sacó un sobre blanco. Después extrajo una cuartilla y me la puso delante.

«No puedes enterrar a tus padres sin más.

Hay algo que debes saber sobre ellos»

El texto lo habían imprimido con tinta roja a gran tamaño en un ordenador y no estaba firmado. Se notaba que habían utilizado un folio y luego lo habían cortado por la mitad. A pesar de su colorido, resultaba igual de anónimo que la dirección del bufete impresa en el sobre. Pensé que no tendría más huellas que las del personal de Correos que lo había manipulado.

Miré a Tomás a modo de pregunta.

—No sé nada más —dijo.

Ahora me tocó a mí recostarme en busca del respaldo.

—¿Y no sospechas quién pudo enviarla o qué pretende decirte con esto?

Tomás meneó la cabeza y después se encogió de hombros.

—No, no tengo ni la más remota idea de a qué se refiere, ni tampoco quién pudo escribirla.

—¿Por qué la han escrito en rojo? ¿Pudo enviarlo un niño?

—No lo sé. También puede ser para intentar representar la sangre, o la muerte, y referirse a mi madre. O ser la que tenían a mano y no significar nada, pero eso también me tiene trastocado.

—¿Podría ser una broma de mal gusto? Alguien que se llevase mal con tus padres o contigo.

—No lo creo. A ellos todo el mundo los quería bien en la villa. Cuando murió mi madre, el tanatorio estaba lleno y durante el funeral la gente no cabía en la iglesia. Con mi padre, igual. Y por lo

que respecta a mí, allí no soy demasiado conocido y aquí no creo que nadie sepa de mi familia en Fonsagrada como para que pudiese aprovechar este momento.

—De todos modos —insistí—, en los pueblos siempre hay rencillas, envidias, no sé. Es posible que alguien quiera cobrarte alguna deuda que tenía pendiente con ellos desde hace mucho.

—No sé, pero pienso que, de ser así, lo hubiese sabido de alguna manera. O sospechado, como mínimo.

Después se llevó las manos a la cabeza, se atusó el pelo perfectamente colocado para disimular la incipiente calvicie y continuó:

—Lucas, me siento como un idiota. Asisto a mil juicios todos los días sin ponerme nervioso y, sin embargo, esta carta, con solo un par de frases, me ha trastocado y no consigo conciliar el sueño.

—¿Crees que el cambio de humor que apreciaste en tus padres pudiera tener relación con lo que insinúa la carta?

—Yo qué sé. Pienso mil cosas y al final, solo sé que no tengo ni la más mínima idea de nada. De vez en cuando íbamos por allí, comíamos con ellos y luego nos volvíamos a Vigo, pero poco más. Doy por hecho que si tuvieran algún problema nos lo hubieran dicho, pero en el fondo, tampoco estábamos al tanto de su día a día. Lo que sí sé es que ahora no quiero, ni puedo, pasar página sin más.

En ese momento, dejé de preguntar y me quedé en silencio durante un rato, sobre todo, porque no había mucha más información que pudiera sacar de Tomás, ni tampoco de una carta tan escueta y anónima.

—Lucas, por esto te he llamado y este es el favor que te quería pedir. ¿Podrías ir a Fonsagrada y hacer algunas comprobaciones para mí?

—Claro, ¿qué quieres que haga con exactitud?

Esperó unos segundos antes de contestar y me miró a los ojos.

—No, antes de nada, quiero saber con certeza que tienes tiempo —dijo luego—, porque si no puedes, tampoco tengo problema en contratar a un detective privado.

¿Tiempo? Una manera diplomática de preguntarme si estaba en condiciones mentales de afrontar un encargo de ese tipo. Supongo

que Tomás no sabía hasta qué punto había superado mi pasado encuentro con el doctor Varela y todo lo ocurrido después. Solo habían transcurrido unos pocos meses desde aquello y ni yo mismo estaba seguro de haberlo asimilado por completo, pero por nada del mundo pensaba dejar tirado a mi amigo. Además, incluso me podría venir bien tener algo que hacer.

—Tengo todo el tiempo del mundo, Tomás —dije de manera rotunda—. Ahora, dime, ¿qué necesitas que haga?

Me volvió a medir durante un par de segundos antes de responderme:

—Ve a Fonsagrada —dijo luego—. Primero, recoge el informe de la autopsia y comprueba el lugar donde murió mi madre. Solicité una copia de la autopsia en el Juzgado el día del entierro y esta misma mañana me han llamado para decirme que ya la habían enviado de Lugo. Siempre pensé en ir yo mismo, pero tengo varios juicios importantes esta semana y no puedo ausentarme de Vigo. Les he dicho que mandaré a alguien a recogerla y también he concertado una cita con el sargento de la Guardia Civil que llevó el caso. Luego les envíé tus datos y la autorización por email al Juzgado. Además, prefiero que vayas tú, tienes experiencia como policía y quizá veas cosas que yo no sea capaz de ver.

—No te preocupes, ya me encargo.

Luego fijé la mirada en el suelo un segundo y a continuación pregunté:

—Dime, ¿tú crees que voy a necesitar mi experiencia como policía? ¿Qué estamos buscando con exactitud? ¿Hay algo que no me hayas contado?

—No. . . no. No sé más de lo que te he contado.

—¿Tienes alguna sospecha de que lo de tu madre no fue un accidente? —insistí.

—No, no sé si la carta tiene que ver con su muerte o se refiere a otra cosa. Es posible que sea sobre algún dinero que le deban a alguien o que tengan guardado y no esté a la vista, algo así. No lo sé, te lo prometo, pero entre la muerte de mi madre en esas circunstancias y el comportamiento extraño de los dos los últimos tiempos, quiero quedarme tranquilo.

—Entiendo.

—Y, por supuesto, te pagaré por tu trabajo.

—¡No me fastidies!

—Lo digo en serio.

—Sí, me vas a pagar de la misma manera que yo te he pagado siempre por tus servicios...

—Lucas, eso no tiene nada que ver.

—Dime, ¿hay algo más que quieras que haga allí?

Sacudió la cabeza, luego se inclinó hacia atrás y puso los brazos sobre el escritorio.

—Nada más. Ve y comprueba que todo está en orden. Eso sí, trata de no hacer demasiado ruido, aunque supongo que va a ser casi imposible en una villa pequeña como Fonsagrada.

—Bueno, creo que también sería interesante averiguar quién te envió la carta.

—Supongo que sí.

Me tomé unos segundos para ordenar ideas.

—De acuerdo —dije después de completar un pequeño planteamiento de situación—. Como dices, Fonsagrada es un lugar pequeño, así que hay que partir del punto de que todo el mundo se conoce. Pero, sobre todo, en un sitio así, hay tres personas que lo saben todo de ti: el cura, el médico y el director del banco. ¿Sabes sus nombres? Estoy pensando que puede ser una buena idea hacerles una visita e intentar sacarles algo sin que desconfíen demasiado.

Tomás hizo un gesto de conformidad con la cabeza.

—Ellos tenían las cuentas en la oficina de Abanca del pueblo, desde el día en que se mudaron allí. El sacerdote es el padre Julio. Fue quien ofició el funeral y me pareció un hombre accesible y sensato. Por lo que sé, lleva algún tiempo en la parroquia. No recuerdo el nombre de su médico de familia, pero no creo que te resulte difícil averiguarlo en el Centro de Salud.

Asentí con la cabeza y no me hizo falta apuntarlo.

—¿Cuándo vas a salir para allá? —preguntó.

—Mañana a primera hora.

—¿Quieres alojarte en la casa de mis padres? Puedo llamar a Spielberg y decirle que te prepare una habitación.

—No, prefiero buscar un hotel. Más que nada, porque siempre lo hacía cuando estaba en activo. Así me siento más cómodo, ya sabes que soy un gruñón.

—¿Quieres que vaya a atender a Edward?

—Sí, eso estaría bien. Si tardo más de tres días, ve a ponerle algo de comida y agua fresca. Te dejo la llave en el bar de abajo.

—¿Solo cada tres días?

—Es un gato, le dejaré la claraboya abierta y así él ya se busca la vida por allí. Está acostumbrado.

Me regaló una pequeña sonrisa como asentimiento.

—Llámame en cuanto sepas algo, Lucas —dijo después—, de día o de noche. Sea la hora que sea y para cualquier cosa que necesites.

—Descuida, pensaba hacerlo.

Luego insistió aún con más fuerza en su tontería de pagarme por mis servicios. Todavía seguía hablando cuando me levanté de la silla y salí del despacho. No quise escucharle, le dije adiós a Clara con un guiño y bajé las escaleras que llevaban a la calle.

Al día siguiente partiría para Fonsagrada, en plena montaña lucense. Conservaba un buen recuerdo del lugar de cuando había estado allí siendo un adolescente.

Aire puro, buena comida y gente estupenda. Solo tenía que comprobar si alguien se había movido en esa idílica foto.

Capítulo 2

Si hay un mes en el año que me gusta, ese es junio. Las plantas cobran vida en junio. Alguien puede pensar que no, que es en abril y mayo cuando lo hacen y no podría decir que estuviese equivocado, pero en junio es cuando ese proceso de floración termina y lucen en su máximo esplendor.

Era la segunda semana de junio cuando conducía por la nacional LU-530 en dirección a Fonsagrada. Había pasado por Ourense y Lugo y estaba acercándome a la montaña lucense a bordo de mi sufrido Corolla del 2001 con las ventanillas bajadas, mis gafas de sol puestas y escuchando a Fats Domino y su legendaria [*The Fat Man*](#).

Después escucharía a Chubby Checker, con [*Let's Twist Again*](#). Tengo que decir que los grabé seguidos en el pendrive, porque este último debe su nombre artístico al primero, después de que la esposa de Dick Clark, que era el conductor de *American Bandstand*, le sugiriese que adoptase ese nombre que había surgido de hacer un juego de palabras afectuoso con el gran Fats Domino.

Por alguna razón, el *rhythm and blues* clásico siempre hace que me sintiese relajado. También ayudaba la hermosa mañana que se había revelado aquel día, con el cielo azul jugando al escondite con las copas de los escasos árboles que habían sobrevivido a los malditos incendios forestales de cada verano, un cálido sol cogiendo confianza para calentar el ambiente y el aire perfumado por las acacias entrando por la ventana.

En algún momento, tuve remordimientos de sentirme bien mientras estaba llevando a cabo un encargo así, pero no puedo negar que sentía un placer inmenso por salir de mi oscuro y solitario apartamento. Por supuesto que hacía tiempo que podría haber levantado el culo del sofá y haberme enganchado a la vida, pero eso me hubiese impedido sentir lástima por mi mala suerte. Diez cadáveres habían sido la factura del encuentro con Marcos y Yolanda hacía tan solo unos meses. Tanto los que no había podido

evitar por mi ceguera inicial como los que yo mismo provoqué suponían una pesada carga sobre mis hombros. Reconozco que mucho más los primeros que los segundos, pero el que de verdad me importaba era el de Yolanda. Desde el principio supe que aquella mujer no era mi mundo y, en el trasvase de su lujosa existencia hasta la desordenada realidad de mi vida, se había precipitado al abismo de la manera más cruel. El mismo desastre de quien trata de saltar de un balcón a otro y, en el intento, se queda a medias por falta de cálculo o de fuerzas. En esos casos, siempre puede haber quien te tienda una mano salvadora, pero es que esa mano tenía que haber sido la mía y yo no supe o no pude agarrarla. Y eso era lo que de verdad me atormentaba.

Tras muchas cervezas y no menos conversaciones con mi fiel compañero Edward, había llegado a la conclusión de que la clave de mi inacción estuvo en la falta de costumbre a la hora de afrontar una relación. Hay cosas que solo se aprenden a base de experiencia y la existencia que llevé los últimos años como agente infiltrado de la UDYCO era del todo incompatible con adquirirla.

Me estaba acercando a Fonsagrada, mientras en el pendrive le tocaba el turno a la siguiente canción, [Move on Up](#), de Curtis Mayfield. La carretera empezaba a empinarse de manera definitiva, la hierba se veía verde y gruesa y, donde los prados terminaban, había bosques de pinos con alguna salpicadura de frondosas entremezcladas. Todo invitaba a la tranquilidad, incluso la mirada impasible del ganado que comía de manera ávida a los lados del camino con sus colas moviéndose perezosas para ahuyentar a las moscas o bien tirado en la hierba para facilitar la digestión. Ahora recuerdo ese paseo como una verdadera liberación. Quizá, porque en ese momento aún no sabía que aquella sensación de frescura y bienestar no duraría mucho, puesto que muy pronto estaría mirando a los ojos helados de un nuevo demonio de carne y hueso.

Poco antes de llegar a la villa apagué la radio y me puse a pensar en los padres de Tomás. Sabino y Alicia eran lo más parecido a los abuelos que me habían criado. Vivían en la villa lucense de Fonsagrada y eran el típico matrimonio de edad avanzada que tanto abunda en el rural gallego. Él era fuerte,

arrugado y con un marcado bronceado de labrador, ese que se extiende por la cara, los brazos y el cuello justo hasta el borde de la camisa. A Alicia la recuerdo muy delgada, algo encorvada, pero con una fortaleza increíble. No creo que pesase más de cincuenta kilos, pero era capaz de alzar su peso por encima de la cabeza de un impulso y avanzar con él encima casi sin inmutarse. Habían emigrado muy jóvenes a Alemania y regresaron a España para tener descendencia y regentar un bar en Chapela, muy cerca de donde yo nací. Todos los veranos pasaban unos días en Fonsagrada, puesto que conservaban la casa familiar, pero solo para descansar durante un par de semanas o tres. Al llegar a la edad de jubilación, con Tomás ya instalado en su bufete y aceptando los primeros casos, traspasaron el bar y se mudaron de manera definitiva a la villa.

Los recordaba a la perfección y el hecho de que fuesen más o menos como mis abuelos hacía que los sintiese muy cercanos. Además, el aparente misterio que acompañaba a su muerte me ofrecía la posibilidad de ponerme a hacer algo interesante, aunque en ese momento tenía la seguridad de que acabaría demasiado pronto para las ganas con las que afrontaba aquel encargo.

La lógica me decía que la pobre Alicia se había tropezado y Sabino había comido la suficiente cantidad de grasa de los cerdos que criaba como para que un coágulo perezoso detuviese el tráfico de la sangre en sus arterias hasta provocar que el corazón se le parase. Sin duda, el desánimo en el que habían vivido durante el último año se debía al peso de los años y la macabra carta recibida por Tomás había surgido de la mente perversa de algún imbécil carente de empatía que solo pretendía aderezar su patética vida de la manera menos adecuada.

En cuanto comprobase el informe de la autopsia y tuviese una conversación seria con el imbécil, no me quedaría más remedio que regresar a mi autoimpuesta vida de ermitaño. Pero hasta entonces, estaría haciendo una investigación de nuevo. Casera, rutinaria y superficial, pero una investigación, al fin y al cabo. Y eso hacía que me volviese a sentir vivo.

Cuando entré en la villa, empecé a buscar todos los lugares que conocía, o al menos tantos como una pequeña población de unos mil habitantes puede tener.

Recordaba un bar familiar en el que nos reuníamos a diario para jugar a las cartas en la terraza, mientras nos metíamos con todas las chicas que pasaban por la acera. Recordaba un camino de tierra que salía de la villa y regresaba después de un par de kilómetros y que lo usábamos como escondite perfecto para poder tomar alguna cerveza con exquisito regusto a clandestinidad. Y recordaba también un pequeño viñedo en la parte oeste de la villa, que asaltábamos con asiduidad a la búsqueda de algún racimo maduro.

Sin embargo, me quedé desconcertado al descubrir que aquellos lugares ya no existían. Las calles no tenían la encantadora imperfección de aquella época, los árboles no lucían como en un cuento de los hermanos Grimm y el cielo que se extendía sobre él no era de un azul más profundo de lo normal. Nada se veía como mi memoria me decía que tenía que ser y acabé por rendirme y dejar escapar un gran suspiro dentro del coche. Supongo que, bien mirada, la villa había evolucionado mucho desde entonces y, aunque podría decirse que resultaba bastante más que acogedora, la imagen que yo conservaba en la cabeza era muy diferente.

Cuando llegué al final, di la vuelta resignado y callejeé un poco hasta encontrar el edificio del Juzgado. Por supuesto que podía usar el navegador, pero en vista de lo cambiada que estaba la villa, preferí buscarlo por mi cuenta para familiarizarme un poco con ella. No tardé en verlo al inicio de una calle estrecha y dentro de una bonita edificación de piedra que casi parecía más una casa de campo que un edificio público, salvo porque tenía como acceso una rampa para minusválidos.

Aparqué a pocos metros y, nada más entrar, me atendieron con tanta celeridad que hubiese jurado sin pestañear que el funcionario al que me dirigí me estaba esperando. Tenía la copia de la autopsia preparada encima de la autorización de Tomás, que también me entregó, y solo tuve que identificarme y firmar el recibí. En vista de su diligencia, aproveché para preguntarle por algún hotel limpio, barato y que no quedase muy alejado del centro. Me recomendó al

instante el Pórtico, situado en la Calle Mayor y que acababa de abrir sus puertas. Pese a los trámites y la consulta, no tardé más de cinco minutos en salir de allí e ir en busca del cuartel de la Guardia Civil.

Recordaba su ubicación, pero nunca había reparado en su aspecto. No sé si el paso de los años le sentó peor de lo que sería normal o siempre había lucido así, pero me encontré con una vieja estructura de cemento con grandes desconchados en la pared y en la acera, una zona de ladrillos que, por alguna extraña razón, el arquitecto decidió no recubrir y un muro delantero con más musgo que cemento. Detrás de él, aparecían unas escaleras que se bifurcaban a los lados. Algo así como las emblemáticas de la librería Lello en Oporto, pero con el glamour de un borracho cincuentón después de tomarse una botella de whisky y aflojar su vejiga sin bajarse los pantalones.

La verdad es que todo el conjunto parecía diseñado por un okupa a quien habían desalojado de su última morada a porrazos. Sentí compasión de los compañeros que cada mañana tenían que ir a trabajar allí, pero lo cierto era que el lugar no se diferenciaba mucho de alguno de los que yo había frecuentado durante mis investigaciones o de los que utilizaba para dormir en esas misiones.

Aparqué el coche a continuación de varios vehículos oficiales y me dirigí a las escaleras. Si cuando visité las de la Lello me detuve largo rato a admirarlas y hacer fotos, estas en cambio las subí de dos en dos, como si no quisiera pisarlas más tiempo del necesario.

Una vez dentro, le enseñé la documentación al guardia de la entrada y le pregunté por la oficina del sargento. El hombre comprobó el carné, me miró de arriba abajo y a continuación me indicó que lo acompañase hasta la puerta de la oficina que quedaba al final del pasillo.

En ella había un cartel que decía «Sargento Mariano Lemos». Recordé que el sargento Lemos ya era guardia cuando estuve en la villa de vacaciones, unos veinticinco años atrás. En aquella época, tras verlo varias veces por el pueblo, un día nos sorprendió en nuestro escondite de tierra con una lata de cerveza en la mano. Era un simple reconocimiento rutinario y el hallazgo no sería grave de no

ser que por entonces ninguno de nosotros contaba con la edad mínima para beber alcohol.

Tanto el sargento como su compañero zanjaron el incidente confiscándonos la bebida y amenazándonos con llevarnos al calabozo y encerrarnos hasta que nuestros padres nos fuesen a recoger. Recuerdo que, al acabar la charla y quizá porque no me conocía del pueblo, él tomó la palabra en exclusiva y se puso frente a mí para asustarme de manera especial. Me había dicho con voz tan serena como severa todas las cosas terribles que el alcohol podía hacer en mi organismo, añadiendo, por si acaso, las que él mismo podía incorporar a ese proceso de destrucción en el hipotético caso de que el líquido no completase la tarea. Era evidente que, con el paso de los años, yo no había seguido su consejo, pero al menos consiguió que aquel verano no volviese a probar la cerveza.

Cuando entré en la oficina, descubrí que el sargento Lemos parecía haberse quedado atrapado en un túnel del tiempo. Juro que su cabello no era más escaso, ni había adoptado cana alguna como vecina. Conservaba el mismo peinado y con la misma presencia que tenía hacía casi treinta años, salvo porque su cara se veía un poco más arrugada. También lucía la misma sonrisa franca, acompañada de una mirada que te apuntaba con la firmeza de una mira telescópica.

Al verme, extendió la mano hacia mí.

—¡Lucas Acevedo! ¿Cómo está usted? Me ha llamado Tomás para decirme que pasaría por aquí y me habló del episodio de la cerveza de hace años, pero le juro que yo no lo recuerdo.

Le estreché la mano y le devolví la sonrisa. Pese a la cerveza confiscada y el susto de aquel día, siempre me había gustado aquel hombre. La manera sincera en que te puede gustar un hombre transparente con el que sabes en todo momento a qué atenerte. El sargento siempre había sido franco y directo y su presencia desprendía una cuota de honestidad difícil de explicar.

—No se preocupe, yo sí la recuerdo y le aseguro que nos merecíamos la reprimenda. Ya sabe, cosas de chavales.

Entramos en una pequeña charla antes de que el sargento dirigiera la conversación al tema que me había llevado hasta allí, haciéndome señas para que me sentase en la silla frente a su escritorio.

—Tomás me dijo que le explicase el informe de la autopsia. Tengo aquí mismo una copia y le voy a dar también una de nuestro informe de actuación. Cuando mandan una autopsia al juzgado, siempre nos personamos para comprobar si coincide con nuestras apreciaciones.

Buscó una carpeta en el escritorio.

—Me explicó por teléfono que quiere saber todos los detalles y me parece normal —dijo a continuación—. Supongo que cuando vino al entierro no estaba en condiciones de preocuparse por estas cosas.

—Supongo que no.

—La muerte de la señora Alicia fue un shock tremendo para toda la villa. Yo conocía al matrimonio desde hacía muchos años y puedo asegurar que eran buenas personas, muy buenas personas. Entiendo que Tomás quiera comprobar lo que pasó, porque yo también me llevé una gran impresión al llegar allí y encontrar a su madre en ese estado.

—¿Cómo ocurrió?

—Pensamos que se tropezó en los últimos escalones que van de la vivienda al patio y se golpeó con la cabeza en la columna de la que arranca la balaustrada de piedra. Cuando la encontramos estaba de espaldas, con la cabeza casi en la base y con un gran charco de sangre alrededor.

—Me hago una idea.

—Las escaleras también son de piedra y una caída así, para una persona de esa edad, puede resultar mortal. También cabe la posibilidad de que se resbalase por estar húmedos los escalones por el rocío, pero nos inclinamos más porque se tropezó, puesto que calzaba un par de botas viejo y una de ellas tenía los cordones desatados. Además, en caso de resbalarse habría que pensar que el golpe no sería tan fuerte.

Sacudí la cabeza antes de contestar.

—Es increíble, ¿verdad?

—Cierto. Le aseguro que lo largo de mis años en el cuerpo he visto de todo, pero la verdad es que nunca te acabas de acostumbrar a algo así. ¿Quiere que le acompañemos a inspeccionar el patio?

Asentí con la cabeza y me levanté. Mariano se inclinó sobre el escritorio y descolgó el teléfono.

—Soy Lemos. Ven a mi despacho.

Luego se volvió hacia mí.

—Siento no poder llevarle allí yo mismo, pero tengo una reunión importante en Lugo y se me hace tarde. Si no le importa, le acompañará uno de los guardias.

El encargado de la tarea fue un joven de unos veinticinco años, no más, y un poco más bajo que la media. Tenía el cabello corto y oscuro, peinado de manera cuidadosa, y se movía con un andar estilizado. Me fijé en que las botas y la funda para el arma brillaban como si les acabase de sacar lustre y su uniforme daba la sensación que ni la más azarosa misión podría desplancharlo.

—Lucas, este es uno de los guardias, Carlos Montes. Carlos, te presento a Lucas Acevedo.

Me saludó poniéndose firme y los ojos se le abrieron un poco más de lo normal.

—Señor Acevedo, encantado de conocerle. Nos han dicho que es usted de la UDYCO.

Pensé que, a lo mejor, esa era la razón de su actitud.

—Sí, pero en este momento estoy en unas largas vacaciones.

—Tomás nos lo advirtió cuando llamó —dijo el sargento Lemos—, que usted pertenecía a la UDYCO, pero que ahora estaba de permiso.

—No había descansado en años y, al final, llega un día que necesitas un respiro.

Me di cuenta de que al sargento le sonó rara la explicación, o quizá Tomás le había contado algo un poco diferente, pero supongo que era un hombre demasiado recto como para insistir en el tema.

—Puedo preguntar dónde trabajaba, señor Acevedo —dijo Carlos.

—Llámame Lucas y no me trates de usted.

—De acuerdo.

—Los últimos años estuve en Madrid, interceptando envíos de los cárteles de México.

—¿Encubierto?

—Sí, por lo general.

Noté que su cara se había iluminado.

—No le dé coba, Lucas, o nunca se deshará de él —dijo el sargento, sin darle mucha importancia—. Carlos es guardia por vocación, podría estar todo el día hablando del cuerpo y de sus proyectos.

Me fijé en el guardia Montes por un momento. Estaba ante mí con su immaculado uniforme de Guardia Civil y con la mejor actitud posible. Rebosaba ilusión y actitud. Pertener a los cuerpos y Fuerzas de Seguridad del Estado, servir y proteger. En una palabra, conseguir que este mundo sea un lugar mejor. No estaba del todo seguro de si lo acabaría logrando o se lo tragaría la cruda realidad a la que tienes que enfrentarte todos los días cuando te zambulles en una montaña de mierda para tratar de cerrar alguno de los grifos que la alimentan. En todo caso, tuve el presentimiento de que me iba a gustar aquel chico.

Salimos del cuartel uno al lado del otro, con Carlos hablando sobre cómo le gustaría entrar en un cuerpo especial y dejando ver que no le preocupaban las dificultades que tuviese que afrontar. Incluso me aseguró que había decidido no casarse hasta llegar a donde se había propuesto. Yo estaba a punto de frenarle cuando vio el Toyota y toda su conversación se detuvo. Se quedó mirando mi querida máquina del año 2001 con los ojos abiertos de par en par y la cabeza rígida por el asombro.

Justo antes de que inaugurara el cementerio clandestino en la cabaña de Tomás, los dos idiotas que enterré allí y yo tuvimos lo que se podría llamar unas pequeñas diferencias de criterio. Sus argumentos habían tenido la forma de un rifle de gran potencia y no se les ocurrió nada mejor que dejarlos grabados en la carrocería de mi coche antes de que yo consiguiera imponer mi criterio.

Las ventanillas rotas las reemplacé sin mucha dificultad, pero los agujeros en la carrocería presentaban algún que otro inconveniente. Como no podía levantar sospechas y tampoco quería deshacerme todavía de mi fiel compañero, tuve que improvisar una solución sobre la marcha. Un día o dos más tarde entré en una tienda de accesorios para automóviles y me encontré con unas pegatinas adhesivas que estaban hechas para parecer orificios de bala en el metal. Así que me compré las necesarias para cubrir los verdaderos agujeros dejados por el rifle.

No digo que el resultado fuese espectacular, es más, dudo del gusto de quien se le ocurre ponerlas por iniciativa propia, pero a mí me sirvieron para la ocasión. Al fin y al cabo, prefería quedar como un hortera sin sentido del ridículo y seguir en libertad antes que pasar por una persona de gusto exquisito, pero encerrado en una cárcel oscura y maloliente.

Sin embargo, el bueno de Carlos Montes era lo último que esperaba encontrarse. Sospecho que gran parte del mito en el que me había convertido para él se desvaneció en aquel momento.

—Son para esconder las manchas de óxido —apunté sin darle mucha importancia—. Pronto lo cambiaré y no me apetece invertir en él.

—Ya veo. ¿Quieres venir conmigo?

—No, gracias, prefiero seguiré. Así no tendré que volver a recogerlo.

—De acuerdo —dijo.

Salimos del cuartel hacia el este, cruzamos la villa y nos adentramos en el paisaje rural de nuevo. El día de junio se estaba calentando, como era previsible, pero con la ventanilla bajada todavía podía considerarse un paseo agradable.

Fonsagrada es una villa de mil habitantes, pero el municipio es enorme y en él viven más de tres mil personas en total, fruto de la gran atomización de la población. La casa de los Cerreda era un buen ejemplo de ello.

Apenas un kilómetro más adelante, el coche aminoró la marcha frente al camino que llevaba a la casa. Estaba tal y como lo recordaba, con el firme de cemento y un espacio de tierra a la

izquierda en el que podían aparcar tres o cuatro coches. A apenas unos cincuenta metros, se divisaba el portalón de entrada en el centro de un grueso muro de piedra, adornado con una especie de pequeño tejado para resguardarse. Me fijé que a la izquierda todavía se conservaba el viejo buzón de Sabino pintado con su nombre en letras negras en el frente. Se ve que, pese a su fallecimiento, la buena de Alicia no quiso cambiarlo.

Carlos entró unos metros en el camino y aparcó en el espacio de tierra, pero yo preferí arrimar mi Toyota a un lado de la carretera. Salí del vehículo y fui a su encuentro.

—Parece que Norberto no está —dijo—. No tiene aquí el coche.

—¿Conoces a Norberto?

—Hasta que pasó lo de su tía, solo lo había visto algunos días por el pueblo. Nunca había hablado con él hasta que nos llamó.

—Estaría muy afectado, recuerdo que no era muy valiente para estas cosas.

—En apariencia, parecía calmado, pero sí, se notaba que estaba muy afectado. Es comprensible, porque no es agradable ver algo así.

—¿Cómo la encontró?

—Al regresar de Lugo y entrar en el patio, la vio en el suelo. Dijo que a esa hora solía estar en la cocina preparando la comida y claro, me imagino que lo último que esperaba era toparse con ella allí tirada.

—¿Y los animales estuvieron todo ese tiempo sin comer?

—Sí. Supongo que, con la impresión, Norberto no reparó en eso hasta que casi nos habíamos ido. En cuanto se acordó de ellos, fue a atenderlos.

—Menos mal.

Carlos abrió con decisión la vetusta cerradura de hierro y empujó el portalón.

—De todos modos —dijo, mientras entraba—, nunca cierran con llave esta puerta, por lo que podemos inspeccionar el lugar donde ocurrió.

Entró él delante y aguantó la puerta para que yo lo siguiese. La casa, a diferencia de la villa, sí seguía tal y como yo la recordaba.

Todo el conjunto estaba construido en dos alturas, con un desnivel entre ellas de unos cuatro escalones. Estas dos zonas diferenciadas se apreciaban en la vivienda, en la planta baja y en un patio que recorría el frente de la casa. Este patio dibujaba una especie de cuña con el muro exterior desde la parte inferior y que se iba abriendo en forma de triángulo escaleno, cuyo lado más largo coincidía con el camino. Justo enfrente de la puerta de entrada quedaban unas empinadas escaleras por las que se accedía al primer piso. Eran de piedra y estaban flanqueadas por una preciosa balaustrada a los dos lados.

En la planta baja de la casa se ubicaban dos amplias bodegas en la parte inferior y un antiguo establo en la superior, que desde hacía años se usaba como trastero.

Las mismas dos alturas se apreciaban en el primer piso, que estaba destinado a la vivienda. Las escaleras llegaban hasta el salón, que ejercía de distribuidor hacia un baño, la cocina y una habitación. En ella había otra puerta que desembocaba en un pasillo exterior tras bajar cuatro escalones, y que comunicaba con dos habitaciones más y otro baño.

Toda la casa era de piedra labrada y paredes dobles, lo que lograba que estuviese aislada del frío en invierno y del calor en verano. El pasillo exterior, también de piedra y resguardado con otra balaustrada, hacía las veces de porche delante de la entrada de las bodegas. El matrimonio nunca había querido cerrarlo porque, en realidad, tampoco lo necesitaban; ellos dormían en la habitación superior y las inferiores solo las utilizaban cuando recibían alguna visita.

La zona superior del patio se comunicaba a través de una puerta con una finca de unos mil metros cuadrados. Al fondo de ella, había un garaje con acceso directo a la carretera y, al lado de este, se ubicaban la pocilga de los cerdos y el gallinero. Esa distribución era práctica, puesto que durante el día podían soltar a los animales en la finca y, al llegar la noche, ellos mismos buscaban cada uno el refugio de su casa.

Carlos y yo nos acercamos a las escaleras en las que Alicia había sufrido el accidente mortal. Todavía se apreciaba una ligera

sombra de la mancha de sangre que había dejado. Tenía una extensión de casi un metro cuadrado y abarcaba unos centímetros del primer escalón y una parte del patio.

—Entonces, se golpeó la cabeza en el final de la balaustrada.

—Sí, señor.

—Déjate de formalismos, ya te he dicho que me llames Lucas. Si me tratas de usted, me da la sensación de que me estás haciendo viejo.

—Perdón. Cuando la encontramos, estaba tirada de lado y mirando hacia el centro del patio. Tenía la cabeza abierta y un charco enorme de sangre.

—Hacía días que había muerto, ¿verdad?

—El forense calcula que entre tres y cuatro. En esta zona da el sol casi todo el día y eso ayuda a acelerar la descomposición del cadáver.

—¿A qué hora la encontró Norberto?

—Nos llamó sobre las dos y dijo que acababa de llegar.

—¿No es extraño que nadie se percatase en tantos días de que no daba señales de vida?

—No, no te creas. Esta casa está apartada y supongo que no recibe visitas muy a menudo. Si estuviese en medio de un pueblo sería diferente, pero así, es difícil. Además, aquí cada vez vive menos gente. En verano, aumenta algo con la que viene para pasar las vacaciones, pero en invierno, cada vez hay menos. Muchos jóvenes se van a la ciudad y se acaban quedando solo las personas mayores.

Mientras hablábamos, me fijé en la forma que dibujaba la mancha de sangre. Sobre todo, de dónde partía y su extensión, y también traté de calcular desde qué escalón se había tenido que caer Alicia para que el golpe fuese mortal.

El agente Montes me miraba con atención mientras yo me movía por las escaleras. Cuando acabé de inspeccionar la zona, saqué la copia del informe y me puse a leerla.

Ojeé por encima el examen externo con la descripción personal y algo más en profundidad el examen cadavérico, en el que todo

parecía correcto para una persona que, como en este caso, habían encontrado varios días después de fallecer.

Leyendo el estado de las corneas y la rigidez que presentaba el cuerpo pensé, por enésima vez en mi vida, lo macabra que era la manera en que se ganaban la vida los forenses.

Después volví a concentrarme en el informe y, con suma atención, leí los epígrafes correspondientes al examen traumatológico y el interno, junto con la discusión y la conclusión. Dos cosas me llamaron la atención en ellos, que el forense había apreciado un traumatismo severo en el lóbulo temporal izquierdo de Alicia y que no reseñaba otros traumatismos más allá de alguna laceración.

Al acabar, volví a leer completo el examen traumatológico. Luego miré de nuevo las escaleras, la inclinación que tenían, la anchura, todo.

Me hubiese gustado que el informe tuviese fotografías, pero la realidad era que me iba a tener que conformar con el texto. En cualquier caso, lo consulté con Carlos, porque muchas veces los juzgados entregan a la familia una copia sin ellas, supongo que por lo desagradable que resulta ver las vísceras de un pariente sobre la mesa de autopsias.

—¿El informe no tenía fotos o no me las han incluido en la copia? —pregunté.

—No, lo mandaron sin fotografías, porque nosotros vimos el original y era solo el informe de texto. Supongo que al forense le pareció muy claro el caso y no consideró relevante tomarlas.

Soy consciente de que no todas las autopsias incluyen material gráfico, pero lo normal en una muerte traumática es que sí lo hagan. Al menos, de las heridas. Por supuesto, me sorprendió que en el informe de Alicia Cerredá no las hubiese.

Volví a leer por tercera vez la parte que decía «traumatismo severo en lóbulo temporal izquierdo» y me quedé mirando el papel.

Mierda, Lucas, pensé al cabo de unos segundos. Tienes que abandonar tu modo policía y tu obsesión por la precisión, no puedes ir por ahí desconfiando de cada cosa que encuentras. Seguro que

quien redactó el informe no se preocupó en exceso por ser exacto al ver que era un caso claro de accidente.

—¿Ocurre algo? —preguntó Carlos.

—No, nada —dije—. Solo estoy tratando de visualizar cómo ocurrió.

Seguí repasando el informe hasta el final y luego volví a echar un nuevo vistazo a la escena. Al terminar, metí otra vez los papeles en el sobre.

—Perfecto —dije—. Supongo que esto es todo.

Me dirigí a la puerta de salida y dejé pasar primero a Carlos. El bonito día de verano parecía estar a punto de terminar. A lo lejos, una creciente procesión de nubes negras se acercaba y una ráfaga de viento levantó polvo y arena del camino.

—Parece que acabamos justo a tiempo —dijo Carlos, mirando hacia el cielo.

En ese momento, escuchamos el sonido de un vehículo subiendo por la carretera y no tardé en divisar un Ibiza de la edad de mi Toyota, que bien parecía que nunca antes se había lavado. Entró en el camino y giró hacia el espacio de tierra donde había dejado el coche Carlos. Al final, se detuvo al lado de un pequeño montículo. Mientras maniobraba, pude ver al conductor a través de la película de polvo de las ventanillas y lo reconocí al instante.

Nada más salir del vehículo, sus ojos se posaron en mí.

—¿Lucas?

Capítulo 3

Aquel momento fue como retroceder veinticinco años en un solo segundo. Spielberg seguía manteniendo el mismo aspecto de entonces, que solo se podía describir con dos palabras: raro y bohemio. Idénticos pantalones vaqueros holgados, la misma camisa oscura debajo de un guardapolvo negro dos tallas más grande y botas de cuero marrón que sobrevivían con el dudoso orgullo de no haber sido nunca limpiadas. Seguía usando una boina negra inclinada en su gran cabeza despeinada, que dejaba escapar gruesos mechones de pelo negro. Sí, pesaba algunos kilos más y había sustituido el acné adolescente por una incipiente barba de varios días, pero su mirada seguía siendo la de un niño curioso y desorientado que vagaba nervioso por el mundo.

—¿Cómo estás, Spielberg? —le dije a modo de saludo.

Su sonrisa me pareció sincera. Se acercó a mí en tono amistoso, pero no me ofreció su mano, sino que me dio un pequeño golpe en el pecho, como si estuviésemos en plena adolescencia.

—¡Joder, tío, han pasado muchos años! ¿Qué haces aquí? —dijo.

—Tomás me pidió que recogiese el informe de la autopsia de tu tía y que le echase un vistazo.

Entonces su sonrisa se desvaneció y fue reemplazada por una mirada compungida.

—Fue horrible —dijo—, mucho más de lo que te imaginas. No he dormido nada desde entonces. En cuanto abrí la puerta, la vi tirada ahí en el patio y cubierta de sangre.

—Ya me han contado y también que, de no ser por ti, a saber cuándo la habría encontrado alguien.

—Sí, no solemos tener muchas visitas.

—La verdad es que me sorprendió que estuvieses aquí, nunca te he tenido por una persona de campo, Spielberg.

—Lo creas o no, me encuentro a gusto.

Luego se hizo un breve silencio que rompió el propio Spielberg.

—¿Solo has venido a recoger la autopsia?

—En principio, sí.

—¿Entonces te vuelves ahora a Vigo? ¿O te vas a quedar a dormir? En la casa hay sitio.

—No, estaré por aquí unos días, pero prefiero alojarme en un hotel. Estos años me he acostumbrado a vivir solo y tengo la sensación de que me he vuelto un poco insoportable.

El viento era cada vez más fuerte y el olor a lluvia se estaba apoderando de él.

—Será mejor que me vaya —dijo Carlos, que no había interrumpido en ningún momento nuestra conversación, aunque no perdió detalle de ella.

—De acuerdo —respondí—. Me gustaría hablar contigo un rato si tienes tiempo —añadí en dirección a Spielberg.

—Claro —dijo él, retomando la sonrisa inicial.

Le di las gracias a Carlos cuando se subió a su vehículo. Mientras maniobraba en dirección a la carretera, las primeras gotas de lluvia bombardearon el polvo seco acumulado sobre el camino de cemento. Spielberg señaló a la casa.

—Vamos a resguardarnos —dijo en un tono bastante alto como para que yo lo oyese a pesar del ronroneo del todoterreno policial.

En cuanto el vehículo de la Guardia Civil arrancó por la carretera, avanzamos hacia la puerta y Spielberg accionó la manilla de la cerradura de metal. Los dos nos metimos dentro y corrimos a refugiarnos debajo del pasillo exterior, mientras un olor embriagador y maravilloso a hierba y tierra mojada se apoderaba del ambiente.

Nos sentamos a la vez en el banco que había entre las puertas de las dos bodegas.

—Me encantan las casas antiguas —dije.

—A mí también —respondió Spielberg—. Da la sensación de que te transportan en el tiempo y que estás viviendo en el siglo XIX.

—Sí, me da que esta no es muy diferente de la mayoría de las casas de aquella época.

—Supongo que no.

Al igual que nosotros, un puñado de moscas habían elegido el mismo lugar para refugiarse. A ellas no les gusta el agua ni el frío y

no solo volaban con destreza sin salirse del pasillo, sino que pugnaban por posarse en nuestra piel en busca de un poco de calor. Nosotros intentábamos alejarlas como podíamos.

—Entonces, Spielberg, ¿qué? ¿Cómo te va la vida? —pregunté, tras dar un par de manotazos al aire.

—Bien, estuve haciendo un curso de cine que se impartió en la Universidad de Lugo y otro en la Escuela de Cine del País Vasco. Cuando acabé, decidí que había llegado el momento de abrirme camino en el mundo de la imagen.

—¿Ya has hecho alguna película?

—De momento, solo algunos trabajos pequeños, la mayoría para empresas. Películas publicitarias y cosas así. Pagan bien y necesito el dinero, pero me resulta muy aburrido y me da la sensación de que me estoy estancando. Quiero hacer grandes cosas, Lucas. Películas, documentales, pero todo a gran escala.

—Pues me parece que vas a tener que ir a una gran ciudad para conseguirlo. No creo que aquí te vengan a buscar las productoras para que les dirijas una película.

Se volvió hacia mí en el asiento como lo haría un gato enrabiado, con la cara de quien ha sentido dañado su ego y se cree en la imperiosa necesidad de restaurarlo.

—También hay posibilidades aquí —dijo—. Más de las que piensas y probablemente muchas más que en Madrid o Barcelona. Sobre todo, para alguien que está empezando como yo. En las grandes productoras la competencia te come, porque solo buscan nombres que les garanticen una buena taquilla. De hecho, tengo un proyecto en marcha para hacer una película independiente ya mismo y estoy hablando con varios inversores para que corran con la producción.

—¿En serio? Eso suena interesante.

—Por supuesto.

—¿Y sobre qué va a tratar la película?

—De momento, no puedo hablar de eso. No quiero desvelar ningún detalle todavía.

Spielberg se relajó un tanto y recobró su posición inicial en el banco. Yo no me había movido.

—Y tú, ¿qué haces? —preguntó Spielberg.

—Estoy en los Cuerpos y Fuerzas de Seguridad del Estado, como agente de la UDYCO, aunque estos últimos meses he estado en excedencia.

No lo miraba de manera directa, pero estaba observando cada pequeño matiz en su cara y en su cuerpo. Es fácil si lo has hecho durante años y eres consciente de la importancia que tiene el lenguaje corporal en las personas. Me fijé en que, cuando le dije a qué me dedicaba, se puso un poco tenso y durante un breve momento su semblante se volvió rígido.

—Eso está bien —respondió, tras un segundo de pausa—. ¿Y has venido aquí para investigar el accidente de mi tía?

En un primer momento, pensé que a lo mejor no estaba enterado de mi profesión y se había sorprendido, pero una vez asimilada la noticia, esperaba que Spielberg me sometiese a un interrogatorio entusiasta sobre mi ocupación, los logros que había cosechado y los riesgos que entrañaba. Algo así como: «¿En serio? », «¿Dónde has trabajado? », «¿A quién has arrestado? » o «¿Has matado a alguien? ». Por su carácter era lo que le correspondería y casi tenía preparada una respuesta que me librase de tener que darle excesivos detalles. Pero, para mi sorpresa, su única reacción fue formular una escueta pregunta sobre por qué estaba allí.

Eso me puso alerta.

—Vine porque Tomás me lo pidió —dije, sin perder detalle de sus reacciones—. Quiere arreglar cuanto antes todos los papeles y supongo que no está de humor para ocuparse él mismo.

Entonces su cara se relajó al punto inicial y quedamos en silencio unos segundos. La lluvia había comenzado a sonar con más fuerza en el tejado y tuve que levantar el tono de voz para retomar la conversación.

—Entonces, ¿estabas en Lugo cuando se produjo el accidente?

De nuevo, la mirada perpleja, cierta tensión y una pausa antes de responder.

—Sí.

—¿A qué habías ido allí?

—Básicamente, a buscar algunos inversores. Y después el viernes aproveché para salir un rato por la noche antes de volverme.

—¿Y te encontraste a tu tía muerta cuando llegaste el sábado?

—Sí.

—¿Llevabas viviendo mucho tiempo con ellos?

—Dos años o así.

—Bueno, me imagino que a tus tíos les venía bien tener algo de compañía.

—Sí, creo que les gustaba que yo estuviese con ellos. Muchas tardes los acompañaba a la finca y charlábamos largo rato. No te imaginas lo pacífica que es la vida en el campo.

—¿Estabas en la casa cuando tu tío murió?

Movió la cabeza adelante y atrás para responder.

—Sí —dijo al mismo tiempo—. Se le paró el corazón y mi tía lo encontró tirado en la finca. Yo estaba en mi habitación, pero al oír cómo me llamaba, fui enseguida. Parecía dormido, salvo porque tenía los ojos medio abiertos. La verdad es que había comido como siempre y parecía imposible que solo dos horas después estuviese muerto.

—Al menos tu tía no estaba sola cuando lo encontró. ¿En qué lugares estuviste el viernes cuando saliste?

Tuvo que sacudir la cabeza y despejarla para concentrarse en la pregunta.

—¿Qué?

—Dijiste que cuando murió tu tía habías ido a Lugo para buscar inversores y que luego aprovechaste para salir por la noche. ¿A qué lugares sueles ir o en cuáles estuviste esa semana?

Se había relajado con el avanzar de la conversación, pero al escuchar mi pregunta, su cuerpo volvió a tensarse.

—Bueno, solo salí el viernes por la noche y entré en varios sitios —dijo—. Tomé un café en una cafetería de la ronda y luego estuve un rato por la zona de vinos. Te puedo indicar en cuáles, pero no sé cómo se llaman. Después de un tiempo, uno se vuelve un poco loco aquí y necesita despejarse de vez en cuando.

—¿Dónde te quedaste a dormir?

—En el hotel España. Está en el centro, es bueno y muy barato.
¿Por qué lo preguntas?

—Hábito de policía. Lo siento.

—¡Joder! Pues parece que me estás interrogando.

—Tomás me dijo el día que me llamó que le daba la sensación de que tus tíos habían estado muy decaídos los últimos dos años.
¿Tú también lo apreciaste?

Se encogió de hombros.

—Pues no lo sé. Quiero decir, se estaban haciendo mayores y eso tenía que afectarles. Pero a mí siempre me parecieron los mismos. Iban a la iglesia todos los domingos, hablaban de los viejos tiempos y se enfadaban de vez en cuando. Yo los veía como siempre. No sé por qué Tomás te dijo eso.

—Bueno, teniendo en cuenta que tú compartiste más tiempo con ellos que Tomás, probablemente tengas razón. ¿Había llovido el día que saliste para Lugo?

Arrugó la frente antes de responder. No sé si estaba haciendo memoria o era porque no entendía la insistencia de mis preguntas.

—No, no estaba lloviendo, ¿por qué?

—Porque la Guardia Civil piensa que también cabe la posibilidad de que pudiera resbalarse. Por eso lo pregunto.

—Pues no, no recuerdo que lloviese en toda la semana.

—De todos modos, comprobaré el tiempo y me aseguraré. No podemos descartar ninguna opción antes de estar seguros.

—Pero, ¿a qué vienen todas estas preguntas sobre la muerte de mi tía? ¿Por qué no te fías de la Guardia Civil? Ellos investigaron el caso en su momento y lo tuvieron claro. Quiero decir, por desgracia, se cayó por las escaleras. Sus botas estaban desatadas, se tropezó y se cayó de cabeza contra la base de piedra. Fue un accidente. Inesperado, desgraciado, pero un accidente. Esa es la conclusión a la que llegaron ellos y no tuvieron ninguna duda.

—¿A qué hora volviste de Lugo?

Me miró ladeando la cabeza, pero sin mover el cuerpo.

—Poco antes del mediodía, quería almorzar con mi tía —dijo después, volviendo a la posición inicial y contestando con cierta desgana—. Siempre comíamos todos juntos los fines de semana,

desde antes de morir mi tío. Para ellos era como una tradición y yo siempre me esforcé por respetarla. Sé que les hacía ilusión y a mí no me costaba nada.

—Entiendo. ¿Cuánto tardaste en avisar a la Guardia Civil?

—Joder, Lucas, ¿por qué estas preguntas?

—Tu primo quiere saber todos los detalles.

—Pues la avisé de inmediato, en cuanto entré y la vi tirada en el suelo con todo lleno de sangre. ¿Conforme?

—¿Y no se te ocurrió llamar a una ambulancia?

—No. ¿Para qué iba a llamarla si estaba muerta?

—¿Cómo podías estar tan seguro de que estaba muerta?

—Estaba muerta, créeme.

Lo dijo recalcando cada palabra, con un tono que dejaba ver a las claras que la conversación había terminado. A continuación, entrecerró los ojos y miró hacia el infinito.

Por mi parte, también me di cuenta de que había rebasado el límite para saber si Spielberg estaba nervioso por tener algo que esconder o por la desconfianza que encerraba el verse obligado a responder el tipo de preguntas que le estaba haciendo. Reconozco que me había dejado llevar y cualquiera en su posición también se hubiera molestado. Así que decidí abandonar el interrogatorio y pasar a cuestiones menos comprometidas.

—¿Quién corre con los gastos de la casa ahora? Me refiero a recibos y demás. ¿Te da dinero Tomás? —pregunté en un tono mucho más cordial.

—No, pero tenían todos los recibos domiciliados en una sola cuenta. No hay mucho dinero en ella, pero suficiente para pagarlos durante unos meses.

—¿Y te encargas tú solo de la casa? Limpiar, cocinar y estas cosas.

—No, Érika está aquí estos días.

Érika. Ahora era yo el sorprendido, tanto que me dejó sin palabras y pensando durante un buen rato.

Otra explosión del pasado que venía a visitarme al presente.

Érika era la hermana de Spielberg. Algo mayor que él, formaba parte de la pandilla que teníamos aquellos veranos. Era una chica

bajita, rubia, con un poco de sobrepeso, pero con unas curvas en las que te podías marear si las seguías con la mirada y unos hoyuelos al sonreír muy graciosos.

Era una de esas chicas entrañable, pero intrascendente. Todo el mundo la conocía y a nadie le disgustaba, pero nunca llegó a generar interés entre los chicos. Entre un poco de timidez por su parte y un mucho de imbecilidad por la nuestra, creo que jamás alguien la invitó a salir. No era que no hubiera a quien le gustase, era que nadie pensaba en ello.

Sin embargo, es probable que yo fuese quien más atención le prestó a Érika en aquellos tiempos. No es que hablase mucho con ella, ni que me propusiera sentarme a su lado, ni que me planteara invitarla a salir o compartir una de las cervezas que tomábamos a escondidas con ella. Es que siempre quise medir su expresión cuando la veía, porque sabía lo que todos sabían, pero lo que ella pensaba que nadie había percibido. Érika Rivas estaba enamorada de mí desde el primer año que Tomás me invitó a pasar el verano en la villa.

Casi treinta años después, resultaba evidente que yo ya no era el niño guapetón y gamberro de entonces, pero con todo, en cuanto Spielberg pronunció su nombre, sentí una curiosidad enorme por ver su reacción ante mi presencia. Supongo que todavía no había depurado por completo mi cuota de imbecilidad de aquellos años.

Después de estar un buen rato en silencio los dos, miré al cielo y me fijé que la lluvia se había reducido a una leve llovizna.

—Creo que es hora de irme —dije mientras me levantaba y me dirigía a la puerta.

Salimos fuera de la casa, yo para coger mi coche y Spielberg para despedirme. Las nubes oscuras se dirigían al norte y un cielo claro se asomaba tras ellas. La hierba seguía emanando su particular aroma a lluvia.

—Entonces, ¿Érika vino al funeral? —pregunté yo.

—Sí, y decidió quedarse un tiempo hasta que esté todo arreglado.

—Ya veo. ¿Y sigue aquí?

—Sí, pero hoy tenía que ir a Lugo para hacer algunos recados.

—¿A qué se dedica?

—Es trabajadora social en Lugo.

Sus respuestas se notaban secas y distantes. Era obvio que Spielberg no había encajado muy bien el interrogatorio y era posible que todavía lo estuviese masticando.

—Tal vez la vea uno de estos días—dije.

—Vale.

Me subí al Toyota. No fui consciente de cuánto le había enredado la mente a Spielberg hasta que me fijé que ni siquiera hizo el más mínimo comentario sobre los agujeros de bala falsos, algo que en condiciones normales apreciaría y me lo haría saber. Tan solo se quedó allí parado, vio cómo encendía el motor y me dijo adiós con la cabeza cuando me despedí.

Segundos después, mirando por el espejo retrovisor, me fijé que todavía seguía inmóvil en el mismo lugar, con la mirada perdida a lo lejos, pero sin centrar un objetivo.

Capítulo 4

La llamada de Tomás dos días antes me sirvió para tomar conciencia de que llevaba demasiado tiempo sin hacer nada. Si en un principio me hizo cierta ilusión que me necesitase, una vez que me había puesto a indagar, parecía que mi cerebro buscaba cualquier resquicio para excitarse y no era capaz de sacarme de encima la sensación de que estaba usando la muerte de los padres de Tomás para tratar de zambullirme en un caso que la lógica me decía que no existía.

Sí, algún punto del informe de la autopsia me parecía cuestionable, pero lo más probable era que las inexactitudes que yo veía fuesen motivadas, a partes iguales, por un mucho de celo por mi parte y un poco de rutina en el forense que se había encargado de realizarla.

Y sí, era evidente que Spielberg se había comportado de una manera bastante extraña cuando hablé con él, pero cabía la posibilidad de que se hubiese puesto nervioso al descubrir que yo era policía y que no esperase en modo alguno tener que contestar a mis inquisitivas preguntas. Y también se había esforzado sobremanera por explicar la muerte de su tía como un accidente, pero tenía que admitir que todo el mundo coincidía con él: la Guardia Civil en sus primeras apreciaciones, el médico forense en la autopsia y el juzgado que se encargó del caso.

Pero para lo que todavía no tenía explicación era para que no hubiese apreciado el desánimo que sufrían sus tíos. Si había convivido con ellos los dos últimos años, por fuerza tenía que haberlo notado de una manera más clara que el propio Tomás, que solo iba a visitarlos unos pocos días al año.

Sin embargo y a pesar de esta última duda, si tenía que ser sincero conmigo mismo, yo no consideraba que estuviese escondiendo algo. Más bien me inclinaba por la hipótesis de que pretendía evitar que pudiese poner patas arriba la villa buscando cosas extrañas, cuando él estaba seguro de que no había

fundamento para ello. Sobre todo, porque en una villa pequeña como Fonsagrada, eso pondría en peligro la buena reputación de la que gozaban tanto él como el resto de la familia.

Además, Spielberg y asesino eran dos términos imposibles de juntar en una frase, que se repelían como lo hacen un perro y un gato.

En cualquier caso, en ese momento recordé lo que le había dicho a Tomás: si hubiera algo extraño en la muerte de sus padres, había tres personas a las que no se les podría haber pasado por alto. El médico, el cura de la parroquia y el director de la pequeña sucursal que Abanca tenía en la villa.

Y lo cierto era que todavía no había hablado con ninguno de ellos, por lo que resultaba muy prematuro sacar conclusiones, a pesar de la ansiedad que sentía por descubrir cosas extrañas.

Así que intenté dejar de darle vueltas a la cabeza y decidí buscar un sitio donde comer un poco antes de ir a buscar a ese grupo de notables rurales y arrojar un poco de luz sobre mis dudas.

Di un pequeño paseo por la villa en busca de un buen restaurante y enseguida me encontré con el Cantábrico. Entré, subí al comedor del primer piso por indicación del camarero y, de entre la extensa carta de carnes que tenían, me decidí por un buen chuletón de ternera, que reconozco que me costó acabarlo. Mientras comía, disfruté mirando cómo los pinches de cocina preparaban la carne en un *office* acristalado que dejaba ver a las claras la calidad de las materias primas que utilizaban.

Lo cierto es que, entre el chuletón y el trozo de pastel que tomé como postre, salí convencido de que tenía que volver más veces a aquel lugar.

Una vez en la calle y amansado por una comida tan deliciosa como abundante, notaba que mis suspicacias se habían suavizado. El plan ya no era ir a sondear a los notables cuanto antes, sino conseguir una habitación en el hotel que me había recomendado el funcionario del Juzgado. Una vez que lo hiciese, descansaría un rato antes de volver a ponerme en marcha. También pensé que lo mejor sería conservar la habitación durante una semana y así, en caso de que se impusiese la lógica que apostaba por un accidente,

podría disfrutar varios días de la tranquilidad de la villa, la exquisita comida y un buen puñado de cervezas.

Apenas media hora más tarde, estirado sobre la cama del hotel y con la vista perdida en el techo, pensé que, como los médicos y los banqueros suelen tener un horario matinal, lo mejor sería dejarlos para el día siguiente y dedicarle esa tarde al cura. Los sacerdotes suelen tener un horario bastante irregular, pero casi todos acostumbran a officiar una misa vespertina sobre las siete o las ocho. Además, si no lo encontraba en la parroquia, siempre podía empezar por las cervezas e intentarlo de nuevo un poco más tarde.

Sobre las seis de la tarde, me acerqué caminando a la casa parroquial a probar suerte. No sé si tuve mucha o solo alguna, pero en ese primer intento me recibió un hombre bajo, de complexión media, unos sesenta años y una incipiente calva, que lucía un visible alzacuellos.

—Hola, padre —dije, extendiendo mi mano—. Me llamo Lucas Acevedo.

Esgrimió una sonrisa mientras me devolvía el saludo. Me pareció una sonrisa honesta.

—Soy el padre Julio Seoane —dijo—. Puedes llamarme Julio, Lucas.

—Es usted el párroco de esta villa, ¿verdad?

—Sí.

—¿Podemos hablar un momento?

—Claro —dijo, abriendo la puerta de par en par.

Me llevó por un pasillo hasta la primera puerta a la derecha. Era una oficina pequeña y ordenada, con una ventana que daba al jardín trasero y una enorme biblioteca que ocupaba por completo el largo y el ancho de dos paredes. Me hizo señas para que me sentara en una silla delante del escritorio, mientras él lo hacía detrás.

—¿Lucas Acevedo? —dijo—. Lo siento, pero, ¿pertenece a esta parroquia? ¿Te conozco a ti o a alguien de tu familia?

—No, padre.

—Ya me parecía. Bueno, pues dime, ¿cómo puedo ayudarte, Lucas?

—Padre, he venido a hacerle unas preguntas sobre Sabino y Alicia Cerreda. Soy amigo cercano de la familia y estoy aquí porque me lo ha pedido su hijo Tomás.

—Tomás, sí, lo recuerdo del funeral. Un hombre agradable y un buen abogado en Vigo, por lo que he oído.

—Así es.

—¿En qué puedo ayudarte?

—Verá, padre —dije—. Como es natural, Tomás está conmocionado por la muerte de su madre. Quería que alguien recogiese el informe de la autopsia y comprobase el lugar donde murió. Me lo pidió a mí como un favor personal, porque he pertenecido a las fuerzas del orden y me suelo manejar a menudo en cosas como esta. También me pidió que hablase con las personas más cercanas a ellos, para saber un poco cómo fueron sus últimos días.

El padre Julio apretó los labios antes de responder.

—Qué tragedia lo que le pasó a Alicia —dijo—. Nunca sabemos cómo vamos a morir, ni qué destino tiene reservado para nosotros el Señor.

Asentí con la cabeza. Sentí que necesitaba dar una respuesta para generar una mayor empatía y un asentimiento sentido me pareció apropiado.

—De todos modos —dije—, Tomás me comentó que él y su esposa y algunos otros parientes habían tenido la sensación de que Sabino y Alicia habían cambiado los últimos años. En un principio no le dieron importancia, pero con la muerte de Sabino la sensación se intensificó. Tomás me dijo que los había visto bastante deprimidos los dos últimos años y me pidió que le preguntase a usted si también lo había notado.

El Padre Julio se inclinó hacia atrás en su silla y cruzó las manos frente a su cara. Después de un rato, volvió a incorporarse y las dejó caer.

—Sí —dijo con firmeza—. Ahora que lo dices, sí me había dado cuenta. Pensé que tal vez había sido una sensación solo mía, pero con esto que me cuentas, no tengo dudas de que estaba en lo correcto.

—¿Qué les notó usted exactamente y cuándo?

—Verás, cuando llegué a la parroquia, Sabino y Alicia eran como la mayoría de las personas de por aquí. Siempre con una sonrisa en la cara, siempre de buen humor y con ese carácter afable de la gente que está en paz consigo mismo y que disfruta de su día a día con la satisfacción de haber hecho lo correcto en su vida. Era normal, porque un día me contaron que se habían jubilado y que no tenían más obligaciones que matar el tiempo cosechando su huerto y cuidando de unos pocos animales. Se habían venido aquí a vivir sus últimos años, pero eran conscientes de ello y no les molestaba envejecer. Lo asumían como parte de la vida y esperaban su final con calma y en paz con el mundo y consigo mismos. Entonces, tal vez hace un año y pico, o dos, noté un cambio muy acusado en ellos. Es posible que a algunas personas se les pase por alto, pero a mí, que estoy acostumbrado a tratar con conciencias, no se me escapan estas cosas. Podría decirse que parecían deprimidos, preocupados por algo y a todas horas. Se lo notaba en la manera de caminar, en la manera de expresarse, en pequeños comentarios que dejaban caer de vez en cuando. Nunca me atreví a hablar con ellos sobre esto, porque quería estar seguro de que les ocurría algo y nunca llegué a estarlo. Hasta donde yo siempre supe, no había ninguna razón que lo justificase. Por eso me callé y las últimas semanas, con la muerte de Sabino, como Alicia ya tenía una razón para estar deprimida, ya no le di importancia. Me limitaba a ir a su casa a visitarla y hacía un esfuerzo especial para hablar con ella después de la misa de los domingos, para confortarla en esos momentos difíciles.

Mientras estaba hablando el padre Julio se me pasó una idea por la cabeza.

—¿Cree que pudieron saber que el corazón de Sabino estaba a punto de fallar y eso les afectó? Hay gente que se entera de que se acerca su final y decide no decir nada, pero en el fondo se les acaba notando.

—Pues no sé si esa era la razón, pero la verdad es que me resulta difícil creerlo, porque ya te digo ellos eran conscientes de que estaban viviendo sus últimos años y lo asumían con naturalidad.

Después se quedó pensando un momento y dijo:

—No, nunca me comentaron nada y no creo que fuera eso, porque además Alicia se notaba muy conmovida con la muerte de Sabino, como acostumbra a estarlo alguien que no espera un fallecimiento tan repentino.

—Y si no les importaba envejecer y no eran conscientes de una enfermedad, ¿qué otra cosa podría ser que molestara a gente como Sabino y Alicia? No tenían problemas en la familia y tampoco pasaban apuros económicos.

La verdad es que yo lo dije más como una pregunta retórica que esperando una respuesta, pero el padre Julio sacudió la cabeza, se encogió de hombros y acabó respondiendo.

—No lo sé, Lucas. Desearía poder ayudarte, pero es difícil saberlo. Ojalá hubiese hablado con ellos al inicio, pero ya te digo que no estaba seguro y no me atreví a sacarles el tema por miedo a que solo fuese imaginación mía. Todo lo que sé es que nunca dejaron de ser buenas personas ni de creer en Dios.

—Gracias, padre, le agradezco mucho sus respuestas.

—Me alegro si te he podido servir de ayuda. Y dile a Tomás que, si alguna vez quiere hablar conmigo, estaré aquí para recibirlo.

Salí de la casa parroquial, volví al hotel, me duché y me fui a tomar unas cervezas. Las palabras del padre Julio se habían convertido en un runrún que sonaba en mi cabeza sin cesar.

Tomás había notado un bajón emocional en sus padres, su párroco también, pero Spielberg, que era el único que había convivido a diario con ellos, no. Y eso solo se podía deber a dos cosas. La primera, que quisiera ocultármelo por alguna razón y la segunda, que el bajón estuviese relacionado de manera directa con su llegada y solo hubiese conocido ese estado de ánimo en ellos.

En cualquier caso, tendría que tener una nueva conversación con él, pero no quería hacerlo antes de hablar con el director del banco y el médico de familia, por si me aportaban algún dato nuevo.

Por la noche salí a tomar unas cervezas en el bar más cercano al hotel, tratando de no dar demasiada importancia a lo que me había dicho el padre Julio. Sin embargo, al día siguiente, sus palabras no solo no se habían acallado en mi cabeza, sino que se

entremezclaron con el tono sincero que usó Spielberg para decirme que sus tíos siempre habían estado igual. Debido a eso, me levanté temprano y, a primera hora de la mañana, ya estaba listo para salir a la búsqueda de más información. Después de tomar un café solo bien cargado en la cafetería del Cantábrico, a las ocho y media me acerqué a la oficina de Abanca de la villa, que quedaba a escasos metros del restaurante.

Entré con decisión y pedí ver al director del banco. Acababan de abrir y solo había un cliente, pero la señora que me recibió requirió mi nombre y mi paciencia mientras iba a anunciarme. Cuando volvió, me llevó a una oficina acristalada al lado del mostrador de los cajeros, que esperaba con la puerta abierta. Un hombre bajito de pelo negro estaba sentado detrás de un escritorio de madera maciza con un traje incluso más pequeño que él. La placa con el nombre en el escritorio decía Amador Fernández y debajo tenía la inscripción de director.

Se puso de pie en cuanto me acerqué a él y yo le ofrecí la mano.

—Señor Fernández, me llamo Lucas Acevedo.

—Encantado, Lucas, tome asiento. ¿En qué puedo ayudarle?

Estreché su mano, pero no me senté todavía. Muy al contrario, mis ojos se quedaron clavados en el ordenador que tenía encima de la mesa, pero, sobre todo, en la impresora que estaba conectada al lado. Me fijé que tenía la portezuela que cubre los tóneres abierta y dejaba ver cuatro de distintos colores: negro, cyan, amarillo y magenta. Le ofrecí una sonrisa al señor Fernández, me di la vuelta y fui a cerrar la puerta, que había dejado arrimada de manera descuidada la cajera.

En el corto paseo de ida y vuelta, sopesé a toda velocidad las posibilidades que existían de que alguien, que conociese más o menos en profundidad a los Cerredá, contase con una impresora a color en una villa tan pequeña. Concluí que el padre Julio, no; su médico de familia, tampoco; Spielberg, menos; y la Guardia Civil, quizás. Por lo tanto, la cuestión era: ¿qué porcentaje de posibilidades existía de que estuviese frente a mí el imbécil que le había enviado la carta anónima a Tomás?

Concluí que debía echarle un órdago al pequeño director.

—Señor Fernández, creo que puede usted ayudarme en algo... digamos un poco peliagudo —dije, mientras fijaba mis ojos en los suyos y por fin me sentaba en la silla frente a su escritorio.

Él permaneció de pie durante un par de segundos, con una mirada confusa en su rostro.

—Llámame Amador —dijo al final, aunque sin abandonar un cierto desconcierto—. Vale, dígame, ¿qué puedo hacer por usted?

Después se sentó a cámara lenta. Yo metí la mano en mi bolsillo y le mostré mi placa de la UDYCO. Había tenido que entregar la mía al pasar a la excedencia, pero tenía un duplicado que había conseguido hacía tiempo de un amigo en la Fábrica de Moneda y Timbre a cambio de un favor. Solo la usaba en ocasiones especiales y cuando estaba seguro de que quien la veía no me iba a delatar. Amador no cumplía con exactitud esos criterios, pero en aquel momento sentí que tenía que arriesgarme.

—¡La UDYCO! —dijo—. ¿Qué necesita de mí?

—Tranquilo, Amador, no tiene nada que ver con blanqueo de capitales y no estoy de servicio. Solo he venido a hacerle unas cuantas preguntas como un favor para un amigo, eso es todo. Mi amigo es Tomás Cerreda.

—Tomás Cerreda. Sí, lo conozco. Es abogado y creo que tiene familia por aquí. Bueno, tenía.

—Sí, Sabino y Alicia eran sus padres. Y lo que Tomás y yo queremos saber es por qué le mandó una carta anónima para decirle que debía saber algo que no sabía.

—¿Qué?

—No juegue conmigo, Amador. Los dos sabemos que la mandó usted y ya me fastidiaría tener que decirle a Tomás que pida pruebas periciales para demostrar que salió de su ordenador y de esa impresora —dije, señalando la máquina que todavía estaba con la puerta abierta.

Amador siguió mi indicación y es posible que eso le hiciese aflojar en su resistencia.

—Espere, espere un minuto, señor Acevedo.

—No juegue conmigo, Amador. Solo le daré una oportunidad.

No era grande, pero asustado como estaba, se veía aún más pequeño. Tomó aire con fuerza, bajó la mirada y dijo:

—Espere. Bien, sí. La mandé yo, pero espere un momento.

—¿Qué estaba pasando con Alicia y Sabino?

—A ver, quiero que entienda una cosa, señor Acevedo.

—Lucas.

—Lucas. Quiero que entienda que no puedo divulgar de manera oficial ninguna información bancaria a personas que no acrediten un interés legítimo. Tampoco a la policía, si no tiene una orden judicial.

—Entonces quizá no debería haber mandado esa carta, ¿no cree?

—Sí, ya veo que fue una torpeza por mi parte.

—Deduzco que, teniendo en cuenta que es usted el director del banco, la información que todavía no sabemos Tomás y yo se refiere al dinero de los Cerreda. Esto significa que una vez que Tomás se declare heredero, como hijo que es, tendrá pleno acceso a ese secreto y entonces intuyo que estará el doble de enfadado por tener que esperar para averiguarlo solo porque usted no ha querido responderme. Dígame, Amador, ¿realmente quiere que Tomás Cerreda, uno de los mejores abogados de Vigo, por no decir el mejor, se enfade seriamente con usted?

—No. Por supuesto que no.

—¿Le robó usted los ahorros a los Cerreda?

Su cara se puso roja. O quizá naranja. O tal vez de un extraño fucsia oxidado.

—No, no se trata de eso —dijo luego.

—¿Entonces de que otra cosa se puede tratar?

—Yo no he cogido ni un euro. Ni de su cuenta, ni de ninguna otra. Nunca. Jamás.

—¿Entonces? —insistí, remarcando cada sílaba de la pregunta.

Alzó la vista para mirarme, luego la bajó de nuevo y asintió con la cabeza.

—Lucas, bien, vamos a empezar por el principio.

—Le escucho.

—Creo que antes de hablar con usted, debería llamar a Tomás y verificar que es quien dice ser, pero la realidad es que no quiero

hablar con él ahora mismo y, ya que conoce la existencia de la carta, tengo que pensar que es cierto que él le ha enviado. Así que puedo contarle mucho de lo que quiere saber. Es decir, no puedo darle datos concretos, pero sí decirle de qué se trata. Pero esto tiene que quedar entre nosotros. Nadie puede saber que revelé información privada hasta que la herencia se resuelva y Tomás tenga la posibilidad de enterarse de manera oficial. ¿Tengo su palabra?

—Me parece bien y tiene mi palabra, Amador.

—Confiaré en ella, porque además esto me ha estado carcomiendo por dentro. Por eso envié la carta. No sé realmente qué esperaba conseguir, supongo que intentar que alguien metiera las narices donde no tiene por qué meterlas. Entienda que a veces nuestra posición es difícil con la nueva Ley de Protección de Datos, porque no podemos revelar información privada, pero a veces nos gustaría porque vemos movimientos que nos resultan extraños. Como le digo, si envié el anónimo es porque esperaba que su hijo o, en este caso usted, viniese a hablar conmigo.

—Lo entiendo.

Pude verle reuniendo sus pensamientos.

—Vamos a ver, Sabino y Alicia Cerredá estaban bien económicamente —dijo al cabo de unos segundos—. Recuerdo que cuando llegaron a la villa transfirieron una buena cantidad de dinero y todos los meses les entraba la pensión de los dos. En realidad, cuatro, dos de Alemania y dos de aquí de España. No era como para que se hiciesen ricos, pero sí para vivir de manera holgada e incluso ahorrar algo. Supongo que ya sabes cómo va eso. Tenían una cuenta dedicada a los ahorros y otra que usaban para pagar recibos y demás domiciliaciones.

Yo asentí con la cabeza.

—Era evidente que trabajaban en la finca porque les gustaba, no porque lo necesitasen. Además, siempre me dio la sensación de ser personas que no gastaban demasiado. No sé si tenían dinero en otro lugar, supongo que no, no sería habitual, pero aquí contaban con un buen colchón.

—¿Y cuál es el problema entonces?

Reconozco que me estaba impacientando con tanta explicación previa y, por un momento, temí que se echase atrás.

—Verás, el problema es que hace un tiempo empezaron a sacar dinero. Tres, cuatro, incluso seis mil euros en una ocasión. La primera vez fueron tres mil y luego fue aumentando con el tiempo. Y siempre a principios, una vez al mes, de manera regular, uno o ambos venían y retiraban esa cantidad en efectivo.

—¿Y no le dijeron por qué lo hacían?

—No, nunca dijeron nada y eso que en alguna ocasión intenté preguntarles si tenían algún problema. Ya sabes, les decía que si necesitaban algo contasen con nosotros, les preguntaba si iba todo bien, etc. Pero nunca soltaron prenda. Ellos daban las gracias, cogían el dinero y se iban. Al principio, pensé que sería algún imprevisto o que estarían haciendo alguna reforma poco a poco, pero luego me di cuenta de que no. Eran demasiados meses de manera regular para ser un imprevisto y no había rastro de ninguna reforma en su casa. Solo una vez uno de los cajeros comentó que Alicia le había comentado que pronto sería difícil dejar el dinero a la familia sin que el gobierno se llevase una buena cantidad. Como si pensase que iba a cambiar la legislación y Tomás tendría que pagar un montón en impuestos, pero la verdad es que casi nos sonó más como una justificación forzada que como algo de lo que estuviese convencida.

—¿Por qué?

—Coño, porque digo yo que, si crees eso, haces una donación en vida. No necesitas sacar dinero que luego te va a costar justificar ante Hacienda y mucho más cuando tu hijo es abogado. Hablas con él, le expones tus dudas y tomáis una decisión. Fácil. Además, estaba el hecho de que parecían decaídos. Conocía a los Cerrada desde hacía mucho tiempo y, cuando llegaron, eran las personas más amables y felices que uno se pueda imaginar. Pero desde que empezaron a sacar el dinero parecían desgastados. De repente, se hicieron viejos. No sé si por la edad o porque tenían algún problema.

—¿Por qué no habló con alguien? ¿Las autoridades, la familia?

—¿Y qué les digo? ¿Que unas personas con todas las capacidades mentales intactas están retirando demasiado dinero en

mi opinión? Era su cuenta y su dinero, tenían todo el derecho del mundo a hacerlo y como le digo, la Ley de Protección de Datos no nos deja muchas opciones. Además, no conozco personalmente a su hijo, porque si lo conociese o fuese cliente de aquí, aún podía dejarle caer algo extraoficialmente. ¿Pero llamar a un abogado que no conozco para decirle que sus padres han sacado dinero de su cuenta? Señor Acevedo, me estaría jugando el puesto.

—¿No existe la obligación de informar sobre un comportamiento inusual en personas mayores?

—No, entiéndalo. No estaban seniles y tampoco sabía qué hacían con él. Podían retirarlo para dárselo a la familia como dijeron o para pagar algo en dinero negro y ahorrarse los impuestos. Metería la pata y hasta el fondo, y mucho menos aún querría que pensasen que los consideraba dementes por ser mayores, porque eso les resultaría humillante y no me atrevería a volverles a mirar a la cara.

—¿Y por qué ahora envía una carta anónima?

—Porque estoy convencido de que había algo raro detrás. No sé el qué, pero veo movimientos de dinero todos los días y sé cuándo alguno no entra dentro de la lógica. Y supongo que tampoco quiero que su hijo acceda a la herencia y se encuentre de golpe con que los ahorros de sus padres han mermado a lo bruto.

—Deduzco que esto empezó antes de que Sabino muriera. ¿Me equivoco?

—Sí, claro. Bastantes meses antes.

—¿Hace unos dos años?

Me midió por lo que me pareció ser un largo tiempo, aunque no lo fue.

—Sí —dijo—, más o menos. ¿Por qué lo dice?

—No lo sé todavía, pero me estoy dando cuenta de que en esa fecha coinciden demasiadas cosas. Una última pregunta, ¿deduzco que la cifra total es un fajo de dinero bastante considerable?

Afirmó con la cabeza.

—Haga usted las cuentas —dijo luego—. Unos dos años, pongamos veinticuatro meses, por las cantidades que le he dicho.

—¿Alicia continuó retirándolo después de la muerte de Sabino?

—Sí.

—¿Vino por el banco este mes?

—No, pero supongo que falleció antes de que le diese tiempo.

—¿El pasado?

—Sí.

—Bien, dado que quedamos en que nada de datos concretos, creo que es todo lo que necesito saber. Le mencionaré esto a Tomás, pero le prometo que no iré más allá de nosotros. Y si toma alguna medida, le doy mi palabra de que será ya como heredero oficial.

—Gracias —dijo Amador.

—No, gracias a usted por la información.

Dejé al inquieto y educado Amador Fernández reflexionando en su precioso escritorio de madera y entré en mi viejo Toyota para ir al Centro de Salud. No es que estuviese lejos, pero estaba ansioso por escuchar otra voz que me confirmase lo que hasta entonces había descubierto. Al llegar, aparqué en el primer hueco que vi, entré en el edificio y me dirigí al mostrador con mi mejor sonrisa.

Una mujer, más o menos de mi edad y con unos visibles coloretos en las mejillas, me recibió con amabilidad. La amabilidad de esas personas que no saben ser de otra manera.

—Buenos días, necesitaba una información —me presenté.

—Dígame.

Eché la vista a un lado y vi que solo había una puerta con pacientes esperando, aunque la cola de espera era larga.

—¿Cuántos médicos atienden aquí?

—Tres por la mañana y dos por la tarde y tres enfermeras.

—Pues me gustaría hablar con el médico de familia de Alicia y Sabino Cerrada y entonces supongo que es uno de los que me dice. La primera falleció hace algo más de una semana y su marido hará un par de meses.

Me miró con cara de cierta extrañeza, pero no puso objeciones, ni necesitó consultar el ordenador.

—Sí, conocía a la señora Alicia y recuerdo también al señor Sabino —dijo—. Los dos eran pacientes del doctor Valenzuela, que

atiende por la tarde. El problema es que él está ahora de vacaciones y no vuelve a incorporarse hasta dentro de dos semanas.

A pesar del contratiempo, esgrimí de nuevo la sonrisa del inicio antes de seguir con la conversación.

—Deduzco que si recuerda a Alicia y a Sabino es porque los dos venían a menudo por aquí.

—No, en absoluto, los conozco porque éramos casi vecinos. ¿Es usted familiar de ellos?

—No, soy un amigo de su hijo Tomás y me pidió que le arreglase unos asuntos en relación a su muerte. Como comprenderá, el pobre está consternado.

—Lo entiendo, fue una tragedia la muerte de la señora Alicia y más al hacer tan poco tiempo que había muerto el señor Sabino. Yo los apreciaba mucho y todavía no me hago a la idea de que se hayan ido.

—Muchas gracias por atenderme y es posible que vuelva dentro de dos semanas.

Salí del Centro de Salud y me senté en el coche para valorar la situación. No, no había podido hablar con el doctor, pero era evidente que, si el matrimonio no visitaba mucho al médico, tenía que dar por hecho que el padre Julio estaba en lo cierto y no había sido un problema grave de salud la causa de su desánimo. Además, no creía que el médico pudiese decirme mucho más, por lo que podía dar por cerrada la ronda de visitas a los tres notables y empezar a sacar conclusiones.

Y para mí, la principal era que en los últimos años de vida de Sabino y Alicia había algo raro. Oculto, secreto y con una sutil apariencia de normalidad, pero algo que les había amargado su existencia, les había comido buena parte de sus ahorros y, por tanto, merecía ser investigado. Y lo que más me ponía en alerta era que si no me hubiese decidido a apretarle las tuercas a Amador tal vez estuviese dando vueltas todo el rato sin llegar a tener nada concreto que unir. Pero como el órdago no solo fue oportuno, sino que me salió redondo, me proporcionó un nuevo indicio que relacionar con el desánimo de los Cerreda.

Cierto, bien pudiera ser que un día se sentasen en la cocina, recontaran años, se autoconvencieran de que el hombre de la guadaña pronto pasaría a llevárselos, vieran una noticia sensacionalista en la televisión avisando de que el gobierno pensaba gravar las sucesiones como si no hubiera un mañana y decidieran despedirse de este mundo dejándole a Tomás una gran sorpresa en forma de billetes tan negros como libres de impuestos. Pero es que a esa hipótesis le veía un par de fallos. El primero era que yo no creía en las coincidencias y en esta había muchas y muy grandes y el segundo, más material, era que esa cosecha de billetes ni había llegado a Tomás, ni había aparecido por ningún lado.

Por lo tanto, lo que tenía entre manos eran dos indicios de que los ancianos podrían haber sufrido una estafa o un chantaje durante los últimos años. Y luego estaba mi duda sobre el informe de la autopsia. No era definitiva, pero sí importante, porque podría provocar que, en vez de tener que rastrear a un estafador, tuviese que buscar a un asesino.

Así que, tal como lo veía yo, a partir de ese momento, tendría que centrarme en despejar dos cuestiones. La primera, medir al forense que había realizado la autopsia para saber a qué me estaba enfrentando. Y la segunda, comprobar si todos estos indicios contaban con la profundidad suficiente como para que acabasen convirtiéndose en pruebas.

Saqué la copia de la autopsia y comprobé que se había realizado en el hospital de Lugo y estaba firmada por el forense Agustín Ferreiro, por lo que decidí hacerle sin falta una visita al día siguiente. Mientras tanto, había llegado el momento de tener una nueva conversación con Spielberg. Un Spielberg que se había ubicado en el medio de mis dos hallazgos, puesto que tanto el desánimo como las retiradas de dinero habían comenzado cuando él llegó a la villa.

Capítulo 5

Puse el motor en marcha, activé la música para relajarme un poco y me dirigí a la casa de los Cerreda. Durante el breve trayecto, solo pude escuchar una canción y fue Marvin Gaye y su legendaria [Sexual Healing](#), pero consiguió calmar mis nervios más de lo que hubiese podido imaginar. Si al salir del Centro de Salud pensaba en un nuevo e incómodo interrogatorio de policía para Spielberg, al llegar a mi destino estaba casi convencido de usar mi versión más diplomática. La idea era sacarle información y no conseguir una confesión que ni siquiera sabía si existía, por lo que no podía permitirme el lujo de que se cerrase en banda.

Al llegar, comprobé que el sufrido Ibiza de Spielberg seguía aparcado en la tierra, pero que, en esta ocasión y para mi sorpresa, tenía la compañía de otro coche. Un pequeño y reluciente BMW Z4 rojo, con toda su fiabilidad alemana y un montón de caballos bajo el capó.

Sentí un cosquilleo en el estómago y por lo general no lo siento.

Dejé mi maltratado Corolla al lado de ellos, más cerca del Ibiza que del BMW por una cuestión de respeto y solidaridad automovilística, y avancé por el pequeño camino que llevaba a la casa. A pesar de saber que la puerta estaba abierta, hice sonar el llamador un par de veces y no tardé en escuchar pasos acercándose por el patio.

Érika Rivas, o al menos una persona que yo tomé por Érika Rivas, me abrió la puerta. Tenía los ojos brillantes y una gran sonrisa en su rostro. Una sonrisa de esas que no pierdes por muchos años que cumplas y que me confirmó a ciencia cierta que me encontraba ante la verdadera y auténtica Érika.

Seguía teniendo la misma estatura y su cabeza no alcanzaba más allá de mi barbilla, pero el exceso de peso de la adolescencia había disminuido en gran medida hasta convertirla en una mujer madura, bien proporcionada y en sintonía con el atractivo que siempre había emanado de sus hoyuelos. El cabello seguía siendo

rubio oscuro, pero ya no se veía lacio y desatendido, sino cuidado y brillante, y el rostro era más delgado y se notaba que había sido maquillado con destreza.

Sin duda, aquella adolescente gris e invisible que yo recordaba se había convertido en toda una mujer. Y una mujer muy atractiva. No de las que te das la vuelta en la calle para mirarlas, pero sí de las que te atraen en cuanto las conoces un poco.

Tuvo que ser ella la que rompió el silencio, porque yo estaba de pie, con la boca abierta y el cuerpo congelado.

—¡Lucas Acevedo! —exclamó con cierto tono de sorpresa y dejando ver unos impecables dientes blancos—. Spielberg me dijo que habías estado aquí. ¡Qué alegría volver a verte!

Era una voz directa y segura de sí misma. Por lo visto, su timidez adolescente también la había dejado atrás en algún momento de los años pasados.

—Érika, ¿cómo estás? Te veo muy bien —dije.

—Bueno, gracias —respondió con confianza—. Tú también tienes buen aspecto. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que nos vimos.

—Sí ha pasado, sí.

Se quedó mirándome durante unos segundos y luego dijo:

—Se nota que te ha ido bien estos años.

—Eso es porque no has visto mi hígado.

Ella esgrimió una pequeña sonrisa por mi comentario, mientras se colocaba de lado para que yo pudiera avanzar por la puerta.

—Tu hermano me dijo que eres trabajadora social en Lugo —comenté, ya entrando hacia el patio.

—Ya sabes que Norberto siempre ha sido un desastre para mantener un secreto.

—Pues suena interesante —dije.

—¿Interesante? Aburrido, más bien. Aunque a mí me gusta. Lo que sí suena emocionante es pertenecer a la UDYCO. Eso también lo comentó mi hermano.

—Ahora estoy en una época de descanso.

—Bueno, supongo que, en un trabajo como ese a veces se necesita desconectar un poco —dijo, con cara de empatía—. Ven,

sube a tomar algo.

Me dejó pasar delante y ascendí por las mismas escaleras que habían supuesto el final de la buena de Alicia. Como ya sabía, la puerta de entrada a la casa daba al salón, pero para mi sorpresa, parecía haberse anclado en los años setenta u ochenta. Tres bombillas en forma de vela llenaban la antigua lámpara que colgaba majestuosa del techo. Las paredes tenían un papel pintado descolorido y los muebles estaban viejos y gastados, pero sin una mácula. Dos mesas bajas con pequeñas lámparas se situaban entre el sofá principal y los sillones individuales. En una de las mesas había una foto de Sabino y Alicia delante de la casa y sonriendo a la cámara. Por su aspecto estaba tomada hacía unos años, es posible que cuando se mudaron a la villa, y ambos se veían satisfechos y con una buena cuota de felicidad grabada en sus rostros.

Frente al sofá, había un televisor antiguo sobre un mueble de madera maciza, que albergaba en un estante bajo un moderno reproductor de DVD, que desentonaba con toda la estancia. Por su parte, el suelo era de gres y, aunque se notaba recién limpiado, empezaba a acusar el paso de los años de manera ostensible.

—Mis tíos no eran muy dados a cambiar nada —dijo Érika, viendo mi inspección ocular a la habitación—. Aquí está todo tal y como lo recuerdo de cuando era pequeña.

—Y como cuando yo estuve aquí.

—Cierto, tienes que acordarte.

—Pero no es de extrañar, eran como mis abuelos.

—¿Todavía viven?

—No, ambos fallecieron.

—Vaya, lo siento.

—No te preocupes, ya hace un tiempo de eso. Yo también siento mucho lo de tus tíos. Les tenía mucha estima.

Me hizo un gesto para que me sentara. Escogí hacerlo en uno de los lados del sofá y ella se sentó en el sillón más cercano a mi posición.

—Fue terrible cómo murió mi tía —dijo—. Siempre le insistí para que vendiera esta casa y se mudara a la ciudad, pero nunca me hizo caso.

—No eras la única que se lo decía. Tomás me comentó que también trató de convencerla, pero supongo que no se le hacía fácil renunciar a este lugar.

Ella movió la cabeza en un gesto de fatalidad.

—Nada va a ser igual sin ellos —dijo.

En ese momento, Spielberg entró por la puerta que daba al pasillo exterior.

—Has vuelto —exclamó, sin mostrar demasiada sorpresa.

Yo había ido con la intención de preguntarle de nuevo acerca del cambio de humor de sus tíos. Y tal vez, solo tal vez y si se presentaba la ocasión, formularle una o dos preguntas más sobre si tenían dinero ahorrado. Pero no había reparado en que Érika pudiese estar allí. Con ella, mi espacio para maniobrar se veía reducido de manera considerable, así que decidí justificar mi presencia con lo primero que se me ocurrió.

—Tuve que volver porque antes se me cayó el informe de la Guardia Civil en el aparcamiento —dije—. Solo vine para recuperarlo, pero decidí llamar para ver si estabas y poder saludarte —añadí en dirección a Érika.

—Oh —dijo—, es todo un halago.

Respondí a su comentario con una sonrisa de cortesía.

—Norberto me dijo que estabas en la villa porque Tomás te había pedido que vinieras —añadió ella—. Entiendo que no le apetezca arreglar estas cosas él mismo. El día del entierro estaba muy afectado.

—Ya tengo todo lo que me pidió.

—Entonces, ¿te vuelves a Vigo?

—No, todavía me quedaré unos días. Me gusta la villa y, sobre todo, me gusta la comida que preparan. Además, como te he dicho, no tengo prisa, estoy de vacaciones.

Creo que intentó disimular, pero pude divisar con cierta claridad un pequeño gesto de satisfacción en su rostro. Sentí que mi ego se estaba hinchando sobremanera y me amenazaba con destrozarme la camiseta a la altura del pecho.

—Deberíamos hacer una comida antes de que te vayas —interrumpió Spielberg, ya algo más distendido.

—Me parece bien —dije.

—Tengo que editar unas películas ahora —continuó él—, pero ¿por qué no vais a tomar algo y recordáis los viejos tiempos? El Café Arime es un buen lugar. Es que no tenemos nada que ofrecerte para tomar aquí. Al menos, creo que no hay nada en la nevera, ¿verdad, Érika?

—No, que yo sepa. ¿Te gustaría ir, Lucas?

—Sí. Por mí, perfecto —dije.

—Cojo mi bolso y vamos —dijo ella con rapidez.

Salimos por la puerta unos minutos después, dejando a Spielberg en la sala sonriendo con cierta malicia y satisfecho por la estupenda obra de teatro que había improvisado junto a su hermana. Sin duda, recordaba el enamoramiento de nuestra adolescencia.

—Yo también llevo el coche —dijo Érika cuando llegamos al aparcamiento—. De esa manera no tendrás que traerme de vuelta.

—No me importa.

—No, no es necesario.

Nos metimos cada uno en nuestro automóvil y salimos hacia el centro de la villa. Por suerte, el Corolla estaba aparcado en un ángulo perfecto para que ella no reparase en los agujeros de bala falsos.

El Arime, con el nombre escrito en letras rojas astilladas arriba y al lado de la puerta, estaba en la parte oeste. No lo recordaba de mi etapa adolescente, pero lo había visto en la ronda que hice el primer día por la villa.

Cuando llegamos al lugar, había varios coches aparcados en la acera de enfrente y una moderna furgoneta de reparto con los cristales laterales tintados, que a buen seguro había terminado su jornada matinal. Me encontré con Érika en la calle y nos dirigimos hacia la puerta. Un hombre más o menos de mi edad se acercaba a buen paso por el otro lado. Tenía el pelo claro, liso y con un discreto flequillo que caía encima de unos ojos claros. No parecía un obrero, sino más bien un fanático de los ordenadores. Nos abrió la puerta y le di las gracias al pasar.

Me gustan los bares de las villas pequeñas como el Arime. El suelo se veía limpio, pero desgastado por las innumerables botas de los trabajadores que allí iban a diario. El espejo y las botellas de licor en la parte trasera del bar estaban rodeados por los lados y la parte superior con un marco de madera, al que el paso del tiempo había oscurecido. La barra era de la misma madera, pero, en este caso, se había desgastado en la parte central por los fondos deslizantes de los muchos vasos y botellas de cerveza que por allí se habían arrastrado.

Al final de la barra, charlaban de manera animada tres hombres sentados sobre taburetes, vestidos con ropa de trabajo y botas gruesas. Todos se reían e intentaban con más o menos éxito meter en la conversación a la señora que servía detrás de la barra.

El más alejado de la puerta, que también era el más grande con diferencia, vio cómo se acercaba al grupo el que nos había abierto:

—Oye, Marco —le dijo en tono burlesco—. ¿Cuándo me vas a pedir que te preste la desbrozadora otra vez? Estaba más limpia cuando me la devolviste que cuando la llevaste.

—Soy una persona agradecida —respondió Marco, arrancando la risa de los otros dos.

—Nunca he visto nada igual —insistió el grande, buscando la complicidad de los otros dos—. Este tío aparece de la nada, empieza a pedir máquinas prestadas y se dedica a limpiarlas. ¿Qué eres, la reencarnación de *Mr. Proper*?

—A lo mejor el problema es que tú la limpias poco y después tenemos que hacerlo los demás si queremos usarla —se defendió Marco, dándole una palmadita en la espalda.

Los otros tomaron partido en la broma, sumándose uno al bando del grandullón y el otro al recién llegado, mientras la señora de la barra le colocaba a este una botella de cerveza delante.

No es que no se hubiesen fijado en Érika y en mí, de ninguna manera se les pasaría por alto un par de forasteros en la villa, sino que, como suele ser habitual en estos sitios, lo habían hecho con discreción a la espera del momento oportuno para entablar conversación con nosotros y saber de dónde habíamos salido.

—No os preocupéis por ellos —nos dijo desde la barra el hombre que nos había abierto la puerta—. Ladran mucho, pero en el fondo son inofensivos.

—No tengo dudas de eso —dije.

—Inofensivos para todo, excepto para mi barra —interrumpió la señora desde su posición, a la vez que nos preguntaba qué íbamos a tomar.

Yo le pedí una cerveza y Érika, otra. Me levanté a recogerlas y le di un billete de cinco euros, del que me devolvió unas monedas.

Me acerqué a la mesa con las bebidas en la mano, mientras los clientes de la barra volvían a su rutina. Érika y yo empezamos a hablar. Me explicó que le gustaba su trabajo porque le daba la oportunidad de ayudar a personas que lo necesitaban y que nunca se había casado, por lo que podía permitirse ciertos caprichos, como su bonito coche. Después me preguntó sobre mi trabajo. Le dije lo menos posible, sin llegar a parecer descortés, porque supongo que empiezo a ser como los viejos soldados cuando ya han visto demasiada acción, que no me gusta hablar de mis misiones. Érika, como mujer inteligente que era, creo que captó pronto mi sentimiento y pasó a preguntarme sobre los demás integrantes de nuestra pandilla adolescente. Descubrimos que ninguno de los dos sabía demasiado sobre ellos. Después de recordar un par de anécdotas de aquellos tiempos, ella me miró a los ojos durante un par de segundos.

—Estaba muy enamorada de ti, sabes —dijo.

—¡No! ¿En serio?

—Sí. Y quiero darte las gracias por haber sido siempre tan respetuoso conmigo. Me hubiese hecho mucho daño que lo hubieras aprovechado para reírte de mí.

—Madre mía, ¿cómo puedes pensar eso? Yo era amigo de tu hermano y estoy seguro de que me mataría si me hubiese reído o pasado contigo.

—Bueno, aun así, fue un gran gesto por tu parte.

Aunque ya no era la chica insegura de la escuela secundaria, parecía que se estaba poniendo sentimental en ese momento.

—Lo pasábamos bien en aquella época —dije.

—Desde luego, pero estamos en la actualidad y cada momento de la vida tiene su encanto.

Asentí con la cabeza.

—Así es —dije a la vez—. ¿Cuánto tiempo te vas a quedar?

—Calculo que un par de semanas. Tengo que poner en orden la casa. Spielberg no es precisamente un dechado de virtudes para estas cosas.

—¿En qué anda metido ahora? Dijo que tenía que trabajar en una película, pero no nos explicó mucho más.

—No tengo ni idea. Lo único que sé es que ha hecho algún trabajo y ha ganado un poco de dinero. Y también que tiene un gran proyecto en marcha, pero no quiere decir de qué se trata. O a lo mejor no puede, vete tú a saber.

—Espero que al final lo consiga. Creo que es bueno. Tiene esa. .

—¿La rareza de los genios?

—Eso de la rareza lo has dicho tú, no yo.

—Bueno, supongo que es lo que se necesita para ser creativo.

—Lo que no entiendo es por qué, si pretende abrirse camino en el cine, se queda aquí.

—¿Te está saliendo tu vena policíaca?

Terminé la cerveza y pedí otra.

—No —dije, mientras le hacía una seña a la señora—, es solo curiosidad por un amigo.

—Podrías encontrar mejores cosas sobre las que sentir curiosidad.

Me levanté a buscar la cerveza en la barra mientras pensaba si las palabras que acababa de escuchar significaban lo que yo pensaba que significaban. ¿De verdad la madura y segura Érika se había atrevido a hacerme las proposiciones que la joven y tímida Érika nunca había sido capaz? ¿Quería decir eso que su enamoramiento juvenil seguía presente en la actualidad? El cosquilleo en el estómago, que había empezado cuando vi el Z4, había evolucionado a un bulto pesado que me aplanaba contra el suelo y casi me dificultaba caminar.

Uno de los hombres que estaba en la barra salió de una manera tan inocente como oportuna en mi auxilio.

—¿Están de visita en la villa? —me preguntó desde su taburete.

Era un hombre delgado y con cara de ser capaz de ofrecerle su casa a cualquiera que le dijese que no tenía donde dormir.

—Ella es Érika —señalé desde mi posición—. Es la sobrina de Sabino y Alicia Cerredá y se ha quedado unos días para poner todo en orden. Yo soy amigo de la familia y he venido a echar una mano. Me llamo Lucas.

Los cuatro hombres y la camarera se pusieron serios.

—Siento mucho lo de su tía —dijo el hombre más grande en dirección a Érika—. Me caía muy bien, y el señor Sabino también. Los veía a menudo por la villa.

Los demás asintieron con la cabeza. Supongo que siempre es difícil hablar de los difuntos, sobre todo, cuando a uno de ellos la muerte le ha llegado de una manera tan trágica.

—Gracias —dijo Érika.

Volví con la cerveza a la mesa y los hombres retomaron la conversación, pero la interrupción y el recuerdo de sus tíos hizo que Érika se olvidase de los viejos tiempos y las proposiciones y se centrase en lo mucho que los iba a echar de menos. Por lo que me dijo, seguía pasando con ellos un par de días todos los veranos.

Cuando ella acabó la cerveza, decidimos irnos, puesto que Spielberg la esperaba para almorzar. Nos despedimos de nuestros nuevos amigos antes de salir por la puerta.

Nos dirigimos en silencio y con lentitud hacia los coches. Ya casi era mediodía y el sol de junio empezaba a apretar. Al llegar al BMW, me detuve al lado de la puerta, mientras ella accionaba el cierre centralizado. Antes de entrar, se volvió hacia mí.

—Así que te quedarás unos días —dijo.

—En principio, sí.

Se hizo un silencio entre los dos.

—Podríamos repetir la cerveza de hoy —dije al final—. ¿Tienes algún plan para mañana por la noche?

Érika levantó una ceja antes de contestar, como si no se pudiese creer que yo hubiese recogido su proposición de hacía unos

minutos.

—¿Dónde? ¿En Fonsagrada?

—¿Qué te parece si te llamo mañana y nos vamos a Lugo a cenar algo?

—¿Una cita en Lugo? ¿Érika Rivas y Lucas Acevedo?

Me reí entre dientes.

—¿Por qué no podemos tener una cita? —pregunté, tratando de no darle importancia.

—Cierto. ¿Por qué no?

Intercambiamos los números de teléfono y ella también me dio el del hijo de la casa.

—Te estaré esperando, Lucas Acevedo —dijo, mientras arrancaba el impecable BMW y me sonreía por encima del hombro.

No volví de inmediato a mi coche, sino que me quedé inmóvil durante unos segundos en el mismo lugar donde la había despedido. Recuerdo que sentí una especie de vértigo y me pregunté qué significaba aquello. Y no pensaba solo en el bulto que me aplastaba el estómago, sino en que Érika era la hermana de Spielberg y, me gustase o no, él estaba en medio de todos los indicios que había descubierto. No, por supuesto que no veía a Spielberg como un estafador, y mucho menos como un asesino, pero necesitaba comprobar si el hecho de que las desgracias de sus tíos empezasen cuando él llegó a aquella casa había sido una simple casualidad o, de algún modo, había influido en ellas. En todo caso y a la espera de las indagaciones que tenía pendientes, pensé que no perdía nada por compartir plato y mantel con Érika.

Me di la vuelta para encaminarme hacia el Toyota e ir a comer algo. Cuando estaba llegando a su altura, me fijé que Marco, el hombre que había entrado con nosotros, se acercaba caminando por la acera. Sin lugar a dudas, él tenía un aire diferente a los hombres que estaban en el bar.

Lo saludé con la mano mientras abría la puerta.

—Son buena gente —dijo—, pero a veces se ponen insoportables.

No sé si por estar pensando aún en Érika o por mi torpeza innata, no supe a qué se refería y contesté con un gesto de

extrañeza.

—Los tres que están dentro —aclaró.

Asentí en señal de conformidad.

—Parecen buena gente —añadí.

—Lo son. Todos los habitantes de esta villa lo son y, desde el primer día, te hacen sentir como en tu casa. Lo digo por experiencia, por si estás pensando en mudarte a estas tierras.

—¿No eres de aquí?

—No, yo nací en Lugo, aunque me crie en Madrid. Dime, ¿podemos hablar un momento?

—Claro.

Volví a cerrar la puerta para regresar al bar, pero él me frenó.

—No, si no te importa, mejor en privado. ¿Entramos? —dijo, señalando al coche.

Le hice señas para que se subiera del lado del pasajero.

—Ignora el desorden —dije mientras nos instalábamos—. No soy muy cuidadoso con los coches.

—Los agujeros de bala le dan un toque curioso.

—Se los puse en un arretrato de locura y me da pereza quitarlos.

Bajé la ventanilla para estar más cómodo y él hizo lo mismo. Era un poco más bajo que yo y, visto más de cerca, tal vez un poco más joven. También vestía pantalones vaqueros, una camiseta y su aspecto era relajado, como el de un turista adinerado recién llegado a su lugar de vacaciones.

—Marco Basanta. Marco, acabado en o, sin la s —me dijo, extendiendo su mano.

—Lucas Acevedo.

—¿También eres familia de los Cerreda?

—No, solo soy un amigo cercano.

—Entiendo —dijo—. Yo conocía a Sabino y a Alicia. Los veía a menudo por el pueblo. Eran personas muy sociables.

Asentí con la cabeza.

—Tengo entendido que hoy has estado haciendo preguntas por la villa —añadió.

Dejé escapar un gesto de extrañeza.

—Veo que las noticias corren rápido por aquí —dije luego.

—La gente nueva siempre llama la atención y genera curiosidad. A mí también me pasó las primeras semanas después de mudarme.

—¿Hace mucho de eso?

—Pues, no sé, unos dos años o así. No, más, casi tres años.

Después se puso serio.

—Lucas, puede que no sea asunto mío, pero creo que debo decirte algo. Quizá te resulte extraño, pero no tanto si te digo que trabajé durante muchos años en una agencia de inversiones en Madrid. Me dediqué en cuerpo y alma y renuncié a muchas cosas para poder retirarme a una edad temprana a un lugar tranquilo como este. Mis padres eran de Lugo y lo conocía porque siempre me traían a comer aquí.

—Tomás, el hijo de los Cerrada también piensa jubilarse pronto. Fue él quien me pidió el favor de que viniese a recoger el informe de la autopsia y arreglarle algunos asuntos que le habían quedado pendientes el día que vino al entierro.

—Sí, lo vi en el funeral y me pareció buena gente. Y tú, ¿cómo tienes tanto tiempo libre para hacer esos favores? ¿También estás retirado?

—Sí, pero lo mío solo es temporal.

Ladeó la cabeza y me midió.

—Me parece todo un detalle por tu parte venir aquí hasta para hacerle esos favores —dijo—. Tiene que ser un buen amigo.

—Lo es, desde hace muchos años.

—Como te digo, nunca me lo han presentado, pero sí conocía a la señora Alicia y al señor Sabino y les tenía una gran estima. Por eso quiero contarte algo sobre ellos, porque, aunque lo que sé probablemente no signifique nada, siento que necesito sacarlo a relucir de todos modos. De alguna manera, creo que se lo debo. Ya sabes, a veces sientes que tienes que hacer algo por la gente que aprecias, aunque sea después de fallecer.

—Estoy impaciente por saber qué tienes que contarme, Marco.

—Como te digo, no creo que importe mucho. Solo es que hace tiempo me hablaron de algo y quería comentártelo. Como no sé si veré a Tomás y estás aquí por encargo de la familia, supongo que tengo que decírtelo a ti.

—Da por seguro que se lo transmitiré a Tomás de tu parte.

Hizo un gesto de conformidad.

—Conocí a Sabino y a Alicia al poco de instalarme aquí —dijo luego—. Ellos fueron unos de los que me hicieron sentir como en mi casa y se ofrecieron a ayudarme en lo que necesitase. Desde el principio, supieron a qué me había dedicado y un día vinieron a mi casa y me hicieron unas preguntas.

—¿Asuntos financieros?

—Sí —dijo—. Dijeron que habían hecho una mala inversión de la que querían salir, pero que no sabían muy bien cómo conseguirlo.

—¿Malas inversiones de las que necesitaban desvincularse?

—Sí. Yo los vi preocupados y les recomendé que visitaran a un buen abogado, porque por lo general no hay ningún contrato que no se pueda romper. Pero creo que la idea de visitar a un abogado no les encajaba demasiado en sus planes. No sé qué era, porque no me lo explicaron. Simplemente dijeron que no podían. Me quedé preguntándome por qué habían acudido a mí si no iban a decirme de qué se trataba, ni sé qué solución pretendían que les aportara. Me imagino que solo necesitaban hablar, pero es que ni eso hicieron. Más tarde pensé que a lo mejor habían venido con esa idea, pero que cuando llegó el momento se sintieron avergonzados. La gente tiene mucho orgullo por aquí.

—¿No te dieron ninguna pista?

—No, ninguna.

—¿Y nunca te volvieron a hablar del tema?

—No. Yo les pregunté tiempo después y me respondieron que sí lo consultarían con un abogado, pero me sonó a que solo me lo decían para sacarme de encima.

—¿Cuándo ocurrió eso?

Se quedó pensando un momento.

—Este invierno, no, el pasado —dijo después—. Poco antes de las vacaciones, si no recuerdo mal.

—¿Recuerdas a alguien más en la villa que te haya consultado algún problema parecido?

—No, solo ellos. Hay mucha gente que me pregunta antes de hacer una inversión, pero quejarse por haber hecho una mala y no

poder salir, no. Nunca.

Me quedé pensando unos segundos y asimilando lo que me estaba contando Marco.

—Ojalá pudiera decirte más, Lucas, pero es todo lo que sé —añadió—. Es posible que lo acabasen solucionando y no tenga importancia, pero de todos modos quería que lo supiera la familia.

—Se lo haré saber, descuida.

Abrió la puerta y salió del coche. Después de hacerlo, se inclinó sobre la ventanilla abierta.

—Si vuelves alguna vez por el Arime, te invito a una cerveza. Estoy aquí casi todos los días antes de almorzar.

—No, Marco, la próxima vez te invito yo. Gracias por la información.

—Descuida, no hay de qué.

Subí las dos ventanillas cuando se fue y arranqué el Toyota. Marco parecía una persona directa. Y después de lo que me había dicho el director del banco, tenía sentido lo que me había dado. Dos ancianos perdiendo dinero en una inversión ruinosa y vergonzante, que les amargó los últimos años de vida.

Cierto. En apariencia, parecía que todo encajaba, pero yo le veía algunos agujeros.

¿Qué tipo de inversión requería retirar el dinero en efectivo y mensualmente?

Y si se habían metido en un lío o los estaban estafando, ¿por qué no acudieron a su hijo que era uno de los mejores abogados de Vigo?

Y luego estaba la madre de todas las preguntas. Marco había dicho que escuchó que yo había estado por la villa haciendo preguntas.

A ver, a ver, vamos a recapacitar. Una cosa es estar y otra hacer preguntas. Partiendo del punto de que en el juzgado solo había entrado a recoger una copia de la autopsia y los guardias se habían limitado a acompañarme a la casa, las opciones que quedaban eran el padre Julio y el director del banco, Amador. Mi labor de husmeo se había reducido a ellos y no podía creer que el padre Julio divulgara una conversación privada y menos a alguien como Marco,

que no lo veía yo como un fiel feligrés asistiendo a misa de tarde el día anterior. De la misma manera, tampoco resultaba factible que el pequeño director de banco aireara nuestra conversación al primero que entrase por su sucursal, cuando me había solicitado toda la discreción del mundo.

Entonces, la cuestión era: ¿quién le había soplado a Marco mis investigaciones, o a través de quién habían llegado a sus oídos?

¿De Spielberg? ¿De Érika?

¿Y por qué?

Anoté de manera mental una nueva misión para los días posteriores: encontrar el vínculo de alguno de los dos hermanos con Marco y pensé que la cita que teníamos pendiente Érika y yo para el día siguiente podía ser una buena ocasión para indagar en ello.

En ese momento y mientras estaba tamborileando con los dedos sobre el volante, sonó mi teléfono móvil dentro del bolsillo del pantalón. Entre el estado de concentración en el que estaba y las ganas de orinar por las cervezas, casi se me afloja la vejiga encima.

Lo saqué del pantalón y miré la pantalla, Tomás.

—Hola, Tomás.

—¿Cómo va todo?

—Lento, pero seguro. Fui al juzgado y recogí el informe de la autopsia. La Guardia Civil también me dio una copia de su informe y me acompañó hasta la casa para inspeccionar el lugar.

Tomás se quedó en silencio un momento.

—¿Fue instantáneo? —dijo después.

—Sí, todo indica que murió al instante. Tomás, si se golpeó la cabeza con la fuerza que dice la autopsia, el accidente tuvo que ser fatal en el momento de producirse. Sé que no es demasiado consuelo, pero al menos no sufrió.

—No, Lucas, eso es mucho. Me daba miedo pensar que pudo estar horas moribunda en el suelo y sin ninguna ayuda.

Después hizo otra pausa.

—Así que —dijo al cabo de un rato—, ¿todo en orden por lo que has podido ver?

Quería ser honesto con él, aunque solo tuviese simples indicios.

—La verdad es que aún no lo sé, todavía estoy investigando. La gente aquí tiene la misma sensación que tú de que los últimos años no eran los mismos, incluso el párroco. Y hay algo más. Un asunto de dinero.

—¿Cómo un asunto de dinero? Hasta donde yo sé, no pasaban apuros económicos.

Le conté lo que Amador me había dicho y también que teníamos que mantenerlo en secreto por ahora. Pero cuando acabé de explicárselo, Tomás estaba furioso.

—De acuerdo, esperaré hasta que la herencia esté arreglada —dijo con voz áspera—, pero después ese imbécil tendrá que rendirme cuentas. Joder, no dejas que dos ancianos hagan cosas como retirar dinero en efectivo a montones y no te preocupas de denunciarlo o ponerlo en conocimiento de la familia. Estúpido inútil.

Después se tomó un respiro para coger aire. Dudé si hablarle de Marco, pero pensé que ya estaba lo bastante enfadado como para echar más leña al fuego.

—Y comprueba qué ha sido de ese dinero y a dónde ha ido —se arrancó antes de que yo pudiese hablar y sin suavizar el tono—, porque si alguien estaba estafando o extorsionando a mis padres, quiero saberlo. Te juro que como alguien fuese tan hijo de puta de atreverse a hacer algo así, va a tener que ser igual de valiente para enfrentarse a mí.

—Entiendo cómo te sientes. No te preocupes, seguiré investigando y sabrás todo lo que tengas que saber.

Tomás respiró hondo, lo bastante profundo como para que pudiera oírlo alto y claro.

—Me pregunto qué coño estaba pasando ahí —dijo finalmente.

—Yo también, pero lo averiguaremos. Mañana iré a visitar al forense.

—¿Al forense? ¿Cómo? ¿Pero me estás diciendo que también tienes sospechas de que la muerte de mi madre pudo no ser accidental?

—No, no estoy diciendo eso en absoluto, Tomás.

—¿Entonces para qué vas a ver al forense?

—No es eso. Me pediste que viniese aquí para comprobarlo todo y eso es lo que quiero hacer. No pienso dejar ningún fleco pendiente.

Mentira número uno.

—Bien. Vale, está bien —dijo—. Ya sé que eres meticoloso en tu trabajo. Y cabezón, a eso no hay quien te gane.

Decidí llevarlo a otro terreno antes de que retomase el anterior.

—Estuve con Spielberg. No ha cambiado mucho.

—Eso me pareció a mí también. Sigue en su mundo. Pero fue bueno que estuviese allí.

—Érika también está aquí.

—¿Todavía sigue ahí?

—Sí.

—Estupendo, su cabeza está bastante mejor amueblada que la de Spielberg.

—Bueno, eso tampoco es difícil.

—Ella sí ha cambiado mucho, ¿verdad?

—No me he fijado demasiado.

—Lo digo porque, si no recuerdo mal, creo que estaba muy enamorada de ti.

—Sí, claro.

—Por supuesto que lo estaba y serías un hombre afortunado si la tuvieras a tu lado, Lucas.

—¿Me estás diciendo que no soy afortunado ahora?

—No, lo que te estoy diciendo es que puedes serlo mucho más.

Se hizo una larga pausa entre los dos.

—¿Así que no tienes nada más que puedas contarme de momento? —preguntó luego.

Me quedé callado un par de segundos pensando que podría haberle dicho que Spielberg estaba nervioso por mi aparición, o que tenía un interés inusitado en asegurarse de que yo asumiera que sus tíos no estaban deprimidos y sí envejecidos, o cómo todo más o menos parecía coincidir de manera recurrente con su llegada a la casa. Pero si lo hiciera, estaría acusando a alguien de su sangre y eso eran palabras mayores. No quería afrontar su reacción sin tener prueba alguna en las manos.

—¿Por qué te quedas callado? ¿Hay algo más? —interrumpió mis pensamientos.

—No, Tomás, eso es todo por ahora —dije en un tono convincente—. Estaba pensando en Érika.

Mentira número dos.

Nunca abras una caja de Pandora si no tienes armas con las que combatir los demonios que encierra dentro.

Capítulo 6

Después de mi conversación improvisada con Marco y la llamada de Tomás, volví al Cantábrico para comer algo, pero en esta ocasión apenas probé bocado. Si mi recién estrenado amigo había alimentado aún más mis dudas, la voz de Tomás me recordó que debía encontrar las respuestas cuanto antes. Y eso provocaba que mi preocupación fuese en aumento.

Al salir del restaurante, decidí que lo mejor sería viajar a Lugo ese mismo día, reservar una habitación en la ciudad e ir a ver al responsable de la autopsia al día siguiente lo más temprano posible. Por lo general, las autopsias se realizan en horario de mañana en una sala del hospital. Además, por alguna razón sentía que necesitaba alejarme de la villa durante unas horas y escapar del alcance del aliento de los vecinos. El no saber qué buscaba con exactitud, me estaba pasando factura en forma de impedir que me pusiese fiar de alguien. No solo con las personas que hablaba, sino también con las que me veían por la villa, porque cualquiera podría tener interés en observar mis pasos.

Por otro lado, también me daría la oportunidad de analizar de nuevo cada palabra, cada gesto, cada matiz de las conversaciones que había mantenido hasta entonces. Porque si bien trataba de evitar magnificar mis percepciones por el deseo de volver a sentirme útil, menos aún quería que ese miedo me llevase a justificar las incongruencias que percibía con explicaciones casi imposibles. Supuse que, después de apretar un poco al forense, tendría todo mucho más claro.

Pasé por el hotel para recoger algo de ropa, me metí en el Corolla y dejé la villa en cuanto pude. Durante el trayecto avancé el pendrive al final y fui escuchando a los franceses Serge Gainsbourg y Charles Aznavour y un par de canciones más del belga Jacques Brel. Quería olvidarme de todo y relajarme durante un buen rato para dedicarme a ordenar ideas al llegar.

Llegué a Lugo a media tarde y cogí una habitación en el hotel España, el mismo donde Spielberg me había dicho que se hospedó la semana que encontraron muerta a Alicia. Un hotel barato, limpio y, muy a mi pesar, discreto, porque tuve que volver a hacer uso de mi placa falsa para conseguir que el recepcionista me confirmase que, en efecto, Spielberg había estado allí alojado aquella semana.

Una vez instalado en mi nuevo hogar, salí a dar un paseo por la muralla. Sin duda, Lugo es una ciudad con mucho encanto. En ella viven unas cien mil personas, pero todavía conserva un ambiente familiar. Hay dos cosas que tienes que hacer cuando llegas a ella, dar al menos una vuelta entera por el adarve de la muralla, que lo recorre en su totalidad y mide algo más de dos kilómetros, y visitar su amplia zona de vinos, que cuenta con estupendos bares y mejor ambiente.

Durante el paseo, me dediqué a escrutar dentro de la cabeza cada una de las conversaciones que había tenido en Fonsagrada. Estaba seguro de que en alguna se me había escapado algo evidente, pero no lograba saber qué era. A lo largo de aquella tarde enlacé una vuelta con otra como un poseso, sin mirar nada más que a los pies a la espera de hallar algunas de las respuestas que necesitaba. Pero, sobre todo, sentía que necesitaba afinar la oxidada percepción de la realidad que creía que había tenido hasta entonces. Cuando ya empezaba a anochecer y había completado cuatro vueltas, me di cuenta de que el paseo solo me había servido para cansarme y pensé que debía intentarlo por otros métodos.

Bajé a tierra llana y me dirigí a la zona de vinos con la idea de lubricar con alcohol las bisagras de la oxidada puerta que crujía en mi cerebro. Después de visitar tres bares y agotar otras tantas cervezas, me sentía cansado y con ganas de acostarme, por lo que busqué una tienda de 24 horas en la que pudiese comprar una botella de ron, un refresco de dos litros y algunos vasos desechables.

Con todo camuflado en una bolsa, subí a la habitación y cerré con llave hasta el día siguiente. Después de poner el aire acondicionado a baja temperatura, apoyé la cabeza en el cabecero de la cama y me serví la primera copa. Pero en esta ocasión, dejé

de repasar las conversaciones y me centré en valorar la situación. Dos tristes ancianos perdiendo el brillo de sus años dorados con la aparición de nada de un sobrino. Una muerte cuestionable en unas malditas escaleras, dinero en efectivo sacado sin motivo y la noticia de que Spielberg o Érika o a saber quién habían corrido a comentar por la villa que un tonto andaba haciendo preguntas incómodas.

Me desperté después de la medianoche todavía apoyado contra el cabecero, con el cuello rígido y dolorido igual que si un bisonte me hubiera embestido por detrás. Por si fuese poco, mi boca tenía el amargo sabor de un paño sucio recién rescatado del fregadero de cualquiera de los bares que había visitado. Con todo eso, no me sentía próximo a tener una idea más clara de lo que pasaba que cuando llegué a la ciudad y pensé que era un buen resumen de mi investigación hasta entonces.

La mañana siguiente fue otra hermosa postal que enviaba junio para anunciar el verano que se avecinaba. En el cielo había nubes soleadas y flotantes sobre una ciudad que lo esperaba con los brazos abiertos.

Busqué una cafetería donde comprar un café negro y un bollo y bebí y comí mientras me dirigía al Hospital Universitario Lucus Augusti. Allí busqué el Servicio de Patología Forense con la impaciencia por encontrar al doctor Ferreiro reflejada en la cara.

Al llegar a mi destino, me recibió un hombre de mediana edad y buena planta, vestido con una bata blanca. Sin ninguna duda, tenía la imagen que se le presupone a alguien que acaba de jugar con los sesos de algún desgraciado.

—Soy el doctor Losada, jefe de área de Patología Forense —me saludó.

—Buenos días, me gustaría hablar con el doctor Ferreiro.

Él puso cara de extrañeza.

—Pues creo que ha venido usted al lugar equivocado. El doctor Ferreiro es forense clínico. No trabaja aquí, sino en el juzgado.

En esta ocasión, el sorprendido fui yo.

—He venido a verle en relación a una autopsia. ¿Cómo puede ser que haya realizado una autopsia si trabaja de forense clínico?

—Porque le habrá tocado en una guardia. Aquí somos ocho forenses. De lunes a viernes, yo me encargo de las autopsias y los otros siete hacen clínica en el juzgado. Los festivos y fines de semana son diferente. Nos repartimos las guardias entre los ocho y, en ese caso, el que se quede con el teléfono se queda para todo, incluido para hacer las autopsias que le toquen en su guardia. Deduzco que esa es la explicación.

Me despedí del doctor Losada agradeciéndole la información y me encaminé hacia el juzgado. Durante el trayecto, pensé que, si Spielberg había encontrado a Alicia el sábado por la mañana, tenía sentido que la autopsia le hubiese tocado al forense de guardia. Y quizá esa fuese la razón de las inexactitudes que había percibido en el informe, puesto que si Agustín Ferreiro era forense clínico y solo realizaba autopsias cuando estaba de guardia, era probable que, al repartirse entre ocho, solo le tocara una cada dos meses. Incluso, en una provincia pequeña y tranquila como Lugo, pudiera ser que eso solo ocurriese cada cuatro o seis, porque muchos fines de semana no tendría ninguna llamada.

Entré en el Juzgado pensando todavía en eso cuando me fijé que el guardia Carlos Montes estaba vagando por los pasillos.

—Hola, Lucas —me saludó una de las pocas personas que creía que se alegraban de verme—. ¿Has acabado de arreglar todo en Fonsagrada?

—Sí, ya he hablado con todas las personas que necesitaba.

—¿Has comprobado todo lo necesitabas en la casa?

—Sí, todo bien.

—Me alegro. Yo he tenido que venir a traer unos informes. ¿Ya no vuelves por la villa?

—Sí, hoy mismo. Tengo pensado quedarme allí unos días para descansar un poco.

—Estupendo. Me gustaría hablar contigo alguna vez para que me des instrucciones sobre cómo entrar en algún cuerpo especial.

—Será un placer, Carlos. Antes de irme de la villa, me pasaré un día por el cuartel y hablamos.

Se despidió a la vez que hacía un gesto de felicidad. Pensé que no era muy diferente a cómo era yo cuando había entrado en el

cuerpo.

Dejé a Carlos y me dirigí al escritorio de la recepcionista.

—Disculpe, me gustaría hablar con el forense Agustín Ferreiro.

Me indicó dónde encontrarlo y acabé en una habitación grande, fría y blanca, con una iluminación brillante en el techo y líneas de archivadores a lo largo de dos paredes. Al otro lado de la habitación, había un escritorio de metal gris que era tan frío y aséptico como el resto del lugar. Los únicos colores cálidos provenían de tres filas de estantes de madera que estaban detrás del escritorio. En ellos había fotografías de varios tamaños y marcos. Todas eran de gente joven: bebés, niños en edad escolar y algunas de adolescentes. Había tres o cuatro fotos de los mismos chicos a diferentes edades. De las que reflejaban a adolescentes, algunas se veían envejecidas, pero las demás se notaba que eran recientes. Predominaban las mujeres sobre los hombres.

Un hombre pequeño, pálido, bastante grueso y de pelo blanco se sentó detrás del escritorio. Se estaba quedando calvo por delante y el poco pelo que conservaba se notaba que lo peinaba con esmero hacia atrás. Me resultó una cara conocida, pero no supe ubicarla en ese momento en la memoria.

—¿Doctor Ferreiro?

Me miró y me ofreció una sonrisa fácil y pequeña.

—¿Sí?

—Soy Lucas Acevedo.

Me adelanté y me senté en una silla frente al escritorio.

—Menuda pandilla tiene ahí —comenté.

—Sí. Seis hijos y, según el último recuento, dieciséis nietos.

—Vaya, tendrá que apuntar las fechas de los cumpleaños.

—Cierto, así es —dijo con una sonrisa—. Mi esposa se encarga de anotarlas en el calendario nada más iniciar el año y yo de separar una partida de dinero para comprar regalos.

Me reí por su último comentario.

—Debe de ser estupendo tener una gran familia, ¿no?

—Por supuesto que sí. La familia lo es todo. Y para mí más, porque ya estoy llegando a la edad en que es lo único que importa.

—Puedo entenderlo. Doctor Ferreiro, me gustaría hacerle unas preguntas sobre la muerte de Alicia Cerreda, si tiene tiempo.

No perdió la sonrisa por completo, pero se desvaneció en buena parte.

—¿Eres de la familia, Lucas?

—No, pero soy amigo de Tomás Cerreda, su hijo.

—Sí, conozco a Tomás. Yo nací en Fonsagrada y siempre he vivido allí. Conocía a los Cerreda de toda la vida y también conozco a Tomás.

En ese momento encontré al doctor Ferreiro en mi archivo mental, situado en la época de cuando yo era aún un adolescente y él tenía más pelo y menos nietos. En todo caso, me pareció curioso que también fuese de la villa.

—Pero, dime —añadió—. ¿No debería ser él quien estuviese aquí y no tú?

—Somos buenos amigos y me pidió que recogiese el informe de la autopsia. No podía soportar hacerlo él mismo.

Mientras hablaba, le había colocado la copia de la autorización que Tomás envió al juzgado y que, con toda amabilidad, me había facilitado el funcionario, alegando que podría necesitarla en algún momento.

Agustín la miró con detenimiento y luego volvió a dirigirse a mí.

—Entiendo —dijo—. Bueno, Lucas, no hay mucho que decirte. Fue una tragedia, una verdadera tragedia. La señora Alicia se tropezó en la escalera y se cayó. Supongo que varios escalones antes del final y se fue de cabeza, porque el golpe fue mortal. Es uno de los casos más tristes que he visto. Pero eso es todo, pensé que la familia lo había entendido.

—¿No cree que a la familia le gustaría saber todos los detalles?

Suspiró.

—Supongo —dijo—. Pero he descubierto a lo largo de mis años de experiencia que, en estos casos tan desgraciados, los detalles solo empeoran las cosas. Por lo general, una explicación demasiado gráfica solo consigue que le resulte más difícil superar el dolor a la familia.

—¿Por eso no incluyó fotos en el informe de la autopsia?

—Como te digo, saber muchos detalles, solo agrava el sufrimiento y no creo que Tomás quisiera ver las fotos de su madre muerta en una mesa de autopsias y mucho menos como estaba, que ya había empezado a descomponerse. Así que, como no consideré que fueran imprescindibles, no las incluí.

Su cara era seria ahora. Me fijé que, pese a su hablar pausado y sereno, se estaba hurgando las uñas de su mano derecha con las de la izquierda. Me recordó a Spielberg, pero pensé que tal vez yo me estuviese volviendo algo paranoico.

Pese a ello, saqué el informe de la autopsia y lo abrí.

—¿Puedo preguntarle algunas cosas sobre su informe, doctor Ferreiro?

Él se quedó mirando el documento pensativo.

—¿Por qué te ha mandado Tomás a ti a recogerlo? —preguntó después.

—He pertenecido a la policía, por eso prefirió que viniese yo.

—¿Qué clase de policía eras?

—Fui agente de la UDYCO, aunque ahora estoy en excedencia durante una temporada.

—¿Y tienes experiencia en autopsias?

—Sí, he visto algunas. Me dedicaba a investigar las operaciones de los cárteles de la droga y como comprenderá hay gente que muere por sobredosis, otra por tráfico de drogas y también hay alguna que se deja la vida persiguiendo a los que venden drogas.

—Ya veo. ¿Qué quieres saber?

La pequeña charla sobre su familia no lo había ablandado. Muy al contrario, en ese momento se había puesto serio y desconfiaba de mis intenciones.

—El examen traumatológico indica —comencé a leerlo desde esa parte—: Traumatismo severo en la zona temporal izquierda...

Me cortó el paso.

—Sí, sí, se golpeó la cabeza con el último barrote de las escaleras. Es difícil de imaginarlo a menos que lo hayas visto.

En este caso, fue a mí al que le tocó cortar el paso.

—He estado allí. Ayer. El agente Montes de la Guardia Civil me acompañó para inspeccionar el lugar del accidente.

Le llevó un tiempo procesar eso.

—Entiendo —dijo al final—. Soy amigo desde hace años del sargento Lemos y a veces es un hombre demasiado servicial —masculló casi entre dientes.

—Cierto, se brindó a ayudarme en todo lo que necesitase.

—Entonces, has visto las escaleras de piedra labrada y empinadas como un demonio. Partiendo del punto de que no podría bajarlas corriendo por su edad, calculo que debió tropezarse en la cuarta o quinta antes del final y salir volando de cabeza para pegarse ese golpe.

—Cierto, como es evidente que no podía bajar corriendo, por fuerza tuvo que tropezarse a cierta distancia de donde cayó para presentar un impacto tan fuerte. Pero tengo curiosidad por saber cómo pudo golpearse en la zona lateral, porque si tropieza y cae de cabeza con semejante fuerza, lo normal es que el golpe sea frontal o en la parte superior, pero no lateral. Si el impacto hubiese sido lateral, se hubiese perdido parte del impulso.

Me levanté para escenificar el accidente.

—A ver, si tú bajas por las escaleras —continué—, y esas no son unas escaleras anchas, en el momento que te tropiezas y sales impulsado, el impacto al aterrizar puede ser en la cara, en la parte superior de la cabeza o en la frente. Si el impacto es en el lateral, no solo se diluye la fuerza, sino que muy posiblemente, habría otro golpe importante al rebotar contra el suelo. Incluso, apostaría que no resultaría una herida limpia, sino rasgada. Si lo que dice el informe es cierto, la única forma en que pudo terminar con una fractura lateral limpia y única es que hubiese caído en diagonal. Y no veo cómo podría suceder eso en unas escaleras tan estrechas.

Se golpeó los dedos entre sí.

—¿Puedo ver el informe?

Se lo entregué y él se puso a leerlo en silencio.

—Es... es posible que sus piernas se enroscasen debajo de ella y cayese de lado.

Siguió leyendo.

—No hay suficiente espacio. No estoy insinuando nada, doctor Ferreiro, entiéndame, solo estoy preguntando.

Dejó escapar una bocanada de aire antes de volver a hablar.

—Tal vez se fue contra el lateral contrario y de allí al otro lado dijo con enorme lentitud—. O quizá escribí temporal cuando tenía que haber puesto frontal. O los dos, porque creo recordar que el traumatismo afectaba a los dos lóbulos. La realidad es que los cordones estaban desatados y una caída en esas escaleras puede ser mortal aun para una persona joven, cuanto más para Alicia, que era una anciana. Perdió el equilibrio, se cayó y se golpeó la cabeza contra el final de la balaustrada. Todo apuntaba a eso sin ninguna duda. Todo el mundo allí estaba de acuerdo con eso.

—Le repito de nuevo, solo estoy preguntando. Usted es el experto.

Mi frase no pareció dejarle más tranquilo.

—Perfecto. ¿Alguna otra pregunta? —dijo con brusquedad.

—No, creo que eso era todo. Pero si se me ocurre algo más, ¿le importa si le llamo?

—No, por supuesto que no —dijo, aunque su tono decía que se moría por salir corriendo y no volverme a ver más en la vida.

Almorcé pronto en una hamburguesería de Lugo, pensando que, al acabar, tendría que entrar otra vez en el radio de visión de los habitantes de una villa que me observaban como un felino acecha a su presa entre los matorrales. Al menos, una parte de ellos. Y mi problema era que no tenía muy identificada a esa parte que me observaba. En cualquier caso, tenía que regresar a Fonsagrada porque quería seguir hurgando en las heridas que había abierto en alguna gente, pero también para acudir a la cita con Érika.

En cuanto acabé mi ración de comida basura, volví al Toyota y la llamé al teléfono móvil. Ella respondió con una voz con la que bien podría doblar a cualquier princesa Disney.

—¿Qué estás haciendo? —pregunté yo.

—Poca cosa. De hecho, hoy estoy perezosa.

—¿Qué está haciendo Spielberg?

—Vagando por el prado. Uno pensaría que ya tendría grabado cada centímetro cuadrado de él, ya que no hace otra cosa en el día.

—El mismo Spielberg de siempre. Entonces, ¿vamos a ir a Lugo esta noche? A ejercer de Humphrey Bogart e Ingrid Bergman en la

penumbra de las luces de la muralla.

Se rio.

—No me perdería la cena por nada del mundo —dijo.

—¿Qué tal si te recojo a las siete?

—Por mí, perfecto.

Colgamos y no pude evitar mirarme en el espejo retrovisor y guiñarme un ojo.

—Es un pequeño regalo —le dije a la imagen con cara de idiota que se reflejaba en él.

Abrí las ventanillas delanteras para dejar entrar la escasa brisa que corría dispuesto a ponerme en marcha de regreso a la zona de guerra. Sin embargo, antes de salir, abrí el informe de la autopsia y lo leí dos o tres veces más, pero no vi nada nuevo.

Arranqué el coche y me puse en marcha. Si en el viaje de ida, quería relajarme, en este pretendía ponerme al día.

Había presionado al forense Agustín Ferreiro y no creía que pudiese sacar más de él. Pero, sobre todo, había hecho algo mucho más importante. Si hasta entonces, me había limitado a recopilar información, en esta ocasión había lanzado una piedra para ver dónde caía. Más que nada, porque la lógica me decía que, si solo preguntando ya había puesto nerviosa a alguna gente, cuestionando la veracidad de la autopsia, tendrían que inquietarse mucho más.

También pensé en el papel que jugaba Spielberg en todo aquello y llegué a la conclusión de que tal vez me había equivocado al interpretar como sospechosa la reacción que tuvo ante mis preguntas. Lo más seguro era que su interés en hacerme entender que sus tíos solo eran ancianos deprimidos por la edad no fuese una tapadera y me inclinaba porque solo había sido una casualidad que coincidiese el momento de su aparición con el inicio de los problemas. Al fin y al cabo, la lógica me decía que era incapaz de hacer cualquier acto cruel o mortal en la vida, cuánto más a sus tíos. Y aun de hacerlas, no sería lo bastante inteligente como para salirse con la suya. Sin embargo y bajo las circunstancias adecuadas, sí podía verlo ayudando a algún estafador, si este tenía la habilidad de convencerlo de que no les iba a hacer daño y la promesa de repartir las ganancias a partes iguales. Más que nada, porque un nini como

Spielberg, con la cabeza flotando sobre el cuerpo de manera permanente, vivía en una perpetua búsqueda de dinero.

Era poco más de mediodía cuando llegué de vuelta a Fonsagrada. Antes de pasar por el hotel a ducharme, decidí acercarme al cuartel de la Guardia Civil. El guardia de la entrada me informó de que el sargento llevaba todo el día trabajando en su despacho. Después de llamarlo por teléfono, me indicó que pasase.

Mariano Lemos se puso de pie para recibirme y sonrió al verme.

—Lucas, qué alegría.

—Pasaba por aquí y entré a saludarle.

—Carlos ya me dijo que había coincidido con usted en Lugo y que le dijo que había acabado con el asunto de los Cerreda.

—Sí, todo perfecto.

—¿Ya ha encontrado todo lo que necesita Tomás?

—Sí, creo que sí.

—Me alegro —dijo, dando por zanjado el tema—. Sabe, creo que le ha causado una impresión especial a Carlos. Cuando habla de usted, uno pensaría que lo está haciendo de una estrella de cine o algo así.

—No me diga.

—No deja de hacer preguntas sobre usted y la UDYCO.

—Carlos es un buen hombre, pero creo que me ve con demasiados buenos ojos. Si un día tengo una charla con él, me da que en vez de dibujarle ese mundo ideal que él se imagina, le acabaré describiendo una montaña de basura.

—No se crea, es como la mayoría de la gente de aquí. Puede juzgar a alguien por la forma en que se comporta. Y usted se comporta como un hombre que sabe afrontar y solucionar problemas.

Sacudí la cabeza.

—Creo que algunos de mis jefes tendrían serias discrepancias con esa teoría —dije.

—No estoy de acuerdo. Es evidente que Tomás le hizo un encargo delicado y usted lo manejó con decisión y celeridad.

—No creo que eso pruebe nada. La única razón por la que tengo estómago para los muertos es porque he visto muchos.

—De todos modos, aunque odie perderlo, dele a Carlos toda la información que pueda sobre su trabajo. Estoy seguro de que puede llegar a ser un gran agente.

—Lo haré, pero será mejor para su carrera en el cuerpo que no me use a mí como referencia.

—¿Qué quiere decir?

—Déjelo, es una larga historia.

—No sea demasiado exigente consigo mismo. Me consta que su trabajo no es fácil.

—Bueno, sargento, no le quitaré más tiempo —dije—. Solo quería darle las gracias.

—¿Ya se va de la villa?

—No, con el trabajo ya hecho, me quedaré a descansar un poco. Calculo que todavía estaré por aquí unos días más. Como le dije, solo pasaba por delante del cuartel y aproveché el momento.

—Si aún va a quedarse unos días, despídase antes de irse.

De vuelta al Toyota, comencé a meditar la perturbadora conversación que acababa de tener con el sargento Mariano Lemos. Había sido amistosa, agradable, cordial. Por eso me parecía tan perturbadora.

El guardia que me recibió dijo que había estado en su oficina todo el día, por lo que el forense Ferreiro, siendo como era amigo de Mariano Lemos, habría tenido tiempo más que suficiente después de nuestra reunión matutina para hacer una llamada airada al sargento. Me lo imaginaba diciendo algo así como: «¿Pero qué coño es eso de acompañar a alguien para explicarle una autopsia? ¿Y mucho más si mandas a un nuevo? ¿Qué coño le dijo el chico? Y el Acevedo este, ¿de dónde sale? ¿Quién mierda se cree que es? Tú y yo sabemos lo que pasó en esas escaleras y no tengo por qué soportar que se cuestione mi trabajo en mi puta cara».

De haberse producido esa llamada, Mariano le respondería que hablaría conmigo para preguntarme de qué iba mi salida de tono con el bueno de Agustín. Y sí, Mariano acababa de hablar conmigo, pero en absoluto estaba molesto. Y claro, también cabía la posibilidad de que hubiese fingido, pero mi sensación era que el sargento no había actuado ni un solo segundo de su vida y no se

callaría algo así. Ni mucho menos permitiría que, siendo tan recto como era, le hubiese dicho en sus narices y de una manera tan cínica que había quedado conforme con la autopsia.

Así que el forense Agustín Ferreiro no había llamado al sargento y eso suponía una prueba evidente de que era consciente de las inexactitudes que había cometido. La cuestión era si había llamado a alguna otra persona para avisarle de mis dudas, por haberlas cometido adrede, o se había encerrado en sí mismo, asumiendo su falta de diligencia. En caso de que fuese la primera opción, no tenía dudas de que lo comprobaría los próximos días.

Volví a mi habitación en el Pórtico, me senté en el borde de la cama y se me pasó por la cabeza la obligación de llamar a Tomás. No quería hablar con él, porque sabía lo que él iba a querer hacer en cuanto lo pusiese al día.

Después de saludarnos y decirme que había ido a ponerle comida a Edward, le hablé de mi visita al forense Agustín Ferreiro, de lo que le había preguntado y cómo él me había respondido. Dijo, de manera textual, lo que pensé que diría.

—Salgo para ahí ahora mismo.

Su voz era firme.

—No creo que sea una buena idea, Tomás.

—¡No me jodas, Lucas! Me has dicho que crees que mis padres fueron estafados y que sospechas que la muerte de mi madre no fue cómo dice la autopsia ¿y pretendes que me quede con los brazos cruzados?

—Son todo especulaciones mías, hombre —dije—. Podría estar equivocado en todo, porque te recuerdo que llevo meses parado y he perdido facultades para interpretar con exactitud lo que veo en las personas con las que hablo. Y en ese caso te deberé una disculpa.

—¡No me jodas, Lucas! —repitió—. Eres muy bueno en tu trabajo, el mejor agente encubierto que tenía la UDYCO. Estoy seguro que si hueles una rata, entonces hay una muerta entre las paredes. Voy a ir sí o sí.

—Vale, pongamos que tengo razón. Los rumores corren en Fonsagrada acerca de por qué estoy aquí y los he extendido hasta

Lugo. De momento, no tenemos nada que podamos probar y mi presencia puede poner a alguien lo bastante nervioso como para hacer o decir algo que lo deje con el culo al aire. Pero eso si estoy yo solo y sigo husmeando, porque yo soy un pequeño signo de interrogación. Si tú vienes y empiezas a llamar a las puertas, que eras su hijo y un abogado de la gran ciudad, nuestro hombre se preocupará demasiado y entonces correrá tan lejos como sus piernas puedan llevarlo. Tomás, yo soy una curiosidad preocupante, tú eres una presencia aterradora. No me digas que no lo ves.

Unos diez segundos de silencio.

—¿Te imaginas cómo me siento? —dijo finalmente—. Ni siquiera puedo pensar en mi trabajo.

—Tomás, te he dicho más de lo que debería, porque eres mi mejor amigo. Si te estuviera hablando como policía, te habría dicho mucho menos para que estuvieses tranquilo y me dejases hacer las cosas a mi manera. Sabes que esto funciona así.

Como no respondió de inmediato, continué.

—Todo lo que tenemos hasta ahora es a un tonto de ciudad viendo caras preocupadas que tratan de explicar algo que no debería ser preocupante. Por el momento, quédate ahí. Pienso volver en unos días e ir a verte con todas las explicaciones que necesites.

Me lo imaginaba caminando como un poseso por el despacho y meneando la cabeza mientras me escuchaba.

—De acuerdo, está bien. Pero dime, ¿qué piensas hacer?

—Lo que te conté antes. Que mi incómoda presencia aquí acabe gangrenando la herida abierta de alguien.

—¿Crees que hay posibilidades de que el dinero que mis padres sacaban del banco fuese para pagar un chantaje?

—No sé por qué lo sacaban ni si se lo pagaban a alguien, pero el chantaje surge cuando has hecho algo que no quieres que se sepa y no puedo imaginarlos a ellos haciendo cosas de las que se avergonzasen. Pero eso no significa que no pudiesen estar protegiendo a alguien.

—¿Pero a quién?

—No lo sé. En este momento, no se me ocurre a ninguna persona que pudiera haberse metido en tantos problemas que necesitase que alguien la tapara.

—Yo tampoco y he pensado mucho en eso. Así que, si no es un chantaje, ¿para qué demonios estaban pagando?

—Cuando lo sepamos, Tomás, creo que lo sabremos todo.

—Yo solo. . .

—Esperemos que me equivoque y todo lo que te he dicho sean especulaciones sin fundamento —dije, tratando de cortarlo antes de que se volviese a encender y cambiase de opinión—. Si lo estoy, con gusto te dejaré que me pegues una patada en los huevos por imbécil.

—Y con gusto lo haría, Lucas, no lo dudes —dijo.

Capítulo 7

Recogí a Érika un poco antes de las siete. Vestía pantalones vaqueros ajustados, un top discreto y una cazadora a juego con el pantalón. Supongo que no quería pasar frío, porque lo cierto es que en Lugo la temperatura baja de manera extraordinaria durante las noches, salvo los meses de julio y agosto. En todo caso, era el atuendo apropiado para una noche de fiesta en la que no quieres llamar la atención en exceso o, por lo menos, no quieres captar miradas interesadas más allá de la de tu acompañante. Si a eso le unimos la suave fragancia que emanaba cada poro de su cuerpo, no pude evitar recibirla con una sonrisa idiota que firmaría cualquier quinceañero dispuesto a dar por comenzada una cita prometedor.

Bajamos los escalones de la casa de sus tíos y cruzamos el patio en dirección a la puerta. El Ibiza de Spielberg seguía aparcado delante de su coche y del Toyota.

—¿Estaba tu hermano en casa?

—No, se fue a dar una vuelta por el campo.

Miró hacia el otro lado del camino y señaló un prado justo enfrente de la casa.

—Allí está.

Pude divisarlo sentado contra la pared del viejo molino que pertenecía a la casa. Con los años se veía abandonado y casi en ruinas, pero su pared lateral todavía aguantaba la espalda de un Spielberg enfundado en su inconfundible gorra y con la cabeza erguida como si estuviese intentando descifrar por qué el cielo es infinito.

—¿Qué está haciendo? ¿Meditando, en trance? —dije.

—Ni lo sé ni me importa, mientras sirva para quitármelo de encima. Se pasa todo el día ahí paseando y dando puntapiés al suelo como si fuese un niño de cinco años.

Me reí entre dientes.

—No me digas que Spielberg te pone de los nervios.

—¿Cómo lo has adivinado?

—No se lo tengas en cuenta, eso es normal entre hermanos.

Érika me miró como quien mira a un enemigo.

—No es que me saque de quicio a veces, es que ya lo hizo en cuanto llegué aquí.

—¿Y eso?

—Porque tenía la casa hecha un desastre, como si lo hubiese revuelto todo adrede. Parecía la chabola de un indigente, solo le faltaba taparse en la cama con cartones en vez de mantas. Nunca pensé que pudiese ser tan abandonado. Me llevó varios días limpiar, ordenar, colocar las cosas en su sitio y convertir aquella pocilga en un lugar habitable.

—¿Y no le pediste que te ayudase?

—Por Dios, ¿obligarle a manchar sus delicadas manos de artista en las simples y vulgares tareas del hogar? ¿A él, al gran Spielberg?

Yo sonreí. Esa sonrisa recurrente de quien da por perdida una discusión que, en el fondo, no le interesa.

—¿Cuánto me dijiste que te ibas a quedar con él? —pregunté, tratando de cambiar de tema.

—Supongo que un par de semanas, más o menos. Es lo que calculo que me llevará poner todo en orden.

—No es mucho tiempo para aguantarlo.

Habíamos llegado al Corolla. Érika se detuvo y se tomó unos segundos para examinarlo con la mirada, también los agujeros de bala falsos. Me había olvidado dejarlo en el ángulo apropiado para evitar ese bochornoso descubrimiento.

—Creo que, si tratase de imaginarme tu coche antes de conocerlo, acabaría apostando por algo muy parecido a esto.

—¿Qué quieres decir? —pregunté, mientras abría la puerta.

—Nunca fuiste de los que se preocupan por lo que piense la gente y esa es una de las características que las personas menos suelen cambiar con el paso de los años.

—¿Y eso qué tiene que ver con mi coche?

—Nada, nada en absoluto —dijo riéndose.

Arranqué el motor, encendí el aire acondicionado y lo puse a una temperatura cálida, la que me parecía más apropiada para esa agradable noche.

—No quiero despeinarte —dije—. Te queda muy bien el pelo. Bueno, te queda bien todo.

Después de mi última frase, se hizo un silencio espeso, que es lo que solía ocurrir cada vez que intentaba dedicarle un cumplido a una chica.

—Quiero decir que estás muy guapa —añadí, como burdo atajo hacia la anterior cordialidad.

—Gracias, eres muy amable —dijo.

Di marcha atrás y tomé la carretera comarcal hacia la carretera principal. Al pasar a su altura, volví a ver a Spielberg en su empeño de aguantar aquella pared en ruinas, pero que todavía no estaba en disposición de desplomarse. No se inmutó a nuestro paso y siguió mirando al infinito.

—Tomás dice que Spielberg todavía estaba estudiando antes de venir aquí —apunté, en un tono de conversación desenfadada.

Sentí un cargo de culpa por tratar de sacarle información.

—Sí, estaba haciendo un curso en la Escuela de Cine del País Vasco. Es lo normal en mi hermano, apuntarse a estudiar y quedarse en residencias de estudiantes. No sé ni cómo lo admiten con la edad que tiene, pero creo que, si por él fuera, estaría estudiando hasta el día de su jubilación.

—¿Puede permitírselo?

—Por lo que sé, de vez en cuando hace algunos trabajos de grabación extraños. Encargos de empresarios para grabar en alguna fábrica u obra, supongo que es alguna cuña publicitaria para emitir luego en cadenas locales. No sé cómo los consigue ni cuánto le pagan, pero le da para ir tirando. Así que se apuntó a ese curso, que dice que le va a hacer despegar como director, y tuvo la suerte de que lo admitieran en una residencia de estudiantes de Bilbao. Me imagino que también es una manera de sobrevivir estirando el dinero durante una buena temporada, porque además siempre compartió habitación con otro chico.

—¿Se quedó en una residencia de estudiantes?

—Sí, eso me dijo.

—¿Estás segura de que la finalidad última no era tener a todas las jovencitas babeando con su imagen bohemia y llamando a su

puerta en busca de refugio en los brazos de un tío quince o veinte años mayor?

—¿Te estás riendo de mi hermano pequeño?

—No, no. Por supuesto que no.

—Ya —dijo ella, sonriendo.

Seguimos la carretera nacional hasta Lugo hablando de cosas sin importancia. Una vez dentro de la ciudad, nos dirigimos hacia el restaurante Ave César. Nada más aparcar y antes de cenar, decidimos probar la tortilla y las patatas bravas en uno de los bares próximos. Ambos bebimos cerveza.

Un veinteañero con pantalones de marca, camisa blanca y barriga generosa llegó con una chica de su edad que llevaba un vestido muy corto. Se sentaron en los taburetes y él puso su bonito móvil plateado en la barra. Eso inició una persistente comezón en mi cabeza. Había pasado poco más de un año y medio desde que tuve mi primer teléfono móvil, uno que no hubiese pagado la UDYCO, y en todo ese tiempo su uso más importante fue facilitar la plantación de los dos cadáveres en el bosque que rodeaba la cabaña de Tomás.

Siempre había tenido en baja estima los teléfonos móviles y, sobre todo, la forma en que la gente los usaba. En especial, si los llevaban a un establecimiento de ocio, con mucho ruido y lo exhibían de aquella manera. Pero, con el tiempo, me había hecho más flexible y esa noche hasta me senté en el bar con el mío en el bolsillo. Casi me avergüenza decir que me había encariñado con el pequeño artefacto. Sin embargo, todavía podía refunfuñar sobre un mocoso que colocaba su teléfono en la barra de aquella manera. ¿Quería asegurarse de que todos supieran que tenía uno? ¿Quería que pareciera que estaba esperando tantas llamadas que no tendría sentido guardarlo en el bolsillo? En este mundo, aparentar siempre te da más rédito del que debería, pero es algo que no soporto.

Compartí de manera extensa con Érika mi opinión sobre los teléfonos móviles y mi reducido historial de llamadas, omitiendo, claro está, la pequeña parte de matar a dos personas.

Mientras lo hacía, ella me dedicó una extraña atención y, cuando acabé, se rio de manera ostensible. Después, sacudió la cabeza y

dijo:

—Y te falta agregar que estás a punto de decirle algo, ¿verdad?

—Soy un amargado nato, lo reconozco.

—No será para tanto.

—Mira, tiene la mano en la barra a pocos centímetros de él. Apuesto a que ha quedado con alguien para que le llame en el momento oportuno.

—Me da pena este tipo de gente. Alguien tan pretencioso suele tener una baja autoestima.

—No sé qué significa eso.

Me miró con cara extrañada.

—De todos modos —dijo luego—, apuesto a que si recibe una llamada lo dejará sonar al menos tres veces antes de contestar.

—Seguro.

—Madre mía, has hecho que no pueda dejar de estar pendiente de si suena ese teléfono.

—No seas pretenciosa.

Se me quedó mirando con cara de haber encajado un golpe bajo.

—Siempre fuiste raro —dijo.

Terminamos nuestras cervezas veinte minutos después y nos fuimos a buscar una mesa en el restaurante. Cuando salimos del bar me incliné hacia Érika y le susurré.

—¿Te has dado cuenta? Nadie lo ha llamado.

—Puede que no le hayamos dado el tiempo suficiente —dijo, mirando con disimulo por encima del hombro.

Nuestra cena discurrió en medio de una conversación igual de intrascendente y divertida que en el bar. Lo pasamos tan bien que ni siquiera nos pusimos a recordar los viejos tiempos. Al acabar, pagué la cuenta y volvimos al bar para tomar un par de cervezas más. Las bebimos despacio, haciéndolas durar; o, mejor dicho, dejando que el momento durase. Era una mujer brillante y rápida y no podía relacionarla de ninguna manera con la chica tímida que había conocido en la adolescencia. Algunas personas nunca logran abandonar el submundo de complejos e inseguridades en el que navegan los adolescentes, pero otras evolucionan de tal manera

que, cuando te las encuentras unos años más tarde, no eres capaz de reconocerlas. Érika era un buen ejemplo.

En algún momento me pregunté si a mí me ocurriría lo mismo, y sospechaba que, de ser así, la evolución no habría sido a mejor. En todo caso, ella parecía estar cómoda en aquella cita y eso era lo único que de verdad me importaba.

Pasaba un poco de las diez cuando empecé a conducir de vuelta a la casa. A lo largo del viaje, seguimos hablando, pero ya era una charla suave bajo las densas estrellas de campo que se esforzaban por rodear la luna en el limpio cielo de junio.

Cuando llegamos, me di cuenta de que el Ibiza de Spielberg seguía aparcado y las luces de la vivienda estaban apagadas. Una ligera brisa se deslizó por mi cara mientras salía del Toyota y los grillos se escuchaban a lo lejos como si quisieran recibirnos. Rodeé el coche y le abrí la puerta. Ella salió y se colocó frente a mí en silencio, con la cara hacia abajo y su perfume entrando por mis fosas nasales como si pretendiese drogarme. Yo puse mis brazos en su espalda y acerqué mi cara para darle un beso. Ella lo aceptó, se alzó de puntillas y colocó las manos en mi nuca, intentando apretarse todo lo posible contra mi cuerpo.

Cuando nos separamos, susurré:

—Tengo una habitación.

Dudó el más breve de los segundos.

—No tenías tanto interés en mí hace años —dijo después.

—Venga, vamos, Érika. ¿Por qué dices eso? Han pasado muchos años.

Ella volvió a desviar los ojos hacia abajo.

—Lo siento —dijo—. Creo que no fue un comentario oportuno.

—¿Y? ¿Qué dices?

Me miró otra vez. Respiró de un modo lento y muy, muy profundo.

—Quiero hacerlo. Pero. . .

—¿Pero...? ¿Demasiado rápido?

—Sí, supongo que podríamos llamarlo así.

—No te preocupes, entonces nos lo tomaremos con más calma. Tan despacio como quieras.

—Eres un gruñón y, sin lugar a dudas, una de las personas más raras que he conocido en mi vida, pero siempre has sido un buen tío. Siempre.

Me quedé sin saber qué decir, lo que equivalía a la necesidad de que ella saliese en mi auxilio.

—¿Vas a estar por aquí mañana? —añadió luego.

—¿A qué hora puedes estar arreglada?

—¿A las siete otra vez?

—Perfecto. Mis agujeros de bala y yo estaremos aquí puntuales para recogerte.

—Si quieres, mañana podemos ir en mi coche.

No dije nada, supuse que ese punto todavía estábamos a tiempo de discutirlo.

—Vendré a buscarte a las siete en punto.

La dejé en la casa y regresé al Pórtico escuchando a Otis Redding y su [*That's How Strong My Love Is*](#). Por el camino y mientras lo hacía, me imaginé que el siguiente sería un día relajado para mí, puesto que, como le había dicho a Tomás, no tenía nada más que hacer que esperar y dejar que mi presencia encontrara las heridas que creía haber abierto en alguien. No había tenido ocasión de sonsacarle a Érika sobre la supuesta relación que podía tener con Marco. O, mejor dicho, la conversación a lo largo de toda la noche había sido tan distendida que me pareció una deslealtad hacia mí mismo estropearla solo por tratar de averiguar algo que podría descubrir en cualquier momento.

Aquella noche dormí hasta muy tarde, dejándome acariciar por las sábanas con cálidas visiones de Érika y una enorme sensación de necesidad flotando debajo de mi ombligo.

Desayuné de manera copiosa sobre las nueve en el bar más cercano al hotel y me tomé un buen tiempo para beber el café negro que me sirvieron. Mientras lo saboreaba y leía el periódico, un hombre pesado y casi calvo se acercó con cierta timidez desde otra mesa y me preguntó si yo era quien era y, cuando le dije que sí, se sentó y charlamos un rato. No podía recordar su nombre, pero cuando tuvo que decírmelo no pareció molestarle.

Habíamos compartido algunas tardes en mis veranos en la villa, pero no estaba en nuestra pandilla adolescente, sino en otra con la que a veces entablábamos relación. Recuerdo que era un chico formal, no se metía en problemas e incluso trataba de poner un punto de cordura en las temerarias salidas de tono que a veces teníamos nosotros, que éramos el bando salvaje de la villa.

Pero casi treinta años después, se sentó frente a mí y me dijo que era fiscal. Me preguntó qué había estado haciendo y le expliqué, sin muchos detalles, mi pasado en la UDYCO. Eso lo animó a contarme que había encerrado a criminales con tendencia a asaltar a gente, a maridos que pegaban a sus mujeres, a idiotas que estafaban dinero a otros más idiotas todavía e incluso, un año o dos atrás, a un asesino. Todo descrito en el lenguaje terrenal de la gente que trabaja con esa escoria. Me sorprendió descubrir que no sucumbí a mi gruñón interior y acabé disfrutando mientras hablaba con él.

Después de eso, el resto del día se me pasó con rapidez. Incluso encontré tiempo para perderme por la villa y comprar algunas cosas que no necesitaba o relajarme escuchando el sonido del agua cayendo por las piedras en la cascada de Vilagocende. Estando allí, en algún momento tuve la tentación de hacer un par de fotos con el artefacto que llevaba en el bolsillo, pero, al final, pensé que él no era digno de disfrutar aquel paisaje. Le había cogido cariño, sí, pero no hasta el punto de compartir ciertos momentos con él.

Poco antes de las siete, recién duchado, vestido con mis mejores vaqueros y con una canción en la radio y en el corazón, me dirigí conduciendo con tranquilidad a la casa de Érika. Elegí en el pendrive a [*Ain't No Mountain High Enough*](#), de Marvin Gaye y Tammi Terrell, una de las más bellas canciones de amor que se hayan escrito en el *rhythm and blues* más clásico. A través del parabrisas, me fijé que unas nubes oscuras estaban burbujeando en el oeste y tuve la sensación de que el prometedor y bello mes de junio planeaba a traición dejar paso a su yo más mezquino.

Érika apareció por la puerta con un vestido sencillo y holgado. Nada más verla, pensé que los vaqueros de la noche anterior le

sentaban muy bien, pero también que me gustaba más cuando llevaba un vestido. Rodó con suavidad sobre ella misma en cuanto el viento se levantó del oeste y amenazó con dejarle las piernas al descubierto. El Ibiza de Spielberg no estaba allí, pero no me molesté en preguntarle a dónde había ido.

Cuando llegamos a nuestros vehículos, me dio las llaves del suyo.

—Dije que esta noche íbamos en mi coche —ordenó.

—Como quieras.

—Y puedes llevarlo tú, porque no me apasiona conducir.

—Me parece bien.

—Y otra cosa más, yo pago la cena hoy.

—De acuerdo, no me opondré.

—Y esta noche elijo yo el restaurante.

—¿Alguna orden más?

Me miró con cara de no haber entendido el comentario, pero no contestó.

—No necesitas hacer dieta en absoluto —dije yo.

—Y tú no necesitas refunfuñar.

El BMW avanzó por la carretera comarcal como el agua resbala a través de un impermeable de goma. Cuando la lluvia y el viento llegaron a nuestra altura y empezaron a atacarlo con balas de agua, apenas se inmutó y siguió avanzando con firmeza sobre el asfalto. La felicité por su elección de coche.

En vista del temporal que se había levantado, decidimos cenar en el restaurante Catro Ventos, situado apenas a seis kilómetros de la villa. Comimos en el primer piso de lo que hacía muchos años había sido una casa campesina y que habían reformado con gusto hasta convertirlo en un lugar emblemático de la zona. Yo pedí un filete y una ensalada y Érika, solo la ensalada. Como la noche anterior, lo pasamos muy bien y, fiel a su palabra, pagó ella la cuenta. Por supuesto, yo cumplí la mía de no oponer resistencia. Al acabar de cenar, como no queríamos tomar las cervezas en el mismo sitio y no había ningún bar abierto cerca de allí, decidimos visitar de nuevo el Arime.

Al llegar, acabamos estacionando el BMW detrás del Ibiza de Spielberg.

—Se ve que tu hermano no podía soportar más la soledad de la casa —dije.

—A lo mejor lo que no soporta son mis sermones cuando estoy —respondió Érika riéndose.

Dentro lo encontramos sentado al lado de Marco Basanta, el antiguo gurú de las inversiones que me había ofrecido su información confidencial sobre los Cerreda. Al verlos juntos, enseguida pensé que ya había identificado al hermano bocazas que le había dicho a Marco que yo estaba haciendo demasiadas preguntas por la villa. Estaban sentados en una de las primeras mesas, junto al grandullón que trató de vacilar a Marco durante nuestra primera visita allí. El resto del bar estaba abarrotado, con todas las mesas ocupadas y la barra ofreciendo pocos huecos donde pedir una cerveza.

Al pasar por su lado, nos detuvimos a saludar.

—He de decirles que ahí donde lo veis —dijo Spielberg a sus amigos en la mesa en un tono de discurso—, cuando éramos adolescentes, Lucas me corrompió hasta llevarme a la bebida y ahora se ve que está intentando hacer lo mismo con mi hermana.

—Creo recordar que no oponías mucha resistencia, Spielberg —dije.

—No, claro que no, pero eso no significa que no hayas sido tú quien me indicó el camino hacia la perdición. Así que, mi querida hermana, todavía estás a tiempo de escapar.

—¿Crees que debería? —opuso Érika.

—Menos mal que —interrumpió Marco—, gracias a Dios, se nota que tu hermana ha seguido el camino correcto y se ha convertido en toda una mujer con los pies en la tierra.

El grandullón nos invitó a que los acompañásemos en la mesa.

—Sentaos con nosotros —dijo, extendiendo su mano.

La miré y me pareció grande como la pata de un oso y dos veces más callosa.

—Creo que no llegué a presentarme el otro día —dijo—. Soy Sergio. Sergio Castro. Tú eres Lucas y tú Érika, ¿verdad?

Ella dejó que su mano se perdiese entre los callos de Sergio, a la vez que aceptaba la invitación. Mientras se sentaba, yo fui a pedir dos cervezas a la barra. Cuando volví, me fijé que los cuatro estaban hablando de manera distendida.

—Parece un lugar animado —dije, mientras le ponía la bebida delante a Érika.

—Sí, es sábado y hay mucha gente —respondió Sergio—, pero no sé yo si está con muchas ganas de fiesta.

—¿Por qué no va a estarlo?

—Ha desaparecido un vecino de la villa —dijo Marco—. Es forense en Lugo y muy querido aquí, porque lleva años presentándose para ser alcalde y, cuando hay elecciones, visita uno a uno a los vecinos.

—Todo el mundo lo conoce —apuntó Sergio.

Sentí que se me erizaba cada vello del cuerpo.

—¿En serio? ¿Cómo se llama?

—Agustín Ferreiro —dijo Sergio.

En ese momento, al vello puesto en guardia, lo acompañó un escalofrío que me recorrió toda la espina dorsal desde el culo hasta las cervicales.

—¿Y no es posible que se haya ido por alguna razón? —pregunté.

—No, eso es imposible —dijo Sergio—. Agustín jamás se marcharía y dejaría a su familia. La adora. Pensaron que habría tenido algún problema y aparecería hoy, pero al no hacerlo la gente se empezó a preocupar. Han seguido toda su ruta normal de casa al trabajo, por si se había salido de la carretera con el coche, pero no han encontrado nada.

—Hmmm —dije.

—Supongo que, en una gran ciudad, una desaparición es algo que está a la orden del día y nadie le concede mayor importancia —dijo Marco hacia mí—, pero aquí es un acontecimiento extraordinario y toda la villa está preocupada.

—¿Él y su esposa se llevan bien? —pregunté yo.

—Sí, nadie los ha visto pelear nunca —aclaró Spielberg.

—Los vecinos están preocupados porque todos tienen un mal presentimiento —me aclaró Sergio—. Agustín ha vivido aquí toda la vida. Fuera del horario de trabajo, siempre está en casa y ahora lleva dos días sin aparecer. Eso no es normal en él.

Mientras me lo explicaban, yo me preguntaba si habría sido el último en verlo, porque en ese caso me habría metido en un gran problema.

—¿Quién lo vio por última vez? —pregunté.

—Una compañera de trabajo —dijo Sergio—. Era forense en el juzgado y todos lo vieron en su puesto a primera hora, pero esta chica está segura de que salió a media mañana, como si fuese a tomar un café, y ya no regresó. Después pensaron que quizá se había podido ir a casa, por encontrarse mal o algo así, pero su mujer dice que ni llegó ni la llamó en toda la mañana. De ahí que hayan comprobado palmo a palmo su recorrido habitual.

Me quedé más tranquilo al escuchar eso. Sí, era probable que yo fuese una de las últimas personas en haberlo visto, porque eran poco más de las diez cuando hablé con él, pero si lo habían visto salir a la calle solo, nadie se iba a preocupar por quien lo había ido a visitar antes.

Escuchaba a mi lado cómo ellos continuaban con la conversación sobre la misteriosa desaparición del viejo Agustín Ferreiro, pero yo ya no participé, porque mi mente se fue a dar un paseo por otros lares.

Por lo visto, el forense nervioso y agitado no había llamado a su viejo amigo el sargento para quejarse de mi acoso, pero estaba claro que sí había hablado con alguien más por teléfono o, para ser más exactos, se había ido a informar a otra persona sobre mi visita.

Claro, cabía la posibilidad de que nuestro encuentro y su desaparición solo hubiesen sido una casualidad, pero yo no creo en las casualidades. La suerte y las casualidades son explicaciones para débiles e ingenuos. O incluso, pudiera ser que, tuviera un lado dramático oculto y, fruto de la mala conciencia por la chapuza que había hecho en el informe, decidiera quitarse la vida tras nuestro encuentro, pero con sus años de experiencia, lo veía bastante difícil.

Como le había dicho a Tomás, tras mi conversación con él, tocaba esperar a que alguien se pusiese nervioso y, visto el resultado, parecía que más que nervioso lo que había hecho era entrar en pánico. Tanto Agustín, que se fue de inmediato a informar de mi presencia y mis dudas a alguien, abandonando incluso su trabajo, como la persona que lo recibió, que era muy posible que decidiese no dejar un cabo suelto que pudiese delatarlo.

Por lo tanto, había dos conclusiones claras. La primera, que la buena de Alicia no había tenido una muerte fortuita. La segunda, que después de ver la drástica reacción de todos ante mis dudas, quizá debía empezar a pensar que me estaba enfrentando a algo muy grande, porque nadie reacciona con esa contundencia solo porque un sabelotodo hace preguntas sobre la exactitud de una autopsia.

Como le había dicho a Tomás, hasta aquel momento no habíamos tenido algo que tuviese un mínimo de consistencia para llevar a las autoridades, pero estaba claro que alguien se iba a tomar muchas molestias en que no llegásemos a tenerlo.

Cuando acabé con las conjeturas, me reincorporé otra vez a la charla.

Me fijé que, de vez en cuando, se desviaba hacia chistes y cotilleos de la villa, pero al final siempre volvía al forense desaparecido. Después de una hora de vaivén, Marco anunció que se iba y preguntó si alguien quería acompañarlo y tomar unas cervezas en su casa. Spielberg y Sergio aceptaron de inmediato, por lo que pensé que de nuevo Érika y yo nos quedaríamos a solas para decidir nuestros propios planes. Pese a la desaparición del forense, yo seguía teniendo otras cosas en la mente, más relacionadas con la lujuria que con la cerveza, y estaba listo para largarme, pero como la persona que quería que me acompañase dijo que le gustaría ir a casa de Marco, no me quedó más remedio que aceptar la invitación a mí también.

Montamos todos en los coches y salimos a la vez. La tormenta había pasado y las estrellas empezaban a recuperar su lugar habitual en el cielo. Durante un tiempo, seguimos en procesión a Marco por la misma carretera hacia el norte que habíamos tomado

para ir al restaurante. Poco antes de llegar a él, nos desviamos a la derecha por una comarcal en la que pronto los campos empezaron a perder terreno frente a los bosques, que se apretaban encima del asfalto. No muy lejos de allí, giró a la izquierda y tomó un camino de grava que se abría entre los árboles.

Este sendero bajaba por el bosque durante casi un kilómetro hasta que llegaba a un gran arroyo. Lo cruzamos por un puente muy estrecho y sin protecciones laterales para llegar a una gran pradera llana que parecía un ser vivo, con la hierba alta ondeando al compás de la brisa que se había dejado olvidada la tormenta. En ella, unos cien metros hacia dentro, se veía un claro más o menos amplio con una casa de madera de dos alturas justo en el centro. La vivienda estaba rodeada a cierta distancia de algunos árboles antiguos, que resguardaban un gran cobertizo también prefabricado. Más allá de la casa, el prado avanzaba hasta encontrarse con un gran muro de piedra natural. Calculé que el lugar estaba cerrado en un cuarenta por ciento por la montaña y bordeado en el sesenta restante, por el arroyo. Me pareció un lugar paradisíaco.

—Cuando Marco dijo que quería alejarse de la ciudad, lo decía en serio —comenté.

—Sí, pero esto es muy bonito —respondió Érika—. Tiene que ser una gozada vivir entre tanto verde.

Nos detuvimos al lado de la puerta de entrada. Marco salió del coche, esperó a que Spielberg y Sergio se detuvieran detrás de mí y luego abrió la planta baja de par en par para que pudiésemos entrar.

—Pasad y tomad asiento. Traeré algunas cervezas —dijo mientras encendía las luces.

—Qué precioso refugio tienes aquí, Marco —dije—. Y muy tranquilo.

—Hay mucho trabajo que hacer todavía.

—El listo este, como no le daban permiso para edificar aquí, puso una casa de madera —dijo Sergio—. Así también, si algún día se cansa del lugar, puede levantarla y llevársela a donde quiera.

—No tengo intención de marcharme, Sergio, no te vas a librar de prestarme tus máquinas tan fácilmente.

—Pues no sé para qué las usas, porque ya te tengo prestado de todo. Desde una desbrozadora hasta una excavadora.

—¿Tienes una excavadora? —pregunté sorprendido.

—Sí, trabajo manejando una por horas. Ya sabes, si un día necesitas excavar algo, acuérdate de mí.

Marco sirvió las cervezas y tomó asiento al lado nuestro. La discusión, que había empezado animada, pronto se redujo a una pequeña charla. Así que me excusé y le pedí permiso a Marco para echar un vistazo a la casa. Me encantaban las construcciones de madera y, sobre todo, me gustaban los lugares perdidos en medio de la naturaleza como ese. Él me hizo una seña para que subiera a la primera planta y siguió con la conversación.

La casa tenía unas escaleras que subían por un lateral a un primer piso que albergaba dos habitaciones, un baño y un salón. Me fijé que todo estaba limpio y ordenado. Una de las habitaciones era un dormitorio y la otra estaba cerrada con llave, por lo que supuse que sería un trastero. En medio de ellas, estaba el baño y todas las paredes eran de una madera clara que parecía irradiar calma con solo mirarla. En la planta baja, además de la especie de salón en el que estábamos, había una cocina.

Cuando acabé con la casa, salí a la finca para seguir curioseando. Casi había alcanzado la zona de árboles cuando llegó Marco caminando con la cerveza en la mano.

—Me encanta tu casa —le dije.

—Puedes comprarla por poco dinero. La gente se cree que son mucho más caras de lo que en realidad son. De todos modos, es provisional, porque la idea es acabar de acondicionar el sitio para luego comprar una mucho más grande.

—¿Vives aquí solo?

—Sí.

—¿Y no tienes miedo de que te visite un fantasma?

—Los fantasmas viven en las ciudades —dijo con cierta ironía.

Seguimos conversando bajo la tenue penumbra de una luna que parecía esforzarse por llenarse, pero que le costaba conseguirlo. El silencio de la noche solo se veía alterado por los grillos y las ranas del arroyo, que parecía que cantaban intentando saludarnos. El

cierre de piedra era un oscuro bulto en la distancia que se divisaba a duras penas entre la vegetación.

Caminábamos despacio por el sendero de grava, hasta que Marco se separó de mí y tomó un camino desgastado que llevaba al cobertizo.

—¿Podemos hablar en confianza? —preguntó.

—Sí, claro.

El camino se extendía hasta llegar a una gran puerta doble en la parte delantera del cobertizo. El techo era bastante alto y tenía un tejado a una sola agua, pero que respetaba la altura.

—Tengo que admitir, Marco, que estoy un poco celoso —dije—. Siempre he vivido en pisos y me encantaría despertarme todas las mañanas escuchando el sonido de los pájaros.

—Hay muchos lugares como este, no son difíciles de encontrar. A veces, lo más complicado es localizar a los dueños y que quieran vendértelo.

Me pareció fácil hablar con él, era extrovertido e inteligente. Pensé que ese carisma había sido lo que le hizo triunfar en su profesión.

—Ya, pero es que, si yo consigo un lugar como este, lo más probable es que lo cubra la maleza antes de que decida mudarme a vivir en él —respondí—. No soy una persona muy ambiciosa.

—¿Por eso le haces favores a los amigos que requieren de tiempo y dinero?

—No siempre, pero a Tomás no podía decirle que no. Es un buen amigo desde hace muchos años y siempre he podido contar con él cuando lo he necesitado.

—¿Has averiguado algo más?

—Nada que sea importante.

—Pues yo he hecho algunas llamadas para intentar saber algo más sobre lo que te conté de Alicia y Sabino, y puede que haya encontrado algo. Lo hice porque no me gusta dejar las cosas a medias y siempre intento ir más allá. Supongo que me acostumbré en mi trabajo, porque si quieres que te vaya bien, lo tienes que hacer así.

—Supongo que sí. ¿Puedo saber qué has averiguado?

—Un amigo que trabaja en una agencia de inversiones quedó de hacerme una comprobación informática, pero cuando volví a hablar con él estaba que echaba humo. No quiso decirme nada, pero estoy casi seguro de que localizó sus nombres.

—¿Y por qué no quiso decirte lo que vio? ¿Podría meterse en problemas si accede a esa información?

—No, pero podría tenerlos si me la da y yo la difundo. Supongo que esa fue la razón por la que no me dijo nada y porque lo que había visto sería lo bastante grave como para querer difundirlo.

Llegamos a la puerta doble del cobertizo, mientras yo estaba asimilando lo que me decía. Marco alcanzó el pomo y empezó a abrirla, pero se detuvo a mitad de camino.

—Mierda, me olvidé de que no hay luz aquí —dijo—. De todos modos, no hay nada que ver dentro, está vacío. Pero sí es lo bastante grande como para guardar toda la maquinaria que compre en el futuro.

Hizo un gesto de complicidad.

—Mientras, tengo que pedírsela prestada a los amigos —dijo, mientras cerraba de nuevo la puerta.

Luego se apoyó en ella y cruzó los brazos sobre su pecho.

—Verás, este amigo mío trabaja vendiendo tantas acciones de alto riesgo como le sea posible. *Stock options* y cosas similares. Intereses grandes cuando ganas, pero riesgos elevadísimos. Yo nunca quise meterme en eso, es adictivo y acabas estrellándote. Pero en esta empresa trabajan de forma que quienes se arriesgan son los inversores, porque él solo las vende y cobra una comisión altísima solo por cerrar la operación. Así que mucha de esta gente se aprovecha de personas mayores, haciéndoles la promesa de grandes beneficios. Les empaquetan productos arriesgadísimos para ellos poder cobrar la comisión.

—¿Crees que tu amigo convenció a los Cerrada para invertir en algo que les hizo tener pérdidas continuas?

—No. Lo que creo es que alguien de su empresa podría haberlo hecho y él lo vio en el ordenador. Es muy hábil con la informática.

Sacudí la cabeza.

—No sé, no me cuadra mucho en los Cerredá —dije—. Ellos no eran de los que buscan el dinero fácil.

—A veces cuando la gente se acerca a la jubilación, la que ha trabajado mucho y ha ganado dinero toda su vida, se preocupa al ver que empieza a entrar menos a final de mes. Ni siquiera reparan en que tienen más que suficiente para los años que van a durar. Se ponen nerviosos al comprobar que no ingresan como antes y la cuenta va menguando. Entonces pueden ser presa fácil para uno de estos estafadores que les prometen mucho beneficio, pero olvidan explicar los riesgos. Siempre he pensado que deberían estar en la cárcel los que se aprovechan para su beneficio de personas mayores que no tienen conocimientos financieros.

—Aprecio tu ayuda, Marco, pero no te comprometas por sacar información. Al fin y al cabo, como tú mismo dijiste, es posible que lo acabaran solucionado y no tenga importancia.

—No te preocupes, no soy de los que se pilla los dedos, pero como te dije, me gusta hacer las cosas bien. En el fondo, lo que te había dicho era nada y me sentía en la obligación de conseguir algo más de información.

Me midió con sus ojos pálidos.

—Por lo que me dijiste, fuiste policía durante un tiempo —dijo—, y supongo que uno bueno. También me imagino que ves más en esto que dos ancianos a los que pudieron haber estafado. Después de todo, lo que te encargó Tomás fue recoger el informe de la autopsia de Alicia y ya lo has hecho, pero todavía no te has ido.

—¿Y?

—No es asunto mío, pero ¿sospechas que lo de la señora Alicia no fue un accidente?

—No —dije, alargando la vocal para parecer sorprendido—. No, solo me quedé a descansar unos días. El accidente de Alicia ya lo ha estudiado la policía y los forenses y están seguros de que fue un accidente. No tengo ningún motivo para dudar de ellos.

Él hizo un gesto de aprobación con la cabeza.

—Espero que tengas razón en eso —dijo después—. Me pondría enfermo pensar que alguien le había hecho daño a esa gente.

Nos quedamos en silencio medio minuto, ambos perdidos entre los sonidos de la noche y nuestros propios pensamientos. Fue Marco quien retomó la conversación.

—Hay otra razón por la que quería hablar contigo a solas —dijo. Esperé.

—Érika. Tampoco es asunto mío, pero, ¿vosotros dos. . .?

No pude evitar sonreír.

—No, solo somos viejos amigos.

—Parece que ella te ve como algo más que eso.

—La he encontrado después de veinticinco años, por lo que podría decirse que acabamos de empezar a conocernos.

—Bueno, si os estáis conociendo, supongo que es porque esperas que la cosa funcione, ¿no?

No hacía falta ser un genio para ver por qué me preguntaba. Si había algún tipo de interés en la nueva Érika por mi parte, tenía delante a alguien con el que no querría competir en modo alguno, porque cualquier mujer lo encontraría un buen partido. Agradable, adinerado y supongo que guapo.

La cuestión fue que sentí una pequeña envidia de estar en su posición, aunque, por supuesto, de ninguna manera iba a demostrárselo.

—Por Dios, Marco —dije con una sonrisa fingida en la cara—. Si quieres, puedes llamarla alguna vez. No hace falta que me pidas permiso.

Intuyo que supo entender la situación mejor que yo mismo.

—Ya veremos —dijo, en un tono enigmático.

Después se giró hacia el sendero.

—Será mejor que vuelva con mis otros invitados —dijo—. Si mi amigo me dice algo más sobre los Cerredá, ¿puedo llamarte?

—Sí, claro.

Le di mi número de teléfono. Sostuvo su móvil en su mano izquierda y usó el pulgar para escribir los números en la agenda. Luego volvimos con el grupo.

Nos divertimos en aquel bajo, hablando y riendo, hasta una hora después. Por entonces los mosquitos ya habían invadido por completo la estancia y me sirvieron de coartada perfecta para

convencer a Érika de que había llegado el momento de marcharnos. Cuando nos alejamos en el Z4, Marco, Spielberg y Sergio seguían charlando y abofeteándose los brazos y las piernas, aunque los molestos visitantes no parecían dispuestos a abandonar la fiesta con la misma facilidad que nosotros.

Después de abrirnos camino a través del bosque por el sendero de Marco, tomé de nuevo la carretera comarcal que llevaba a la casa de los Cerreda y a continuación, la nacional. Poco antes de llegar a la villa, me di cuenta de que ambos estábamos en silencio. Supuse que a Érika, al igual que a mí, le daba respeto el momento de llegar al cruce de la carretera que conducía a su casa.

Un giro a la izquierda implicaría llevar a Érika de vuelta a la casa y darnos otro beso de buenas noches a la luz de la luna antes de recuperar mi coche. Un giro a la derecha nos dirigiría al centro de la villa y a mi hotel, donde ella tendría que imaginarse que yo esperaría mucho más.

Creo que no importa la edad que tengas, si eres un hombre normal y estás en esa situación, no puedes evitar sentirte como un adolescente con tantas dudas como granos. Tu estómago se resquebraja y no puedes aspirar a tomar una decisión, porque al final, vas a hacer lo que decidas en la última décima de segundo. O, mejor dicho, vas a hacer lo que te permita la compañera que tienes a tu lado.

Así que, mientras te acercas al momento decisivo, sigues sin poder articular palabra, mientras le sonríes una o dos veces y le dices:

—Bonita noche, ¿verdad?

Y después de que te responda sorprendida, enciendes la radio, a bajo volumen, para que D'Angelo interprete su [*Untitled \(How Does It Feel\)*](#) y suene de fondo. Pero tras unos pocos segundos, ya no tienes ni idea de lo que estás escuchando, porque en todo lo que puedes concentrarte es en pensar qué harás cuando llegues al cruce.

Así que empecé a frenar mucho antes de que tuviera que hacerlo y cuando ya no pude esquivar tomar una decisión, empecé a accionar el intermitente hacia el lado más cobarde. Pero nada más

iluminarse el indicador en el cuadro de instrumentos, sin haber llegado todavía al cruce, ella alargó su brazo hasta tomar mi mano con sus suaves dedos. La colocó de nuevo en la palanca y la empujó para indicar un giro a la derecha.

Yo la miré y ella sonrió. Y con esa aura de suave perfume entrando en mis fosas nasales, se recostó sobre mi hombro y dijo:

—Bonita noche, ¿verdad?

Capítulo 8

Apenas dos horas después, estaba acostado boca arriba en la cama de mi hotel. Rígido. Siempre he sido un verdadero experto en convertir en imposible cualquier relación, pero nunca me he sentido montado en una inquietante e insospechada ola de desconcierto como la que sentía en esos momentos. Todavía esperaba que Érika abriese los ojos para entender lo que acababa de pasar en toda su extensión. Y lo que tenía claro era que, si se aproximaba a mis sospechas, había sumado un problema a mi vida.

Cuando empezó a desperezarse a mi lado, ajena a mis tribulaciones internas, se acurrucó en mi pecho y suspiró.

—Te amo —dijo.

—Mmmm —respondí sin comprometerme y casi sin poder oírme yo mismo.

Siguió una pausa, que a mí se me antojó eterna. Ella pasó los dedos por mi estómago y bajó hasta mi sexo, que en aquellos momentos parecía no querer saber nada de la conversación, puesto que no reaccionó.

—¡Tenemos tantas cosas de las que hablar! —dijo, después de ronronear en mi oído.

Asentí con otro leve sonido de aprobación que no contenía palabra alguna. Ella estaba buscando de manera desesperada, pero las puñeteras no acudían en mi auxilio.

—¡Tanto por descubrir! —añadió, a la vez que dejaba olvidado un beso en mi cuello.

Esa exclamación preferí dejar que se quedase flotando en el aire, sin obtener ni un simple murmullo por mi parte como respuesta.

—He estado esperando lo que acaba de pasar entre los dos toda mi vida —dijo.

Me lo temía desde hacía rato, pero escucharlo de sus labios convirtió en algo real la hipótesis que manejaba desde hacía rato.

—Érika. . .

—Sí, cariño.

Pregunté, dispuesto a abordar el problema en que me acababa de meter.

—Dime, ¿nunca saliste con alguien a lo largo de estos años?

—Sí, con algún chico, pero eso no significa que me vaya a la cama con cualquiera. Con ninguno llegué hasta el final. Supongo que, en el fondo, seguías estando tú en mi mente y te estaba esperando. Valió la pena, cariño. Ha sido... hermoso.

—Érika. . .

—Sí, cariño.

—Yo...

No fui capaz de articular la frase porque no sabía plasmar en palabras lo que estaba pasando por mi mente y tampoco tenía claro que, si lo decía, no acabase por volverse en mi contra. Entonces, ante mi silencio, se aproximó a mí y empezó a besarme el cuello. Luego me mordisqueó la oreja, a la vez que frotaba sus cálidas piernas y su torso suave contra mi cuerpo, buscando volver a encenderme.

—¿Repetimos lo de anoche? —susurró con una sonrisa pícaras
—. Tengo que recuperar el tiempo perdido.

—Yo. . . —volví a titubear—, necesito estar mañana por la mañana en Bilbao y necesito salir hoy —logré decir, al fin.

—¿Qué tiene que ver eso?

—Nada. Solo pensé que debías saberlo.

—¿Y tienes que irte hoy? ¿Ahora? —preguntó, separándose de mí para mirarme a los ojos.

—Sí, ahora.

Puso una mueca de fastidio.

—Pues te estaré esperando cuando vuelvas —dijo tras pensarlo solo unas décimas de segundo.

Pude ver su sonrisa blanca en el brillo de la escasa luz que dejaban pasar las cortinas cerradas. Supongo que hubiera sido bonito si los dos estuviéramos sintonizados, pero mi radio mental emitía en una frecuencia distinta a la suya. Muy distinta.

—Estaré aquí para ti siempre —apuntó, como si yo aún tuviese alguna duda de su intención.

A continuación, se recostó contra mí y pasó con suavidad los dedos a través del mosaico de cicatrices de cuchillo en mi pecho.

—Pobrecito —ronroneó mientras las acariciaba con la yema de los dedos—. ¿Qué te hicieron esos hombres malvados? Puedo aplicarles una loción especial para que mejoren y se vean más suaves. Todas las noches. Y no tienes que decirme cómo te las hiciste. Todo lo pasado lo vamos a dejar atrás.

Sentí que me estaba quedando muy rezagado en aquella conversación.

—Nunca nos separaremos, te lo prometo —continuó—. Hemos cerrado el círculo de nuestras vidas, incluso después de llegar a convencerme de que nunca sería así. El viernes te deseaba mucho, pero no estaba segura de que me quisieras. Me costó un mundo entrar en la casa y dejarte ir, pero tenía que convencerme de que me querías de verdad. Pero ayer volviste conmigo, pese a mi negativa y, por eso, ahora estoy segura de que lo que sientes por mí es verdadero.

Eso no podía estarme pasando, pensé. Fingí estar muy tranquilo, pero en realidad tenía los ojos muy abiertos, fijos en el techo, y las manos como si me hubiese puesto a rezar, uniendo las puntas de todos los dedos de una manera perfecta. No sé ni cómo no se dio cuenta de mi estado. Sentía los pies tensos, en la boca notaba una sequedad extraña y, dentro de ella, la lengua parecía una lija dispuesta a sacar sangre de cualquier tejido blando que se pusiese a su alcance. Por su parte, debajo mi ombligo había alguien que se había convertido en tortuga y continuaba refugiada en su caparazón para escabullirse de la situación.

Me sentía horrorizado. Confundido, consternado y alarmado. Estaba atónito, sin aliento, asombrado, estupefacto, abrumado y conmocionado. Todos esos adjetivos y alguno más describían mis emociones, y todos parecían poco profundos para expresar cómo me sentía.

¡Acababa de tener sexo con una virgen de cuarenta años! Virgen y cuarenta años, dos términos que no podían ir juntos en una misma frase. O eso fue lo que yo siempre imaginé hasta ese momento.

Dios mío, ¿pero no hay una ley que prohíba a las mujeres llegar vírgenes a cierta edad?

Escapé como pude de aquella habitación con la excusa de salir hacia Bilbao. Para conseguirlo, logré convencer a Érika de que necesitaba controlar que el descerebrado de su hermano no pusiera patas arriba la casa de nuevo y que mi visita al País Vasco se debía a una llamada que un antiguo jefe me había hecho el día anterior para pedirme un favor. Por supuesto, un favor confidencial y que no admitía demoras.

Ni se me había pasado por la cabeza que conservase los sentimientos que tenía hacia a mí en la adolescencia más allá de una atracción física y, de la misma manera que siempre la respeté en aquella época, lo hubiese hecho de adultos. Supuse que nadie se conserva virgen hasta los cuarenta años y luego se va a la cama con su amor de adolescencia a la segunda cita tras reencuentro. No quería que se ilusionase, que sintiera que me había aprovechado de sus sentimientos o que en algún momento pudiese pensar que estaba jugando con ella.

Me levanté apresurado y comencé a vestirme bajo su atenta mirada.

—Está bien, deja que te lleve hasta tu coche —dijo, mientras se levantaba también y comenzaba a vestirse.

Después de acercarme al aparcamiento de su casa para recuperar el Corolla, tuve que utilizar el tono más convincente que recuerdo haber fingido en mi vida para prometerle que volvería pronto. Le debía una explicación y se la daría, pero necesitaba un tiempo para pensar en cómo hacerlo sin herir demasiado sus sentimientos.

—Te echaré mucho de menos y me sentiré abandonada hasta que regreses.

—Pero si solo estaré fuera un día o dos —dije, quitándole importancia.

—Lo sé y trataré de ser fuerte hasta entonces.

Abrí la puerta del coche y Érika, a regañadientes, aceptó dejarme ir, pero todavía le dio tiempo a hacerme temer que necesitase un

gato hidráulico para apartarla de mí después de amarrarse a mi cuerpo para darme el último beso de despedida.

Al final, salí de la villa a media mañana y el largo viaje a Bilbao supuso el perfecto contrapunto a la sensación tan placentera que había experimentado durante el primer día en el trayecto de Vigo a la villa. En él no hubo música, ni ventanillas abiertas, ni fragancia a arbustos aromáticos, ni disfruté del paisaje, solo pensamientos y decisiones. Todavía no se había cumplido una semana desde entonces y lo que prometía ser una misión relajada y una investigación casera de uno o dos días se había enquistado en una medida que todavía no conocía. Y eso podría entrar en mis planes hasta cierto punto, pero con lo que no contaba era con el problema de faldas que me había sobrevenido.

La tierna y bonita Érika se había mantenido virgen a la espera de que un día nos volviésemos a encontrar y entrásemos en razón, y no parecía tener la intención de perderme de vista una vez que lo había conseguido. Y, en lo que a mí respecta, no solo no me sentía en absoluto halagado por ello, sino que estaba medio asfixiado. Y eso que solo habíamos compartido una noche.

La realidad era que yo no quería una relación; no estaba preparado para una convivencia, ni para olvidar el luto que todavía guardaba en mi interior por Yolanda y mucho menos, muchísimo menos, para afrontar una vida en común, o lo que ella hubiera visualizado en su cabeza.

Así que, mientras conducía bajo el tenue sol de la mañana de aquel precioso domingo de junio, me preguntaba qué hacer con eso. O si era el único al que le suponía una carga moral afrontar las consecuencias de lo que había sucedido, que sería la versión egocéntrica de la cuestión.

Lo primero que decidí fue que, a mi regreso a la villa, en modo alguno podía concederme el lujo de permitir que hubiese otra noche de lujuria como la anterior. Lo segundo, que en cuanto tuviera la menor ocasión, debía hablar con ella y zanjar el asunto, porque no iba a beneficiar a ninguno de los dos dejar que se dilatase en el tiempo.

El mayor temor que sentía era que, viendo el efecto que había producido nuestra primera noche y asumiendo que su cabeza no estaba del todo afinada —¿quién en su sano juicio espera veinte años por alguien y, tras una noche, decide que eso es el principio de una relación de por vida?—, no fuese capaz de soportar el golpe de la cruda y solitaria vuelta a la normalidad que dictarían mis palabras. Temía que se enfureciera y no supiera encajar la realidad. Pero ese sería un segundo problema que solo tendría que afrontar llegado el momento, por lo que decidí aplazarlo en mi mente.

Lo cierto era que, aunque había usado la excusa de viajar a Bilbao para salir corriendo, contemplé esa posibilidad mucho antes de que Érika me empujase a ello. Desde el primer día no me cuadraba que Spielberg se hubiese mudado a la villa, como tampoco me acababa de creer su aversión al tráfico ni la tontería de que en Fonsagrada había más posibilidades para un director de cine neófito que en una gran ciudad. Si a eso le unía su obsesión por convencerme de que sus tíos habían actuado de forma normal y que el momento de inicio de todos los problemas de los Cerreda coincidía con su llegada, tenía claro que necesitaba seguir investigando por esa línea.

Tal como lo veía yo, o se había mudado a la villa escapando de algo o había ido en busca de algo. Y yo quería saber qué era.

Por lo tanto, mi siguiente destino estaba en Bilbao. Spielberg había estado asistiendo a un curso en la Escuela de Cine del País Vasco y, según me había dicho Érika, se había alojado en una residencia de estudiantes en un dormitorio doble, por lo que la idea era encontrar a su compañero de habitación.

Eso implicaba la necesidad de hacer un listado con las residencias que existían en Bilbao. Más bien, con las públicas, porque era evidente que las posibilidades económicas de Spielberg no le alcanzaban para vivir en una privada. Ni tampoco tenía claro que lo aceptasen llegado el momento.

Cuando llevaba unas dos horas conduciendo, paré en un café de carretera, pedí lápiz y papel, saqué mi teléfono móvil y me puse a la faena. Si aquel artefacto quería ganarse mi amistad, tendría que echarme una mano.

Tras casi una hora y tres cafés bien cargados, reemprendí la marcha con un nombre y una dirección en el navegador, y un buen puñado más en el bolsillo. Pese a ello, tanto el señor Google como el artefacto que me acompañaba a todos lados tendrían que seguir peloteándome durante un tiempo para conseguir que los aceptase de pleno derecho en mi vida.

Después de visitar tres residencias sin éxito y cuando se acercaba la noche, entré en una nueva. Esta me pareció de una belleza especial. Estaba situada entre árboles y césped bien cuidados y se notaba que el arquitecto que la diseñó había escogido su profesión por vocación.

Estacioné en el amplio aparcamiento situado en la parte delantera y me dirigí hacia la puerta principal, descubriendo que el recuerdo de Érika y el absoluto empeño del que hacía gala para demostrarme su amor, provocaban que incluso me resultase difícil disfrutar de las vistas que las universitarias en pantalones cortos y tops ajustados me ofrecían.

Una vez dentro, encontré a un guardia jurado en un escritorio que se prestó a atenderme. Apliqué la misma estrategia que había usado en las anteriores. Le di mi nombre y le expliqué que era un primo perdido de un tal Norberto Rivas, que acababa de llegar a la ciudad, que me quedaría un par de días y que la última vez que había oído hablar de él estaba residiendo allí. Después le pregunté si podía decirme en qué dormitorio estaba. Con gran seriedad, me respondió que, si estaba allí, llamaría a su habitación y me dejaría hablar con él. Jugueteeó con su ordenador un momento y luego se volvió hacia mí, sin perder su cara de no haber ganado una sola vez a la lotería en su vida.

—Lo siento, Sr. Acevedo —dijo—. El Sr. Rivas ha dejado de residir aquí hace un par de años.

¡Bingo!

—¿En serio? ¿Y no dejó una dirección o un número de teléfono?

—No, no ha dejado ninguna referencia y, aunque lo hubiera hecho, yo no podría dárselas.

Apreté los labios y me decepcioné. Luego permití que mi rostro se iluminara con la luz de la inspiración repentina.

—Las habitaciones son dobles, ¿verdad?

—Sí.

—¿Su antiguo compañero de cuarto sigue viviendo aquí? A lo mejor, él podría ayudarme.

Su expresión no auguraba un desenlace positivo, pero se puso a teclear en el ordenador de nuevo. Supongo que pensó que yo parecía inofensivo.

—Sí, el último chico con el que compartió habitación sigue aquí —dijo, después de un rato—. Íñigo Larrinaga. Creo que se fue de fin de semana, pero ya debe haber vuelto.

—La suerte del ignorante —grité con mi mejor sonrisa tonta.

Llamó al señor Larrinaga, le explicó quién era yo y, a los pocos segundos, me dijo que subiera, indicándome que estaba en la habitación 221.

Crucé el vestíbulo y apreté el botón de subida en el ascensor, consciente de las dos estudiantes que me estaban mirando desde la pared perpendicular de la sala. Podrían ser mis hijas y casi me ruborizaba la manera en que fijaron los ojos en mí, pero no subí por las escaleras por la sencilla razón de que no sabía dónde estaban.

La habitación 221 quedaba al final de un largo pasillo. No había nadie más que yo en la estancia y cuando llegué a la puerta indicada, llamé con discreción.

Tras ella apareció un Íñigo Larrinaga moreno, de mediana estatura, que vestía pantalones cortos y camiseta y no llevaba muchos años afeitándose. Más o menos el imberbe estudiante que esperaba encontrarme. Lo que sí me sorprendió fue la habitación. Limpia, bien cuidada, sin núcleos de manzana esparcidos o cuadros de damas pechugonas adornando las paredes como en alguna ocasión me las había imaginado. Pensé que, bien mirado, aquello era una habitación de estudiantes y no un taller mecánico.

Nos dimos la mano y me senté en la silla del escritorio, mientras él elegía el borde de la cama.

—Entonces, ¿es usted familia de Norberto?

—No —dije.

—Pero en el teléfono dijo...

—Mentí, Íñigo. Pensé que el segurata de ahí abajo no sería muy cooperativo conmigo si le decía que no era familia suya. Pero sí voy a ser honesto contigo. Soy un agente retirado de la UDYCO. Todavía tengo la placa, que se supone que no debo exhibir, pero que aquí está de todos modos.

Se la enseñé y le dio una larga mirada, con los ojos muy abiertos.

—Como te dije —continué—, estoy retirado por una temporada. La razón por la que quiero hablar contigo es porque soy amigo de la familia de Norberto, están preocupados por él y, como tengo algo de experiencia, me pidieron que hiciera algunas investigaciones. Tienen miedo de que se haya metido en algún lío y quieren ayudarlo.

—¿Drogas? —preguntó, con un incrédulo movimiento de cabeza.

—No lo sé. Todos lo dudamos, pero los últimos meses ha estado actuando de forma muy extraña. No está nervioso, pero sí un poco preocupado, distanciado. Más distanciado que el Spielberg normal.

—¿Spielberg?

—Lo siento, Norberto. Lo de Spielberg es una larga historia de familia.

—Ah, por lo del director de cine.

—Sí, algo así.

Se puso una pierna debajo de sí mismo en el mismo asiento que estaba, sin darse cuenta de que lo estaba haciendo.

—La cuestión es, señor Acevedo...

—Lucas.

—Que no he visto a Norberto desde hace casi dos años y solo compartimos habitación los últimos meses que él estuvo aquí. Pero era un tío bastante majo. Muy suyo en muchas cosas, pero agradable. No digo que nunca lo haya visto beber o darle una calada a un porro alguna vez, pero de ahí que se haya metido más a fondo en esos rollos, me cuesta creerlo. Además, él ya no era un niño como para engancharse a algo así de repente o para dejarse influir por malas compañías. Se supone que cuando llegas a cierta edad eres menos influenciable.

—Eso pienso yo, pero tengo que comprobarlo para poder descartarlo. ¿Cambió su temperamento durante el tiempo que estuvo aquí?

Se encogió de hombros.

—Tal vez un poco, pero no lo suficiente como para asegurar que le pasaba algo. Era algo difícil que estuviese parado durante mucho tiempo, porque siempre estaba pensando en hacer una película y cosas así, por lo que me gustaba compartir la habitación con él. Siempre tenía algo que contar.

—¿Además de las chicas?

Puede que tuviese veinte o veintiún años, pero juro que el bueno de Íñigo se escabulló de la pregunta como un niño de diez años.

—Norberto estaba demasiado ocupado discutiendo los ángulos de la cámara como para fijarse en alguna. Y yo no soy lo que se dice un playboy ni un juerguista.

Pude decirle que se notaba por su comportamiento educado que era verdad, pero ya me gustaba lo suficiente como para que quisiera inflarlo un poco.

—Sí, claro —dije, dándole un guiño de atención.

En ese instante, empezó a sonar y vibrar en mi bolsillo el aspirante a amigo que llevaba encima. En la situación en la que estaba, pensé que corría el riesgo de parecer patético si contestaba, pero no me atreví a ignorarlo. Le hice un gesto de disculpa a Íñigo y descolgué.

—Hola.

—¿Dónde estás, cariño? Te necesito conmigo.

—Todavía estoy en Bilbao.

—¿Cuánto tardarás en volver? Te echo de menos y tengo la sensación de haberme separado de ti hace una eternidad.

Íñigo me miraba con cara graciosa, no sé si porque estaba escuchando a Érika o era suficiente para ello con oír mis respuestas esquivas.

—Quizá vuelva mañana, no es seguro todavía —dije—. Te llamaré tan pronto como llegue.

—¿Y hasta entonces, no puedo hablar contigo?

—Claro —mentí.

—Podría hacerte una videollamada ahora, necesito verte.

—No sé cómo se hace eso.

—Es fácil, solo...

—Seguro que tienes cosas importantes que hacer —la corté.

—¿Te estás deshaciendo de mí?

—No, pero estoy ocupado y no puedo pararme ahora.

Ella suspiró.

—Bueno, pues te llamaré más tarde.

Luego también me dijo que me amaba, a lo que yo murmuré una respuesta ininteligible.

Mientras devolvía el artefacto al bolsillo, Íñigo me preguntó:

—¿De verdad no sabes hacer una videollamada?

—No sé hacerlas con ciertas personas.

—¿No hablabas con una amiga?

—Sí, algo parecido.

Aclaré mi garganta.

—De todos modos —dije—, ¿sabes si Norberto estaba haciendo algo además de la escuela?

—No creo que Norberto haya hecho algo malo.

—Yo tampoco, Íñigo. Solo intentamos averiguar si tiene algún tipo de problema del que no quiere hablar. Si te sientes incómodo hablando conmigo...

—No. Si puedo ayudar, quiero hacerlo. Me caía bien Norberto.

—¿No has sabido nada de él desde que se fue?

—No. Pero es lo normal. Compartes habitación con otra persona, te llevas bien con ella, pero cuando te marchas, sueles perder el contacto.

—¿Trabajaba en algún tipo de proyecto aquí? Escuché que tenía algunos negocios en marcha, como películas para empresas. ¿Crees que podría haberse metido en algún negocio que no acabase de funcionar y sea demasiado orgulloso para pedir ayuda?

Por los pliegues que se formaron en la frente de Íñigo, me di cuenta de que había tocado un nervio.

—Sí, tenía proyectos —dijo—. Los últimos tres o cuatro meses que estuvo en la residencia siempre hablaba de que estaba ganando mucho dinero. Según él, no era lo que quería hacer, pero

decía que le pagaban bien y que podía usar lo que ganaba para financiar una película independiente.

—¿Cuánto estaba ganando?

—No me dio cifras, pero se notaba que bastante. Siempre decía que el tipo para el que hacía las películas estaba muy contento con el trabajo. Lo llamaba de vez en cuando y debía de ser cierto que pagaba bien, porque alguna vez se ausentó de las clases para poder rodar.

—¿De qué trataban las películas?

Íñigo se encogió de hombros y se mordió el labio inferior.

—Eso era lo gracioso —dijo—. Nunca me habló de ellas, ni mucho menos me dejó verlas. Siempre le daba palmaditas al maletín que llevaba encima y decía que había terminado otra y que después de unas cuantas más podía dedicarse a lo que de verdad quería hacer. Pero hablar, solo me hablaba de sus proyectos, nunca de lo que estaba haciendo. La última película que me explicó que tenía en mente era lo que él llamó una película de carretera. Algo así como gente conduciendo juntos por la carretera y diciendo cosas profundas. Recuerdo que yo le advertí que sonaba aburridísima y casi se cabrea conmigo.

—¿Sabes para quién hacía las películas?

—Sé el nombre de uno de sus clientes. Una vez me enseñó la carátula de una película que había acabado para que pudiese ver el nombre que estaba escrito en ella, tratando de impresionarme, pero yo nunca había oído hablar de él. Me dijo que era muy importante en Galicia y que allí sí todo el mundo lo conocía.

—¿Recuerdas el nombre?

—Sí, José Rouco.

Eso me hizo incorporarme en la silla.

—¿José Rouco? ¿Estás seguro?

—Sí. Busqué en internet su nombre y vi que era un constructor gallego, pero yo no lo conozco.

—Sí, es un constructor.

Íñigo asintió con la cabeza.

No se puede vivir en Galicia y no conocer a José Rouco. El nombre de su compañía, Construcciones José Rouco, estaba

pintado en todas las obras que la administración afrontaba en la comunidad. Rouco conseguía todos los grandes contratos públicos por dos razones. Una, tenía una de las pocas empresas lo bastante grandes como para afrontar cualquier trabajo y dos, nadie dudaba que sabía manejar los maletines en la dirección apropiada mejor que nadie. E incluso había una tercera, su empresa se había constituido como una sociedad anónima de la que nadie conocía a ciencia cierta quién estaba detrás de cada accionista, aunque todos intuíamos que había más de un político.

Había visto artículos sobre él en los periódicos al lado de políticos en toda inauguración previa a las elecciones. José Rouco, como uno podría imaginar, era un individuo formidable y poco accesible para los habitantes que solemos tener los pies en la tierra. Por eso me sorprendió que Spielberg trabajase para él. No parecía el tipo de persona que lo contrataría. Más bien, apostarí a que, si un día lo miraba, podría fulminarlo.

—Si trabajaba para él, entonces tenía que ser algo importante — dije, después de haberme tomado un tiempo para digerirlo—. Lo que me sorprende es que Spielberg no te haya mostrado su trabajo. Por lo general, aburre a todos hablando de lo que está haciendo.

Íñigo bajó la cabeza y miró hacia abajo, como si estuviese avergonzado. Pensé que o le faltaba experiencia o carecía del cinismo necesario para disimular sus pensamientos.

—Los viste, ¿verdad? —pregunté yo.

Se quedó varios segundos meditando con la mirada todavía en el suelo.

—Sí, pero creo que no debería hablar de eso —dijo al final.

—Estoy aquí para ayudar a Norberto. Como comprenderás me envía su familia y, aunque sea algo ilegal, supongo que su familia lo ayudará en vez de delatarlo. Es lo normal, cuando me han pedido que lo investigue yo es porque temen que alguien que no deba se entere antes que ellos.

Se dio por conforme con mi explicación y levantó la cabeza, aunque no la mirada.

—Verás —dijo—, un día dejó su maletín aquí y se fue a clase. Como yo siempre tuve la curiosidad de saber cómo eran esas

películas industriales y conocía la clave de la cerradura de ver cómo la metía...

—¿Qué había en el DVD, Íñigo?

Volvió a bajar la cabeza y respiró varias veces antes de empezar.

—Bien. Vale. Tenía curiosidad. Me estaba volviendo loco, porque él no quería que las viese y yo no entendía el motivo. Las guardaba bajo clave en el maletín, lo llevaba siempre que salía y nunca quería contar nada, pero de sus proyectos siempre hablaba y hablaba. Así que cuando supe que no volvería en varias horas, lo abrí y vi que tenía una película. La cogí y la metí en el ordenador. Era una de las que ponía José Rouco en la carátula, por eso me acuerdo del nombre. El problema es que no era nada de lo que decía de películas industriales...

Capté al instante lo que estaba pretendiendo decirme.

—¿Estás bromeando? ¿Una película porno?

Íñigo se ruborizó.

—Sí —dijo—, pero no solo una normal con sexo y eso. Era algo más, mucho, muchísimo más. Había una chica en ella, muy joven. Rubia, pequeña. Se parecía a cualquier chica del instituto. Y debía de estar drogada, porque tenía una mirada extraña, como ida. Al poco, aparecía un hombre mayor que le decía que si no hacía lo que él le decía, la obligaría a la fuerza. Ella lo mandaba a la mierda y él la abofeteaba, varias veces, muchas veces, hasta dejarle la cara roja. Luego le arrancaba la ropa y la forzaba. Quiero decir, estaban actuando, pero él era muy violento y se notaba todo muy, muy real. Sé que hay actores muy buenos, pero esto se veía que era una película casera y no creo que supiesen actuar así.

—¿Quieres decir que te pareció una violación real?

Íñigo no dijo nada, solo afirmó varias veces con la cabeza.

—Increíble —dije—, Spielberg grabando una película de una violación.

—Spielberg, sí

—Lo siento, Norberto.

Íñigo se levantó, caminó hacia la ventana y miró hacia afuera.

—¿Seguro que lo que le estoy contando no irá más allá de la familia? Porque sé que es grave lo que estoy diciendo, pero es

posible que solo estuviesen actuando.

—No, yo solo informaré a la familia. Pero sí creo que Norberto no debería estar mezclado en esas mierdas. Tanto si es real como si solo estaban actuando, hay mucha gente sin escrúpulos en cualquiera de esos dos mundos. Si la hay en el mundo del porno, imagínate en el de los vídeos *snuff*.

—Ya.

—¿Estás seguro de que el nombre de José Rouco estaba en el DVD?

—Sí, aunque a lo mejor solo lo escribió como tapadera para que yo no supiese lo que de verdad hacía, ya me entiendes. O para impresionarme. O tal vez grabó la película en un disco viejo con su nombre. No sé.

—¿Esa fue la única que viste?

—Sí.

—¿Aparte de la chica y del hombre salía alguien más que te resultase conocido?

—No. Solo salían esos dos y era desagradable, eso es todo. Quiero decir, la chica que salía era muy joven y menuda, parecía menor de edad, aunque se notaba que no lo era, y el tío era gordo como un hipopótamo y daba la sensación de que disfrutaba con lo que estaba haciendo. Cuando se puso encima de ella, la cubrió por completo. Lo aterrador era que, aunque ella gritaba como si lo odiara, podías notar que realmente le estaba gustando aquello. Quiero que me entiendas, he visto películas porno y algunas son bastante buenas. Pero esta era. . . Esta era diferente.

—¿Norberto se enteró alguna vez de que la viste?

—No. Pero es posible que me notase algo raro después de eso. No soy bueno escondiendo cosas. Respiré tranquilo cuando se marchó definitivamente.

—¿Cuándo se fue de aquí te comentó a dónde se iba?

—Sí, creo que me dijo que se marchaba a vivir a casa de sus tíos.

Me levanté, me acerqué a él y le estreché la mano.

—Gracias por hablar conmigo, Íñigo —le dije de manera sincera —. Te prometo que esto quedará entre nosotros. Y no te preocupes

por Norberto, conseguiremos que entre en razón.

Hizo un gesto de conformidad y se despidió de mí. Supongo que el chico estaba preocupado por Spielberg, pero quería seguir respirando igual de tranquilo que cuando lo perdió de vista.

Mientras abandonaba la residencia y me dirigía al Corolla, la cuestión que me rondaba por la cabeza era cómo de joven sería la chica que aparecía en los vídeos. Íñigo me había dicho que parecía menor, pero que no lo era. ¿Cómo podía estar seguro? Si no le insistí en el tema fue porque tuve la sensación de que solo se había autoconvencido para no ver más gravedad en lo que hacía su compañero de la que en realidad ya tenía.

Pero como yo no quería autoconvencerme de nada, el resumen consistía en que la chica era «demasiado joven» y Spielberg quien estaba rodando aquello. De manera automática, se me vino a la cabeza la idea de que era de ese tipo de personas que no aguantarían mucho en una prisión.

¿Y qué relación tenía todo aquello con el imbécil de José Rouco?

Y lo más importante, ¿aquella mierda en la que estaba metido Spielberg había tenido algo que ver en la muerte de la pobre Alicia?

El siguiente paso a dar tenía que ser averiguarlo y las opciones disponibles se reducían a Spielberg y a Rouco. Y como suele ser recomendable en estos casos, siempre hay que apretar al que más tiene que perder y en eso Rouco ganaba de calle.

Así que retomé la A-8 en sentido contrario con el firme propósito de pasar de largo por el desvío a Fonsagrada y seguir hasta Lugo. No llevaba una hora en la carretera cuando el teléfono móvil se iluminó a mi lado poco antes de llegar a un área de servicio. Era Érika otra vez. Tomé el desvío y respondí, porque no tenía ganas de acumular llamadas perdidas. No recuerdo con exactitud todo lo que dijo y me limité a mantener la conversación de la manera más airosa que pude, pero las palabras clave que se quedaron grabadas a fuego en mi cerebro fueron: «cariño, necesitamos hacer planes juntos».

Decidí que era otra buena razón para pasar de largo por Fonsagrada.

Capítulo 9

Con la llegada del anochecer, decidí buscar alojamiento en Ribadeo y dejar mi visita a Lugo para primera hora de la mañana. Nada más asegurarme un buen sitio donde dormir, bajé al bar más cercano, pedí una cerveza y busqué la dirección de Construcciones José Rouco en el teléfono. Mi conocido del bolsillo no me decepcionó de nuevo y, en cuanto la vi en la pantalla, la apunté en un papel y apagué el artefacto. Seguía sumando puntos para que entablásemos una larga amistad, pero sentía que mi capacidad para estar localizado ya había sido superada de largo aquel día.

Después de la primera cerveza vinieron varias más. No quería ocupar la cabeza con otra cosa que no fuese José Rouco y no sabía muy bien si prefería que estuviese detrás de la película de Spielberg o que no. Que él se hubiese pillado los dedos en algo así, significaba que, con gran probabilidad, aquello fuese mayor de lo que podía imaginarme y eso implicaba muchos problemas y muy grandes. Por otro lado, que Spielberg solo hubiera usado su nombre como tapadera, equivaldría a tener que enfrentarme a personas impulsivas y de bajos instintos. Dicho de otro modo, nunca supe dilucidar si había que temerle más a quien era peligroso y contaba con muchos medios o al que lo era de una manera primitiva y despreciaba hasta su propia vida. Aunque lo que tenía claro era que en los dos casos la vida que despreciarían sería la mía y la de quien se pusiese delante. Pensé que el bueno de Agustín Ferreiro podría ser el mejor ejemplo.

Tras poco más de cuatro horas de sueño, a las ocho de la mañana siguiente me encontraba frente a las oficinas principales de Construcciones José Rouco en Lugo. El edificio estaba a unos cien metros de la carretera y tenía muchos vehículos estacionados en la zona delantera. Estaba recubierto por completo de cristal, tenía forma cuadrada, como un cubo de Rubik incoloro y constaba de cinco pisos. Me fijé que la entrada estaba cerrada y solo se podía

acceder al interior si el guardia de seguridad que esperaba en una garita tan lujosa como el resto del edificio te franqueaba el paso.

Subí por el camino de entrada al edificio y me acerqué a donde estaba el guardia.

—Me gustaría ver al señor Rouco —dije con ingenua sinceridad.

No se rio, pero los bordes de su boca dejaron ver que le había costado bastante no hacerlo.

—Sí, señor, por supuesto —respondió.

Tomó un portapapeles y se puso a buscar en una lista de nombres.

—¿Tiene una cita?

—No, no tengo cita. Pero estoy seguro de que al señor Rouco le gustaría verme. ¿Está dentro?

—Creo que sí, sí. ¿Su nombre?

Se lo dije, cogió el teléfono y, cuando alguien le respondió, se dio la vuelta para que yo no pudiera entender el murmullo. Trece segundos más tarde volvió a girarse hacia mí.

—Lo siento, pero el señor Rouco no está disponible.

—Entiendo. ¿Me harías un favor?

—Dígame.

—Coge el teléfono de nuevo y haz que la persona que te responda al otro lado le diga solo tres palabras. Norberto. Rubia. Película de video. Bueno, bien contadas, son cinco, pero no creo que te supongan un esfuerzo extra.

—¿Eh?

Repetí las palabras mientras tenía el teléfono en la oreja y siguió a la perfección las instrucciones. Un minuto más tarde, colgó y me miró como te mira un pastor alemán ajeno cuando te acercas a su finca.

—Lo siento, pero el señor Rouco dice que no sabe quién es usted y que no va a recibirle. Y me gusta mi trabajo, así que váyase, porque hemos terminado.

—Bien, entonces te voy a explicar una cosa. Dudo que tu jefe sea el dueño del terreno que está al otro lado de la carretera, así que voy a ir a comprar comida a una tienda de 24 horas y luego me sentaré allí hasta que el bueno de José decida verme o salga de su

escondite para poder gritarle por la carretera mientras conduce. Puedes decirle eso o no, me importa una mierda, como también me importa una mierda si conservas o pierdes tu trabajo. Buenos días, amigo.

No tardé en encontrar una tienda de 24 horas que tenía todos los manjares que me suelen hacer feliz en estas situaciones. Patatas fritas a la barbacoa, perritos calientes rebosantes de ketchup y refrescos de cola sin cafeína, porque ya me sentía demasiado tenso.

Volví a aparcar el Corolla bajo un gran roble justo en el lado opuesto a la entrada al fortín de José Rouco. Era un día soleado, pero no caluroso, lo que me permitió sobrevivir sin grandes problemas con las ventanillas abiertas. Encendí la radio para escuchar a Bobby Womack y su [*That's the Way I Feel About 'Cha*](#) y luego me eché para atrás sin perder ojo al edificio.

Después de Bobby Womack, vinieron Erykah Badu con [*On & On*](#), Irma Thomas con [*Anyone Who Knows What Love Is*](#) y quizá alguno más, no lo recuerdo, pero la realidad fue que no pasó mucho tiempo antes de que mi amigo de la garita saliese y diera media docena de pasos hacia mí, admirara mi coche, se alejara, volteara la cabeza para volver a mirarme tres pasos más adelante y terminara por regresar a su lujosa morada.

Recosté el asiento y me puse más cómodo todavía. También apagué el teléfono móvil, porque no estaba de humor en esos momentos para una llamada de Érika que preveía inminente.

Alrededor de las tres de la tarde, mi amigo salió de su garita otra vez y caminó hacia mi ventanilla.

—¿Señor Acevedo? —dijo muy educado.

—Sí, ese soy yo.

—Me han encargado que le diga que, si no se va, nos veremos obligados a llamar a la policía.

—¿Y puedo saber cuáles son los cargos?

—¿Eh?

—¿Qué ley estoy quebrantando? ¿Sentarse al borde de una carretera pública sin el permiso de José Rouco?

—¿Cómo?

—No, amigo, no me voy a ir de aquí y lo siento mucho, ya te he dicho que me da igual si tu jefe se enfada contigo y te quedas sin trabajo.

No dijo nada. Solo regresó a la garita para, estaba seguro, realizar una nueva llamada.

Cuarenta y cinco minutos después una furgoneta se detuvo de manera abrupta frente a mí. Se veía sucia, descolorida y tenía partes oxidadas en las esquinas. Dos hombres salieron de ella, ambos en vaqueros y camisetas sucias de trabajo. Eran de buen tamaño y estaban bien bronceados, sobre todo el conductor, que gastaba una tripa sustancial que estresaba la camiseta hasta el límite. Se subió los pantalones al bajar del vehículo, como tienen que hacer muchos hombres con barriga cervecera, y luego se dirigió hacia mí.

Se acercó a mi ventanilla abierta, apoyó sus brazos en la goma de la abertura en la que se había escondido el cristal y se inclinó para poner su cara cerca de la mía. En ese momento, el habitáculo se llenó de un nauseabundo olor a sudor viejo. Su amigo se paró un paso más atrás, donde podía verme a duras penas entre el marco de la puerta y el bulto de su amigo.

—¿Qué coño haces aquí todo el día parado, payaso? —me preguntó el grande casi al oído.

—Estoy tratando de medir el crecimiento por minuto de este roble —le respondí, señalando hacia el árbol para que supiera cuál era.

—Lárgate inmediatamente —dijo, alzando la voz—. No te queremos ver más por aquí.

—¿Por qué me pides que me vaya? Espera, déjame adivinar. Trabajas para el gran José Rouco y es demasiado cobarde como para afrontar un problema por sí mismo. Se ve que solo es grande de nombre y, al primer contratiempo, se mea en los pantalones como un niño asustado. ¿Tienes que cambiarle tú los pañales?

El hombre grande se esforzaba en sonreír para que no pensase que le molestaba lo que yo decía, pero no funcionó, porque me fijé que se estaba volviendo del color del trasero de un orangután.

—Solo te lo diré una vez más y no te lo voy a repetir. Vete y no vuelvas si no quieres tener problemas.

—Es posible que tengas razón —dije—, pero yo también te voy a advertir de algo. Puedo decirte a ti y a tu mascota que, aunque lo intentáis, no sois matones profesionales, porque me has facilitado mucho las cosas acercándote tanto al coche.

Durante la conversación había movido mi mano izquierda al pestillo de la puerta.

—Lo que voy a hacer —continué—, antes de que te incorpores, es abrir esta puerta tan fuerte como pueda. Tengo dos brazos y una pierna para empujarla y tú, mi buen amigo, vas a recibir todo el golpe en tu tripa y en tus pelotas. Y a ti —asentí con la cabeza hacia el otro—, lo más probable es que el mismo arco de apertura te clave el borde de la puerta en las rodillas. De cualquier manera, ambos estaréis gritando el tiempo suficiente como para coger mi automática de la guantera y deshacerme de vosotros. Y no creas que tendré reparo en usarla, ya lo he hecho antes.

Según me iban escuchando, abrían los ojos un poco más y parpadeaban con algún tic nervioso. Luego ambos retrocedieron tres largos pasos. Al grande le llevó un momento empezar a hablar de nuevo y, cuando lo hizo, se le quebró un poco la voz.

—¿Ahora qué vas a hacer, tipo duro?

Yo hice una mueca de desaprobación antes de responder.

—Me sigues facilitando el trabajo —dije después, alcanzando y abriendo la guantera con mi mano derecha—. Con tu torpeza y sin darte cuenta, me has dado el tiempo necesario para abrir la guantera y estar en superioridad en la disputa. No te preocupes, solo apuntaré a vuestras rodillas, pero apuesto a que os tendrán que levantar en una camilla. Te enseñaré una última lección, nunca vayas a un tiroteo desarmado y confiando en tus puños.

Los dos hombres siguieron parpadeando y luego se miraron el uno al otro, justo antes de retroceder hasta la furgoneta. Cuando estuvieron a su altura, se metieron dentro lo bastante rápido como para hacer rebotar los muelles. Debieron de sentirse a salvo allí dentro, porque el grande se animó de nuevo.

—¿Has pensado que quizá tengamos armas aquí? ¿Eh?
¿Sigues siendo tan duro ahora?

—Pues si las tienes, dispara. Vamos a comprobar si todo el tiempo que pasé en el campo de tiro de la policía me sirvió de algo.

El grandote se pasó la mano por la boca. No pude ver lo que el socio silencioso estaba haciendo, pero dejé la mano derecha colgando sobre la guantera abierta. Después de medio minuto, acercaron sus cabezas y se susurraron unas pocas palabras. Luego el más grande arrancó la furgoneta, la puso en marcha y aceleró todo lo que aquel destartado vehículo podía hacer. Me despedí con la mano izquierda y cerré la puerta de la guantera vacía con la derecha.

Pensé que no me quedaría más remedio que esperar a que el señor Rouco saliese al final del día, como le dije al guardia que haría.

A esas alturas, ya tenía claro que no era un error que su nombre apareciese escrito en la película de la violación.

Sin embargo, apenas una hora después, el guardia jurado, sin duda cansado de todo lo que tenía que hacer para ganar un salario mísero, salió de la garita otra vez y se dirigió hacia mí.

—Si me sigue, señor Acevedo, le llevaré a la oficina del señor Rouco. Puede dejar su coche aquí, estará bien.

Salí sin decir una palabra y lo seguí a su lado, por la entrada y a través de la puerta abierta que había más allá de su garita. Tomamos el ascensor y, nada más abrirse en la última planta, vi una figura solitaria de pie al fondo. Cuando nos acercamos lo suficiente para que lo reconociera como el todopoderoso José Rouco que salía a menudo en los periódicos, el guardia me hizo señas para que continuase solo.

Justo antes de que me acercara a la distancia necesaria para entablar una conversación, Rouco se giró y empezó a caminar hacia el final del edificio. Parecía algo perturbado. Me costó mucho mantener el ritmo de sus largos y decididos pasos. Durante el trayecto, me fijé que sus brazos eran peludos y robustos, como el resto del cuerpo. Debía medir unos dos metros y sobrepasaba los cien kilos de peso sin duda alguna. Era calvo y el arco de pelo que corría por detrás de la cabeza y por encima de las orejas estaba cortado con maestría y se había retocado hacía poco tiempo. Todo

el cuerpo se veía bronceado a conciencia, incluido el cráneo desnudo. Parecía un *troll* calvo de las películas infantiles, pero yo me sentí más bien como un niño inocente que seguía al viejo pervertido al rincón de los horrores.

Cuando llegamos a una oficina, que parecía más la de una secretaria que la de un gran magnate, se volvió hacia mí.

—Desnúdate —dijo.

—¿Qué?

—Si quieres que hable contigo, debes desnudarte y dejar la ropa aquí. En modo alguno, voy a permitir que puedas grabar algo de lo que hablemos.

Supuse que, una vez llegado allí, o aceptaba su condición o llamaba a mi amigo el guardia y me devolvía al Corolla a esperar de nuevo la hora de cierre. Así que me saqué la ropa todo lo rápido que pude y, para mi sorpresa, él hizo lo mismo.

En apenas unos segundos, él era un hombre de bóxer blanco mientras que yo era un slip de color morado, como dos boxeadores dispuestos a entablar un combate. Rouco avanzó hacia la puerta situada enfrente del escritorio y yo le seguí. Una vez dentro, no tuve dudas de que habíamos llegado a su despacho.

Se sentó en el lado más corto de un gran escritorio de cuero y maderas nobles y perdió la mirada a través de la cristalera de enfrente. Pensé que solo el vade que estaba encima de su mesa costaba más de lo que yo nunca aspiré a ganar en un mes.

Me senté en el sillón situado delante de la mesa y decidí romper el silencio.

—¿Por qué supones que no puedo llevar un micrófono dentro del slip?

—Me arriesgaré —dijo.

Otra vez el silencio. Parecía que estaba midiendo las palabras que iba a pronunciar, aunque no tenía dudas de que lo que de verdad escrutaba era mi persona.

—Despediste a esos dos hijos de puta sin despeinarte —dijo, después de unos largos segundos.

—Creo que necesitas comprar matones más caros y también mejor presentados. Esos dos que tienes no asustan ni a un niño.

Gruñó.

—Para que lo sepas —continuó—, todo lo que digamos aquí no significa una mierda. Si repites algo, negaré haberlo dicho.

—Me lo imaginaba.

Todavía no se había vuelto para mirarme a la cara mientras continuaba hablando.

—¿Qué demonios quieres? Y ni se te ocurra pedirme dinero, porque si lo haces, ordenaré que te despellejen y me traigan tu piel todavía caliente y ensangrentada sobre una bandeja.

—Puedes estar tranquilo, no quiero tu dinero.

—¿Quién eres?

—Me llamo Lucas Acevedo. Soy un agente retirado de la UDYCO.

—¿Retirado?

—Bueno, supongo que también se le puede llamar un permiso casi permanente. Me fui hace tiempo, pero tengo la puerta abierta para volver.

—Entiendo.

—La razón por la que estoy aquí es que tengo un amigo que me pidió que investigara un asunto familiar. No te aburriré con los detalles, porque es una larga historia. El tema es que en mi investigación me encontré con tu nombre y una película que Norberto Rivas rodó para ti. Y Norberto es familia de mi amigo. La película tiene a una chica joven y delicada que recibe golpes hasta aburrirse de un grandullón asqueroso, que cuando se cansa de soltar la mano decide abusar de ella. No sé qué tiene que ver con mi investigación, ni qué papel juega, pero he venido aquí para salir con las dudas resueltas.

Por el rabillo del ojo lo vi apretando las mandíbulas y meneando la cabeza.

—Entonces voy a decirte que no sé de qué coño me estás hablando, Acevedo. Creo que me estás haciendo perder el tiempo.

—Y yo creo que estás de mierda hasta las orejas, Rouco. De lo contrario, no estaríamos aquí semidesnudos y viendo qué marca de ropa interior usamos. La policía no sabe nada de esto. No quiero tu dinero y no me importan tus problemas. Incluso te puedo asegurar

que no me importan las repercusiones legales de lo que hayas hecho, porque ese es un problema de la policía y yo ya no lo soy. Todo lo que pretendo saber es cómo afectan esas películas a lo que estoy investigando.

—¿De qué se trata ese asunto familiar?

—Tú primero.

Se giró y me miró fijamente, sin bajar los ojos ni un solo instante. Tenía la nariz chata, la cara redonda y la boca cartilaginosa, como eran las de los boxeadores de los años cincuenta.

—Tal vez debería reformular lo que dije antes —añadí—. Los policías no saben nada del tema de momento.

Siguió con los ojos clavados en los míos no menos de medio minuto más, antes de volver a girarse hacia la cristalera.

—¿Cuál es mi garantía?

—Tienes la mejor del mundo. Eres lo bastante rico y cuentas con contactos suficientes como para hacer que mi vida se convierta en un infierno.

Gruñó de nuevo, supongo que en esta ocasión de un modo satisfecho.

—Bien —dijo—. Y lo haría, no lo dudes. Si no te olvidas de mi nombre en cuanto salgas por esa puerta, haré que te agarren por las pelotas y te dejen morir boca abajo.

—Entonces explícamelo y podremos vestirnos los dos.

Supongo que quería pensarlo un poco. Permaneció callado y con la mirada en aquel cristal otro medio minuto. Cuando volvió a hablar, tuve que inclinarme para escucharlo a pesar de que ladeó un poco la cabeza hacia mi posición.

—¿Estás casado, Acevedo?

—No.

—¿Lo estuviste alguna vez?

—No.

—Yo sí lo estuve y quería a mi mujer. Mucho. Fue la única persona en la tierra que podía derretirme con solo tocarme con un dedo. Murió hace tres años. De cáncer. El bicho se le comió las tripas y luego se apoderó del resto del cuerpo. No hubo persona en el mundo que pudiera hacerle frente.

—Lo siento.

Entonces volvió a mirar hacia la cristalera.

—Nunca pensé que podría seguir adelante sin ella —dijo—. Ni siquiera que algún día tendría las fuerzas para hacerlo. Pero lo hice. Ha sido duro recomponerse, pero es más difícil morir de pena que de hambre, así que no me quedó más remedio que seguir viviendo.

Después tomó aire en una gran bocanada.

—Nunca le he contado a nadie esto y no sé por qué coño te lo estoy diciendo a ti —dijo.

—No me conoces. No me volverás a ver. Y por mi propio bienestar físico y emocional, nunca lo contaré. Por lo tanto, supongo que no tienes nada que perder y que necesitas compartirlo con alguien.

Me miró otra vez.

—Eso crees, ¿eh?

Me encogí de hombros.

Se levantó un poco sobre la mesa en la que estaba sentado y tiró sin darse cuenta de sus calzoncillos. Luego continuó.

—Pasado un tiempo, empecé a ver la luz. Mi mujer era una persona estupenda, no vayas a hacerte una idea equivocada, pero también era masoquista. Toda la vida tuvimos relaciones... lo que podemos llamar algo especiales. Tanto, que me acostumbré a ello y no me excitaba con el sexo convencional. Como te digo, la lloré muchos meses y aún hoy sigo haciéndolo, pero pasado un tiempo, empecé a pensar que no pasaba nada por ver a otras mujeres. Por verlas, porque tengo sesenta años y ya no me quedan demasiadas fuerzas para estar con una y no quiero correr el riesgo de hacer el ridículo. No puedo permitírmelo, ni siquiera con una puta, porque le podría sacar partido y no quiero. Pero sigo teniendo mis necesidades, sé satisfacerme solo y un día pensé, qué coño, ¿por qué no podía disfrutar de algunas de las emociones que ella me daba?

Volvió a dudar.

—¿Qué me estás contando, Rouco? Me importan una mierda tus pensamientos, tus emociones y tus rarezas —dije yo—. Si no tienen nada que ver con lo que estoy investigando, por mí puedes

travestirte y bailar desnudo sobre la muralla todas las noches de luna llena, que no sería mi problema.

Me miró de reojo.

—Sabes —dijo—, creo que podrías haberles dado una paliza a esos dos idiotas. Me pareces un hijo de puta muy duro. Y además tienes suficientes cicatrices para anunciarlo de antemano.

Después se volvió durante unos segundos hacia mí y me atravesó con la mirada antes de continuar.

—Pero no juegues a la ruleta conmigo, Acevedo —continuó—. Como te dije, tengo el dinero suficiente para convertir tu vida en un infierno cuando quiera, pero también puedo patearte yo el culo ahora mismo y no me costaría ni un euro.

—Esa es tu decisión, Rouco. Pero, dime, ¿de qué te serviría? Cuando terminásemos la pelea, seguiríamos como ahora. Tú, con tus rarezas y yo, esperando mis respuestas.

—Sabes, si no estuvieses aquí tocándome las pelotas, creo que podrías llegar a gustarme —dijo.

Luego continuó con el relato.

—Hace unos tres años asistí a un acto, en el que premiaban a los mejores alumnos que habían salido de un curso promovido por la universidad —dijo—. En realidad, lo que querían era convencernos de que aquellos alumnos eran la hostia para que les financiáramos las películas. Ingenuos. Yo no tenía ningún interés en esa mierda y no pensaba soltar un euro para que cuatro niñatos jugasen a ser profesionales, pero tenía que asistir, porque sí me interesa que otros alumnos que salen de la universidad con otras carreras hagan las prácticas en mi empresa. Allí había alcohol, estudiantes sirviendo comida elegante, niñatos dando discursos, todo aburrido como el infierno. De todos modos, estaba de pie en una esquina cuando este hombre y su novia se me acercaron. Eran un tío más o menos de tu edad y una chica menuda que no podía tener más de veinte años. Hacían una pareja curiosa, porque él mantenía una imagen impecable y ella parecía que se había pasado bastante con el champán. El caso es que ya sabes cómo son estos actos. Presentaciones, premios, charlas, buenos deseos, toda esa

mierda. Entonces, cerca del final, me fijé en que la chica empieza a mirarme y a insinuármeme.

—Entiendo.

—Cuando acabaron los actos y yo ya estaba pensando en marcharme, se me acercó y me preguntó si estaba casado. Cuando le dije que no, soltó algo como que no importaba de todos modos. No la entendí. Mierda, que no soy un santo. Me preguntó si podíamos salir afuera a hablar, donde no nos viese nadie. Exactamente con esas palabras. Cuando estábamos a un lateral de la entrada me preguntó si quería estar con ella, que me haría un buen precio.

—¿Te habías fijado en ellos antes de que se acercasen a ti?

—Sí. La chica era rubia, con cara y cuerpo de niña y resultaba imposible no fijarse en ella. Habían dado algunas vueltas previas por la habitación.

—Supongo que estaban averiguando quién era quien allí dentro —razoné—. ¿Cómo se llamaban?

—Él se llamaba David Rey. Era un alumno, pero hablaba como si fuera también un empresario más que un cineasta. Ella era Andrea, pero no me dijo su apellido.

—¿Nunca los habías visto antes?

—No.

—¿Cuál fue el precio que te pidió?

—No se lo pregunté. Ya te dije que no me interesaba estar con ella y, tal como habían llegado a mí, menos. Le contesté que podía acostarse con su novio.

—¿Se enfadó?

—No. Sonrió y me dijo que no había problema con él y que me lo iba a demostrar. Lo llamó, me lo presentó y desde el inicio el chico empezó a preguntarme qué era lo que no me gustaba de su novia y cosas así. La verdad es que, si al principio me pareció un alumno tratando de parecer un empresario, después pensé que eran una puta y su chulo que se habían colado en la fiesta. El caso es que él se esforzaba en convencerme de que era muy buena, que hacía y se dejaba hacer de todo, y no paraba de repetírmelo. En un momento, me miró a los ojos y me dijo que sabía que yo era raro en

la cama y que ella se dejaría hacer todo lo que quisiera. Me asusté, porque pensé que me había leído la mente, pero confieso que en ese momento se me ocurrió una estúpida idea. Intenté que sonara como si fuera un impertinente y le contesté que, como estábamos en una fiesta de un curso de cine, si tan buena era su chica, por qué no me hacían una película de sexo. Ni siquiera dudó lo más mínimo, solo sonrió como una hiena hambrienta y dijo que sí, que si eso era lo que quería, no habría problema. Me mandó esperar allí con su Andrea mientras iba a buscar a alguien que quería que conociera.

—Sin duda fueron a la fiesta solo para conocerte —le dije— y conseguir estafarte de algún modo.

—Eso es lo que me imaginé cuando aceptaron, que aquello iba a derivar en una petición de anticipo y que, en cuanto se lo diese, desaparecerían. Y yo no estaba dispuesto a hacerlo.

—¿Encontró a quien buscaba?

—Sí, lo trajo enseguida.

—Déjame adivinar. Norberto Rivas.

—¿Ya sabías que estaba con ellos?

—Más o menos.

—Ni siquiera recordaba cómo se llamaba el Rivas este hasta que lo dijiste.

—Supongo que entonces David Rey te dijo que Norberto era el hombre adecuado para hacer tu película, ¿verdad?

Afirmó con la cabeza.

—No podía creer lo que estaba viviendo, me parecía imposible que les hubiese dado tanta cuerda. Les dije lo que quería, pensando que, de todos modos, aquello no era más que un intento de estafa. Es por eso que no me corté. Las condiciones eran que hubiese un hombre grande y mugriento que violara a su Andrea de una manera salvaje, y que se notase que era muy real. Vamos, que no pedí más porque no se me ocurrió. La cuestión es que enseguida Norberto se puso a hablar de la preparación de las tomas y de esto y aquello, y yo pensaba para qué coño hacía toda esa mierda de interpretación si no iban a rodar la película. Al final, tratando de que la cosa se destapara, también les puse las condiciones: mil euros y tenían que entregármela en persona y revisarla yo antes de pagársela, porque

de ningún modo les iba a dar un euro antes de tenerla para que tuvieran la oportunidad de coger el dinero y marcharse. Les solté el rollo de que era un empresario importante, que no había llegado hasta donde estoy fiándome de la gente y todas estas cosas.

—Pero aceptaron sin rechistar, ¿no?

—Sí, eso fue lo que más me desconcertó. Coño, que yo estaba esperando a que se echasen atrás, que pusieran cara de hasta aquí hemos llegado o algo así. El caso es que cuando aceptaron, pensé que al final no vendrían o que intentarían colarme un DVD virgen.

—¿Solo mil euros?

—Sí, pero el Rey este me aseguró que quedaría encantado y que no me importaría pagar más por las siguientes.

—Y aparecieron en tu casa.

—No, en la oficina, el tal Rey. Era el lugar que les había dicho. Vestido de manera impecable, se presentó en la entrada y subió con la película debajo del brazo y con un ordenador portátil. Se sentó delante de mí, la metió en el aparato y giró la pantalla para que pudiese verla sin problema. Él se mantuvo a la espera y, cuando acabó, me preguntó si era de mi agrado.

—Y deduzco que pasó el control de calidad, ¿no?

—No te hagas el gracioso.

—¿Te pidieron más dinero por las siguientes, ¿verdad?

—Entiéndelo, la película era estupenda. Él me dijo que podía hacer más, con todo lo que quisiera, que pidiera lo que me gustase, pero que serían cinco mil euros. Y que, si algún día me pensaba lo de estar con su Andrea, el precio eran veinticinco mil toda la noche y sin límite alguno.

—¿Te lo pensaste?

—Vete al infierno, Acevedo. Podemos dejar de ser amigos muy rápido.

—Pero deduzco que sí aceptaste que te hiciesen más películas, ¿verdad?

—Sí, algunas más. Yo pedí y ellos hicieron. Eso es todo y no sigas preguntando porque creo que te he contado de más. Ya tienes las respuestas que querías. Tu Norberto dirigió algunas películas que yo pedí. Eso es todo lo que sé y no hay ninguna ley que lo

prohíba. Hasta donde yo sé, la chica no era menor y no hizo nada que no quisiera hacer. Por lo tanto, vístete y ya puedes irte.

Cuando acabó de hablar, se dio la vuelta como si se fuera a marchar, pero yo no me moví.

—Eso no es todo, ¿verdad? —pregunté.

Él se frenó.

—¿Qué?

—Eres un tío duro, Rouco, y no te metes en un charco si algo o alguien no te empuja con la suficiente fuerza. Tú lo has dicho, no hay ninguna ley que lo prohíba, mientras la chica esté de acuerdo y tenga la edad suficiente.

—Lo era. ¿Crees que soy estúpido?

—Entonces, ¿por qué te preocupa tanto esto? ¿Por qué dos de tus matones me amenazaron antes con pegarme? ¿Por qué estamos hablando aquí casi desnudos y por qué has aceptado que suba? La mala publicidad podría venir igual de mí que del tal Rey, pero no te asusta, porque estoy seguro que, si alguno de los dos habla, no dudo que puedes convertir nuestra vida en un infierno. Además, sería nuestra palabra contra la tuya. No, Rouco, tengo la sensación de que eso no es todo.

Comenzó a reírse de una manera tan sonora como fingida.

—Eso no es todo y voy a averiguar lo que falta, Rouco —dije, después de la segunda carcajada—. Y tú sabes que lo haré y que removeré todo lo que tenga que remover hasta conseguirlo.

Entonces se puso serio y me miró durante unos segundos y luego de nuevo a la cristalera.

—Eres más problemático de lo que vales, Acevedo.

—Supongo que eso no es un halago.

—Al contrario, lo es. Pero, ahora sí, quiero que entiendas bien y no te equivoques. A partir de este momento sí que esta conversación nunca ha tenido lugar. Como te vayas de la lengua, lo negaré las veces que haga falta y sufrirás como nunca has sufrido en tu vida, te lo garantizo.

Asentí con la cabeza.

Se lo pensó mucho antes de empezar.

—Lo admito, me enganché a esas películas. No podía pensar en otra cosa que no fuera qué les iba a pedir a continuación y, fuese lo que fuese, a los tres días la tenía en mi casa. El precio subió también. No a los cinco mil, sino a bastante más, pero me importaba una mierda, lo estaba disfrutando. Las pagué con mi trabajo y mi dinero. Le dije a los contables que eran películas hechas por un experto para impresionar a los clientes. Estaba fuera de control, pensé que no iba a tener límite, pero un día entré en razón. Cuando vino Rey, le dije que se había acabado, que no iba a comprar más películas. Pero el hijo de puta siguió llamándome, contándome algunos planes que se le habían ocurrido que podrían gustarme. Me dijo que podía buscar algunas chicas nuevas por si me había cansado de Andrea y que, si quería, incluso podía elegir las yo. Pero no, me había hartado de eso y le acabé diciendo que si me llamaba de nuevo le patearía el culo y que, si alguna vez le contaba a alguien lo que había pasado, sería mucho peor y ni siquiera le saldría a cuenta todo lo que había ganado hasta entonces. Yo no me anduve con rodeos y él no volvió a llamarme.

En ese momento, hizo una pausa, que me hizo temer que no quisiera continuar.

—¿Y? —dije, en un tono que dejaba ver que todo lo que había contado, lo podría haber imaginado por mí mismo.

—Luego, unas semanas después de la última llamada, pasó por mi casa. Nunca había hecho eso hasta entonces, porque siempre iba a la empresa, como un hombre de negocios cualquiera. Cuando lo vi, quería matarlo, porque mi casa es sagrada y no permito que ninguna mierda me vaya siguiendo hasta allí. Pero él se quedó delante de la entrada con esa sonrisa arrogante, sabiendo que no podía hacer nada con los vecinos tan cerca. Dijo que tenía una película más que acababa de hacer, que me la quería mostrar, y que sabía que me encantaría. Según él, podíamos verla y luego ya hablaríamos del precio. Lo dijo convencido, seguro, con una sonrisa perversa en la cara. Yo estaba listo para cerrarle la puerta en la cara, pero pensé, ¿qué coño? Este cabrón viene aquí, se cree muy listo y yo tengo que demostrarle que lo soy mucho más que él. Pensé que podía mirarla y, al acabar, darle las gracias por el

espectáculo gratis y decirle que se fuese y que no volviese nunca más. Que no les iba a dar ni un euro. De esa manera, aprendería la lección y me lo sacaría de encima. Así que fuimos a mi estudio para ver la película.

Me miró y los ojos se le abrieron como pocas veces vi en una persona.

—Ese hijo de puta está enfermo —dijo—. Está loco. La película era lo peor que he visto en mi vida. No podía verla y, a la vez, no podía dejar de verla. Cuando terminó le dije que, si se volvía a acercarme a mí, lo mataría. Sin rodeos. Y que me importaba una mierda tener que ir a la cárcel por hacerlo. Creo que se dio cuenta de que se lo decía en serio, porque dejó de sonreír de una puta vez, cogió la puerta y ya no lo he vuelto a ver desde entonces.

—¿Qué había en el DVD?

Antes de contestar, se tomó unos segundos para ordenar ideas.

—¿Qué DVD? —preguntó con una voz cavernosa.

—¿Se lo llevó Rey?

—¿Se llevó el qué?

—Está bien, entiendo. ¿Sabes dónde puedo encontrar a ese Rey?

—¿Rey? ¿Quién coño es Rey, Acevedo?

Su cara estaba sonrojada y los músculos de la mandíbula tensos.

—Supongo que es hora de que me vaya —dijo.

Él movió la cabeza de manera lenta y cansada.

—Ahora estás en el mismo club que él, Acevedo —dijo, cuando ya me iba a su espalda—. Será mejor que te mantengas a mucha distancia de mí y con la boca cerrada, porque si alguno de los dos me da problemas, saldré a por vosotros y no pararé hasta tener vuestras cabezas sobre mi mesa.

Mantuve su mirada unos segundos y luego me di la vuelta y me fui en busca del ascensor. No sé qué hizo después de marcharme, solo sé que no vino detrás de mí.

Salí del edificio, le dije adiós a mi amigo de la garita y me subí al coche. Era hora de seguir adelante. Tras hacer un giro completo y tomar la carretera principal en sentido inverso, revisé mis llamadas perdidas y encontré tres de Érika. Aunque Fonsagrada era el último

lugar al que me gustaría ir en aquel momento, también era el único al que debía dirigirme.

Capítulo 10

Llegué a la villa cuando la noche ya se había adueñado del lugar y me fui directo a la habitación del Pórtico a descansar un poco. Me levanté antes de que amaneciera, porque de todas formas no era capaz de conciliar el sueño, y salí del hotel en busca de un lugar abierto donde desayunar. Afuera encontré nubes bajas y cansadas que se ajustaban a la perfección a mi humor.

Hay muchos negocios repulsivos en el mundo, pero estaba seguro de que Spielberg había elegido uno de los peores con diferencia. Ganaba dinero, no tenía la menor duda, pero estaba metido en un cubo de mierda que tarde o temprano le explotaría en las narices. Pobre e imbécil Spielberg, pensé. Pero la cuestión era con qué me había encontrado en realidad.

Era evidente que tenía delante a un Spielberg adulto haciendo gala a gran escala de su mal juicio, pero, ¿eso estaba relacionado con el mal humor de sus tíos, las retiradas de dinero y la muerte de Alicia? Ni siquiera me atrevía a pensar que pudiera ser así, porque Spielberg siempre había sido un dolor de cabeza en sí mismo, pero de una manera inofensiva y hasta simpática.

Encontré un bar abierto hacia el final de la villa y pedí un café cargado. No tardó en comenzar a llover y me quedé mirando a los campos que se veían a lo lejos. Si cuando llegué a la villa estaban verdes y rebosantes de vida, apenas una semana después y bajo el manto de agua, parecían lúgubres y desangelados. Lo mismo me había ocurrido a mí, había llegado ilusionado y lleno de buen humor y en apenas unos pocos días me encontraba vagando por las calles de la villa, envuelto en una ola de melancolía. Sin embargo, no supe dilucidar si era por la sordidez de lo que me había contado Rouco, por estar involucrado un amigo en ello o porque no me sentía con la valentía suficiente para hablar con Érika y dejarle las cosas claras.

Las tres llamadas perdidas del día anterior llegaron acompañadas de múltiples mensajes que se podían resumir en uno

solo: «Te amo, te extraño, tenemos mucho en qué pensar. ¿Por qué no me devuelves la llamada?»

Estaba claro que Érika se había pegado a mí como una garrapata y no pensaba soltarme. Y todo por una noche, por una cita, por un maldito regalo que me hice a mí mismo y que debía haber buscado en otro sitio y otro momento.

Al acabar el tercer café, di una vuelta por la villa bajo la lluvia y acabé volviendo al hotel a la espera de que hubiera avanzado algo más la mañana. Sobre las diez y cuando ya había parado de llover, me metí en el Corolla y conduje hasta la casa de los Cerreda. El Ibiza mugriento de Spielberg y el elegante Z4 rojo de Érika seguían estacionados en el aparcamiento de tierra, descansando sobre un manto de barro. Alcancé a ver a Spielberg caminando por el prado y hurgando en la hierba, al otro lado del camino.

Detuve el Toyota, respiré tres veces de la manera más profunda que recuerdo haber hecho en mi vida y luego me escabullí hasta el portalón de entrada.

Cuando Érika me vio en el patio desde la ventana del salón salió tan rápido que casi saca la puerta de las bisagras. Se aferró a mí en mitad de las escaleras, un escalón más arriba que yo, y apretó su pecho por mi torso para darme un largo y apasionado beso. Me pareció que estaba durando una auténtica eternidad.

—Ay, cariño, ¿qué tal te ha ido? ¿dónde has estado? —dijo, cuando al final se separó—. ¿Por qué no me has llamado? ¡Te deseo tanto! Te quiero. Te adoro.

Todo dicho de un tirón y sin posibilidad de que yo pudiese responder. Detrás de su cabeza podía ver artículos de limpieza esparcidos por el suelo y algunos muebles del salón descolocados de su sitio habitual.

Volvió a acoplarse a mí como una lapa y a llevar sus labios a los míos, pero en esta ocasión varias veces y de manera rápida e intermitente. Después de la última, se apartó un poco y me miró a la cara.

—¿Puedo ir a tu hotel esta noche? Dime que sí.

—No. Esta noche no.

—¿Por qué no?

—Primero tenemos que hablar.

Me fijé en lo radiante que seguía estando su cara y pensé que era obvio que se había hecho una idea diferente de lo que significaba la palabra hablar puesta en mi boca. Me llevó al salón de la mano, como una adolescente con su primer amor.

—Pasa. Vamos a sentarnos —dijo.

Me dejé caer en un extremo del sofá y ella se apretó contra mi costado con la cara inclinada hacia la mía. Cuando sintió que se había acomodado como quería, me dijo con un semblante ilusionado:

—¿Qué es eso tan importante que quieres decirme, cariño?

A lo largo de mi vida he estado en muchas situaciones límite. He estado atado a una silla en una habitación oscura mientras me torturaba un matón asesino, me he visto envuelto en una decena de tiroteos, me han disparado con una escopeta, me han herido con una pistola, he tenido un cuchillo a pocos milímetros de cortarme la garganta y me ha explotado una bomba en la habitación de al lado haciéndome saltar por los aires, pero juro que mi corazón nunca había latido tan rápido como lo hacía en ese momento.

—Érika. . .

—¿Sí, cariño?

Ningún perro, por leal que sea a su amo, podría tener los ojos más grandes, más confiados y más desprevenidos que ella.

—Yo. . . verás, tenemos que hablar —balbuceé.

—¿Hablar? ¿De qué quieres que hablemos?

Todavía me tomé un par de segundos antes de continuar.

—Érika —dije luego—, ¿qué esperas de nuestra situación?

Entonces su mirada se volvió desconcertada.

—No entiendo.

—Bueno, pareces muy ilusionada. Las llamadas, la forma en que hablas de hacer planes, la manera en que me recibes. . . ya sabes.

—No te entiendo —dijo otra vez.

—Eres una mujer hermosa y disfruté mucho de nuestra noche juntos.

—No fue solo una noche. Fue algo más, mucho más.

—Bueno, sí, pero la cuestión es que me parece que tú vas un poco deprisa.

—¿Qué quieres decir con ir deprisa? Te quiero. Tú me amas. ¿Cuál es el problema?

—Yo también me preocupo por ti, pero...

—¿Te preocupas?

Se alejó unos centímetros. Todavía no me había sacado los ojos, lo que me dio el valor para ir al grano.

—Érika, he tenido una vida muy jodida —me desplomé—. He viajado hasta el punto de no tener un hogar fijo, he vivido en habitaciones de hoteles de mala muerte y he bajado a los infiernos para hacer mi trabajo. Todo eso me ha endurecido. No soy muy sociable y no tengo claro que no sea un caso perdido. No confío en mí mismo para juzgar una relación después de una noche. De hecho, para ser honesto, dudo que alguna vez pueda llegar a tener una a largo plazo. No estoy hecho para compartir mi vida. Al menos, no de momento.

Los pocos centímetros que se había alejado cuando empecé a hablar se habían convertido en medio metro al acabar la explicación y parecía que sus ojos intentaban cortar mi cara.

—¿Qué intentas decirme? —preguntó.

—Intento decirte que me gustó estar contigo, no niego que me gustaría conocerte mejor, pero que no puedo dejar que pienses en una relación conmigo, y menos con la idea de que estoy buscando algo serio y a largo plazo. Tal vez pudiera llegar a suceder, no lo sé, pero también puede ser que no pase nunca. Y no quiero mentirte.

Sus brazos dejaron de tener cualquier contacto conmigo.

—Hicimos el amor —dijo con contundencia.

—Sí y fue maravilloso, y me gustaría volver a hacerlo, pero creo que es bueno que los dos tengamos las cosas claras antes de continuar.

—¿Que tenga claro que estás dispuesto a follarme y beber cerveza conmigo, pero nada más?

—No fue eso lo que dije.

—Ah, ¿no? Pues yo es lo que he entendido.

En ese momento, me sentí listo para ser degollado.

—He pasado todos estos años pensando que eras alguien diferente —dijo con dureza—. He soñado contigo muchas noches y siempre respeté lo que sentía por ti, pero ahora me doy cuenta de que solo eres otro hombre más en busca de un polvo fácil.

—¿Un polvo fácil? Érika...

Se alejó tanto como el sofá se lo permitía.

—Márchate —dijo ella con una voz ronca.

Yo traté de seguir con las explicaciones, pero no fui capaz de articular una palabra.

—¡Dije que te largaras!

Me levanté con lentitud del sofá, tratando todavía de hallar las palabras que la hiciesen entender lo que pretendía. No se me ocurrió ninguna y pronto me encontré en la puerta, a medio camino entre entrar y salir. Ella comenzó a cerrarla sobre mí.

—¡Lárgate! —dijo de un modo despectivo y dando un portazo en cuanto dejé el espacio suficiente.

Atravesé el patio y salí al camino. Después de unos pasos, respiré un poco de aire fresco y me di la vuelta para mirar de nuevo hacia la casa. Pensé cómo podía tener tanta razón sobre algo y sin embargo sentirme más miserable. Desde el primer momento en que me percaté de sus sentimientos, supe que nuestras citas habían sido un error, la noche en el hotel una tremenda metedura de pata, y que en modo alguno podía seguir pensando que significaba para mí lo mismo que yo para ella. Por nada del mundo, quise aprovecharme de la situación y mucho menos que alguno de los dos pudiese salir dañado. O al menos, más lastimados de lo que ya parecía que estábamos. Pero era evidente que ella no lo veía igual y yo no podía sentirme peor.

Avancé hasta el coche y encendí el motor con la idea de volver al hotel y zambullirme en una cerveza, pero antes de arrancar, me acordé de Spielberg.

Mierda, pensé. ¡Mierda!

No estaba seguro de si se había enterado de la discusión que habíamos mantenido Érika y yo, pero hubiese apostado mi vida a que no, sin miedo a perderla. Nada más apagar el motor y volver al

camino, me fijé en el prado de enfrente a la casa y pude comprobar que seguía allí, vagando en círculos y con la cabeza baja.

Cuando vio que me acercaba a través de la hierba, sonrió.

—Lucas. ¿Qué tal? ¿Vienes a ver a Érika?

—Eso ya lo he hecho hace un rato —respondí, con voz irritada—. Ahora vengo a verte a ti.

Él se detuvo y me miró de una manera diferente a como lo había hecho cuando me saludó.

—¿Qué necesitas?

En ese momento, se abrió la puerta de la casa, chocando con violencia contra la pared. Los dos miramos hacia allí. Érika bajó las escaleras, salió por el portalón y entró en el BMW sin volverse en ningún momento hacia nosotros. Lo encendió, dio un acelerón en vacío y luego se fue escupiendo una buena cantidad de barro. Spielberg permaneció callado hasta que ella salió a la carretera.

—La dejaste, ¿verdad? —dijo después.

—No he venido a hablar de eso.

—Ya, pero da la casualidad de que es mi hermana, por si no lo recuerdas.

—Te he dicho que no quiero hablar de eso. Prefiero hablar de David Rey. Y de José Rouco. Y de algunas películas no aptas para estómagos sensibles.

Supongo que al escucharme se olvidó del instinto protector al momento. Abrió la boca y me miró como si yo tuviera gusanos saliendo de mis oídos.

—Yo... ¿qué estás diciendo?

—Puede que seas un buen director, que lo dudo, pero eres un actor de mierda. No hace falta que intentes disimular, porque estoy al tanto de tus aventuras con el señor Rey y su novia rubia. ¿Cómo se llamaba? ¿Andrea? ¿Los buscaste tú o te buscaron ellos a ti?

—¿Qué?

—Deja de hacerte el tonto, no estoy de humor para aguantar gilipolleces.

—No es asunto tuyo, Lucas. No te metas donde no te llaman.

—El problema es que todavía no sé si es asunto mío o no, puesto que tu primo me envió aquí para que comprobase la muerte

de tu tía y eso es lo que voy a hacer, hasta el final y caiga quien caiga. ¿No consideras extraño que dos ancianos empezasen un día a sacar grandes sumas de dinero, que luego desaparecían como por arte de magia? ¿O el hecho de que todo el mundo, curiosamente excepto tú que vivías con ellos, se diese cuenta de que estaban preocupados y deprimidos?

—¿Retiraron dinero? Dios mío, ¿cuánto?

—Háblame, Spielberg. Convénceme de que no tienes nada que ver con lo que les pasó.

Subió una mano y acomodó su estúpida boina negra en una nueva posición encima de su desastrado pelo largo. Luego se mojó los labios.

—No puedo —dijo.

Me reí de un modo sarcástico.

—Muy bien, campeón —dije—, sigue encubriendo a delincuentes, pero deja que te haga una sola pregunta. ¿Dónde puedo encontrar a David Rey?

Me echó una corta y desconcertada mirada.

—No lo sé —respondió luego.

—¿Quién es?

—Nadie, solo es un tío al que conocí en un curso.

—¿Cuándo?

—Hace tres años.

—¿Estaba la rubia con él?

Asintió con la cabeza de manera discreta.

—¿Tenía razón sobre su nombre?

—Sí, se llama Andrea.

—¿Su apellido?

—No lo sé.

—Vete a la mierda, Spielberg.

—Seijas. Andrea Seijas. O eso creo. No tengo un archivo con los apellidos de todo el mundo que conozco.

—¿Sabías que quería contactar con Rouco en la fiesta?

—Sí, pero solo dijo que necesitaba conocer a gente rica e importante, pero no el porqué.

—¿Y qué pensaste, que quería conocerlos para pedirles un autógrafo?

—No, joder. Sabía que había estado en algún asunto turbio, pero no creí que fuera algo así. Joder, me caía bien.

—¿Él o el dinero?

Su expresión facial se convirtió en un alegato.

—No es lo piensas —se quejó—. Lo conocí en el curso, pero a él no se le daba bien lo de grabar. Por eso se interesó en mis proyectos, me dijo que yo tenía el talento del que él carecía y que podía ayudarme a conseguir el dinero necesario para realizarlos. Que, si le hacía caso, antes de lo que esperaba, estaría grabando mi propia película. Se notaba tan seguro de sí mismo que le creí. No sabía que pensaba conseguir dinero de esa manera.

—Pero cuando te lo dio, lo cogiste.

—Claro que lo cogí. ¿Qué iba a hacer? No tenía un euro.

—Podrías haber intentado trabajar.

—¡Quiero hacer películas! ¡Joder!

—Pues al final las hiciste, está claro. ¿Y ahora me dices que no sabes dónde está tu benefactor ni cómo puedo contactar con él?

—La razón por la que vine aquí fue para alejarme de él. Podría darte su antiguo número, pero no te serviría de nada. Cambiaba de número cada poco.

—Los ladrones y los estafadores suelen hacerlo. ¿En qué parte de la ciudad trabajaba?

—En el extremo sur, sobre todo.

—¿Qué más estafas hizo?

—No lo sé. Hasta que me di cuenta de todo, siempre me decía que era un hombre de negocios, que solo hacía el curso porque necesitaba grabar alguna película de promoción y yo le creí. Luego me obligó a hacer las películas.

—¿Te obligó? ¿Cómo te obligó?

—Me dijo que quería que grabase un corto con Andrea y un amigo. Yo fui y lo hice, pero cuando vi lo que era y reaccioné, me dijo que, si lo dejaba, iría a policía y les diría que yo le cobré al tío aquel por dejar que violase a su novia y poderlo grabar. Y el tío dijo que él declarararía lo mismo. Me pusieron contra la espada y la pared.

—¿Andrea era menor?

—No —dijo, convencido y alargando la o.

—¿Qué edad tenía la chica, Spielberg?

—¿Qué?

—Si ella tenía menos de 18 años, puedes estar metido en un buen lío.

Abrió las manos, con las palmas hacia afuera, tratando de reafirmar lo que iba a decir.

—No, joder. Ni Andrea era menor, ni aquello había sido una violación. Estaba actuando, o por lo menos, no hizo nada que no quisiera hacer. Ella es así, está loca, tiene una vena salvaje y le van esas cosas. Joder, Lucas, era su novia.

—Pues deben de tener una relación encantadora.

Miró a su alrededor intranquilo e incluso dio un giro completo sobre sí mismo para hacerlo. Eso me irritó aún más.

—¿Qué mierdas estás buscando?

—¿Eh?

—Siempre estás aquí buscando algo. Dime, ¿qué coño buscas?
Se encogió de hombros.

—Inspiración.

Sentí el deseo de tirarme encima de él e inspirarlo a golpes. Sin embargo, me lo pensé mejor, respiré y traté de parecer calmado.

—Dame una descripción del tal Rey —dije.

—¡Lucas, joder, olvídate del tema y sigue investigando lo que tengas que investigar! Te digo que no tiene nada que ver con mis tíos.

—¡Dime!

—Vale, vale. Es bajo, con el pelo corto y negro. Y un poco gordo.

No coincidía en absoluto con la descripción que me había dado Rouco, y dadas las circunstancias, me fiaba mucho más del millonario que de Spielberg. Me pregunté qué interés tenía en que no lo encontrase, pero decidí no insistir. Al fin y al cabo, yo no lo conocía y, si él decía que era así, se suponía que yo tenía que creerlo. En todo caso, hice la composición inversa: alto, rubio, pelo largo y buena complexión física. O algo parecido.

—¿Has hecho más películas para otros pervertidos?

—No. Créeme, no.

—¿Solo para Rouco?

—Solo rodamos lo que pedía Rouco.

—¿Dónde hacías esas maravillas?

—En diferentes casas de Lugo. Rey llegaba y me decía que lo siguiese con el equipo. No me explicaba mucho más. Nunca sabía qué iba a rodar ni dónde.

—Nombres de calles, Spielberg.

—No lo sé, nunca me fijé. Siempre estaban por las afueras y no conozco esos barrios.

—Maldita sea, debes pensar que soy estúpido.

—No te enfades conmigo solo porque discutiste con mi hermana.

Estuve a punto de agarrarlo por el cuello, sacudirle la boina, pegarle dos bofetadas y dejarlo allí tirado para que buscara inspiración con la cara pegada a la hierba, pero en el último momento conseguí contenerme.

—Escúchame, Spielberg, estoy harto de ti —dije en su lugar—. Eres un niño. Vas por la vida haciéndote el interesante y hablando en un idioma de tontos. Crees que trabajar no es digno de ti y, como no puedes conseguir el dinero para hacer una película normal, te rebajas a rodar películas porno para pervertidos a mayor gloria y beneficio de un delincuente habitual. Es posible que tus tonterías las hayan pagado tus tíos con dinero, con depresión o quién sabe si con su vida. No lo sé y es posible que ni tú mismo lo sepas, pero quiero investigarlo. ¿Y todo lo que sabes decir es que estoy enfadado contigo porque tu hermana y yo hemos roto?

Spielberg intentó articular alguna palabra, pero ni lo consiguió ni yo le di opción.

—¡Entérate bien, imbécil! —proseguí—. Esto es el mundo real y en el mundo real la gente tiene obligaciones y asume responsabilidades. Ya no estás en el instituto y ya no eres guay con esa boina estúpida y tu ridículo *look* de intelectual. Vas a cumplir los cuarenta y en cualquier momento el mundo va a abrir la boca y te va a tragar de un bocado y sin masticar. Por el camino que vas, te espera la calle o la cárcel y nadie te va a salvar el culo. No sé si

puedo ayudarte, pero lo que sí tengo claro es que voy a ayudar a Tomás. ¡Así que deja de darme largas!

Parecía estar a punto de llorar.

—Lucas, ¿por qué no me crees cuando digo que esto no tiene nada que ver con mis tíos? ¿Cuándo te digo que no les hice ningún daño?

—Cuando lo pueda probar.

—¡Joder!

—¿De qué trataba la última película que hiciste para Rouco? Escuché que era desagradable.

Dudó.

—No sé a qué te refieres —dijo al final—, eran todas más o menos iguales. El tío grande y gordo se enfadaba y forzaba a una chica joven y pequeña. Se fue poniendo un poco más bruto a medida que avanzábamos, porque eso era lo que Rouco quería. En uno de las últimas pidió que el tío asfixiase a la chica hasta que se desmayase, y que luego la forzase mientras estaba inconsciente. Quizá fuese eso.

—No, estaba muy enfadado por la última.

—Pues no sé por qué estaba enfadado. Hasta donde yo sé, grabábamos lo que él pedía.

—Esta fue una película especial, que no había pedido. Rey la hizo, porque sabía que le gustaría.

Se encogió de hombros.

—No lo sé. A lo mejor hubo otras y las grabó él mismo. Recuerda que él también hizo un curso de cine.

—¿De dónde sacaste a la demás gente que aparecía en las películas?

—Siempre los traía Rey.

—¿Recuerdas algún nombre?

—No. De eso se encargaba él y yo no tenía mayor interés en conocer a nadie. Me limitaba a ir con él y rodar lo que hacían, nada más. Luego editaba las películas, se las daba y él me pagaba.

Se quedó pensando un segundo y luego habló como si se le hubiese ocurrido una idea.

—Escucha, déjame hacer algunas llamadas. Tal vez pueda localizar a Rey o a alguien que sepa de él. ¿De acuerdo?

No, no estaba de acuerdo, pero a esas alturas, tenía claro que, o le sacaba más información a golpes o tendría que conformarme. Decidí darle una oportunidad; al menos, de momento.

—Si no tengo noticias tuyas mañana a esta hora, volveré —le dije, apuntando con un dedo entre sus ojos—. ¿Me entiendes?

Movió la cabeza varias veces y con rapidez para indicarme que lo había entendido.

Me di la vuelta y lo dejé allí en el prado. Tenía la sensación de que el pequeño Spielberg había crecido más en aquellos minutos que en casi cuarenta años.

De vuelta al hotel, había demasiadas cosas en las que debía pensar. Érika. Spielberg. La muerte sin sentido de una anciana. En pocas palabras, necesitaba una cerveza bien fría que me serenase y la necesitaba ya. Pensé que en el Arime las ponían como a mí me gustaban, casi heladas.

Salí de la habitación y, cuando ya estaba en la calle, el recepcionista me preguntó a mi espalda si ya me iba de manera definitiva. En primer momento, no alcancé a entender la pregunta, pero enseguida reparé en que se había cumplido una semana de mi llegada a la villa y solo tenía reservada la habitación por este tiempo. Decidí negociar con el chico una nueva semana, porque tenía claro que cada día que pasaba las cosas se complicaban más y a mí me salían peor. Incluso, conseguir tomar una mísera cerveza sin que algo se interpusiera en mi camino.

En cuanto acabé de arreglar el olvido, me fui derecho al Arime sin perder tiempo. Casi estaba salivando, cuando me fijé que el Z4 de Érika había estacionado de manera descuidada frente a la puerta del local. Me detuve a cierta distancia, pero con el bar en mi radio de visión.

Entonces dudé qué hacer. Si entrar y arriesgarme a que ella me saltase a la yugular de nuevo delante de los demás clientes o buscar otro bar que no sabía ni qué marca servían. Las piernas me gritaban que arrancase y corriese, pero la cabeza me decía que no, porque eso sería una cobardía.

Al final, decidí que iba a tener que enfrentarme a ella tarde o temprano, por lo que lo mejor era zanjar el problema cuanto antes. Además, pensé que quizá ya había tenido tiempo de ver la lógica que encerraba mi postura o había bebido la suficiente cerveza como para aplacar su ira.

Abrí la puerta como si detrás me estuviesen esperando ocho hombres armados y dispuestos a apuntar a mi cabeza en cuanto entrase. Vi a Sergio, el grandullón, en su lugar habitual al final de la barra y en compañía de dos hombres que no conocía.

—Lucas —gritó—. ¡Ven, siéntate con nosotros!

En cuanto se oyó el saludo, vi de reojo cómo una cara en la esquina trasera se volvía de manera abrupta en mi dirección.

Érika.

Sus ojos escupían bolas de fuego lanzadas con la intención de incinerarme en una lenta agonía. De hecho, sentí que mi temperatura corporal aumentaba. Al otro lado de la mesa, frente a ella, estaba sentado Marco Basanta. Él me miró con ojos de búho, por lo que deduje que había oído toda la historia.

Hay veces que la actitud de la gente cuenta la historia con más exactitud que un pregonero profesional. En cuestión de segundos, el bar se quedó en silencio como un cementerio, incluso Sergio, y todo el mundo empezó a dar tragos extra a sus bebidas. Todos, por supuesto, excepto Érika, Marco y yo. No lo culpo, porque hasta yo me hubiera tragado la mía si hubiera tenido una.

Ella permaneció muda en todo momento y solo me miró con asombro varios segundos, para luego volverse y observar el pequeño trozo de calle que se veía por la ventana. Mientras lo hacía, Marco le susurró algo al oído, pero ella no le respondió. Luego, ante la misma indiferencia de la chica, se levantó y se acercó a mí.

—Lucas —me susurró—, ¿por qué no hablamos fuera?

—Buena idea.

La sombra se había apoderado del lado de la calle en el que se encontraba el bar. Hacía calor, pero no era incómodo, ya que la lluvia había refrescado el ambiente.

Nos paramos en la acera a varios metros de la entrada y en la misma posición y manera que José Rouco y yo hablamos el día anterior. Mirándonos, pero sin hacerlo de frente.

—Uf —dijo Marco—, la chica tiene genio.

—No puedo decir que la culpo. ¿Qué te contó?

—Que la habías dejado porque todo lo que querías era pasar una noche de sexo.

—No me conoces, Marco, pero yo no soy así.

—Sé que no eres así, no es difícil ver eso.

—¿Estabas aquí cuando llegó ella?

—En realidad, no, vine porque me llamó. Dijo que quería hablar conmigo. Confieso que, como no parecía enfadada por teléfono, pensé que le habías dicho que yo estaba interesado en ella y quería compartir una cerveza. Lo siento si he metido la pata. Cuando hablamos en la finca, me dijiste que no erais nada.

—No lo éramos entonces y no lo somos ahora. Me gusta, y no me hubiera importado conocerla mejor, pero ella quería algo serio y yo no estoy para eso. Ya sé que suena a tópico, pero estoy seguro de que no la haría feliz, ni ella a mí. Soy un solitario.

—No me ha contado mucho hasta ahora, solo lo que te he dicho. Pero intentaré calmarla y tal vez luego vea las cosas de otra manera. Lo digo por si un día podéis volver a hablar.

—No creo que quiera más explicaciones.

—Te lo repito. Es posible que en unos días los dos veáis todo diferente.

—¿Todavía estás interesado en salir con ella?

—Vamos, Lucas, no es momento para hablar de eso.

—No hay problema si lo estás. Quizá le ayude a olvidarse de esto. Eso sí, si lo haces, te pediría un favor.

Me dedicó una mirada curiosa.

—Si quieres salir con ella, me parece bien, yo no tengo problema —le dije—. Pero te pediría que le dieras un poco de tiempo antes de empezar y te asegurases de que ella entiende qué pretendes. Es una buena persona, pero. . . a ver cómo te lo digo.. no es que haya tenido demasiadas relaciones y no sería bueno para ninguno de los dos que la atrapases mientras aún está dolida.

Arrugó la frente hasta los ojos antes de hablar.

—¿Me estás diciendo que una mujer atractiva como ella no ha tenido muchos novios?

—Créeme que no.

—Bueno, si tú lo dices, no lo pongo en duda. En fin, lo que te puedo decir es que Érika me parece una mujer muy atractiva, pero no soy un cazador ni nada parecido. Tampoco estoy desesperado. Si dices que no te importa, es posible que la invite a salir algún día, pero estoy de acuerdo contigo en que es mejor esperar a que se le pase el cabreo.

Asentí con la cabeza.

—¿Estás seguro de que eso es lo que quieres o solo me lo dices por quedar bien? —insistió.

—Sí, creo que la ayudaría y, como te digo, es una buena chica que se merece a alguien que la entienda.

—Bueno, entonces la invitaré a salir —dijo—, pero en caso de que cambies de opinión, avísame, porque lo último que pretendo es robarle una chica a alguien. Y menos a ti.

Luego añadió.

—Será mejor que vuelva dentro antes de que encuentre una escopeta con la que dispararte. No es por asustarte, pero creo que hoy no le temblaría el pulso.

Se dio la vuelta para irse, pero se detuvo.

—Ah, por cierto —dijo—, no he encontrado más información sobre las posibles inversiones de los Cerredá. Lo siento. He vuelto a llamar a mi amigo, pero no me contesta el teléfono. Supongo que eso ya significa algo de por sí.

—Sí, supongo que sí. Marco, te agradezco el esfuerzo.

Hizo un gesto con la mano para decir que no tenía importancia y luego entró a disfrutar de una de esas cervezas frías que yo tanto anhelaba. Supuse que me tendría que conformar con las que pudiese comprar en alguna tienda con frigorífico y disfrutarlas en la soledad del hotel. Entre otras cosas, porque no me apetecía buscar otro bar y beber bajo la inquisitiva mirada de algunos vecinos que ni siquiera reconocería.

Antes de abandonar el lugar, miré una última vez hacia el bar y sentí algo de celos, aunque sería del todo incapaz de explicar por qué.

Capítulo 11

Entré en la habitación del hotel con tres cervezas bajo el brazo y pensé en lo agradable que hubiera sido compartirlas con Sergio, el grandullón. Me caía bien aquel hombre, era educado, tenía buena conversación, sentido del humor y parecía que los problemas le resbalaban por la piel incapaces de agarrarse a ella. Pero él estaba en el territorio de Érika y yo solo y deprimido en la habitación del hotel. Suponía que ese era el exiguo espacio con el que me tendría que conformar tras los últimos acontecimientos.

No necesitaba mucho para sentir lástima de mí mismo y zambullirme a revivir los peores días de soledad en el ático de Mondariz. Sentado en la cama y con una de las cervezas en la mano, le eché una mirada circular a la habitación. Todo era nuevo y se notaba que se habían esforzado en decorarla con gusto, pero en mis más crudas misiones había descubierto que un hotel siempre es un hotel y nunca un hogar. Lo más cálido que encontré fue un trozo de junio cortado a través de la ranura que quedaba entre las cortinas. Así que, cuando acabé las cervezas, decidí bajar a un pequeño parque que no estaba lejos de allí y, de esa manera, al menos poder deprimirme bajo el sol.

Me puse unas bermudas y una camiseta del Celta y salí en busca de ese calor que tanto necesitaba. Al final, me pasé varias horas sentado en un banco observando pequeñas sombras que se movían delante de mis ojos, pero sin llegar a molestarme por identificarlas. Al final del día, solo había niños y padres con muerte cerebral cuya idea de ser padres era gruñir, gemir y gritar.

De manera sarcástica, pensé qué me tocaba hacer a mí, que había pasado allí las mismas horas que ellos.

—Gruñe, gime y grita por una cerveza —dije en voz baja.

Volví a la habitación con otra pequeña reserva amarilla bajo el brazo y la intención de mejorar una noche que prometía ser larga. Dos latas y media docena de eructos después, mi buen amigo del

bolsillo gritó reclamando atención. Descolgué sin fijarme en el identificador.

—¿Sí? —contesté.

—¿Lucas?

Spielberg.

—¿Qué es lo que quieres?

—Me dijiste que llamara.

—Repito. ¿Qué es lo que quieres?

—Creo que he encontrado a alguien que puede llevarte hasta David Rey.

—¿Por qué no puedo quedar con él directamente?

—Yo no puedo conseguir eso, pero este tío dice que él te llevará hasta él.

—¿Entonces por qué no te dice dónde está y se deja de tonterías?

—¡Lucas!

—De acuerdo. Si lo quieres así, hagamos esto de la manera difícil. Dime su nombre.

—Alonso. Estuvo en una de las películas. No era buen actor, pero tampoco le importaba. Supongo que Rey le pagaba igual. Me dio su número de móvil una vez y hoy se me ocurrió probar para ver si todavía lo conservaba.

Me levanté y caminé por la habitación. Sentí que el suelo estaba caliente o mis pies demasiado fríos.

—Alonso, ¿sin apellidos?

—Todo lo que sé es que se llama Alonso. Rey lo llevó y solo lo llamaba por ese nombre.

—¿Y por qué no quiere decirte dónde está Rey?

—A ver, creo que quiere algo de dinero por la información.

—Ah, entiendo. ¿Y estos son los fabulosos amigos que has hecho en tu ascenso a la cima?

—Lo sé, lo sé. Ya sé que la he jodido. ¿Tú nunca has cometido un error? Joder, dame un respiro.

Me acerqué a la ventana para ver cómo se acababa el día.

—Bueno, a ver, ¿dónde puedo encontrar a ese tal Alonso? —le pregunté.

—En Lugo. En la calle San Vicente.

También me dio el número de la casa y me indicó que era unifamiliar.

—Esta noche, a las once —dijo—. Llama a la puerta y él ya te abre.

No pude evitar soltar una carcajada.

—Esto no es una operación secreta, Spielberg. Tampoco estás dirigiendo una película de James Bond —dije luego—. Así que once en punto, busco la puerta y llamo.

—Eso es lo que me dijo.

—Perfecto.

Ya tenía lo que quería, por lo que decidí retirarme.

—Está bien —me despedí—. Pero si esto no resulta...

—Lo sé, lo sé. Ponte a la fila.

—¿Qué fila?

—Nada, cosas mías.

Le colgué a Spielberg y llamé a Tomás. Intuía que, si no aprovechaba aquel momento, ya no lo haría. Había pasado un tiempo y era obvio que la única razón por la que no se había comunicado conmigo era porque no quería distraerme. Pero también sabía que esperaba noticias con ansiedad.

Lo encontré en casa y respondió al segundo timbre.

—Hola, Lucas, ¿cómo te va?

—Lento, pero seguro.

Le dije que Spielberg se había zambullido en el vertedero pornográfico, pero no le conté nada sobre José Rouco o David Rey. Era demasiado pronto para que él los metiese en su ecuación mental.

—¡Tienes que estar de broma! ¿Spielberg?

—Sí. Yo pensé lo mismo cuando me enteré.

—¿Pero qué demonios le pasa? ¿Crees que eso tiene alguna relación con mis padres?

—No lo sé, supongo que no. Solo lo comprobé por el tiempo de su llegada y el hecho de que fue el único que dijo que no había nada raro en ellos. Pero seguiré husmeando un poco ese lado, a ver a dónde nos lleva.

—Me parece bien. Y si descubres que trajo problemas a la casa de mis padres, lo colgaré por los huevos yo mismo.

—Ponte a la cola —dije, parafraseando al propio Spielberg.

A través del teléfono, escuché el tintineo del hielo en una copa.

—Entonces, ¿qué estás investigando ahora, además de la interesante carrera como director porno de mi primo? —preguntó después de echar un trago.

—Pues, en realidad, no lo sé, Tomás. Estoy un poco atascado aquí. Lo más lógico parece seguir el rastro del dinero. ¿tienes alguna sugerencia?

—Tengo amigos en círculos financieros, pero no he llamado a nadie para no romper tu promesa al director de la sucursal.

—Puedes hacerlo, pero no cites su nombre.

—No te preocupes, mis planes para ese idiota vienen después.

Le estaba explicando que volvería a Lugo más tarde para investigar las andanzas de Spielberg cuando tuvo una idea repentina y me cortó.

—¿Y en la casa? Quizás puedas encontrar algo en los papeles que hay allí.

—Sí, es posible y ya lo había pensado, pero Érika está limpiando y ordenando y me da que, si somos demasiado obvios que estamos investigando por ese lado, podríamos asustar a alguien.

—¿No crees que tu fisgoneo no ha provocado ya ese efecto?

—No. Me da la sensación que todavía no he encontrado nada que haga pegar un traspies a la persona adecuada. Creo que me ven solo como alguien irritante. Pero sigo pensando que no es buena idea que vengas aquí. Si lo haces y te pones a tocar las narices, será una señal demasiado fuerte. Y no quiero un objetivo en movimiento tras el que tenga que correr, prefiero alguien estático al que caerle encima.

—Si tú lo dices.

Se calló un rato y supe que estaba intentando articular un razonamiento creíble que le permitiese venir a Fonsagrada pese a mi negativa. No debió encontrarlo, porque en su siguiente frase se fue a temas más personales.

—Por cierto, he vuelto a ir a ponerle comida y agua a Edward y creo que no le caigo bien. En cuanto me ve, sale corriendo por la claraboya.

—Dale tiempo. Los gatos son desconfiados.

—¿Y qué hay de Érika? ¿Habéis tenido tiempo de rememorar ese enamoramiento profundo hacia ti que tuvo en el instituto?

—No quiero hablar de eso —gruñí.

Su voz se volvió más fuerte.

—Dios, Lucas, ¿qué has hecho? —gritó—. Hace solo unos días que la has vuelto a ver y ¿ya la has fastidiado?

Preferí no contestar.

—Es por eso que Clara tiene tanta fijación con que te cases —continuó—. No eres más que un caso ambulante de desamor permanente. Perdona que te diga, pero empiezo a pensar que no tienes remedio.

Una vez que Tomás se lanzaba a este tema, mi única salida era conseguir llevarlo a otro lado.

—Bueno —dije—. Quedamos así. Tú revisas las finanzas, dejamos la búsqueda de documentos en la casa para más adelante y yo sigo el rastro de las películas amorosas de Spielberg. ¿De acuerdo?

—¿Te vas a Lugo? ¿Qué ha pasado con que te quedes en Fonsagrada para ver quién se retuerce?

—Casi me doy por vencido con eso. Supongo que no doy miedo.

—Entonces es que no te conocen muy bien.

Una hora más tarde estaba regresando a Lugo. Eran las diez en punto y mi teléfono móvil eructó su irritante sonido dentro del bolsillo.

—Hola.

—¿Lucas? Soy Marco.

—Marco. ¿Qué tal?

—Pensé que querrías que te informase de mi conversación con Érika.

Confieso que no tenía el menor interés, pero no quería que él lo supiera.

—Claro —dije, tan despreocupado como conseguí parecer.

—Todavía nos quedamos en el Arime un par de horas más desde que te marchaste. ¡Madre mía, cómo bebe esa mujer! Luego fuimos a comer y después ya nos separamos. Seguía igual de enfadada cuando nos despedimos. La imagino con una diana detrás de cualquier puerta de su casa, con una foto tuya en el centro y jugando toda la noche sin parar.

—Estoy entusiasmado.

—Lo bueno es que no tienes que preocuparte de que yo u otro hombre se acerque a ella en un buen tiempo. Tú eres el único que existe en su cabeza. Podría estar Brad Pitt en la mesa de al lado que ni siquiera se enteraría de que es él.

—Madre mía.

—Ojalá tuviera mejores noticias, Lucas.

—Gracias de todos modos, Marco.

—De nada, amigo.

Medio minuto más tarde llevé el pulgar al botón de apagado y dejé durmiendo a mi amigo. Lo que teníamos todavía no se podía llamar una amistad profunda, pero ya había descubierto que, como ocurre con muchos amigos de carne y hueso, podía llegar a resultar bastante cansino.

Llegué a la ciudad solo un poco antes de las once y busqué en el navegador la Rúa San Vicente, que estaba situada en el barrio Feixoo. Según me acercaba a mi destino, me encontré circulando por calles estrechas en las que solo cabían el coche y dos exiguas aceras a cada lado. Era un lugar de viviendas bajas y casas unifamiliares, muchas de las cuales estaban en muy mal estado y algunas, incluso, tapiadas. Me pareció el lugar perfecto para rodar una película de las de Spielberg.

La dirección que me había indicado era una de las más deterioradas. La pasé primero sin detenerme y di la vuelta a la manzana para regresar por segunda vez. Todo el lugar me parecía una ratonera y, de estar en una de mis misiones policiales de años atrás, se me hubiesen encendido todas las alarmas. Sin embargo, apostaba a que el tal Alonso solo era un ratero de poca monta que pretendía sacar unos euros por delatar a un amigo de manera anónima. Me lo imaginaba regateando el tamaño del billete que

recibiría como soborno, para conformarse al final con uno de los más pequeños y pedirme a cambio que no le dijese a David Rey quién me había dado la información de su escondite.

Cuando pasé por segunda vez, me fijé que no había ninguna luz tras la puerta de entrada. Aparqué un par de casas más adelante y sobre la acera, de tal modo que, de coincidir otro vehículo, necesitaría subirse a la contraria para poder esquivar el mío. Supuse que a esa hora de la noche no le importaría a nadie y dudé que la policía local hiciese muchas rondas por allí.

A lo lejos se escuchaba el débil zumbido del tráfico en una avenida cercana, junto con la reverberación de un televisor con el volumen demasiado fuerte. No había nadie en la calle y no había voces flotando en el aire. Tampoco persianas subidas.

Bajé por el lateral del coche hasta la parte trasera y avancé unos pasos hasta el lugar donde me esperaba. La madera alrededor del pomo de la puerta principal estaba agrietada por el alcance de mil manos y no había timbre. La fachada necesitaba un nuevo revestimiento y las ventanas que daban a la calle estaban cerradas a cal y canto. Llamé con autoridad a la puerta y escuché el eco de los golpes rebotando en el interior de la casa. Esperé veinte segundos y luego volví a llamar. De nuevo, solo escuché el eco y nada más.

Golpeé por tercera vez la puerta y luego miré el reloj. Pasaban cinco minutos de las once.

Maldita sea, Spielberg, pensé.

Una vez más llamé a la puerta y esperé treinta segundos antes de decidir si quedarme más tiempo delante de aquella casa poco menos que en ruinas, porque podría resultar sospechoso para algunos de los vecinos. Pensé en ir al coche y dar una vuelta a la manzana para dejar correr algo de tiempo.

Cuando trabajé de encubierto desarrollé un hábito que había mantenido desde entonces sin ni siquiera pensarlo. Fuese cual fuese la posición del vehículo, siempre tomaba al regresar el lado inverso al que había rodeado cuando llegué al lugar. El problema es que este solía ser el más largo, pero lo usaba como una especie de amuleto o superstición.

Aquel día, ese extremo suponía el lugar perfecto para que alguien llegase por la calle perpendicular y se escondiese tras el coche con la intención de saltarme encima mientras abría la puerta o buscaba las llaves. Esa noche, como siempre, tomé el camino más largo, alrededor de la parte delantera del Toyota, y me encontré con alguien agazapado delante del capó.

Lo que primero vi fue el cuchillo, empuñado en su mano izquierda y brillando en la luz de las farolas. Salté hacia atrás, esquivando la larga hoja de doble filo que buscaba mi cara.

Era un hombre alto, delgado y con el pelo desastrado.

Un cuchillo de ese tipo es la cosa más aterradora en todo el mundo. Intentando evitarlo, me refugié detrás del coche y traté de acompasar los latidos del corazón. Cuando él corrió hacia mí, soltando un gruñido babeante, yo me desplazé al contrario.

Así comenzamos a rodear el vehículo sin descanso. Él esgrimía el cuchillo en alto a cada vuelta, supongo que a la espera de usarlo tan pronto me alcanzase.

—Vamos, hijo de puta —dijo moldeando el primer gruñido en palabras—. Vamos, vamos. . .

No abandoné mi refugio, porque pensé que cuanto más tiempo me persiguiese, más posibilidades había de que alguien se diese cuenta de lo que estaba ocurriendo, bien un vecino o la propia policía.

Seguí escapando con el coche en medio y él tratando de alcanzarme. En algún momento, se subió sobre el capó para atajar, pero siempre logré esquivarlo. Tenía claro que, si me alcanzaba con aquel cuchillo, me abriría con suma habilidad y moriría desangrado sobre el asfalto sin que nadie me echase una mano.

Después de muchas vueltas al coche, pude detectar una gran frustración y más pasos descuidados en sus movimientos. En ese momento, supe que tenía que arreglármelas por mí mismo si quería salir de allí con vida, porque nadie había aparecido, ni ningún coche con farolillos azules había doblado la esquina.

Lo estudié unas vueltas más. A pesar de su delgada estructura, no estaba ni cerca de ser un hombre ágil y además podía escuchar

cómo jadeaba de manera sonora. Por lo tanto, era la hora de intentar algo.

Cuando estuve en la parte delantera, rodé sobre el capó, me lancé al lado de la calle y me paré en medio de la calzada para estar en terreno abierto.

Él, que casi había alcanzado la parte trasera, giró sobre sus pasos y se abalanzó hacia mi posición, deteniéndose en una postura jorobada a apenas un metro de mí.

—¡Ya te tengo! —dijo con la voz entrecortada por el esfuerzo—. ¡Ya te tengo!

—Sí, es posible —respondí con el tono de voz lo más normal que pude.

Eso provocó un destello de perplejidad en su cara.

—¿Por qué estamos haciendo esto? —continué.

Extendió la mano derecha vacía y usó los dedos para hacerme señas.

—Vamos —dijo—. Vamos.

—Ataca tú, amigo, eres el que tiene el cuchillo. Y no tardes mucho, porque la gente se está empezando a dar cuenta de lo que está pasando.

Debió de creérselo, porque en ese momento me lanzó una cuchillada apresurada hacia el pecho, pero me las arreglé para lanzarme a la izquierda y esquivar el ataque. Al recoger el impulso, también intentó cortarme el ombligo, pero salté y arqueé mi trasero hacia atrás, a la vez que veía cómo brillaba la hoja al pasar por la parte delantera de mi camisa.

Todo lo que necesitaba era que lanzase otra puñalada larga y arqueada como la última, porque eso me daría una oportunidad. Por suerte, en el siguiente ataque, trató de golpear a la derecha y, al retroceder, buscó otra puñalada circular en la que puso toda la extensión del brazo. Yo vi venir los dos impulsos.

Puedo moverme con rapidez cuando tengo que hacerlo y, la segunda, en lugar de saltar, me doblé bajo el recorrido del cuchillo. Entonces, empleé toda la fuerza de mis piernas en lanzarme hacia adelante contra sus rodillas para conseguir que la parte superior de su cuerpo rodara sobre mi cabeza. Todavía trató de apuñalarme por

tercera vez mientras bajaba y ahí sí sentí cómo el frío del acero cortaba mi mano derecha.

Mientras me giraba, lo vi caer de frente, con la cara pegada al asfalto, mientras el resto del cuerpo se le volteaba por encima y acababa desplomándose como si fuese un árbol talado.

Me quedé allí de pie con las piernas separadas, resoplando en la noche y sintiendo el calor húmedo de la sangre cayendo por la punta de los dedos derechos. Esperaba que hiciera otro movimiento, pero no hubo más.

Se había quedado inmóvil, de espaldas y con la cara y la cabeza inclinadas en un ángulo difícil respecto al cuerpo. Incluso en la penosa luz de la calle, pude ver cómo los ojos abiertos se le empezaron a vidriar y comenzó a emitir el horrible jadeo final, igual que el de un enorme pez varado en la playa.

Entonces saqué el teléfono móvil y llamé al 112.

Me alejé mientras lo hacía para no tener que escuchar cómo moría.

Capítulo 12

Ellos dos parecían los dobles perfectos de Laurel y Hardy, el gordo y el flaco de las películas mudas. No dije nada al verlos porque estaba seguro de no ser original. Stan Laurel se llamaba en realidad Antonio Rego y, como el auténtico, era alto, delgado, con la cara larga y los ojos caídos. La copia de Oliver Hardy era Luis Gayoso y, como no podía ser de otro modo, se veía como un hombre grueso, calvo y con un largo balanceo de brazos cuando caminaba. Sin embargo, el parecido era solo en apariencia. Estos dos no eran bufones, sino policías afilados como chinchetas. Supe de inmediato que tendría que andar con cuidado.

Cuando llegaron, yo estaba en una ambulancia con una compresa en mi mano ensangrentada. El técnico de la ambulancia me explicó que el cuchillo había cortado el nudillo del meñique y había separado la carne del hueso en una tira de cuatro o cinco centímetros. Requería puntos, pero no parecía que tuviese cortado el tendón, porque podía mover el dedo sin problema. Eso sí, en cuanto levantaba la compresa la sangre brotaba y caía al suelo de inmediato.

Laurel y Hardy se acercaron a mí justo cuando me estaba diciendo todo esto. Los policías uniformados habían llegado sin demora y habían cerrado con cinta el lugar donde mi anfitrión del barrio había empezado su descanso eterno. Seguía allí, tal como cayó, aunque tapado con una manta. La gente de las casas más cercanas había llegado a la conclusión de que la ventana era mucho más interesante que la televisión e incluso un montón de personas bajaron a ver el espectáculo en primera fila y permanecían al lado de la cinta que acordonaba el área.

Solo un equipo de noticias de la televisión pública se había molestado en aparecer. Supongo que una matanza en una de aquellas casas abandonadas no era una prioridad para la local o la gallega, pero los de fuera es posible que no estuviesen tan

familiarizados con el lugar. Después me enteré que era una zona habitual de okupas y los líos en la calle eran cotidianos.

Rego se paró un paso adelante cuando se detuvieron en las puertas abiertas de la parte trasera de la ambulancia y se presentó a sí mismo y luego a Gayoso, por lo que deduje que él tenía el liderazgo.

—¿Cómo se llama? —preguntó con una voz bastante agradable.

Yo también le facilité mis datos personales con amabilidad.

—¿Identificación?

Saqué la billetera con la mano izquierda, que era la sana, y la abrí para extraer el carnet de identidad. Mientras lo miraba, Gayoso me preguntó:

—¿Qué ha pasado aquí?

Si hubiera sido un completo idiota, me habría reído. Su voz era nítida y precisa, como la de Oliver Hardy. Y la de Rego era aguda, como la de Stan Laurel. Pero, aunque reconozco que a veces soy algo idiota, no hasta ese punto.

—Yo iba caminando hacia mi coche, el Toyota de allí —dije—, y el fallecido estaba escondido detrás de él. En cuanto me vio, vino hacia mí con el cuchillo en alto y me persiguió un rato hasta que le hice tropezar y aterrizó mal.

—¿Qué le dijo?

—No mucho. Solo maldijo varias veces.

—¿Le pidió dinero?

—No.

—Los testigos verifican la pelea, que él era quien tenía el cuchillo y que usted lo volteó sobre su espalda. Dijeron que lo había hecho muy bien. ¿Dónde aprendió esas llaves?

—Solo fue un poco de adrenalina y un mucho de querer seguir con vida.

Rego me miró a los ojos y me devolvió el carnet.

—¿Lo conocía usted, señor Acevedo?

—No.

—¿Puedo llamarle Lucas?

—Por mí, no hay problema.

Gayoso miró por encima del hombro al cuerpo.

—Vaya forma de morir, se le rompió el cuello como un palo astillado. ¿Y dices que no tienes ni idea de quién es?

—Ninguna.

—Y no te pidió dinero.

—No. Quizá me confundiese con otra persona.

Y así continuaron con las mismas preguntas por un tiempo, respondidas con brevedad y concisión por mi parte.

Después de un par de minutos, Gayoso se detuvo y me miró de reojo.

—Se te ve muy tranquilo, Lucas —dijo—, para acabar de matar a un hombre.

—Tengo los nervios destrozados y el estómago revuelto como si fuese a vomitar —dije—. Pero no es grave, siempre me pasa después de matar a alguien.

Eso les llamó la atención y cambiaron de expresión. También noté que el técnico de la ambulancia se había puesto algo rígido.

—Soy un policía retirado —continué—. UDYCO.

—Vaya —dijo Rego—. ¿Entonces esa fue la causa?

—No, esto no tiene nada que ver con mi antiguo trabajo, hasta donde yo sé. Yo pasaba por aquí y él vino a buscarme sin más.

Gayoso me dedicó otra mirada cortante.

—Te diré algo —continuó Rego—, necesitas que te cosan la mano y quizá te pongan alguna inyección. Este oficial irá contigo y después te llevará a la comisaría. ¿De acuerdo?

Asentí con la cabeza.

El joven médico del hospital me cosió la mano con facilidad y me puso la vacuna del tétanos. También me preguntó si tenía alguna otra lesión, a lo que respondí que no.

El chico necesitó cinco puntos para cerrar el corte de mi meñique y me garantizó que se curaría bien. Añadió que el cuchillo debía estar afilado como una navaja de afeitar, por lo que el corte había sido limpio y no un desgarró. También me informó de que solo me dolería un poco, pero yo ya tenía experiencia en esas cosas.

De camino a la comisaría, el policía uniformado no cruzó conmigo ni una palabra y eso provocó que tuviese que olfatear con

más intensidad el sudor seco incrustado en los cojines del asiento trasero.

Cuando llegamos, Rego nos estaba esperando en la puerta y me llevó a un escritorio en el área de oficinas de la comisaría. Gayoso ya estaba allí, posado de manera descuidada en el borde de la mesa. Yo me senté en la silla que estaba al lado.

—Entonces, explícanos otra vez qué pasó —dijo Rego, después de que todos nos pusiéramos cómodos.

Yo volví a repetir el relato que ya les había dicho en la calle, sin cambiar una palabra.

—Revisé tus antecedentes en la UDYCO —dijo Gayoso cuando terminé—. Parece que tienes un buen currículum. Uno a respetar. Solo, encubierto. Es una forma difícil de ganarse la vida. Parece que también te has retirado por una buena temporada.

No sabía qué decir, así que asentí sin más.

Un tercer inspector, que pasaba por allí, se detuvo delante de nosotros de manera descuidada y escuchó parte de lo que decíamos. También echó un vistazo a las fotos de la escena del crimen que estaban en el escritorio.

—¡Coño! —exclamó—. ¿Este no es Capone?

Tanto Rego como Gayoso arrugaron la frente y se acercaron a echar otro vistazo de cerca al primer plano de la víctima.

—Joder, pues es verdad —dijo Gayoso con voz sorprendida—. Con la cara hecha polvo y la cabeza en esa postura, no lo había reconocido.

Me puso la foto delante y golpeó el cadáver con un dedo ante mis ojos.

—Félix Alonso Serrano, alias Capone, un tío curioso. Es un delincuente con un historial de antecedentes que sería imposible de memorizar para cualquier mortal. Un matón de los que se encargan de cualquier trabajo ilegal si hay un buen dinero en él. Demasiado perezoso para trabajar y demasiado tonto para ser ladrón y que no lo cojamos. Lo del mote de Capone es porque el imbécil le decía a todo el mundo desde pequeño que acabaría siendo tan rico y poderoso como Al Capone. Y lo cierto es que apuntaba alto por su

falta de escrúpulos y su ambición, pero que nunca aprendió a escalar.

Rego tomó la palabra de una manera más distendida.

—El tío trataba de hacer encargos cuanto más sucios mejor, porque pensaba que así acabaría trabajando para un capo importante y luego podría asaltarle el puesto. Nos lo dijo una vez que lo detuvimos y casi se nos saltan las lágrimas de la risa. Yo creo que no era muy completo. Pero sí cumplía los encargos con eficacia. Al final, su carrera delictiva derivó en que, si alguien necesitaba un trabajo complicado, este era el hombre que tenía que buscar.

Puse una mueca de escepticismo. Gayoso y Rego se miraron el uno al otro.

—De todos modos —dijo Rego—, sigamos con esto. Siendo tú policía, supongo que no es necesario que te explique que tienes que ser sincero con nosotros. Además, he de advertirte que no podemos tener favoritismos.

—Entendido.

—Vayamos a la sala de interrogatorios y acabemos con esto entonces.

La habitación estaba bien iluminada y se veía desgastada. Me senté al otro lado de una mesa, con una grabadora entre nosotros. Eché una mirada al techo y me fijé que una cámara colgaba en una de las esquinas.

Dijeron los nombres, la fecha y la hora en que había sucedido todo y luego Rego se dirigió a mí.

—Entonces, Lucas, ¿qué hacía en la calle donde usted y el señor Alonso se pelearon?

Antes de responder, pensé que no había ninguna posibilidad de explicar el encuentro con el tal Capone en la calle San Vicente sin empezar en Fonsagrada, las empinadas escaleras y un amigo de la adolescencia que rodó algunas películas desagradables para José Rouco, el hombre que podía machacarme. De ninguna manera, incluso en la remota posibilidad de que no estuvieran relacionados. Si lo intentaba y cometía un desliz, Laurel y Hardy me acorralarían, porque entre otras cosas, estaba declarando por un homicidio. Y

eso eran palabras mayores, por mucho que la retirada de la circulación de Capone supusiese un regalo para la sociedad.

Así que empecé desde el principio. Les dije que Tomás me pidió recoger la autopsia y hacer algunas comprobaciones en relación a la muerte de su madre. También les hablé sobre mis sospechas en la caída de Alicia, la reunión con Agustín Ferreiro y su posterior desaparición. Les conté que el matrimonio retiraba grandes cantidades de dinero en efectivo y lo que el antiguo compañero de Spielberg había encontrado en su maletín. Les informé de mi charla con Rouco y saqué a relucir al misterioso David Rey, incipiente productor de películas pornográficas algo especiales. Por último, acabé mencionando una llamada de Spielberg que me emplazaba a una reunión en la calle San Vicente con alguien que se suponía que debía darme algunas respuestas.

Lo único que no mencioné fue la película misteriosa de la que nadie quería hablar. Y lo hice rezando para que no me arrepintiese.

A medida que hablaba, capté algo de sorpresa en sus cansados rostros, pero se mantuvieron concentrados y me cortaban de vez en cuando para hacer preguntas mordaces con la esperanza de hacerme tropezar. Yo me mantuve firme en todo momento y creo que eso les convenció de que estaba diciendo la verdad, por increíble que pareciese.

Cuando acabé, los dos se inclinaron hacia atrás y pusieron sus manos detrás de las cabezas.

—Parece una gran historia —dijo Rego.

—Este forense, Agustín Ferreiro —continuó Gayoso, después de levantarse de la silla y ponerse a dar un paseo por la habitación—. ¿Crees que su desaparición tiene algo que ver con lo demás?

—Sinceramente, no lo sé. Y tampoco sé si el ataque de Capone está relacionado con lo demás. Podría ser que solo quisiera mi cartera y no supo pedirla. O hizo cálculos de que no se la daría mientras me mantuviese en pie.

—¿Y por qué no te la iba a pedir?

Me encogí de hombros.

—¿La Guardia Civil de Fonsagrada está al tanto? —preguntó Rego.

—El sargento sabe que fui allí por encargo de Tomás y lo que pensaba hacer, pero no sobre el dinero, las películas y Rouco. Lo cierto es que nada de esto parecía demasiado raro ni peligroso hasta esta noche. Y como digo, todo lo que averigüé allí no parecía tener relación entre sí.

—Tendremos que llamarlo. Necesitará hacerle algunas preguntas a tu amigo Norberto.

Gayoso volvió a su silla y puso los brazos sobre la mesa.

—¿José Rouco y películas de violaciones? ¿Es una broma?

Aprecié que no esperaba una respuesta, así que no le di ninguna.

—¿No crees que esta noche podría estar ligada a tus días en la UDYCO? —preguntó después—. No sé, le encuentro más sentido a esa posibilidad que a todo esto que nos has contado.

—No creo en las coincidencias, Antonio. No me estoy alojando en Lugo, sino en Fonsagrada. Así que, ¿cómo podría alguien que me busca por mi pasado enterarse tan rápido de que venía hoy a Lugo y dónde iba a estar?

Luego me incliné hacia adelante.

—Antes dijiste que Capone siempre hacía trabajos sucios y buscaba dinero fácil —dije—. Pero también que no parecía muy listo, por lo que dudo que tuviera el cerebro suficiente como para estar involucrado en este lío de Fonsagrada. Por lo tanto, lo lógico es pensar que alguien lo envió. ¿Para quién solía trabajar?

Se miraron el uno al otro y luego se excusaron para salir de la habitación.

Yo me esperaba la reacción.

Pasaron casi dos horas antes de que regresasen. A lo largo de la noche en comisaría, solo había tomado una Coca Cola Zero y una bolsa de patatas fritas. Con todo, después de las cervezas del día, la pelea y la noche en vela, me sentía cansado y necesitaba más caféina.

El inspector Rego se sentó y dejó caer una pila de papeles sobre la mesa, mientras Gayoso se colocaba en el otro lado. En la parte superior de la primera hoja vi el nombre de José Rouco, su dirección, algunos números de teléfono y varios nombres debajo.

—Esto es lo que hay, Lucas —dijo—. He hablado con el juez de guardia. Olvida lo que te dije de no tener en cuenta que eres policía. Vamos a soltarte, al menos por ahora. La casa en San Vicente estaba vacía y lo ha estado desde hace bastante tiempo, así que parece que todo fue un montaje. Además, tenemos que añadir las declaraciones unánimes de los testigos de que él tenía el cuchillo e intentaba matarte. En cualquier caso, tendrás que venir a declarar ante el juez cuando te llamen. Nos pondremos en contacto con el sargento de Fonsagrada para que haga algunas preguntas allí. Y nosotros vamos a continuar con la investigación aquí. Tenemos la sensación de que has destapado algo grande.

—Tómalo como un regalo —dije con toda seriedad.

—Preguntaste sobre Capone —dijo Gayoso—. Vamos a decirte lo que sabemos, pero mantenlo entre nosotros.

—Entendido.

Sacó un papel del medio de la pila de la mesa.

—Las andanzas de este individuo sirven para ponerse a hacer una tesis con ellas y aburrir al alumno —dijo—. Se remontan a cuando tenía la edad suficiente para entrar en la cárcel. Antes de eso, estuvo en varios reformatorios. Como te dijimos, Capone aceptaba cualquier trabajo que no requiriese sudor. Presionar a gente para los prestamistas, allanamientos, algún ajuste de cuentas. Nunca trabajó para él mismo, no tenía suficiente materia gris para hacerlo. Siempre vivió como un vagabundo, aunque había mejorado en los últimos tiempos. Parece que se puso a las órdenes de alguien que le daba mucho trabajo y pagaba bien.

—David Rey.

—Buena suposición —dijo Rego—. Es una buena posibilidad, qué duda cabe.

—¿Qué hizo este Rey además de vender películas porno?

—No sabíamos nada de las películas, debe de ser su último hobby. Antes de eso, tocó casi todos los palos: narcotraficante, trata de blancas, partidas ilegales... , cada cosa en su momento. Se cree que lo de organizar partidas de póquer clandestinas fue el inicio y ahí aprendió todo lo que tenía que saber. Tanto en organización como en camuflaje. De hecho, por un testigo, supimos que asistía a

muchas de ellas como si fuese un rico ludópata y solía ganar a menudo. Era un buen jugador y los demás no sospechaban nada. Después le tocó al narcotráfico en las Rías Baixas. Fue la época más negra de la lucha antidroga en Galicia. Nadie sabía quienes estaban al mando, los cárteles estaban muy atomizados y era imposible infiltrarse en ellos e identificar a los responsables. Cada vez que había una reunión, hacían una ruta alternativa y daban tres vueltas en cada rotonda para comprobar que no les seguía nadie. Si detectaban algún movimiento sospechoso, abortaban todo sin cortarse, y podían hacerlo varias veces seguidas sin ponerse nerviosos. Ese era el nivel. Cuando un día, después de muchas investigaciones, empezó a estar en el punto de mira de la policía como posible responsable de uno de estos grupos, desapareció del negocio. Lo último que supimos fue que se dedicaba a la trata de blancas. Traía chicas de Latinoamérica, supongo que se aprovechaba de los contactos que hizo con la droga, y las repartía por puticlubs de toda España. Se hicieron algunas redadas por denuncias de clientes y se detuvieron a varios responsables, pero siempre se sospechó que él estaba por encima de los cabecillas detenidos, aunque nunca nadie lo delató. ¿Por qué? Pues porque muchos aparecieron muertos y los que no, ni se les ocurría hablar.

—Un angelito.

—¿No te suena de tu época en la UDYCO?

—No, yo estaba en Madrid y me dedicaba a los cárteles de México.

—Ya, se cree que los contactos de Rey venían de Sudamérica.

—¿Cuántas veces lo arrestaron?

Gayoso sacudió la cabeza.

—Ninguna —dijo—. Como te digo, el tío era demasiado astuto, muy listo. Actuaba como un mafioso clásico, pero incluso más a la sombra. Escogía a su gente con tanto cuidado y los aleccionaba tan bien que era imposible seguirlos. Además, casi todos eran personas normales y corrientes, con una vida organizada y sin antecedentes. Funcionaba casi como una religión o como una secta, tenían verdadera devoción por él y, si había riesgo de que uno se convirtiese en un soplón o estaba demasiado quemado con la

policía, desaparecía de repente. En resumen, este tío era muy bueno manipulando a la gente y dirigiendo su pequeño imperio sin ponerse a sí mismo en el punto de mira. En pocas palabras, un psicópata de libro. Más listo que el infierno y astuto como un demonio.

—¿Por qué habláis en pasado?

—Porque volvió a desaparecer hace unos tres años.

—¿Tenéis una foto de la ficha policial?

—No, nunca se le tomó una —dijo Rego—, porque nunca hubo un arresto. Puede sonar como un disco rayado, pero el hombre sabía lo que hacía. Era casi imposible detectarlo y, cuando parecía que se empezaba a cerrar el cerco sobre él, desaparecía del negocio y de la faz de la tierra. Nadie pudo atraparlo nunca. Siempre iba un paso por delante.

—¿Ni siquiera tenéis una descripción?

—Sí. David Rey es blanco, ahora estará cercano a los cuarenta, pelo claro y corto y poco más de 1,80 m. No es gordo, siempre estuvo en buena forma y camina como un gallo. Eso es todo lo que sabemos.

—Para ganarse la confianza de Rouco, tiene que ser bueno —dije—. También me mencionaron a una joven rubia. Andrea. Era la protagonista de las películas.

Ambos se encogieron de hombros y sacudieron sus cabezas.

—Todo lo que tenemos es lo que te dijimos —dijo Gayoso—, a menos que tú tengas algo más.

—No, nada, lo siento. ¿Puedo irme?

—¿Ir a algún sitio donde no podamos localizarte en ese móvil? Porque sí, puedes irte, pero tienes que estar disponible.

—Descuida, no iré más allá de Fonsagrada.

Capítulo 13

Al salir de la comisaría, un coche de policía me esperaba en la entrada para llevarme de regreso al Toyota. Sin embargo, preferí coger un taxi. Quería desvincularme de la policía lo antes posible para volver a sentirme libre. Nada más emprender el camino, mi teléfono móvil reclamó su cuota diaria de atención. Tomás.

—No puedo creerlo —dijo, sin ni siquiera saludar—. Me despierto esta mañana, pongo las noticias de primera hora en La Uno y ahí estás tú sentado en la parte de atrás de una ambulancia. ¡Y dicen que mataste a un hombre en una pelea!

—No fue nada —dije.

—Madre mía, Lucas, ¿Estás bien?

—Sí, no te preocupes, solo fue un pequeño corte.

—Cuéntame qué ha pasado.

Le expliqué que Spielberg me había enviado a ver a alguien que se suponía que tenía algunas respuestas para mí y, al llegar, resultó que la casa estaba vacía y un tal Félix Alonso Serrano, alias Capone, un matón a sueldo, apareció de la nada para atacarme.

—¿Spielberg te tendió una trampa?

—No lo sé. Puede ser que lo hayan engañado para que me tendiese una trampa.

—Voy a matarlo.

—No tengo claro que eso ayudase mucho.

—No conozco a ese Capone. ¿Tú sí?

—No, yo tampoco hasta esta noche.

—Bien, vale, escúchame. Esto se ha acabado —dijo—, la policía se encargará de aquí en adelante. Quiero que olvides lo que te encargué.

Yo no respondí.

—Lucas —continuó—, te pedí que fueses a Fonsagrada y ahora te digo que regreses a Vigo, ¿entendido?

—Sabes que no lo voy a hacer.

—¡Podrías estar muerto! —gritó—. Joder, Sandra está conmocionada y yo también.

—Ya me he metido en esto hasta el fondo, ahora es personal.

Su voz se puso dura.

—Siempre es así contigo, ¿no?

—Tomás, puede que lo que ha pasado esta noche no tenga relación con tus padres. No creo que sea así y supongo que tú tampoco lo crees, pero hay una pequeña posibilidad de que sí sea así. Pero si hay una conexión con tus padres y vuelvo a Fonsagrada, esta vez podría provocar que los responsables saliesen de debajo de la roca donde están escondidos, porque si me mandaron al Capone este es porque les he tocado en un nervio. Y cuando se enteren de que está muerto, entonces pensarán que soy una gran y urgente amenaza.

—Y prevés que intenten matarte de nuevo y claro, según tú, cuando lo hagan, tendrás una nueva oportunidad.

—No dije eso.

—Sí, Lucas. Se te ha entendido perfectamente —dijo.

Lo esperé, mientras oía cómo respiraba al otro lado.

—A ver, Lucas, puedes ser una gran persona—dijo al final—, pero también puedes ser una de las más frías y peligrosas del mundo, y eso es lo que me da miedo.

Me reí entre dientes.

—Eres mi abogado —repuse—, ¿y ahora has ampliado tus servicios profesionales a la psiquiatría?

—No, soy tu amigo. Uno que te está pidiendo que dejes esto. No me perdonaría que te pasase algo, joder. Ya está, ya lo he dicho.

—Sabes que no voy a cambiar de opinión.

Suspiró.

—Sí, me hago una idea —dijo.

—Y no vas a ir a Fonsagrada de momento.

—Pero...

—No empezamos toda la negociación de nuevo, Tomás, por favor —lo corté—. Estoy cansado y tengo sueño.

—Vale, vale.

—Ya te llamaré.

Colgamos y, al instante, volvió a sonar el teléfono. Otra vez, Tomás.

—Dime.

—Lucas, tengo unas ganas de matar a Spielberg que no te imaginas y te aseguro que me va a oír cuando lo vea, pero cuídalo si puedes. ¿De acuerdo?

—Descuida, lo haré.

Era poco antes de las ocho de la mañana cuando el taxi me dejó al lado del Toyota. La cinta de la escena del crimen rodeaba el área donde Capone exhaló su último aliento. Ya no había nadie allí. Incluso las casas de los espectadores se habían quedado a oscuras.

Le di las gracias y un billete al taxista y lo vi irse mientras caminaba hacia mi coche. Todavía empezaban a salir los primeros rayos de sol del nuevo día. Quizá por eso no me fijé hasta que abrí la puerta del conductor y se encendió la luz interior que la ventanilla trasera de ese lado estaba rota. Además, ese lateral era el que quedaba pegado a la pared.

Me llevó unos segundos asimilar aquello. Estaba seguro de que no se había partido en la pelea, por lo que a la fuerza alguien tenía que haberlo roto mientras yo me encontraba en la comisaría.

Me imaginé que el culpable habría sido algún amigo de Capone o, incluso, la persona que lo contrató. Por eso, decidí comprobar todo muy bien antes de entrar. Primero miré debajo del coche y luego abrí la puerta trasera a una distancia de un brazo. No hubo explosión, ni nada me saltó encima. Al fin, me animé a meter la cabeza dentro.

Los cristales rotos se habían esparcido por el asiento, junto a un pequeño sobre blanco. Saqué un pañuelo de papel de la guantera y cogí el sobre con el pulgar y el índice. No estaba cerrado. Comprobé largo y tendido si había alguien en la calle, y luego cerré la puerta trasera y subí al asiento delantero. Encendí la luz interior, cogí un bolígrafo y usé la punta para abrir el sobre. Dentro había un trozo de papel doblado. Tomé otro pañuelo con la mano izquierda para sacar la hoja y la desplegué. Alguien había garabateado algo en el centro, pero, por mucho que lo intenté, no logré descifrarlo, porque parecía

escrito por un niño de tres años. Eran unas cuantas mayúsculas seguidas de unas marcas indescifrables, que bien podrían ser letras pequeñas o solo descuidados puntos de bolígrafo hechos al escribir deprisa y sobre un soporte inestable. Una de las mayúsculas se parecía a una D, pero el resto carecía de sentido alguno.

Puse la carta a un lado y miré dentro del sobre. En una de las esquinas inferiores pude ver algo del tamaño de una moneda de dos céntimos con forma cuadrada. Lo eché en el pañuelo de la palma de la mano izquierda y luego saqué una linterna de la guantera para verlo mejor.

Al principio lo tomé por un trozo de plástico opaco que estaba agrietado por el medio de haberlo doblado, pero enseguida me fijé en unas manchas de color óxido colgando por un borde. Me incliné para iluminarlo todavía mejor y lo moví con el bolígrafo en el pañuelo varias veces hasta descubrir lo que era.

El material de los lados era una combinación de piel y sangre y la pieza que me había parecido un plástico era una uña humana. La grieta en el centro explicaba cómo la habían arrancado. Lo había visto en alguna misión y resulta tan sencillo como macabro. Tomas un alicate de punta cuadrada, como los que utilizan los electricistas, agarras la uña por cada lado y luego aprietas con fuerza y tiras hacia arriba.

En aquel momento, me di cuenta de que el tiempo de estar dubitativo se había acabado. Si hasta entonces le había otorgado alguna posibilidad a que los pequeños indicios que iba descubriendo pudiesen no estar relacionados entre sí, en ese instante tuve claro que todo tenía que confluir en un nexo común y, por lo tanto, alguien tenía que estar detrás de todo aquello. Un alguien que contrató a Capone y arrancó una uña humana para dejármela en el coche. O lo que era lo mismo, una persona cruel, peligrosa y desalmada. Tal vez, por qué no, el escurridizo y camaleónico David Rey.

Todavía seguía con mis pensamientos cuando el teléfono móvil sonó dentro del bolsillo. Tardé en sacarlo y, cuando lo hice, ya había saltado el buzón de voz.

Lo que escuché era igual de desagradable, aunque en otra variedad.

¿Eres demasiado cobarde para responder?, empezó, y desde ahí fue cuesta abajo en su dignidad hasta acabar expresando diversas insinuaciones terribles y alguna que otra maldición. Borró todo antes de que acabase.

Bajé la cabeza y miré de manera alternativa al teléfono y a la uña, uno en cada mano. Después levanté la vista y volví a echar una ojeada el exterior. Cuantas más veces repetía la operación, más enfadado me sentía.

Tal vez no tuviese ni idea de cómo razonar con aquella mujer que me odiaba de pies a cabeza, pero sí que iba a obtener respuestas sobre otras cosas. De una manera o de otra.

Pensé que, el primer lugar donde debía buscarlas era en la casa de José Rouco. Había visto la dirección en uno de los papeles de los policías en la sala de interrogatorios.

Al meterla en el navegador y llegar al destino, no me sorprendió que resultase ser una gran casa de dos pisos situada en el centro de una de las mejores urbanizaciones de Lugo. Eran las ocho y media de la mañana cuando aparqué en la curva de la entrada principal. No tenía claro que aún se encontrase allí ni la conveniencia de aquella visita, pero no dediqué mucho tiempo a pensarlo. Solo salí y caminé a paso ligero hasta la entrada.

La puerta se abrió de golpe justo cuando llegué a su altura y dejó ver a un Rouco que estaba todavía descalzo y sin camisa. Tenía los brazos cruzados, las piernas tensas y abiertas y su cara era del color de un tomate maduro. Parecía un rinoceronte enfurecido y alzado en las patas traseras, adoptando una pose desafiante.

—¡Me cago en tu puta madre! —dijo de golpe—. ¡Te dije que me dejases fuera de esta mierda! ¿No podías hacerlo? Ahora tengo que ir con mi abogado mañana por la mañana para hablar con la policía.

Me acerqué a él, cara a cara.

—Tal vez no deberías haber enviado a uno de tus matones tras de mí si querías que me mantuviera al margen. ¿No crees? El trato era que yo te dejaba fuera y tú a mí en paz.

—¿Ese pedazo de mierda que la policía dijo que mataste? ¿Eres estúpido? No necesito que nadie me haga el trabajo sucio para acabar contigo, Acevedo.

Me reí.

—¡Eres un chiste de persona, Rouco! —dije—. ¡Tienes un apetito sexual enfermizo, consigues que un aprendiz de estafador ruede algunas películas de violaciones a tu gusto para aliviarlo y luego te cabreas conmigo porque te atrapan! ¿Ser rico y poderoso te da la libertad de ser patético o te haces así en cuanto empiezas a ganar dinero? Estoy harto de ti, Rouco. De ti y de todos los imbéciles como tú, que tienen tanta pasta como ego y siempre se las apañan para quedar como inocentes niños que nunca han roto un plato.

No se rio al escucharme. Muy al revés, su cara se puso más roja.

—Voy a ir a la policía —dijo, señalándome con el dedo en la cara—. Voy a negarlo todo, me van a creer y luego voy a tener tu culo en mis manos.

—No te preocupes, puedes tenerlo ahora, Rouco. Estoy cansado de jugar al gato y al ratón y tener que ponerme en calzoncillos para hablar contigo. Estoy cansado de que pienses que eres demasiado rico y poderoso como para tener que responder por tus actos. Y lo primero que vas a hacer es contestarme a unas cuantas preguntas. Y lo vas a hacer aquí y ahora.

En esta ocasión, sí que casi sonrió, pero al final no llegó a hacerlo.

—Vete a la mierda —dijo.

—El DVD, Rouco, ¿qué había en él?

Esa vez sí que me dedicó una amplia sonrisa.

Luego se balanceó con un corto y asesino golpe de derechas de abajo arriba. Lo intuí y me incliné hacia mi derecha, pero no lo suficiente para evitar que me alcanzase con un golpe de refilón en el hombro izquierdo con el que casi me adormece el brazo.

Sabía que no tenía ninguna posibilidad si entraba en un intercambio de puñetazos de pie con aquel trol de hombre, así que me lancé agachado con el hombro derecho por delante, como lo haría un jugador de fútbol americano, y lo empujé hacia atrás con la idea de que ambos cayésemos al suelo. Sin embargo, no lo conseguí. Él aguantó el envite y siguió atacándome como un boxeador experto. Agarrados como estábamos, yo solo podía

guiarme por el movimiento de su cuerpo para saber de dónde me iban a llegar los golpes para retorcerme y tratar de desviarlos.

Nos resbalamos por el piso de madera, gruñendo y jadeando por el esfuerzo. Al final, conseguí hacer la suficiente palanca para tirarlo de espaldas sobre una mesa lateral que estaba debajo de un espejo en la pared izquierda.

Dejó escapar un grito y ambos caímos al suelo, con la mesa y el espejo bajo nuestros cuerpos. Traté de rodar sobre él, con o sin trozos de cristales rotos, pero levantó una rodilla y la usó para enviarme de vuelta a la pared opuesta. Me sentí sin aire, pero sabía que tenía que levantarme antes que él o podía darme por muerto.

Y lo hice en el último instante, usando el impulso para aplastar mi puño derecho en la parte blanda debajo de su caja torácica. Eso le vació los pulmones, pero no lo hizo más lento.

Siguió viniendo hacia mí, con los puños en alto, balanceándose y golpeando con todas sus fuerzas hacia mi cabeza y las vértebras superiores. Me retorcí y esquivé todos los golpes, hasta que uno me cazó de refilón debajo del ojo izquierdo y por un momento vi todo blanco y me quedé desorientado.

Cuando volví a situarme, le alcancé con el puño cerrado en la boca, aun a riesgo de romperme la mano. El golpe le hizo retroceder hasta perder el equilibrio contra la pared donde había estado el espejo.

Se levantó de rodillas sobre el cristal roto, sin que por ello dejase escapar un solo gemido. Yo me dejé caer contra la pared opuesta, a unos tres metros de distancia.

En ese momento, los dos tuvimos el sentido común suficiente para detenernos y tomar aire.

Miré mi mano palpitante y me alegré de ver que no me había cortado con sus dientes, aunque sí podía sentir que el ojo izquierdo se me estaba empezando a hinchar y algunos de los puntos que me acaban de dar se me habían abierto.

Cuando levanté la cabeza, él se estaba limpiando la sangre que le salía por la boca y la nariz.

—Estás muerto, Acevedo —dijo en medio de un jadeo—. Tan cierto como hay un Dios.

—Háblame de la película, Rouco —dije.

—Vete a la mierda. No había ningún DVD, ¿recuerdas? Te lo dije el otro día. Estás mal informado, chaval.

Me puse de pie con esfuerzo.

—Entonces vamos de nuevo, porque no me iré de aquí hasta que me lo digas.

Me miró durante unos largos, muy largos segundos. Luego soltó una carcajada profunda y lanzó un par de escupitajos ensangrentados sobre aquel piso pulido a la perfección.

—Pensé que eras diferente, Acevedo —dijo cuando terminó—. Te tomé por alguien inteligente y que sabía hacer las cosas. Ahora veo que no.

Se limpió la boca otra vez antes de continuar.

—No tengo ni idea de dónde puedes encontrar lo que buscas, pero sé que ya has husmeado lo suficiente como para poder llegar a la respuesta. Eres como los mierdecillas universitarios que contrato para que me ayuden a construir edificios y hacerles la rosca a los políticos. Se pasan el tiempo preguntándome cómo resolver esto o aquello. Mierda, les pago para que lo averigüen, no para que me lo pregunten. Pero ellos siempre pretenden que yo les dé la respuesta de la manera más fácil. Cuando empecé, trabajé duro cargando cemento y arena hasta tener las manos y los pies ampollados y muchas noches no era capaz de conciliar el sueño de lo que me dolía el cuerpo. Aprendí todo lo que sé por mí mismo, doblando el espinazo como el que más, y ahora esos mocosos ultra preparados pretenden que les dé todo hecho. Pues escúchame bien, Acevedo, porque te voy a decir una cosa. Ellos pueden irse a la mierda y tú puedes irte a la misma mierda con ellos.

Me quedé mirando su cara rota y bronceada y tuve deseos de pegarle otra vez, salvo porque en el último momento me di cuenta de que tenía razón.

Sabía dónde encontrar lo que estaba buscando. E incluso lo sabía mejor que él.

Así que me puse en pie, me paré frente a él, le ofrecí un pequeño saludo y salí caminando por la puerta de entrada.

Creo que lo escuché reír en la puerta cuando me iba a subir al Corolla.

Antes de volver a Fonsagrada, decidí hacer una rápida excursión a mi pequeño apartamento. No vi a Edward, ni me dio tiempo a nada, salvo a recoger lo que más necesitaba.

Tengo dos armas. Una es una pequeña Glock 26 9 mm, con cargador de diez tiros. Una delicada y costosa máquina que conseguí de un narcotraficante francés muerto en México. Mis muertes relacionadas con el trabajo solían tener un sabor internacional.

Debí haberla entregado cuando me fui, pero se había ajustado tan a la perfección a mi mano y me había salvado la vida tantas veces de una manera tan limpia que me resistí a hacerlo. Un arma que se amolda a tu empuñadura puede ser la diferencia entre la vida y la muerte, sobre todo para alguien que se mete en tantos y tan gordos problemas como yo.

Mi segunda arma es una Glock 29 10 mm, más contundente, pero menos manejable. En cualquier caso, me sentía cómodo con ambas, porque cada una era adecuada según las circunstancias. Primero puse la pequeña en una funda hecha a medida para mi tobillo derecho y luego escondí la grande en el coche. No había mucho espacio en el Corolla, pero esforzándote un poco podías encontrar un pequeño escondite. El mío estaba bajo el capó, detrás y al lado de un faro, un área repleta de cables y tubos que está cubierta por un trozo de goma negra. En algún momento antes había movido todo a un lado e inclinado la pared metálica interior un poco más para que quedase el espacio necesario para llevarla allí.

La envolví en una toalla de mano antes de colocarla en aquel sitio y luego apreté los tornillos que sujetaban la goma a mano. Cuando acabé, salí en dirección a la villa en compañía de mis dos amigas mortales, sintiéndome encantado de que viajasen conmigo.

Ellas serían las únicas amigas que tendría a mi lado cuando llegase a Fonsagrada.

Capítulo 14

Mientras regresaba a la villa, me di cuenta de que llevaba casi treinta horas sin dormir. A mitad de camino, pese a poner la música al máximo volumen, empecé a sentir como si tuviese arena en los ojos. Mi cerebro hizo un amago de dormirse y mis ojos protestaron, porque no querían que la luz del sol penetrase por el parabrisas. Me detuve en una escapatoria, me bajé del coche y caminé durante unos minutos a su alrededor. Entre el ejercicio y el aire fresco conseguí recargar el suficiente oxígeno en el cerebro como para que me llevase sin más contratiempos hasta mi destino, al horroroso edificio que albergaba el cuartel de la Guardia Civil.

El sargento Mariano Lemos no me miró tan sorprendido como el guardia de la entrada, pero sí parpadeó una o dos veces en cuanto reparó en la mano vendada y el ojo morado con los que me presenté.

—Lucas —dijo—, no tiene usted muy buen aspecto.

Me encogí de hombros.

Caminó alrededor del escritorio para acercarse a mí, tocándose la barbilla mientras lo hacía.

—Creo que ha metido usted un palo dentro de un avispero —dijo—. La policía de Lugo me llamó a primera hora y me tuvo mucho, mucho tiempo al teléfono. Dijo que anoche le atacó un matón peligroso, armado con un cuchillo de grandes dimensiones, pero que usted apenas necesitó un golpe para mandarlo al otro barrio.

—Ellos no estaban allí.

—No, supongo que no.

Hizo una pausa antes de continuar.

—¿Realmente cree que Norberto Rivas tuvo algo que ver en la muerte de su tía? —preguntó.

—Yo nunca dije eso, Mariano. Lo que declaré fue que se estaba relacionando con gente peligrosa, haciendo cosas muy poco recomendables, y que muchos acontecimientos desagradables empezaron a suceder cuando él llegó aquí. Y también que no creía

que la autopsia demostrase al cien por cien que la muerte de su tía fuese un accidente.

—¿Por qué lo dice?

Le conté todas las dudas que hacía días le había expresado a un viejo forense que en aquellos momentos seguía desaparecido y bien pudiera ser que muerto.

—¿Y nunca pensó en decírmelo? —dijo, al final.

—Me imaginé que Agustín Ferreiro lo haría.

—Entiendo. Y cuando no lo hizo, usted empezó a pensar que tal vez él tenía algo que ocultar. O que lo tenía yo.

—Mariano...

—No se preocupe por eso, Lucas, sé cómo van las cosas. Yo en su lugar, hubiera pensado lo mismo. Lo que de verdad me importa es que Agustín sigue sin aparecer.

—Que puede no tener nada que ver con todo esto...

Sacudió la cabeza.

—Nada tiene sentido, Lucas —dijo, sobre todo, para sí mismo—. Son cosas sospechosas, pero inconexas. El problema es que, poniéndolas todas juntas, son demasiadas casualidades como para que sean simples coincidencias. Y lo lógico es pensar que deban tener un nexo común.

Me hizo señas para que me sentara en la silla que había frente al escritorio y luego volvió a situarse detrás de la mesa y se sentó en la suya. Se recostó contra el respaldo mientras hablaba.

—Norberto haciendo películas porno de violaciones. José Rouco comprándolas, Alicia Cerredá muriendo bajo lo que ahora parecen ser circunstancias sospechosas, pero solo después de que ella y Sabino retirasen mucho dinero del banco. Agustín que no aparece por ninguna parte. Un matón a sueldo trata de matarle en el lugar al que le envió Norberto. Lucas, estas cosas no son muy habituales en un sitio pequeño y tranquilo como este.

Asentí con la cabeza.

—¿Hay algo más que todavía no sepa? —preguntó.

—No, eso es todo.

Se quedó callado y se frotó la barbilla de nuevo, supongo que tratando de encontrar la pieza clave de aquel puzle.

—¿Qué va a hacer ahora? —pregunté, rompiendo el silencio.

—Voy a ir a ver al juez y le pediré una orden para investigar las finanzas de los Cerredá, y luego me acercaré al banco con ella. Pero, primero, quiero hablar con Norberto.

—No pretendo corregirle en su trabajo, pero ¿puedo hacerle una sugerencia?

Mariano Lemos me dedicó una sonrisa expectante.

—No veo razón para que no lo haga —dijo.

—Hable también con la hermana de Norberto, Érika. Es probable que sepa más que él sobre las cuentas bancarias. Y traiga a los dos aquí. No creo que sea difícil expresar a Norberto, pero le será mucho más fácil hacerlo en el cuartel que en la casa.

—Bueno, ya había pensado en traerlo aquí y lo de Érika no es mala idea. Será mejor que los llame ahora. ¿Usted dónde va a estar?

—Yo iré al hotel a dormir un poco. Dejaré el teléfono encendido. Si no tengo noticias tuyas, cuando despierte me pasaré por aquí. Si no le importa.

—No, me parece bien.

Conduje a unas pocas manzanas del juzgado y luego aparqué en una calle lateral, donde estaba lo bastante escondido como para que alguien reparase en mí desde la carretera principal. Menos de una hora después vi pasar el Z4 rojo con Érika al volante. Llevaba la cabeza inclinada hacia adelante como si estuviera muy concentrada, pero pasó demasiado rápido para que pudiese apreciar si Norberto iba en el lado del pasajero.

Tan pronto como estuvo fuera de mi radio de visión y, por lo tanto, yo del suyo, salí a la carretera y me dirigí a la casa de los Cerredá.

Al llegar, vi que el aparcamiento de tierra estaba vacío. Dejé el coche en él y me senté un rato al inicio del camino para ver si había algún movimiento dentro de la casa. Cuando estuve seguro de que se encontraba vacía, entré en el patio y me resguardé del sol debajo del pasillo exterior donde conversé con Spielberg el primer día.

Necesitaba estar cómodo para poder pensar con claridad.

Cada fuego tiene su chispa y cada tornado tiene su vórtice, el punto alrededor del cual nace y crece toda la destrucción. Rouco tenía razón, había sido demasiado perezoso para verlo, pero nunca es tarde para rectificar.

Me peleé con él por la película misteriosa. Había admitido su existencia en un momento de debilidad, pero después siempre se había negado a reconocerlo. Si su contenido perforó la escamosa piel de aquel dinosaurio pervertido, entonces tenía que ser una pieza valiosa, algo que no querría que nadie viese. En definitiva, algo no apto para el consumo general.

Por lo tanto, el contenido tenía que ser la chispa y el vórtice de todo lo que estaba ocurriendo. Porque la caída de Alicia me parecía sospechosa, el forense Ferreiro seguía desaparecido y, si yo aún respiraba, solo era porque me supe defender de Capone. Sumaban tres asesinatos en potencia y nadie mataría por unas películas que, en el fondo, no constituían delito alguno. Pero una cosa eran las anteriores, en las que la encantadora Andrea dejaba por voluntad propia que la violasen, y otra la que escandalizó a Rouco. El contenido de esa película sí tenía que ser delictivo y, por tanto, la clave de todo. Incluido el asesinato.

Intenté forzar a Rouco para que me dijese qué aparecía en ella, pero su encarnizada réplica me hizo dar cuenta de que esa no era la pregunta correcta. En lugar de centrarme en su contenido, debería haberle preguntado dónde estaba, aunque fuese evidente que no lo sabía.

Y me había equivocado porque, en un primer momento, supuse que Rey la habría destruido ante la negativa de Rouco, puesto que no tendría sentido conservar algo con lo que podría quemarse. Pero Rey nunca se arriesgaba y dejaba todo en manos de unos seguidores que le profesaban tal devoción, que no les importaba protegerlo, esconderlo y hacerle todo el trabajo sucio para que él quedase a salvo. A cambio, les pagaba muy bien, pero no le temblaba el pulso a la hora de sacrificar peones en cuanto podían irse de la lengua o se habían quemado con la policía. Quizá fuese devoción o tal vez el más primitivo y narcótico de los sentimientos, el miedo.

Porque el miedo al superior provoca que las personas actúen sin valorar si las órdenes son procedentes o demasiado arriesgadas, porque cualquier peligro que se asuma siempre será menor que el que correrían desobedeciendo. Esto explicaría por qué Spielberg guardaba la película comprometedora.

Pero Spielberg era descuidado para custodiar cosas y, si se pasaba los días caminando por el prado, mirando al suelo concentrado y hurgando en la hierba, era porque buscaba algo. También Érika había dicho que la casa parecía saqueada cuando llegó. Así que pudiera ser que tuviese la película en cuestión y la hubiese extraviado. Pero, si después de perderla, la tenía que buscar con tanto afán tenía que ser porque alguien la había encontrado y la escondió. En estos casos, lo normal sería preguntar a quien la cogió, pero, ¿y si esa persona ya no estaba?

Sabino y Alicia fueron las únicas personas que convivieron con Spielberg y las dos habían fallecido. ¿Podrían haber encontrado el disco entre las cosas de Spielberg y haberlo reproducido en el flamante reproductor de DVD que me pareció tan fuera de lugar en su salón de los 80? De ser así, tuvieron que descubrir el contenido y pensar que pondría en peligro a su sobrino.

Y que Spielberg se pasase el día buscando en el campo, alimentaba aquella teoría. Nadie es tan estúpido de tirarse horas hurgando en la hierba en busca de inspiración. Ni siquiera él.

Pero, ¿por qué esconder la película en vez de quemarla?

No tenía respuesta para eso. Al menos, no todavía.

¿Tuvo su posesión algo que ver con el dinero retirado por los Cerredas? ¿O con la caída mortal de Alicia?

Tampoco tenía respuesta a eso.

En ese momento, me asaltó la duda de si no estaría equivocado en todo, pero aquella hipótesis era todo lo que tenía, por lo que decidí seguir adelante.

Comencé a pensar dónde podía estar. No tenía las llaves de la casa, pero además me parecía una pérdida de tiempo buscar en ella, puesto que Spielberg había tenido mucho tiempo para ponerla del revés. El garaje y el alpendre eran demasiado grandes y evidentes. Si seguía la teoría de que la habían escondido, eso

implicaba que no querrían que alguien la descubriese, quizá el propio Spielberg, y todos esos lugares serían objetivos demasiado fáciles para que ese mismo alguien buscase en ellos.

No. Necesitaba encontrar un sitio menos evidente. Spielberg había apostado porque la había enterrado en el prado de enfrente, pero era obvio que esa era una apuesta fallida.

El disco DVD tenía que estar en un lugar seco y donde nadie más pensase en buscar.

O donde nadie querría mirar.

La solución me pareció muy fácil. Demasiado rápido y demasiado sencillo, pero no encontré razón para no intentarlo. Alicia y Sabino habían dejado de trabajar los campos hacía tiempo y se habían deshecho de todo el ganado, excepto de los cerdos y las gallinas. Y Érika no podía entender por qué, incluso cuando Alicia se quedó sola tras la muerte de Sabino, se empeñó en conservar esos animales y nunca quiso abandonar la casa para irse a disfrutar de las comodidades de Vigo. Tampoco Tomás.

Me levanté, me rasqué la cabeza y luego bordeé la casa para dirigirme al otro lado de la finca, donde estaban los corrales de los animales que Spielberg seguía alimentando.

El suelo mugriento de la pocilga se veía entrecruzado por el sol que entraba a través de las paredes de listones. El techo, con el tejado descubierto, ejercía de calefactor y provocaba que el hedor en el cuchitril resultase casi insoportable. Le di una mirada circular al lugar tapándome la nariz. No había ninguna grieta que pudiese esconder algo del tamaño de un disco DVD y cualquier cosa que se hubiese enterrado en el suelo a no mucha profundidad sería pronto corrompida por la humedad de los excrementos e incluso aplastada por la presión de las pezuñas de los cerdos.

Antes de salir, visualicé a la Alicia que recordaba y luego a mi propia abuela. Personas minuciosas y abnegadas que, a pesar de su poco peso y sus muchos años, podían estar haciendo cosas de la mañana a la noche. Personas las dos, que ya no volvería a ver.

Sentí que se me tensaba el cuerpo y me encontré apretando y soltando las manos de manera instintiva. Pero no había tiempo para

eso, pensé. No, no era el momento de recordar a los muertos, sino de intentar hacerles justicia a través de los vivos.

Salí de la pocilga y abrí la puerta del corral de las gallinas, que estaba justo al lado. Los comederos y los nidos quedaban a la izquierda y las barras donde dormían, a la derecha. En el extremo izquierdo había un hueco por el que salían al exterior durante el día.

Como en la pocilga, se veía el tejado descubierto, pero sin posibilidad de que entre los listones pudiera esconderse algo. Por su parte, el suelo era de tierra y estaba cubierto de excrementos.

La gallina es un animal curioso. Pese a su escaso peso y lo exiguo de sus patas, con su andar parsimonioso son capaces de apelmazar la tierra por donde pisan hasta límites insospechados. Por eso es conveniente colocar una superficie dura en las zonas que más frecuentan. El centro del corral conservaba la tierra original con una capa de excrementos por encima, sobre todo debajo de las barras, pero tanto delante de los comederos como del hueco por el que salían, alguien había colocado tiempo atrás dos piedras que ya se confundían con el resto del piso.

Miré el trozo plano de roca de la salida, de forma cuadrada y no más de cuarenta centímetros de lado. Caminé sobre los excrementos y me acerqué a él. Escarbé con las manos la tierra apelmazada, pero apenas conseguí profundizar un par de centímetros alrededor de la piedra. Salí a buscar alguna herramienta.

Primero busqué en la zona abierta donde Sabino resguardaba la maquinaria. Lo cierto era que varias de las máquinas estaban desplazadas de donde habían permanecido durante años, lo que reforzaba la idea de que Spielberg había mirado en los sitios más evidentes. Allí había un tractor, una cosechadora, una fresadora, etc., pero no algún apero que me sirviese. Supuse que esos los guardarían en el garaje.

En un primer momento, había supuesto que estaría cerrado, pero tenía un pequeño acceso lateral al que no le habían echado la llave. El antiguo coche de Sabino descansaba aparcado en el centro y diversos enseres se apiñaban desordenados a los lados y delante de él. Bordeé el vehículo y me dirigí a la pared de enfrente, en

donde estaba un listón del cual colgaban varias herramientas de labranza. Entre todas ellas, escogí un sacho de tamaño medio.

Volví a la piedra y saché la tierra circundante. Luego hice palanca por un lado y la levanté sin gran esfuerzo, pero no encontré nada en la base.

Me giré hacia la que estaba delante del comedero y repetí la operación. Esta era rectangular y medía sobre un metro y medio de largo y unos setenta centímetros de ancho, aunque solo dejaba a la vista la tercera parte de su tamaño, puesto que el resto quedaba camuflado bajo una fina capa de tierra que las gallinas se habían encargado de apelmazar. Cuando tuve descubierto el contorno y los bordes flojos, coloqué la punta del sacho en el saliente más acusado. No me resultó muy difícil levantarla, puesto que no tenía ni medio metro de grosor. La aflojé con la herramienta y luego coloqué las manos debajo de ella y la levanté por su borde trasero para apoyarla en la pared más cercana del gallinero.

Los escarabajos y los gusanos se escabulleron y se retorcieron en las galerías que habían creado en la tierra. En medio de la zona descubierta alguien había hecho una pequeña fosa del tamaño adecuado para introducir un disco DVD. Escarbé un poco y encontré una caja de metal envuelta en plásticos. La recogí y empecé a desenvolverla.

Desgarré una, dos, tres, cuatro bolsas de plástico cerradas a la perfección. Luego tuve que deshacerme de un envoltorio de cinta aislante y, a continuación, de otro de cinta de embalar. Pensé que la minuciosidad y el cariño que Sabino y Alicia aplicaban a cada cosa que hacían también se reflejaba en aquel paquete. Cuando acabé de arrancar todos los envoltorios, llegué a la caja de metal y pude comprobar que contenía un disco DVD en su interior, sujetado por una banda de goma en cada extremo. La caja que sostenía el disco estaba intacta.

Me dirigí a la casa.

Elegí la ventana trasera más accesible y la rompí de una pedrada. Si aquella película que llevaba en la mano contenía lo que yo me imaginaba, no importaría demasiado el destrozo. Dentro de la casa, fui en busca del nuevo y elegante reproductor de video que

había visto. Lo encendí y metí el disco antes incluso de deslizar un sofá hacia delante del aparato y encender el televisor. Después presioné el botón del reproductor. Emitió un zumbido muy fuerte y fuera de lugar. Al cabo de un rato, la pantalla parpadeó un par de segundos y luego cobró vida.

Lo primero que se vio fue una serie de remolinos de puntos brillantes que corrían de arriba abajo en la imagen, acompañados de fondo por el sonido del viento y de un ruido algo más fuerte. Cuando la cámara se enfocó, los puntos y el ruido tomaron una forma definida y se convirtieron en destellos de luz solar en el capó de un vehículo y el propio sonido del motor.

Al cabo de unos segundos, la cámara se desplazó al interior y se pudo apreciar que estaba conducido por una chica joven. Era menuda y aniñada, pero calculaba que estaría en la veintena. Tenía la piel blanca, el pelo amarillo, los ojos azules y una nariz bonita. Enseguida pensé en Andrea, la única chica rubia y menuda que podía viajar en aquel coche.

Llevaba la radio encendida con música pop suave y trasnochada, como si pretendiese crear un ambiente de club de carretera barato.

Después de medio minuto en que la chica solo miraba hacia adelante, volteó la cabeza hacia la derecha como si hubiese visto algo al lado de la carretera.

El vehículo se detuvo y un hombre grande y encorvado se asomó por la ventanilla del pasajero. Una toma rápida enfocó la cara de la chica, tratando de transmitir cierta duda. De ahí se fue al exterior del vehículo y se centró en la espalda del hombre inclinado, que a duras penas dejaba ver la parte trasera de la cabeza de la chica y cola de caballo en la que llevaba recogido el pelo.

—¿Adónde vas? —le preguntó al hombre con voz infantil.

—A cualquier lugar —respondió con voz grave.

—Sube —dijo ella.

La película cambió de escena y, en esta, la cámara enfocaba primeros planos de los dos, sin dedicarle más de un par de segundos, o tres como mucho, a cada uno. La chica y el hombre hablaban de nada en particular. En esos primeros planos se vio que a él le faltaban algunos dientes y otros estaban ennegrecidos, lo

que, unido al pelo descuidado y la ropa sucia, hacía que pareciese un vagabundo. A su lado, la chica parloteaba una y otra vez, como tratando de entablar conversación. El hombre seguía callado, mirando al frente, excepto para girarse de vez en cuando y contestarle con algún monosílabo.

—No me has dicho a dónde vas —dijo la chica, después de un breve instante de silencio, ante la poca predisposición que mostraba el hombre.

—A cualquier lugar —repitió él.

Era obvio que estaban siguiendo un guion, porque las interpretaciones se notaban forzadas y vacilantes, en especial la del hombre. Se veía nervioso y miraba de reojo a menudo hacia la cámara.

—Bueno —dijo—, no puedo llevarte mucho más tiempo. Estás muy sucio y apestas.

—Cállate, perra —dijo él, soltando una ráfaga de ira.

—Eres repugnante. No debería haber parado a recogerte.

—¡He dicho que te calles!

Daba la sensación de que el hombre ya no estaba actuando del todo.

—No entiendo por qué dejan a gente como tú andar por las calles.

—¡He dicho que te calles, o si no...!

La chica trató de fingir que se había ofendido.

—¡Bueno, creo que es mejor que te vayas! —dijo.

—No, no me voy a ir.

Tanto el guion como las interpretaciones eran malísimas y podría haberme reído de no saber adónde iba a parar toda aquella farsa.

Después de unos segundos, ella detuvo el coche al borde de la carretera.

—Sal —dijo, sin perder el tono ofendido.

Él la agarró por un brazo con fuerza, clavándole los dedos, y ella trató de zafarse a su lado, hasta que al final la cámara enfocó un picahielos.

—Vamos a ir a un lugar donde podamos estar solos. ¡Conduce!

—¡No! ¡No! —gritó la chica, pero sin llegar a reflejar el miedo que debería sentir en esa situación.

Poco después, la escena se desvaneció en un borrón hasta quedar la pantalla en blanco. Se mantuvo unos cinco segundos así, supuse que para crear expectación. Tras ellos, apareció una nueva escena en la que se veían muchos árboles, con las hojas verdes y frondosas. El sol se reflejaba en el suelo a través de las ramas. Durante medio minuto, no se vio nada más que vegetación, acompañada por el sonido de los pájaros y de la leve brisa que movía las hojas.

Entonces la cámara enfocó un plano fijo del área abierta. En él, apareció la chica joven caminando con pasos delicados, a la vez que miraba hacia atrás por encima del hombro con cara temerosa. Detrás de ella, caminaba el hombre sucio, con los ojos fijos en la chica y una mirada indescriptible. Vistos en el mismo plano, se apreciaba mejor la gran diferencia de tamaño entre ellos. La cabeza de la chica no alcanzaba más allá del pecho del hombre y sus piernas no eran ni la mitad que las de él.

Tras un buen rato, la toma cambió y la cámara se situó a la altura del suelo. Desde esa posición se vio cómo caía una manta encima de las hojas secas. Sobre ella, aparecieron las piernas de la chica y los vaqueros desaliñados del hombre. Cuando se situaron en el centro, el vestido de la chica desaparecía hacia arriba y quedaba desnuda por completo. Después, el hombre lo tiraba a un lado y a la chica sobre la manta. En ambos casos, con mucha violencia.

A continuación, le puso un pie en el estómago mientras se desabrochaba los pantalones.

—Sí —dijo él con la misma voz ronca.

Cuando los tuvo en los tobillos, se tiró sobre ella de golpe y la penetró con un solo impulso de caderas. Al sentirlo, la chica lanzó un grito y giró la cara hacia la cámara. Bajo el reflejo del sol, resultaba fácil apreciar el brillo vidrioso de sus ojos drogados.

—Sí —gruñó otra vez el hombre—. Por fin, esto es lo que necesitaba.

Al cabo de unos segundos, la chica le rogó que la dejase ir, a la vez que trataba de imitar una especie de llanto. Él conservaba el

picahielos en la mano y no lo apartó del cuello de ella en ningún momento. No respondió a ninguna de las supuestas plegarias de la chica y se siguió moviendo dentro de ella cada vez con más fuerza y recorrido.

Cuando la chica se calló, los únicos sonidos que se escucharon fueron los jadeos del hombre y un gemido peculiar proveniente de la chica. Tras cerca de un minuto, ella trató de escaparse, pero sin lograr zafarse del gran peso que la inmovilizaba.

Entonces el hombre tiró el picahielos a un lado y comenzó a abofetearla.

—Putá —gritó mientras lo hacía—, vas a aprender a estar quieta, pedazo de zorra.

Estuvo así varios segundos y, cuando se detuvo, el rostro de la chica había cambiado el blanco natural por un rojo intenso. Parecía imposible que no hubiese perdido el conocimiento, pero, muy al contrario, se abrazó a los hombros de él y permitió que siguiera sin oponer resistencia alguna.

Cuando llevaban unos cinco minutos así, el hombre levantó el pecho y la cabeza, y se preparó para llegar al final, con los ojos en blanco y la boca abierta.

En ese momento, se vio a una figura que se acercaba por detrás. Un cuerpo visto solo de cintura para abajo, con un cuchillo ancho y de hoja larga en la mano derecha. Esperó a que el hombre estuviese en pleno orgasmo para agarrarle la frente con el brazo izquierdo y tirar de la cabeza hacia atrás. Este pareció sorprendido, pero sin tiempo a que pudiese reaccionar, el recién llegado colocó el cuchillo en la garganta del hombre y la cortó de una manera lenta y profunda.

Durante un breve segundo, se levantó la cámara sin control y eso provocó que parte de la cara del asesino quedase a la vista, mientras se escuchó a una voz fuera de cámara que gritaba «Dios mío».

En la imagen, la sangre brotaba de manera copiosa de la garganta cortada y el hombre sucio se había desplomado encima de la chica y convulsionaba de forma incontrolada sobre su cara. Pero mientras el hombre se desangraba, aún acoplado a ella, la chica

siguió moviendo en vaivén las caderas y provocando que el cuerpo de él se balancease entre las convulsiones. Después de un rato, rodeó con los brazos el cuerpo inerte del hombre y gritó con placer con la cara cubierta de sangre.

Al terminar, la pantalla se volvió blanca y yo me quedé allí mirándola durante unos largos minutos. Podía oír el sonido de un zumbido silencioso en el aire. O quizá solo estuviese dentro de mis oídos.

Cuando reaccioné, pensé que ese era el objeto de deseo. El único final que José Rouco no pudo soportar. «No podía mirar y no podía dejar mirar», había dicho. Entendía por qué. Pero no podía quedarme en eso, porque aquella película mostraba más, mucho más. Respiré con fuerza media docena de veces sin llegar a moverme.

La voz que gritó fuera de cámara pertenecía a Spielberg.

Pobre y tonto Spielberg. No tenía ninguna duda de que había sido él quien gritó de manera espontánea y también, por el tono con que exclamó, era evidente que no lo había visto venir.

Después cogí el mando, volví la película al inicio y busqué el momento donde aparecía durante un breve instante de tiempo la cara del hombre del cuchillo. Al encontrar el segundo exacto, pausé la imagen y comprobé mi primera impresión. El cabello era de color claro, aunque estaba bastante más corto. La cara tenía una extraña sonrisa después de abrir la yugular del vagabundo, como si hubiera sentido verdadero placer al hacerlo. Yo conocía esa cara, esa sonrisa: Marco Basanta. Un consultor financiero útil, preocupado y jubilado de manera prematura que había llegado a la villa para vivir en el campo y se ganó la confianza de todos. Incluida la mía, por supuesto. Yo tampoco lo había visto venir. Por lo tanto, ¿cómo podía llamar tonto a Spielberg?

Pero había más. Aquella película todavía enseñaba más.

La reproduje de nuevo para poder recordar bien la cara de la joven. La dejé avanzar desde el inicio y la paré en el momento en que la imagen la enfocaba en primer plano. Miré el pelo rubio, los pequeños y bonitos rasgos y la piel suave y joven. Miré la imagen durante largo rato, con la sensación de haberla visto antes.

Entonces lo supe.

Esa cara aparecía en uno de los estantes que el forense Agustín Ferreiro tenía detrás del escritorio. Era una de las muchas que reflejaban las fotos de su familia. Pensé que, por edad, bien pudiera ser una nieta.

Eso explicaría la razón por la cual la autopsia había sido tan defectuosa y también por qué se mostró tan tenso cuando fui a expresarle mis dudas. Por desgracia, también confirmaba que la muerte de la pobre Alicia no había sido un accidente.

Recordé lo que me había dicho al inicio: «La familia lo es todo» y estaba claro que David Rey tenía en sus manos a una chica de su familia.

Volví a colocar el sofá en su sitio, apagué el reproductor DVD y el televisor y salí de la casa por la misma ventana que había roto para entrar. Una vez en el exterior, en medio de aquella finca, recibí la bienvenida y el abrazo purificador del sol. Solo entonces sentí que podía respirar de nuevo.

Pero lo primero era lo primero. Antes de nada, debía esconder el disco DVD y no se me ocurrió un lugar mejor que donde lo había encontrado. Recuperé la caja de metal, algunas de las bolsas de plástico y lo envolví con nueva cinta aislante que encontré en el garaje. Lo llevé al gallinero y lo enterré otra vez bajo la roca que estaba delante de los comederos, pisando con fuerza la tierra a su lado y arrimando buena parte de los excrementos por encima. Las gallinas, con su parsimonioso pisar, harían el resto en pocas horas.

Con el botín seguro, era hora de pensar cómo iba a actuar.

Salí de la casa, entré en el Corolla y conduje hasta un lugar discreto, puesto que era bastante probable que Spielberg y Érika no tardasen en regresar. Una vez que estuve fuera del alcance de sus ojos, me bajé, me senté en el capó y me quedé mirando en la distancia en dirección a la aislada casa de madera de Marco. Pensé en cómo me había tomado unas cervezas con aquel hijo de puta, en cómo me había gustado, cómo se había ganado mi confianza y cómo se había ofrecido voluntario para ayudarme con Érika. Pensé que su preocupación por lo que les había ocurrido a Sabino y Alicia surgía de una antigua amistad con ellos, que nadie más me había

confirmado, y en virtud de ella se había esforzado por contactar con sus socios financieros imaginarios, cuando en realidad solo pretendía darme una salida para que me volviese a Vigo convencido y, sobre todo, sin hacer más preguntas.

Revisé todo el humo que había hecho volar a mi alrededor y sentí que me hubiese gustado arrancarle el corazón allí mismo.

Recordé el recorrido que hicimos la vez anterior y pensé que podía conducir hasta el camino de grava para, antes de entrar en él, camuflar el coche en otro desvío. Luego bajaría caminando el kilómetro que restaba hasta su casa para no anunciar mi presencia.

Saqué la Glock de la funda atada en mi tobillo derecho y comprobé que tenía el cargador completo con una bala en la recámara. La volví a poner en su sitio y arranqué.

Crucé el pueblo y tomé hacia el norte. Después de poco más de cinco minutos rebasé la entrada del camino de grava y dejé el coche entre los pinos.

No tenía la mejor forma física y ni siquiera estaba cerca de mi preparación cuando trabajaba para la UDYCO, pero todavía podía moverme con soltura por el monte si me impulsaba un propósito. Todo lo que necesitaba era seguir el camino y estar atento por si escuchaba algún ruido.

Al cabo de un rato, divisé a lo lejos el puente sobre el arroyo. Detrás de él quedaba la pradera donde se ubicaba la casa de Marco. No seguí por el camino, sino que me metí en el monte, atravesé el arroyo y avancé agachado hacia el centro. Llegué a la zona del cobertizo prefabricado y me escondí en la parte de atrás buscando su amparo. Me arrodillé y respiré.

Me di cuenta de que aquella zona estaba sin hierba y con la tierra floja, como si la hubiesen trabajado no hacía mucho. Me pareció una zona bastante amplia para ser algo ocasional, de unos cincuenta metros cuadrados, pero no acerté a adivinar su finalidad. Supuse que no la había apreciado en mi anterior visita al lugar al ser de noche y quedar tapada por el cobertizo.

En cualquier caso, comprobé desde allí la parte posterior de la casa y vi que estaba despejada y con las persianas cerradas.

Escudriñé todo hasta que mi respiración agitada se detuvo, pero desde donde estaba no podía ver el frente.

Me enfrentaba a un tío al que los policías habían definido como muy inteligente y que había dirigido varios negocios ilegales a gran escala sin que nunca fuesen capaces de atraparlo. Por lo tanto, deduje que estaría armado, pero también que lo más probable era que tuviese un plan de escape en caso de verse acorralado. Y lo más probable era que fuese ingenioso, rápido y eficiente, por lo que si quería atraparlo me tocaría contrarrestarlo. El problema era que no había manera de llegar a la casa sin cruzar un buen tramo de pradera y eso le concedería una gran ventaja.

Por lo tanto, lo único que podía hacer era elegir una posición desde la que acercarme que, en el caso de salir huyendo al advertir mi presencia, yo pudiera verlo. Calculé que la cocina contaba con una ventana a la parte trasera, por lo que, de escapar por ahí, por fuerza lo tendría que escuchar. Las dos puertas de entrada, la del bajo en donde habíamos estado y la principal quedaban en el frente. Por ellas sí podía salir sin hacer ruido, cruzar el tramo de hierba en pocos segundos y seguir la ruta por el monte que hubiese estudiado. Como esa zona no estaba en mi ángulo de visión, decidí deslizarme entre los árboles hasta estar en condiciones de acercarme a la casa sin perder de vista la fachada principal. Saqué la Glock de la funda en la pierna, le quité el seguro y empecé a deslizarme agachado por la zona arbolada.

Cuando tuve las dos puertas ante los ojos, me pareció que esa zona también estaba cerrada. En todo caso, comencé a atravesar la zona de hierba alta hasta casi llegar a la zona limpia. Antes de descubrirme, bajé una rodilla al suelo y comprobé que todas las persianas estaban bajadas por completo y que no se veía movimiento alguno fuera de la casa. Los únicos sonidos eran la brisa que rozaba la hierba alta, un cuervo graznando a lo lejos y los saltamontes chasqueando mientras saltaban delante de mí. Nada más.

Era hora de cruzar el área abierta. Tragué saliva con fuerza, extendí mis brazos a la altura de los ojos con el arma sostenida en posición de disparo y caminé a cámara lenta, con los ojos

alternando a gran velocidad entre las ventanas y las esquinas y con el corazón golpeándome con fuerza en el pecho.

Me acerqué a la casa e incliné la cabeza en la esquina delantera para comprobar la parte de atrás. Las persianas seguían bajadas e inmóviles, y no había nadie entre la casa y un cobertizo sin ventanas que tenía la puerta cerrada. Volví sobre mis pasos y eché un vistazo a la puerta corrediza del frente que Marco había dejado abierta aquella noche. También se veía cerrada.

Todavía arrimado a la pared, me concentré de nuevo en mis oídos. Nada, excepto los agradables sonidos de un día de verano. Giré la cabeza para volver a escanear el terreno que había dejado atrás y también seguía solitario.

Rodeé la casa por la parte trasera para comprobar el lateral más alejado y vi que estaba despejado y sin ningún vehículo. Con el arma aún en alto y dispuesta para disparar, me deslicé por fuera del ruidoso camino de grava que llevaba al cobertizo. Me detuve debajo de la primera ventana y escuché, pero no oí nada que me impidiera seguir adelante.

Después fui a la segunda ventana y también escuché durante unos segundos sin advertir nada. Seguí hasta la esquina, respiré de manera profunda dos o tres veces y pensé que todo el lugar parecía vacío. Me sentía un poco decepcionado, pero también muy aliviado. Aun así, tendría que ser muy cuidadoso, pues tenía claro que en estos casos el exceso de confianza siempre es la madre de las derrotas.

Como aquello parecía vacío, decidí aventurarme a entrar en el interior. Para ello, escogí la ventana de la cocina. Escuché un largo rato a su lado y luego agarré la persiana con ambas manos y la subí hasta la mitad desde fuera. Supuse que, de estar alguien dentro y no haber reparado en mi presencia hasta entonces, acudiría de inmediato, por lo que esperé un minuto más agazapado debajo del marco. Pasado ese tiempo, rompí el cristal con el codo y entré al interior. Luego corrí hasta la puerta que daba al pasillo y me quedé en cuclillas un rato antes de salir. La puerta del bajo donde tomamos las cervezas quedaba al frente. Después de lo que me habían dicho en comisaría, pensé que, pese a la apariencia desértica del lugar,

bien pudiera ser que Rey me estuviera esperando en silencio detrás de una puerta como aquella, por lo que no pensaba confiarme. Giré el pomo, empujé y, después de un segundo, ejecuté un rápido movimiento para ponerme de frente con la pistola en alto y presta para disparar. Todo despejado.

Subí por las escaleras hacia las habitaciones, parándome en el medio y con la Glock lista. Hacia la mitad, escuché y miré hacia arriba. Toda la planta estaba en silencio y sin movimiento alguno.

Cuando llegué al final, me fijé que el salón tenía la puerta abierta, pero se veía desde el pequeño pasillo que allí no había nada más que dos sofás, una mesa baja y un televisor. Me sorprendió lo limpio y ordenado que estaba, sin polvo y sin nada que pudiera considerarse fuera de su lugar. Incluso podría parecer que habían usado regla y cartabón para colocar los sofás de manera simétrica frente al televisor.

La primera habitación a la izquierda también tenía la puerta abierta y era un dormitorio grande. Estaba igual de arreglado que el salón, con la cama hecha y una alfombra a un lado. En la misma condición me encontré el baño, situado a continuación. Con la puerta abierta, el lavabo limpio, el espejo sin huellas y los enseres colocados de manera simétrica.

Pensé que Marco parecía ser obsesivo con el orden y la limpieza y no pude evitar recordar que esa era una característica común entre muchos psicópatas.

La última habitación, en cambio, tenía la puerta cerrada. Así que seguí el mismo protocolo que en la planta baja. Me hice a un lado, giré el pomo, empujé la puerta y luego me moví al frente con la pistola preparada.

Ante mí apareció otro dormitorio desocupado, pero este era muy diferente. Estaba hecho un desastre y había artículos femeninos desparramados por todas partes. Ropa, lencería, maquillaje, etc. La cama estaba sin hacer y la sábana bajera se levantaba de uno de los bordes superiores del colchón. La única cómoda tenía varios cajones abiertos, otros cerrados, y dentro se veía ropa interior guardada con desorden. También había un cenicero lleno de

cigarrillos hasta los topes en la mesilla de noche. Decidí entrar a revisar lo que había.

Me fijé que en el cenicero una de las colillas era de un cigarrillo sin filtro. Lo cogí y lo olí, aspirando al momento el inconfundible olor de la marihuana. El espejo de mano circular que estaba encima de la cómoda también tenía ligeros rastros de rayas de cocaína. Por último, mis ojos se fijaron en un tanga rojo enrollado en una esquina del suelo. Lo recogí y, al estirarlo, descubrí manchas rojas oscuras en los lados. Lo dejé caer sobre el resto de ropa que estaba tirada en el suelo.

Por primera vez desde mi llegada, me relajé un poco y me pregunté a dónde habrían ido Marco y Andrea. También si ella estaría en la habitación, con la puerta cerrada y en silencio, la noche que fuimos de visita. Acabé sintiendo curiosidad por saber si su nula participación en la vida de la villa se debía a una prohibición de Marco o a un interés personal por quedarse allí con toda la droga a su disposición.

Me hubiera gustado rebuscar más a fondo en las demás habitaciones, pero no tenía tiempo. La prioridad era localizar al señor Basanta y todavía me quedaba un lugar donde buscarlo antes de rendirme.

Salí por la puerta y me dirigí al cobertizo sin ventanas. Después de comprobar que seguía desierto el exterior, fui directo a la puerta de doble hoja y me preparé de nuevo para lo peor. Me puse de espaldas, agarré el pestillo, lo torcí y me retiré de la entrada, arrastrando la puerta conmigo.

Esperé medio minuto y luego entré, comprobando con la mirada el interior oscuro de lado a lado. Pasé unos segundos de nerviosismo hasta que mis ojos se adaptaron al cambio de luz.

Marco había dicho que estaba vacío, pero la realidad era muy diferente.

Emanaba un olor nauseabundo, estaba colonizado de moscas y contaba con dos estancias separadas por una cortina. La de la izquierda semejaba ser un estudio de televisión. En él había focos, un micrófono, un decorado y una cama con sábanas. La de la derecha, por su parte, se notaba que tenía una función multiusos.

En ella, había un escritorio con ordenador, una estantería con discos DVD, un micrófono de cine y una cámara de aspecto profesional.

Me acerqué a la estantería sintiendo un sudor helado en la espalda y tomé uno de los discos DVD. Lo abrí y me dirigí al ordenador. Guardaba una nota en el interior con un nombre de mujer y diversas prácticas sexuales que serían del pleno agrado de Andrea. Lo metí en el ordenador, lo visioné a reproducción rápida y podría decirse que lo apuntado en el papel coincidía con el contenido de la película.

Volví a la estantería y abrí varios discos más. Todos guardaban el mismo tipo de nota en el interior. En ellas, aparecía un contenido variado y distintos nombres: Karen, Shirley, Eva, Yulima y algunos más. Dos cosas me llamaron la atención. La primera, que rara vez se repetía el mismo nombre en dos discos y la segunda, que en muchos aparecía la palabra «final» entre el contenido. Escogí uno de estos y volví al ordenador.

Mientras lo visionaba, me olvidé por completo de Rey y del peligro que corría siguiendo allí. Si el final de la película misteriosa que había encontrado en la casa de Spielberg me resultó desagradable, esta era mucho peor, porque el trágico final ni era tan rápido, ni mucho menos tan limpio. Más bien, el proceso abarcaba toda la película y no solo despreciaba el sufrimiento de las víctimas, sino que la trama se sustentaba en él.

Tragué saliva, lo dejé sobre la mesa y elegí varios más. En apenas cinco minutos, revisé seis o siete de estos. Andrea aparecía en varios como brazo ejecutor. En otros, eran hombres y mujeres que nunca había visto, algunos de ellos aparecían enmascarados. La mayoría de las mujeres se notaba, por su aspecto físico y su acento, que eran latinoamericanas. En los que se incluía la palabra «final» dentro de la descripción, el contenido sexual siempre remataba con la muerte de uno de los protagonistas. Por lo general, la mujer. La metodología era variada. Asfixiadas, golpeadas, cortadas, desgarradas por juguetes monstruosos. En todas, se parecía querer sacar el máximo partido a la agonía final de las víctimas. Pensé que el guionista de aquellas películas bien podía

mandar al mismísimo Marqués de Sade de una patada a un convento por escrupuloso.

Después de ver las que había llevado al ordenador, sentí que mi estómago ya no admitía más.

Pese al riesgo que corría permaneciendo allí, no pude evitar quedarme durante un buen rato sentado e inmóvil en la silla. Supuse que aquello constituía una vuelta de tuerca macabra a lo que me habían dicho en comisaría, que Rey había usado los contactos de la droga para introducir mujeres de manera ilegal y repartirlas por puticlubs de toda España. Me pregunté cuántas familias se sentirían dolidas ante el olvido de un ser querido que, tras pisar España, no había vuelto a dar señales de vida. Cuántas se sentirían olvidadas de manera egoísta sin sospechar el terrible final con el que se había encontrado esa persona.

Cuando por fin reaccioné, salí fuera y me dirigí a la parte trasera del cobertizo. De haber tenido una pala, me hubiese puesto a cavar como un loco, pero supuse que para eso ya llegaría el momento.

Regresé a la puerta y me paré a respirar un poco de aire limpio. Me dejé caer hasta el suelo y, desde allí, miré hacia el bosque, lleno de vida y absorbiendo el hermoso día de junio. Recordé cómo aquel arrogante psicópata había actuado como si fuera a mostrarme el interior del cobertizo, e incluso había empezado a girar el pestillo, antes de apuntar en el último segundo que no valía la pena enseñármelo porque era de noche y no había luz. También cómo se había apoyado en la puerta y se había puesto a charlar conmigo en el tono más amistoso que alguien te pueda dedicar y con toda la frialdad del mundo. Supuse que había presenciado la habilidad de un psicópata jugando a dar un salto mortal delante de un policía, henchido de orgullo por lograr abrir y cerrar en sus narices un cobertizo de los horrores como pocas mentes en el mundo hubieran podido imaginar.

Luego volví adentro y busqué de dónde procedía el olor pestilente que invadía todo el cobertizo.

No fue difícil encontrar la fuente. Tras la cortina del fondo había un poste cuadrado que servía de refuerzo a la estructura y, atado a él, reposaba el cuerpo de un hombre con un saco de tela

cubriéndole la cabeza. Tenía un agujero a la altura de lo que sería la frente y, alrededor de este, una mancha con el color deslucido de la sangre vieja. Las manos del hombre, amarradas a cada lado de su cuerpo con cinta adhesiva, se veían medio apretadas por el rigor óseo. Había más sangre seca de color marrón rojizo en las manos y en los pantalones.

Las moscas gruesas me zumbaban alrededor, enojadas por mi presencia, y el olor se había acrecentado. Sin embargo, me acerqué aún más, di un par de manotazos al aire y miré esas manos. Cinco de las uñas habían sido arrancadas. Tres en la mano derecha y dos en la izquierda. Bajé la vista y encontré cuatro en el suelo a sus pies. Sabía dónde estaba la quinta.

Le coloqué el seguro a la Glock y la metí en la funda. Luego, con lentitud, levanté el saco de la cabeza, que se contorsionó por el propio peso y por la bala que había entrado por encima del ojo izquierdo hacia el cerebro. Parte de la cara estaba distorsionada y tenía la boca amordazada, pero la frente seguía dejando ver una calva incipiente y el cabello blanco continuaba todavía peinado hacia atrás. Con los ojos medio abiertos, me miraba sin verme.

Pensé que el Servicio de Anatomía Patológica Forense de Lugo tenía otra autopsia que debía realizarse, pero esta vez el forense Agustín Ferreiro no iba a poder encargarse de ella.

Una vez más se me pasó por la cabeza lo que me había dicho: «La familia lo es todo».

—Supongo que incluso los malos, ¿verdad, Agustín? —le pregunté.

Por supuesto, él no respondió.

Capítulo 15

Dejé el cobertizo y pensé que el tiempo de jugar al vaquero solitario había terminado. Las películas que había encontrado y el cadáver de Agustín Ferreiro eran un botín más que suficiente, junto a la que estaba escondida en la casa de los Cerreda, para llamar al sargento Lemos y pedirle que sacase el insecticida con el que cazar a las avispas que, según él, había despertado. O lo que era lo mismo, que saliese con todos los efectivos y algunos refuerzos extra a capturar y detener a Marco Basanta antes de que pudiera escabullirse como lo había hecho en negocios anteriores.

Mientras caminaba por la grava en dirección al Corolla, recordé la conversación que había tenido con Spielberg en el prado y cómo me había mentido con todo el cinismo del mundo. Me había asegurado que se mudó a casa de sus tíos escapando de Rey y poco menos que me juró que no había más películas cuando la realidad era que se lo había llevado a la villa para participar de forma activa en un negocio tan detestable y macabro como ilegal. Tomás me había pedido que lo cuidase, pero estaba seguro de que, en cuanto supiese lo involucrado que estaba en algo así, no movería un dedo por él.

Reclamé la ayuda de mi amigo del bolsillo poco antes de llegar al coche y me dispuse a llamar al cuartel. Sin embargo, justo cuando estaba marcando, cobró vida y empezó a sonar y vibrar en mi mano. Casi me hace saltar de mi piel.

Miré el número y el nombre que aparecía en el identificador. Marco. Se me revolvió el estómago, pero me concentré en conseguir que mi voz sonase normal.

—¿Marco? —dije.

—Creo que has sido un poco metomentodo de más, ¿verdad?

La voz del tío más agradable y confiable del mundo había cambiado a la de un imbécil arrogante y engreído que encima trataba de parecer condescendiente.

—Lo de ser metomentodo es por llamarte algo suave, supongo —continuó—. En realidad, te has empeñado en ser un enorme problema que ha dejado muchas secuelas a su paso. Has matado al pobre y estúpido Capone, has molestado a mi buen amigo José Rouco y ahora has entrado en mi casa y encontrado mi pequeño estudio con el inútil del doctor Ferreiro incluido, ¿verdad?

Esto último me puso en guardia. Me tiré a un lado y me protegí detrás de un árbol. Me encontré mirando alrededor con el temor de estar en el punto de mira de algún gatillo.

—¿Dónde estás?

Él soltó una sonora carcajada.

—Eres idiota, Lucas. Siempre voy un paso por delante de ti. Y siempre lo haré. No voy a pelear contigo a campo abierto.

En ese momento, entré en razón y supe que no estaba allí. Rey era demasiado listo como para aceptar un juego si no podía usar cartas marcadas. Había mandado a un matón para que acabase conmigo, quizá el más eficiente y con menos escrúpulos, y yo me había librado de él en menos de cinco minutos, por lo que era difícil que se fuese a enfrentar conmigo cara a cara en aquel bosque.

Supuse que, al verse descubierto, podría haber escapado, pero dado que me estaba llamando, me inclinaba más a pensar que pretendía borrar de la faz de la tierra el fleco en el que me había convertido para seguir operando desde allí con la impunidad que había tenido hasta entonces.

Por lo tanto, salí del refugio y seguí avanzando por el camino hacia el coche, mientras intentaba averiguar qué naípe quería esconder en la manga para cuando se encontrase conmigo.

—Te has sobrevalorado, Rey —le dije—. Claro que lo encontré y también tu arsenal de los horrores. ¿Pensabas que no lo iba a hacer? No fue difícil cuando me di cuenta del desgraciado que eres y de que te gusta matar a viejos inofensivos.

—Ay, Ferreiro, casi me dio pena tener que prescindir de él, pero en realidad, no fue por mi culpa, sino que se sentenció él mismo. Después de advertirle que nunca se presentase en mi casa, un día llegó a mi puerta todo nervioso por tu visita. La gente tiene que aprender a escucharme, Lucas. Y no solo eso, también me dijo que

quería acabar con nuestro pequeño acuerdo. Estaba decidido y no le importaban las consecuencias.

—¿El acuerdo era que te ayudase porque tú tenías pruebas que involucraban a su nieta en varios asesinatos?

—Correcto. Su pequeña Andrea. Andrea Seijas Ferreiro. Creo que todavía no os he presentado.

En ese momento, maldije una vez más al cobarde de Spielberg, que también me había ocultado aquel segundo apellido que a buen seguro conocía.

—La conocí en un curso de actores, porque ella quería ser actriz —siguió Rey—. Era inocente y frágil, una chica de campo buscando ser alguien en la ciudad y aprender muchas cosas de la vida. Estas son las mejores, no les da miedo nada y ni ellas mismas son conscientes del demonio que llevan encerrado dentro. En el caso de Andrea, aún peor, porque había estudiado en un colegio de monjas. Cuando les quitas esa mojigata educación con la que les rebozan el cerebro, aparecen las más desenfrenadas mujeres, te lo aseguro. Lejos de mamá y papá, mi Andrea descubrió que le gustaba la bebida, las drogas y el sexo. Más adelante, lo mismo, pero en versión mucho más dura. Para cuando la traje aquí, ya era mía. Incluso descubrió que le gustaba matar. Créeme, la droga es un método maravilloso para liberar el verdadero espíritu interior de una persona.

Seguí moviéndome y también quería que él siguiera hablando.

—¿Cómo llegaste a Norberto? ¿Fue en el curso de cine?

—Sí, lo conocí en el curso. Me apunté para encontrar a alguien manejable y con un poco de talento. Por entonces ya tenía a Andrea y quería grabar películas que fuesen adecuadas para sacarles pasta a ricos degenerados. La primera idea fue filmarlas yo mismo, pero Andrea conocía de vista a Norberto y, como no tenía dónde caerse muerto, pensé que era la persona que estaba buscando.

—¿Andrea también asistió al curso?

—Claro, ya te lo he dicho. Siempre quiso ser actriz, no se lo perdería por nada del mundo.

—Y en la fiesta final, contactaste con José Rouco.

—Por supuesto. Si quieres conocer a hombres ricos a los que sacarles el dinero, qué mejor que empezar por el más grande. Los demás mocosos del curso buscaban agradarles para conseguir que les financiasen sus malditas películas, pero Andrea y yo sabíamos cómo conseguir pasta de verdad. Buscamos a Rouco y, cuando lo tuvimos controlado, le dije que lo calentase un poco a ver qué pasaba. Cuando vimos que entraba en el juego, fuimos a saco. Nunca sabes cuál es la debilidad de una persona y menos la de alguien así, pero te aseguro que todo el mundo tiene alguna.

Si antes tenía grandes sospechas, en ese momento tuve claro que Marco era el psicópata perfecto. Y como todo buen psicópata, necesitaba alimentar su ego compartiendo sus logros y manipulaciones. Tuve la sensación de que podía tirarle de la lengua lo que quisiera y que me confesaría paso a paso todos los detalles del caso solo por regodearse.

—Explícame una cosa —le dije, dejando ver un gran interés por mi parte, como si de verdad estuviese deslumbrado por su inteligencia—. Calculo que le has enseñado la película *snuff* a Agustín Ferreiro, ¿verdad? Lo digo porque necesitabas que supiese que su nieta estaba metida en un gran lío para que aceptase ayudarte con la autopsia de Alicia.

—Sí, ya me he enterado de que has encontrado mi pequeña película perdida. Impresionante. La película, eso es. ¿Dónde estaba, dime? Norberto la ha estado buscando desde hace tiempo.

—¿De verdad importa?

Suspiró e intentó parecer aburrido.

—No, en realidad, no. La que le mostré al forense era la original. Norberto había hecho una copia por su cuenta. Nunca pude confiar en él desde que lo descubrí.

—Norberto puede ser descuidado, incluso con las cosas importantes. Deduzco que Alicia la encontró y que por eso la mataste.

—¿Tan seguro estás? Tal vez conseguí que él lo hiciera. Piensa que el error fue suyo después de todo.

—No lo creo. El asesino solo le asestó un golpe y fue tan fuerte que la mató. Spielberg no tiene esa fuerza. Además, pienso que ni

siquiera ocurrió donde apareció el cuerpo. Tenía un golpe lateral y si se lo propinas en las escaleras, tiene que recibir otro en la caída. Además, allí no hay ningún lugar donde puedas esconderte para sorprenderla. No, Marco, la mataste tú, por lo fuerte que fue el impacto, y no fue tirándola por las escaleras.

—¡Vaya, a veces tienes algún arretrato de lucidez! Pero no te vengas arriba, Lucas. No eres tan bueno como yo, ni de lejos. Reconoce que te he tenido a ti y a todos los demás corriendo en círculos desde el primer día.

—Sí, pero la cagaste con Rouco. Fuiste demasiado lejos y no lograste que comprase la última película que le ofreciste. Tu previsión fue errónea.

—Eso siempre te puede pasar con alguno —dijo—, pero es un pequeño error de cálculo sin importancia. ¿Quién hubiera pensado que había un límite para la perversidad del gran José Rouco? Pero te aseguro que hay miles de ricos degenerados en este mundo que están dispuestos a pagar un dineral por ella y por otras mejores. Incluso son capaces de multiplicar sus ofertas por participar en alguna.

No tenía respuesta para eso, porque sabía que tenía razón. El propio Rouco me había dicho que le había ofrecido estar con Andrea en persona. Supuse que esa era la razón por la cual en algunas películas los protagonistas aparecían enmascarados. Me hubiese gustado saber sus nombres, pero una máscara nunca deja ver qué hay debajo y no creía que Rey estuviese dispuesto a ponerles cara.

—¿Quiénes son tus clientes, Rey, además de Rouco? —pregunté, a pesar de todo.

Él se rio de manera sonora.

—Buen intento, desde luego, pero he de decirte que si mis clientes confían en mí es porque saben que siempre guardo la agenda de direcciones en la cabeza. Si sus nombres apareciesen en algún papel no creo que quisieran ser tan generosos conmigo.

Yo caminaba a buen paso y me costaba hablar con él y mantener el aliento a la vez. A pesar de todo, seguí avanzando e insistiendo con las preguntas.

—Entonces —dije—, ¿cómo acabaste en esta villa?

—Eso me vino dado. Ya sabes, haz méritos y la suerte te acompañará. Me había instalado en Lugo, por ser una ciudad pequeña, pero cuando encontré a Andrea y me dijo que su abuelo era forense y vivía aquí por la tranquilidad del pueblo, pensé que había encontrado el sitio ideal para pasar desapercibido y dirigir mi incipiente negocio sin llamar la atención. Piénsalo, ¿quién me va a buscar aquí? Además, después de su estúpida excursión por el País Vasco, Norberto también tenía la opción de mudarse a la villa. Así que todo era perfecto. Tenía a todos a mi lado y en un lugar donde nadie nos buscaría. Y cuando hubo que ocuparse de Alicia para que pareciese un accidente, solo tuve que negociar con el abuelo de Andrea y cuadrar el momento. Que Norberto se fuese unos días a Lugo y que coincidiera con una de las guardias de Agustín.

—¿Cuál era la idea detrás de la uña de mi coche?

Por alguna razón enfermiza, debió pensar que aquello había sido divertido, porque volvió a reírse antes de responder.

—Al principio, había planeado dejarla en tu habitación del hotel —dijo—. Imaginé que se la llevarías a la policía y que perderían mucho tiempo descifrando los garabatos y tratando de averiguar a quién pertenecía. Pruebas de ADN y todo eso. Pero no pienses que soy un sádico, se la arranqué cuando ya estaba muerto. Desviar la atención es mi especialidad, Lucas. Después de enviarte a la ciudad con la esperanza de que Capone se ocupase de ti, te seguí solo para ver cómo lo hacía. Estaba estacionado a un par de manzanas cuando los policías hablaban contigo en la parte trasera de la ambulancia. Como tenía la uña conmigo, esperé a que el lugar quedase despejado y pensé que daba igual dejarla en Lugo que en Fonsagrada. La carta era algo que Andrea decidió escribirte. Ya sé que no tenía sentido, nada de lo que hace lo tiene, pero perderían aún más tiempo intentando descifrarla. De todos modos, algún día tendrás que explicarme por qué no la entregaste a la policía.

—Te lo explico ahora, Rey. Me gusta hacer las cosas por mí mismo.

—¿De verdad piensas que me vas a atrapar tú solo? Qué ingenuo, harían falta veinte como tú para tener una mínima opción.

Su tono arrogante me estaba hartando.

—¿Realmente estás tan orgulloso de ti mismo, Rey? Has matado a dos personas ancianas e inofensivas solo para proteger tu mierda de culo.

—Hay que hablar con precisión, Lucas, yo solo maté a una. Dejé que Andrea tuviera el placer de dispararle a su abuelo. Por supuesto, sin que ella supiese que lo estaba haciendo, por eso le puse el saco en la cabeza y lo amordacé antes de llevarla al cobertizo. Andrea solo sabía que era alguien que intentaba estropear lo nuestro, separarnos. Y no lo iba a permitir, porque me quiere de verdad. Sonrió al apretar el gatillo, Lucas. Es más, creo que incluso se puso cachonda al hacerlo, porque en cuanto volvimos a la casa parecía una gata en celo. Créeme, esa chica se ha convertido en algo aterrador, a veces me asusta hasta a mí.

Se estaba haciendo difícil escucharle. Pero no podía permitirme el lujo de colgarle.

—¿Qué pasaba con el dinero de los Cerreda, Rey? ¿Cómo conseguiste sacárselo?

Volvió a suspirar.

—Me estoy cansando de hablar contigo. Quiero decir, ¿no te preguntas por qué estamos teniendo esta conversación? Seguro que tarde o temprano te lo piensas y vienes a la casa de los Cerreda. Si lo haces, en poco tiempo todos los problemas habrán terminado para uno de nosotros. Así que toda esta charla, en el fondo, no deja de ser una absurda pérdida de tiempo.

Me detuve en mi camino y cogí aire un rato.

—¿Te sorprende que esté aquí esperándote? —dijo, finalmente—. Como dije, soy más listo que tú de aquí a mañana y voy siempre muy por delante, Lucas. La cuestión es que Érika y yo nos hemos hecho muy amigos desde que rompiste con ella. Me he convertido en su confidente y por eso me llamó después de que el sargento la avisase para que fuese al cuartel. Habló y habló y me acabó contando todo. La idiota no tenía ni idea de por qué la había citado, ni tampoco entendía que Norberto se hubiese escondido al enterarse de que el sargento quería hacerle unas preguntas respecto a una película casera. Le dije que me avisase cuando

hubiera acabado y que me pasaría por su casa para convencerlo de que se presentase. Así que supuse que habías encontrado el DVD perdido y, como el imbécil con alma de héroe que eres, irías a buscarme a mi casa a escondidas. Tengo razón en todo otra vez, ¿verdad?

Podía escuchar a través del teléfono un ruido como si estuviera caminando y el sonido de una puerta al abrirse. Justo después, oí el grito de una mujer. Un grito agudo de dolor.

—¡Oh, no! —dijo Rey—. Vaya, pobre Érika. Ahí va Andrea con ese cigarrillo otra vez.

Mi estómago se revolvió y me quedé inmóvil.

—Déjala ir —dije.

—No te tengo miedo, imbécil.

Escuché una risa aguda, que supuse que era la de Andrea, y luego a Érika gritar de nuevo.

—Si le haces algo, Rey —dije—, te mataré.

—Lo más gracioso de todo es que creo que lo dices en serio.

—Puedes contar con ello.

Dejó el tono arrogante y cambió a uno serio.

—Nada de maderos, Lucas —dijo—. Si veo un solo coche verde desde la ventana, la mato antes de que puedan entrar.

Luego colgó.

Capítulo 16

Empecé a correr y no paré hasta que llegué al coche. Lo puse en marcha y avancé por aquella carretera comarcal a más velocidad de la que pudiera hacerlo el más experto piloto de ralis.

Cuando tuve el corto camino que llevaba a la casa de los Cerreda en mi radio de visión, me fijé que había dos vehículos estacionados en el aparcamiento de tierra. El Z4 de Érika y la furgoneta de Rey. Eso era todo, no había más vehículos, ni nada se movía a su alrededor.

Quería pensar rápido, porque el grito de agonía de Érika aún resonaba en mi cabeza.

Tenía claro que la forma más inteligente de entrar sería dejar el coche a cierta distancia y acercarme saltando el cierre de la finca. Así me podría cubrir con los garajes, la pocilga y el gallinero para aproximarme; y luego el trayecto hasta la casa era corto y limpio. El problema radicaba en que me llevaría más tiempo y no quería demorarme.

Por otro lado, la forma más rápida y obvia sería entrar por el frente, usando el muro y los vehículos como cubierta, pero este era un trayecto más largo y tenía muchos obstáculos tras los que podía esconderse Rey para dispararme a traición.

Sabiendo que querría llegar rápido, Rey tendría que pensar que usaría la ruta delantera, pero él siempre pretendía ir un paso por delante y anticiparse a mis movimientos, por lo que acabaría esperándome por detrás. Además, como experto policía encubierto que yo era, nunca debería elegir la ruta más directa, por mucha urgencia que pudiera tener.

Lo pensé durante unos veinte segundos y decidí hacer lo contrario a lo que imponían los manuales y a lo que pensé que acabaría eligiendo Rey. O sea, que entraría por la fachada.

Así que saqué la Glock, tomé aire y traté de tranquilizarme. Luego me metí en las fincas colindantes para evitar que me viese avanzar por la carretera. Cuando llegué a la altura del camino, la

crucé para alcanzar el aparcamiento y poder cubrirme detrás de los vehículos.

El primero que alcancé fue la furgoneta de Rey. Me moví a lo largo de su costado, dejando que protegiese mi cuerpo. La casa quedaba a unos cincuenta metros. Escuché unos segundos y luego asomé la cabeza por la parte trasera. Después de un buen rato, vi una cara que se acercaba al cristal de la ventana del salón y miraba en mi dirección. Eché la cabeza hacia atrás. Estaba casi seguro de que era la de Rey.

Pensé que, si me esperaba dentro de la casa, mis posibilidades aumentarían de manera considerable, porque eso me daría la oportunidad de poder cubrir todas las ventanas y puertas mientras avanzaba. Incluso, si volvía a aparecer cuando estuviese más cerca, podría meterle una bala en el cuerpo. A cincuenta metros no era un disparo seguro, pero a treinta, las probabilidades de acertarle en la cabeza con un disparo eran casi del cien por cien.

Dejé atrás la furgoneta, avancé casi a gatas hasta el Z4 y me detuve cuando llegué a la parte delantera. Me costaba creer que me fuese a dejar acercar más sin intentar detenerme. Y, aun así, parecía que lo haría.

Tomé todo el aire que admitieron mis pulmones y me preparé para avanzar hasta la puerta de la entrada. Si seguía sin descubrirse, el siguiente paso sería llegar hasta el porche, aunque la misma idea de hacerlo me apretó el estómago.

Volví a asomar la cabeza en busca de algún movimiento en la casa, pero no vi ni escuché nada. Bajé la cabeza, luego la subí y fui en dirección a la puerta a la suficiente velocidad y zigzagueo para no servir de blanco fácil. Cuando llegué a la entrada, me protegí tras el muro y respiré con la misma fuerza que si acabase de correr un kilómetro a toda velocidad.

Nunca te acostumbras a la idea de morir y no importa lo insensible que te hayas vuelto. Crees que lo has asumido, pero no es así. Yo sentía el estómago agarrotado y mi corazón amenazaba con escaparse de mi cuerpo como queriendo ponerse a salvo.

Me preparé para entrar en el patio y cruzarlo hasta el porche. Pero cuando iba a arrancar, escuché un sonido metálico detrás de

mí y una voz que me decía:

—Si te mueves, te disparo, Lucas. Yo... yo lo haré.

Se me congeló la sangre. Giré la cabeza con lentitud y vi a Spielberg apuntándome con una larga escopeta de doble cañón. Estaba en medio del camino y tenía la puerta del pasajero de la furgoneta abierta. Deduje que me había esperado tumbado e inmóvil dentro del vehículo durante todo mi acercamiento. Al estar tan preocupado por la casa y por Rey, ni se me pasó por la cabeza comprobarlo.

Estúpido. Después de todos los apuros, cómo puedes ser tan estúpido, me dije a mí mismo.

En ese momento, Rey abrió la puerta de una de las habitaciones sobre el porche, cruzó el salón, bajó por las escaleras y se paró en el patio con una escopeta de cañón simple presionada contra la cuenca del hombro.

—Entra —dijo.

Yo crucé el portalón.

—Tú también, Norberto.

Spielberg pasó detrás de mí y se paró en la puerta sin dejar de apuntarme. Yo me vi a medio camino entre los dos con la Glock bajada. Me fijé que la escopeta de Rey era una semiautomática del calibre 12, lo que implicaba que si alguno de los dos me disparaba podía darme por muerto. Dicho de otro modo, aunque quisiera jugármela, por mucho que lograrse acertarle a uno, el otro me acribillaría antes de que me diese tiempo a apuntar de nuevo.

Supuse que Rey no vacilaría, pero Spielberg no resultaba menos peligroso, porque en el estado de nervios que dejaba entrever, a cualquier movimiento extraño dispararía por puro instinto. Además, no sabía cuánta resistencia oponía el gatillo de una escopeta de doble cañón, por lo que podía hacerlo incluso sin querer.

Rey me gritó con un tono satisfecho y burlesco:

—¡Ponga su arma en el suelo, señor Acevedo!

Yo dejé la Glock en el cemento.

—Aléjala con el pie.

Le di un golpe y se paró a un metro de mí.

—Más.

Me acerqué a ella, la retiré unos centímetros más y regresé al lugar inicial.

Mientras lo hacía, supuse que, si no me habían matado en aquel momento, era porque me querían vivo. Por lo tanto, si ellos estaban dispuestos a concederme algo de tiempo, no sería inteligente por mi parte desaprovecharlo.

Cuando Rey vio la Glock a una distancia prudencial de mí, se le dibujó una sonrisa de satisfacción en la cara. Antes de que volviese a hablar, una joven en pantalones cortos y bikini saltó al pasillo exterior. No había cambiado nada respecto a la película. Pequeña, rubia y con los ojos cubiertos de un brillo vidrioso que se podía apreciar incluso desde mi posición. Se mordió la punta de un pulgar y debió hacerse cosquillas porque empezó a sonreír de una manera extraña.

—Lo tenemos —le dijo a Rey—. Ya lo tenemos.

—Cállate —dijo él sin mirarla.

Andrea se quedó dónde estaba. Mantuve su mirada e hice lo posible por no parpadear, pero ella la recibió con una risotada infantil.

Rey avanzó hacia mí sin dejar de sonreír y se detuvo con el extremo de la escopeta a un metro de distancia de mi cuerpo.

—Así que —dijo—, pensaste que entrar por la parte delantera de la casa sería la manera menos lógica y optaste por ella convencido de que no esperaría que la eligieses.

—¿Dónde estaba escondido Norberto? —pregunté, como si no lo supiese.

—Es un poco tarde para preocuparte por eso, ¿no crees?

—Cierto, siento haber preguntado. Sin embargo, sí quería pedirte algo. ¿Podrías decirle que baje el arma? A esta distancia y con lo nervioso que está, creo que sería tan beneficioso para su salud como para la mía.

—En eso, no te quito la razón —dijo ladeando la cabeza—. Bájala, Norberto.

—Vale —murmuró Spielberg.

Después, Rey sacudió la cabeza y chasqueó la lengua unas cuantas veces.

—Vaya, vaya, vaya —dijo—. Me imaginé que sería más difícil atraparte de lo que al final ha sido, Lucas. Sobre todo, después de que Érika me contase las preguntas que el sargento le hizo y me diese cuenta de que habías metido las narices hasta el fondo.

—No soy yo quien va a pasar la noche en el calabozo por múltiples asesinatos.

Soltó un par de carcajadas.

—No, amigo. Siento decepcionarte. Un puñado de guardias de pueblo no tienen la capacidad ni la inteligencia suficiente para detenerme y, si algún día, les tocase la lotería, estaré en otro país para cuando decidan ir a por mí.

—Tienes demasiados cabos sueltos colgando, Rey. No hay manera de barrer este desastre para debajo de una alfombra.

—Te he traído dando vueltas en círculos, ¿verdad? ¿Y se supone que tú eres el gran policía encubierto? Patético. Eres patético, Lucas. ¿Te han echado del cuerpo por incompetencia?

Preferí no responder a esa pregunta. Por su parte, inclinó la cabeza sobre un hombro, sin apartar la vista de mí, y le gritó a la chica.

—Entra y espérame. Y compórtate.

Andrea se hizo la remolona. Supuse que intuía que allí iba a haber un espectáculo de su gusto y no quería perderse. Mi problema era que el protagonista de ese espectáculo era yo.

—¡Mete tu culo dentro!

Ella se mordió el pulgar de nuevo, me miró como si estuviera abandonando a su peluche favorito y luego entró en la habitación.

Rey usó el arma para apuntar en dirección a la puerta que daba a la finca.

—Las manos en la cabeza —dijo—. Vete hacia la puerta.

Hice un giro suave y empecé a caminar como me indicó, con las manos en la cabeza y la espalda fría, húmeda y tensa. Rey me siguió y podía oír también a Spielberg caminar detrás de él.

Si Spielberg estaba nervioso, a Rey lo veía en tensión y preparado para disparar en todo momento, por lo que no encontraba la manera de intentar sorprenderlo y que pudiese conservar mis tripas en su sitio.

Yo trataba de mantenerme tranquilo y concentrado, como siempre había hecho cuando me vi en una situación así, pero confieso que en aquella ocasión no lo estaba consiguiendo. Pensé que aquel lamentable hijo de puta tenía razón. Se me había adelantado todo el rato y me había engañado hasta en el más mínimo detalle. Y lo más probable era que si intentase algún truco, él se anticiparía y me estaría esperando.

Así que al final, mientras cruzaba la finca camino del garaje, asumí la desoladora idea de que tal vez no iba a tener una oportunidad. Quizá en esta ocasión, por fin, no había ninguna salida, ninguna acción rápida que me permitiese seguir con vida. Nunca me había sentido así antes y había vivido muchos, muchos momentos de tensión.

Confieso que era un pensamiento aterrador.

Siempre me pregunté por qué en todas las masacres, limpiezas étnicas y ejecuciones las personas que habían estado delante de una fosa esperando el disparo no habían tratado de huir o cargar en masa contra los verdugos. Me parecía una forma lúgubre, cobarde y humillante de morir. Pues en ese momento, lo supe. La conmoción y el deseo de acabar con todo cuanto antes les había atenazado la voluntad y les hacía percibir al verdugo como invencible.

Cuando llegamos a la zona del garaje, se apartó y me dijo que me diese la vuelta. Yo lo hice, porque no tenía otra opción.

Después me ordenó ir a la izquierda, al área abierta donde Sabino Cerredá resguardaba la maquinaria agrícola de las inclemencias del tiempo: un tractor, el cabezal de una cosechadora con sus afiladas hojas triangulares detrás de las guías puntiagudas, una fresadora y diversos complementos para el tractor. Rey me hizo detener y colocarme frente a los implementos. Él se puso delante de mí y Spielberg, pálido y en silencio, se detuvo a su lado.

Después se quedó allí, como si estuviera esperando que yo dijera algo, pero no lo hice, porque me sentía al borde de la trinchera.

Al final, ante mi silencio, se arrancó a hablar.

—Dijiste que querías saber cómo les saqué el dinero de los Cerredá —dijo—. ¿Todavía tienes curiosidad?

Me encogí de hombros.

—Sí.

Parecía decepcionado por la respuesta poco entusiasta, pero siguió adelante de todos modos.

—No fue una necesidad, ni algo premeditado. Con la venta de películas ganaba el suficiente dinero como para no preocuparme por otras cosas. Pero tienes que entender que para mí este trabajo es vocacional y, alguien como yo, nunca desaprovecha una oportunidad.

—¿Vocacional?

—Hay muchas maneras de conseguir que una persona te dé su dinero —dijo—. En primer lugar, si estás ante alguien joven, tienes que atemorizarlo, pero no puedes escoger a cualquiera. Tienes que escoger a aquellos que están solos en el mundo y han sufrido muchos reveses en la vida. Cuando una persona se acostumbra a perder, no tiene fuerzas ni agallas para rebelarse, porque siempre piensa que volverá a perder. Eso significa que, si esa derrota la identifica como mortal, entonces se conformará con lo que le haya tocado y pagará. Y el pago puede ser en dinero o que haga algo por ti.

—Creo que a eso se le llama extorsión y amenazas, Rey. No estás descubriendo nada nuevo, hace mucho que están inventadas.

—Pero yo soy bueno en eso. Todo está en saber escoger a los que cumplen los requisitos y también a los colaboradores que usas para amedrentarlos. Los colaboradores tienen que ser perezosos, codiciosos y flexibles. Por un lado, les pagas para mantenerlos contentos y, por otro, los mantienes lo bastante asustados como para que ni siquiera piensen en volverse contra ti. Y si uno intenta hacerlo, lo eliminas de la lista. Es lo que se llama recompensa y castigo. De alguna manera, cuando lo haces bien, los vuelves sumamente leales. Es una táctica que usaban los nazis.

Miré a Spielberg. Rey no nos prestó atención.

—Sí, señor —dijo—, el de los Cerrada no era dinero fácil, porque aquí en Galicia es diferente. Todo el mundo se conoce. Incluso la gente que no es tu familia puede actuar como si lo fuese. Nadie está

lo bastante solo y eso hace que sea más difícil, pero no imposible.
¿Verdad, Norberto?

—Supongo —dijo Spielberg.

Rey se rio de él, pero no supe por qué.

—De todos modos —continuó—, solo es cuestión de variar la táctica. Además, tenía a Agustín de mi mano, por lo que, en caso de no acertar, podía hacerle una llamada y solucionar el entuerto.

Hizo una pausa.

—Vamos, Lucas —dijo después de un rato—. ¿No vas a adivinar cómo se hace?

—Te parecerá raro, pero nunca he tenido interés por aprender.

—Vaya, vaya, qué falta de curiosidad. Pero te lo voy a explicar de todos modos. No puedes chantajearles por su soledad, así que tienes que hacer justo lo contrario. Utilizas su no estar solos para amedrentarlos.

Eso me sacó un poco de mi desánimo.

—Amenazas lo más importante para ellos —dije—. El uno al otro.

—¡Exacto! Los convences de que eres capaz de hacer cosas terribles y luego amenazas a su pareja, porque a ellos no les importa lo que les pase a sí mismos, pero harían cualquier cosa por su pareja. Todo lo que necesitas es convencerlos de que vas en serio, lo cual es fácil.

—Hijo de puta. Les mostraste la película.

—No, le vieron una a Norberto, mientras la editaba. Los pobres tontos esperarían encontrarse con sus fincas o su casa y se quedarían helados. Me imagino sus caras, pálidos como seguro que no he visto a otra persona. Pero cuando Norberto vino todo asustado a contármelo, le dije que hablaría con ellos y los convencería para no decir nada. Y sí, claro, hablé con ellos. Les dije que si uno de ellos iba a la policía alguien acabaría como la protagonista que salía en la película y les dejé claro que, si no podía hacer yo el trabajo, alguien lo haría por mí sin falta. Pero eso no era suficiente. En estos casos, tienes que saber tocar el punto psicológico, ser inteligente, y si lo eres, incluso puedes aprovechar el error en tu beneficio. Les dije que si se chivaban solo mataría a uno de ellos, pero no les aclaré a cuál. Y como sabía que eso los

aterrorizaría, aproveché para pedirles dos, tres, cuatro mil euros por mes. El día cinco, yo pasaba por aquí, me daban el sobre y me tomaba un café con ellos. Hice que pagaran poco a poco para no levantar sospechas. Además, supuse que así no les parecería tanto o que, aunque viesen menguar los ahorros, siempre se podían conformar pensando que, a lo mejor, antes de llegase el próximo pago me cansara o me atrapara la policía. Así no solo mantenían la boca cerrada, sino que contribuían económicamente al negocio.

Hizo un alto y emitió una extraña sonrisa.

—No podía saber lo que estaban pensando —continuó—. Supongo que, si estuviese uno solo, lo más probable es me hubiera dicho que me fuese a la mierda y hubiera ido a la Guardia Civil, pero como quien estaba amenazado era su pareja, se aterrorizaron. Curioso, porque si lo piensas, los dos tenían un pie en la tumba por la edad.

Se detuvo, y después de unos segundos soltó una pequeña risa deslucida.

—Talento, Acevedo, talento —dijo.

Levanté la cabeza por encima de su hombro y miré la maquinaria de Sabino. Aquellas máquinas habían sido usadas por gente honesta y generosa. Esa a la que no le importa levantarse con el sol para llegar a casa cubierto de tierra, ayudar a los vecinos o disfrutar con las pequeñas cosas que les ofrecía la vida. Para eso habían ido allí, para pasar de esa manera los últimos años de su existencia. Pero un día los Cerreda se habían encontrado con un mal que sus mentes decentes no podían comprender y entonces toda su existencia se tambaleó.

Sentí que una fría e insensible ira se elevaba dentro de mí. No iba a permitir que ningún malnacido me metiese en ninguna maldita zanja. Y menos el que se había llevado por delante a los Cerreda y en ese momento se estaba riendo y vanagloriando de cómo lo había hecho.

Decidí que, si tenía que caer, lo iba a hacer luchando. La idea era lanzarme de lado y rodar hacia adelante para tratar de tirarlo al suelo antes de que pudiese reaccionar. Era un plan difícil, descabellado, temerario y no veía la manera de que pudiese

funcionar, pero tampoco existía manera de que no lo intentase. Eso sí, si quería tener alguna posibilidad de éxito, necesitaba que se distrajese un instante. Y para eso necesitaba que siguiera hablando.

—El infarto de Sabino lo cambió todo, ¿verdad? —dije.

Rey suspiró y afirmó con la cabeza.

—Sí. Poco después de que Alicia enterrase al viejo, me llamó. Me dijo que no habría más dinero. Traté de que se sintiese amenazada, pero aguantó el tirón y acabó por decirme que no le importaba lo que le hiciera, que se había acabado. Que, si volvía a llamar a su puerta, no me abriría. Mientras hablaba, yo me preguntaba por qué se había molestado en llamarme y no me había entregado a la Guardia Civil sin avisar. Pero enseguida me di cuenta. Estas personas siempre están dispuestas a proteger a la familia, aunque sea en distintos niveles. Por el viejo, ella podía sacrificarlo todo, pero había otra familia que, aunque no la protegiese, tampoco la vendería.

Le eché un vistazo a Spielberg y él miró al suelo.

—Quería proteger a un sobrino cuya voz estaba en una película *snuff* —dije.

—Mi primera inclinación fue matarla —continuó Rey—. Pero luego pensé, ¿para qué? La idea de que su pobre Norberto compartiera una celda con un perverso era más que suficiente para mantenerla callada. Supongo que, si fuese al principio, no sería un estímulo suficiente, pero después de dos años compartiendo techo, supuse que le había cogido cariño como a un nieto. Además, aunque me denunciase, no había mucho que pudiera probar, porque los pagos fueron siempre en efectivo. Quedaría como una vieja a la que se le había ido la cabeza. Pero entonces encontró la película que guardaba Norberto y me llamó de nuevo. Ya no le bastaba con no pagarme, sino que pretendía que me largase de la villa y que no volviera nunca más, o si no, iría a denunciarme con pruebas en la mano. No podía creer que Norberto hubiese hecho una copia y la guardase en casa. Nadie me amenaza, Acevedo, nadie, y no podía consentirlo.

Había un matiz de decepción en su voz y pensé que era más por la deslealtad de Spielberg, que lo más seguro era que hubiera

hecho la copia como protección, que por haber tenido que matar a Alicia.

Suspiró y siguió, mientras yo permanecía atento a encontrar mi oportunidad.

—En fin, creo que nuestra pequeña charla ha terminado, Lucas —continuó—. Ahora ya sabes cómo pasó. Así que tienes dos opciones. Si me dices dónde está el DVD, te mataré de manera rápida. Si te niegas, veo aquí todo tipo de herramientas que a buen seguro te harán recapacitar. Tengo cinta adhesiva en mi furgoneta.

Noté que esperaba mi respuesta, pero yo no se la di.

—Será un placer hacer que me lo digas —añadió.

Entonces, me surgió una última idea desesperada.

—Sabes, Rey —dije—, para alguien que se cree tan listo como tú, has hecho una chapuza de la que no vas a salir ni en cien años. Les pediste el dinero poco a poco, pero nunca se te pasó por la cabeza que uno de ellos pudiera morir bajo la presión o simplemente por edad, y acabarías obteniendo solo con una parte del total. Y el asesinato de Alicia, igual. Fue el trabajo más chapucero que he visto en mi vida, tanto que tuviste que ir a buscar a Ferreiro para proteger tu culo. ¿Y realmente pensaste que el personal del banco no se extrañaría de las salidas de dinero? Pues he de decirte que el director tenía bajo sospecha esos movimientos desde hacía mucho tiempo. Porque una salida de dinero, por grande que sea, se puede justificar con una mentira y no levanta sospechas, pero cuatro dígitos en metálico todos los meses, no.

Él fue abriendo los ojos cada vez más a medida que me iba escuchando.

—Además —proseguí—, ¿has mirado a tu alrededor? Te has subido a un barco con una tripulación de mediocres. ¿Te has preguntado por qué te ayudan? Como todos los mediocres, lo hacen por la envidia que le tienen a los que no lo son, para tratar de tomar un atajo de trampas con el que suplir el talento que les falta. Spielberg ayudándote para conseguir hacer la película que no es capaz de ganarse por su valía. Capone, para poder asaltar tu puesto, pensando que eres como el gran Al Capone. Agustín, un pobre político que no es capaz de convencer a la gente de la villa

para que le deje gobernar. Incluso la zumbada que tienes a tu lado quiere ser una actriz cuando solo hay que ver una de sus películas para darse cuenta de que no lo será en la vida. ¿Tienes algún lacayo más? Porque seguro que también es un mediocre.

Perdió su expresión altiva.

—No dudo que hayas sido muy hábil en su día —seguí adelante—, pero en este negocio la has cagado. Supongo que, rodeándote de la mediocridad que has reunido a tu lado, te han contagiado de ella y has acabado actuando como uno más. Sí, querido Rey, te has *mediocrizado*, y ahora eres uno más de ellos con aspiraciones de gran capo, pero que solo ha ido cometiendo error tras error. Y luego está la gran metedura de pata final, tan estúpida que hasta evitas mencionarla. Por muy brillante que te creas, juzgaste mal a José Rouco y lo enferma que tenía su mente. Reconócelo, cometiste ese error y te largaste de la ciudad como el cobarde que eres solo por miedo a que fuese detrás de tu culo. Te repito, no dudo que en algún tiempo hayas sido brillante, pero la mediocridad de la que te has rodeado para afrontar esto te ha contagiado, amigo.

Entrecerró los ojos y su rostro se oscureció. Por un momento, pensé que había ido demasiado lejos e iba a tener que ejecutar el plan suicida a la desesperada. Pero, en el último segundo, esgrimió una sonrisa cínica y aflojó un poco el gatillo.

—Pero a ti te he pillado, ¿verdad, Acevedo? —dijo en un marcado tono de autocomplacencia—. No está tan mal para ser un mediocre.

—Mentira, no me has pillado tú, porque has necesitado traer refuerzos para hacerlo. No has tenido la valentía de esperarme en tu casa, porque necesitabas que Spielberg te protegiese el culo. Si no, estarías muerto ahora mismo. Eres demasiado cobarde para defenderte por ti mismo.

Parecía que le había dado una bofetada. Se mantuvo en silencio unos segundos, estudiándome con los ojos entrecerrados.

—Al diablo con la película —dijo al final—. Si nadie la ha encontrado hasta ahora, nadie lo va a hacer. Y si tú no estás vivo, ¿quién va a saber que existe? No, no te necesito y no vales lo que

cuesta mi tiempo, Acevedo. Me aburres. Tira el móvil al suelo y dale una patada hacia aquí.

Lo saqué con cuidado del bolsillo e hice lo que me pidió. Lo pisoteé hasta que solo escuchó el crujido de trozos pequeños bajo su bota.

—El tuyo también, Norberto.

—Sí, sí, claro.

Spielberg tiró su teléfono al suelo y lo pisoteó él mismo bajo la atenta mirada de Rey.

—Esto es lo que tienes que hacer —le dijo Rey cuando acabó—. Escucha con atención. Voy a ir a mi casa para recoger algunas cosas. Volveré en un rato. Espera a que llegue a la villa y luego mávalo. Como eres tonto, te lo voy a poner más fácil, desde que oigas arrancar el coche, cuentas diez minutos y disparas. Me he encariñado con Lucas, así que no quiero ni escuchar cómo lo haces. ¿Entendido?

La barbilla de Spielberg estaba temblando.

—Yo, yo...

—Esta es la última oportunidad que te doy para resarcirme por copiar la película, amigo. No me falles otra vez o no podrás seguir conmigo. Es él o tú.

—Sí, claro, lo haré. Dalo por hecho.

Rey me miró durante un breve instante y luego se dio la vuelta y salió en dirección a la casa.

En cuanto se fue, me volví hacia Spielberg.

—Espero que tengas el suficiente sentido común como para hacer lo que tienes que hacer —le dije—. No tenemos mucho tiempo.

Estábamos a unos dos metros de distancia.

—Cállate. No digas nada —dijo en voz alta—. Solo... no digas nada. ¡No quiero hablar!

—Bueno, vas a acabar entregándome el arma, te guste o no.

—No.

—Ya tienes suficientes problemas, no los empeores.

Empecé a bajar los brazos.

—No —gritó—. No bajes los brazos. ¡Mantenlos en alto!

El pánico de Spielberg provocaba que estuviese empujando la escopeta y la agitase de arriba abajo en un esfuerzo por hacerme entender lo que quería que hiciese. El problema era que conservaba el dedo en el gatillo. Eso me puso muy nervioso, porque un delincuente profesional sabe cuándo disparar y cuándo no, pero un aficionado como él, henchido de pánico, puede hacer cualquier tontería, y mucho más si tiene los dedos en un gatillo del que no sabía la resistencia que ofrecía. Así que coloqué mis manos detrás de la cabeza y él cesó el movimiento.

—Vale, vale. Tranquilo —dije.

—Así está mejor. Quédate ahí y no te muevas.

—No puedes hablar en serio, Spielberg. El tío va tan sobrado que se ha ido. ¡Se ha ido, Spielberg! Dame el arma, yo me encargaré de todo.

—No. No lo entiendes, Lucas. Volverá, él siempre vuelve y me matará si no hago lo que dice.

Se notaba a punto de llorar.

—No si yo o la policía lo atrapamos primero —dije, con toda la calma posible.

A lo lejos, se escuchó cerrarse la puerta de un automóvil y el sonido de un motor poniéndose en marcha. Spielberg miró el reloj y luego sacudió la cabeza.

—No lo conoces —dijo—, no sabes de lo que es capaz. Lo inteligente que es. Crees que va a hacer una cosa y hace otra. Tú lo has visto. Si no me mata, alguien que él mande lo hará. Siempre tiene todo controlado, no deja nada al azar.

—No seas estúpido —le dije con todo el desdén que pude reunir—. Tampoco te dejará vivir, aunque me dispaes. Lo jodiste una vez al hacer una copia por tu cuenta de la película y permitir que tu tía la encontrara y lo amenazase. No te acuestas con un psicópata como Rey y sigues viviendo al despertarte, Spielberg. Estás muerto, salvo que alguien lo detenga, y la única razón por la que no te ha matado todavía es porque te necesitaba para tratar de encontrarla. Si no, ya estarías como Agustín Ferreiro, torturado y con una bala en la cabeza.

—Tú no lo entiendes.

—Spielberg, Rey no tiene conciencia. No confía en ti y estás muerto desde el día en que lo llamó tu tía Alicia y no va a cambiar nada lo que hagas aquí. ¿Y qué hay de Érika? ¿No te das cuenta de que también va a matarla? Si ha permitido que sepa quién es, es porque piensa eliminarla.

—¡Cállate, joder! Lo siento, Lucas, pero nada de lo que digas me hará cambiar de idea. Tengo, tengo que hacer lo que él dice. Solo hacerlo y punto.

—¡Entiendo, pedazo de cabrón cobarde!

—¡Cállate!

Spielberg empezó a mover la escopeta otra vez, pero en esta ocasión ya no tenía otra opción.

—¿No ves lo que está pasando aquí, Spielberg? —casi le grité—. Eres inteligente, ¿no te das cuenta? Digamos que me disparas. Volverá, se encogerá de hombros y luego os matará a ti y a Érika y hará que parezca que yo la maté a ella por desamor, a ti porque la defendiste y luego me suicidé para no asumir la culpa. Es muy fácil preparar ese escenario.

Estaba escuchando. No sabía si estaba pensando, pero sí escuchaba.

—El tío tiene la mente de un psicópata —continué—. Le gusta matar y todo psicópata tiene otro rasgo característico: su gran ego. Les viene de serie. Se creen más listos que los demás y les encanta manipular la realidad. ¡Piensa, Spielberg, por una vez en tu vida, piensa!

Spielberg miró el reloj. Calculé que apenas habían pasado un par de minutos o tres, pero tenía que reducirlo cuanto antes. Por las buenas o por las malas.

—Oh, Dios —gimió Spielberg.

—Dame el arma —dije.

—No, no...

Spielberg llevó la escopeta a su hombro.

—Lo siento, Lucas. Tengo que hacerlo, entiéndelo.

Estaba demasiado lejos como para que yo pudiera llegar a él sin distraerlo antes. En esa situación, mi única esperanza era tratar de adivinar el momento en que iba a apretar el gatillo y tirarme a un

lado, aunque las posibilidades de que eso me salvase la vida eran muy escasas o nulas. Por eso, tenía que esperar a que volviese a apartar los ojos de mí y los llevara a la muñeca durante unas décimas de segundo.

Entonces, sin previo aviso, un grito salió de las ventanas abiertas de la casa. Se escuchó fuerte y con un marcado tono de desesperación a pesar de la distancia.

—¡Spielberg!

Los ojos de Spielberg se abrieron de par en par.

—Érika —dijo, sin perder la posición.

—Rey debe haber dejado aquí a Andrea —dije, con la voz seca y ronca—. Está loca, Spielberg. Le pone hacer daño a la gente. Por Dios, ¡es tu hermana! Dame el arma.

Érika gritó de nuevo, aún más alto y durante mucho, mucho tiempo.

Spielberg sacudió la cabeza en dirección a la casa.

—¡Érika! —gritó—. ¡Érika!

Entonces me encorvé y me lancé hacia adelante en dirección a su estómago. Antes de alcanzarlo, echó la cabeza hacia atrás, a la vez que el primer cañón de la escopeta se disparó, enviando una ráfaga de perdigones por encima de mi cuerpo. Retumbaron en mi cabeza con un ruido ensordecedor, pero no me detuve.

Con el mismo impulso inicial, seguí hasta él con intención de tirarlo al suelo, consciente de que soltaría la escopeta. Sin embargo, en el último segundo intentó saltar y solo lo golpeé de refilón en el costado, perdí mi agarre y me fui contra la pared del gallinero. Spielberg salió volando hacia el otro lado, con el dedo apretando el gatillo del segundo cañón y enviando el disparo a la pared de la pocilga.

Mi golpe y el retroceso del arma mandaron al pobre y descoordinado Spielberg hacia la maquinaria que Sabino guardaba en el alpendre abierto.

Me levanté al instante y corrí hacia él, pero mientras lo hacía, soltó un grito de dolor. Lo vi de espaldas en el cabezal de la cosechadora, con la ya inofensiva escopeta a su lado. Trató de darse la vuelta, pero se había enredado durante la caída en los

puntiagudos separadores que guiaban el trigo hacia las cuchillas triangulares que se movían de un lado a otro para cortar los tallos.

La sangre se acumulaba en el suelo debajo de su cuerpo.

—¡Ahhhhh! —gritó de nuevo.

Me agaché para inspeccionar la herida. El último de los separadores, de unos treinta centímetros había penetrado por la parte exterior del glúteo izquierdo, había salido por delante a la altura de la ingle y, con la inercia de la caída, había rajado un buen tramo de carne hasta quedar ya casi liberado.

—Ayúdame —gritó—. Por favor... ¡Por favor, ayúdame!

Enseguida me di cuenta de que la herida era grave, porque la sangre arterial de color rojo intenso salía a chorros a cada bombeo del corazón.

Lo liberé del separador, me saqué la camisa y la partí en dos. Una parte la coloqué en el suelo, para luego sentar a Spielberg en ella y tratar de taponar el punto de entrada en el glúteo. Con la otra mitad le taponé la herida de la ingle e hice toda la presión que pude con la palma de la mano.

No me resultó fácil, porque él no paraba de mover el torso de un lado a otro por el nerviosismo.

—¡Trata de mantenerte quieto! —le grité.

La improvisada compresa se oscureció enseguida con el color de la sangre, pero la observé durante unos segundos y me fijé que el flujo empezaba a reducirse. Pese a ello, era consciente de que necesitaba ayuda y rápido.

Mientras intentaba averiguar cómo conseguirla, salió otro grito de la casa.

Miré a Spielberg, giré la cara en dirección a la casa y luego la volví de nuevo hacia él. Respiraba con fuerza a través de los dientes apretados. Treinta segundos más tarde, Érika soltó un nuevo chillido agónico. En el suelo, Spielberg poco a poco fue controlando su respiración, miró la herida y luego me miró a mí.

—Ve —dijo, con la voz calmada—. Ve a ayudarla.

—Pero...

—Por favor, Lucas. Ayúdala. Luego vuelve por mí.

Tenía lágrimas en los ojos. Yo solo acerté a poner una mano en su hombro y apretar. No se me ocurrió nada que decir. Coloqué su mano en el punto de presión, la empujé con fuerza y me fui corriendo hacia la casa, sin preocuparme ni de mirar si alguien me observaba desde las ventanas.

Crucé el patio tratando de hacer el menor ruido posible y comprobé que la Glock con la que había entrado ya no se encontraba en el lugar donde la había tirado. Después eché un ojo al camino y vi que estaba despejado.

Sin embargo, me pregunté si Rey se había ido en realidad. Le concedía más opciones a que le pidiera a Andrea que marchase ella para quedarse él esperándome en la casa. Pero ni podía anticipar lo que iba a hacer, ni tenía tiempo para preocuparme por eso. No había tiempo para nada, ni siquiera para ir a buscar al Toyota el arma oculta bajo el capó. Además, ni siquiera tenía claro que Érika siguiese con vida por aquel entonces.

Tenía que arriesgarme a que no fuese Rey el que estuviera allí, aunque no apostaba un euro por ello. Volví a cruzar el patio y me refugié en el porche para escuchar. La primera alegría fue descubrir que Érika seguía con vida, porque podía oír el sonido de sus sollozos que provenían de la habitación del porche que estaba con la puerta abierta. Esperé unos largos segundos para oír más sonidos, pero no escuché ninguno más. Dudé por un momento si ir a buscar el arma al Toyota. Pensé que con Rey la necesitaría; con Andrea, no.

Hubiese preferido no hacer ruido en vez de anunciar mi presencia, pero necesitaba ahorrar tiempo.

—¡Érika! —grité—. Érika, ¿puedes oírme?

—¿Qué? ¿Lucas? ¡Sí, sí, te escucho! ¡Por favor, estoy en el primer dormitorio del porche!

—¿Quién más está en la casa?

Esperaba un disparo de escopeta en cualquier momento.

—¡Estoy en el dormitorio! ¡Por favor, ven!

—¿Rey sigue aquí?

—¿Qué. . . quién?

—¡Marco Basanta!

—No. No, creo que no.

—¿La chica?

—Sí —dijo, empezando a sollozar—. Sí, ella sigue en la casa.

—¿Está contigo?

—No.

—¿Está armada, Érika?

—No sé —dijo, sollozando más fuerte—. No lo sé...

Supuse que no me podía ayudar más y el tiempo corría en mi contra. Parecía que Rey se había ido, pero debía tener presente que la joven Andrea sabía cómo usar un arma, puesto que había sido ella quien apretó el gatillo para matar a su abuelo. Aunque también supuse que, de tenerla, la llevaría en la mano cuando salió al porche.

Decidí arriesgarme a entrar. Tomé otra bocanada de aire profunda, corrí hacia las escaleras y las subí lo más rápido que pude. Me detuve en la puerta y me agaché. No había nadie en el salón, pero para llegar al dormitorio aún debía cruzarlo y salir por la puerta abierta a la derecha.

Crucé la estancia a la carrera, bajé las escaleras hacia el pasillo y me agaché en la puerta del dormitorio, aunque sin entrar. La cama quedaba al fondo, al lado de una ventana con las persianas abiertas. Érika estaba en ella. Me llevé un dedo a los labios para indicarle que se mantuviese callada. Sus ojos me dijeron que hablar era lo último que pensaba hacer.

Estaba desnuda, con los brazos y las piernas atados con tiras de tela a las barandillas metálicas de la cabecera y de los pies de la cama. Su cara se veía roja y dibujada por el rictus del dolor y la angustia. Su torso y su pecho estaban cubiertos de pequeñas manchas negras, hinchadas y rojizas en la base. El débil olor de la piel quemada se podía apreciar en el aire.

Volví a colocar el dedo en los labios antes de penetrar más en la habitación y comprobar que estaba despejada. Tan solo había un par de sillas y una cómoda, pero ni rastro de Andrea.

Me deslicé hasta la cama, con la espalda fría a pesar del calor.

—Primero tengo que encontrarla —le susurré a Érika al oído— y luego volveré. ¿Me entiendes?

—Desátame.

—No. Si vuelve y te ve libre, te matará. Quédate así.

Sus labios temblaron y no le permitieron hablar, pero hizo un gesto con la cabeza para expresarme que estaba de acuerdo.

Tenía dos opciones. Apostar por la otra habitación o comprobar la parte de arriba. Elegí la segunda, puesto que las habitaciones que no se ocupaban solían mantenerse cerradas con llave. Así que regresé al salón. No había escuchado nada en mi excursión a la habitación de Érika, por lo que deduje que tenía que estar en algún habitáculo por el que yo no hubiese pasado. Enfrente quedaba la puerta cerrada que daba a la cocina. Sería la primera en comprobar y la mejor manera sería hacerlo rápido.

Di dos largos pasos y la pateé con todas las fuerzas. La madera salió volando hacia adentro y yo la seguí, echándome al suelo y rodando sobre el hombro derecho.

El fregadero estaba al frente, la cocina y la pared exterior a la izquierda. La nevera y una mesa de comedor a la derecha. Sin detenerme, me zambullí en otro impulso hacia la mesa. Andrea vino hacia mí desde detrás de la cocina justo cuando la pasé en el primer impulso, como un murciélago cayendo del techo y con un cuchillo grueso en la mano levantada.

Yo di un paso atrás y me golpeó la muñeca con el mango del cuchillo. El impulso hizo que cayese al suelo, pero se levantó con rapidez y volvió hacia mí otra vez. Tenía la rapidez de la juventud combinada con la chispa de alguien que tomaba drogas muy fuertes. No iba a jugarla con ella por pequeña que fuese.

En cuanto giró la cabeza para hacer otro ataque, le di un corto y feroz golpe en la mandíbula izquierda que la mandó de vuelta a la zona de la cocina. Todavía tuvo tiempo de sacudirme el brazo y darme un golpe en los nudillos, pero cayó como un saco inerte y el cuchillo golpeó el suelo de baldosa.

Me quedé de pie y tomé un poco de aire. Me había enfrentado a dos cuchillos en dos días y me sentí como si estuviese caminando por un estrecho alambre con un abismo a mis pies.

Entonces, vi algo que me llamó la atención. Sobre la nevera había cuatro cartuchos del calibre de la escopeta con la que me

apuntó Spielberg. Supuse que la teoría del escenario que le había expuesto no iba muy mal encaminada y que, en el caso de que él me matase, aquellos cartuchos acabarían llevando uno su nombre y otro el de Érika.

Pero como Andrea gemía y amenazaba con levantarse a mis pies, dejé de pensar en aquello y le agarré los brazos, los puse detrás de ella y la volteé en el suelo. Sujetándola con una mano y apoyando una rodilla en su espalda, usé la otra mano para sacarme el cinturón y envolverlo con fuerza alrededor de sus muñecas. Empezó a gritarme, haciendo algunos comentarios horribles sobre mí en particular y sobre mis parientes en general, tanto vivos como muertos. Después, me escupió por pura impotencia.

El lado golpeado de la cara comenzaba a hincharse, pero los insultos que profería por la boca me demostraban que no tenía la mandíbula rota. La levanté y la llevé al dormitorio, tratando de esquivar las patadas y los escupitajos e ignorando las palabras.

Érika saltó, atada como estaba, al verla. Sus ojos se abrieron en una expresión de terror, pero no fue capaz de articular una palabra. Dejé a la encantadora señorita Andrea al lado de una de las cómodas y, mientras la sujetaba con un brazo, con el otro abrí y rebusqué en el contenido de los cajones hasta encontrar un sujetador. Lo usé para atarle los pies, dándole un par de patadas en las espinillas en el proceso a fin de no recibirlas. Después saqué una bufanda del cajón de arriba y la utilicé para amordazarle la boca, teniendo cuidado de no cubrir su nariz. Cuando acabé, me levanté y me acerqué a la cama.

Desaté a Érika y la envolví en la sábana superior. Luego la abracé contra mí y le quité el pelo de los ojos.

—Escúchame, Érika —dije—, vuelvo ahora. Tengo que ver a alguien en el garaje.

—¡No! —dijo, mirando hacia Andrea con ojos de pánico—. ¡No me dejes con ella!

—Quédate aquí en la cama y no te muevas. Ella está atada y ya no puede hacerte daño. ¿De acuerdo? Tengo que hacer algo muy importante. ¿Entiendes?

Le temblaban los labios, pero afirmó con la cabeza.

Crucé la puerta del dormitorio, salí de la casa y corrí hacia el garaje. Spielberg seguía en la misma posición en que lo había dejado, pero su pálida y marchita mano estaba fuera del trozo de camisa que le había colocado en la pierna. Un enorme charco circular de sangre corría por debajo de sus piernas.

Tenía los ojos entrecerrados y los mechones largos de pelo le caían hacia un lado de la cabeza.

—No —le dije a cualquiera que me escuchase—. No, no... no.

Me incliné, lo toqué y traté de pensar en otra cosa que decir, pero no se me ocurrió nada.

Al final, tan solo acerté a juntar dos dedos para cerrarle los párpados.

Luego volví a la casa.

Capítulo 17

El teléfono no estaba en la pared del salón y su receptáculo había sido destrozado sin posibilidad de reparación. Supuse que aquel sería el único que tenían los Cerredá.

Volví al dormitorio. Al verme, Érika adoptó una mirada de alivio en la cara y mi pequeña amiga atada sufrió otro ataque de conmoción.

—¡Has regresado! —dijo Érika—. ¿Qué está ocurriendo, Lucas? ¿Quién es esta mujer? ¿Por qué Marco se comporta así? ¡No lo reconozco, siempre había sido amable conmigo!

—Los dos son animales enfermos, Érika. Dos psicópatas que disfrutan haciendo daño, que a menudo dan una cara que no es real, la más amable que cualquiera pueda poner, pero no porque la sientan, sino porque han aprendido a fingirla. La realidad es Marco ha estado extorsionando a tus tíos y también ha sido el que ha matado a tu tía.

Sus ojos se abrieron de par en par al escucharme.

—¿Qué?

—No tengo tiempo para explicártelo ahora. ¿Te ha quitado el móvil?

Ella movió la cabeza en señal afirmativa.

—Lo destrozó —dijo.

—¿Tus tíos tenían algún teléfono más que el del salón?

Negó con la cabeza y se estremeció mientras hablaba, poniendo una mano en el pecho.

La agarré con suavidad por los hombros y le pedí que me mirase a los ojos.

—¿Puedes conducir? ¿Estás en condiciones de ir a pedir ayuda?

—No entiendo. . .

—Tengo que impedir que Marco se escape. Creo que ha ido a su casa. Necesito que te acerques al cuartel de la Guardia Civil a buscar ayuda. Pídeles que llamen a una ambulancia y dile al sargento que vaya a la casa de Marco a detenerlo, cuanto antes y

con todos los hombres que tenga a su disposición. ¿Puedes hacerlo?

—¿Qué pasa con Norberto? Lo escuché antes.

—Se ha escondido otra vez. ¿Puedes llegar al cuartel?

La cara se le endureció a pesar del dolor.

—¿A dónde se ha ido?

—Si no puedes, te llevaré yo —dijo.

—¿Por qué no me contestas?

—¡Érika, no tengo tiempo! —le grité.

Le sostuve la mirada hasta que la bajó y empezó a respirar con más lentitud.

—Sí, puedo hacerlo —dijo, apenas un poco más alto que un susurro.

Salí de la casa antes que ella y fui a comprobar su coche. Me sorprendió que arrancara a la primera cuando accioné la llave. Lo dejé en ralentí y luego fui a donde había escondido el mío. Abrí el capó y, al igual que con el de Érika, me encontré que no estaba sabotado. Saqué la llave del bolsillo y también lo puse en marcha.

Mi compañero magullado se estremeció como si estuviera emocionado por ir a algún lado. Luego me acerqué al motor y levanté el trozo de goma bajo el cual había escondido la otra Glock. La desenvolví, saqué el cargador y comprobé que todas las balas estaban en su lugar. Pensé que el tío inteligente y arrogante que nunca dejaba nada al azar, que cubría todos los ángulos, al final iba a ser cierto que se había contagiado de la mediocridad con la que se había rodeado.

Spielberg, Alicia, Sabino, el pobre tonto del video y Agustín Ferreiro.

Cinco muertos.

Andrea Ferreiro, un muerto viviente, el sexto.

Y esos eran solo los confirmados. Estaba convencido de que, en cuanto levantasen la finca de Rey, el número se multiplicaría y no por un dígito pequeño.

Ese pensamiento me enfureció.

El señor David Rey me había citado en la casa de los Cerreda porque quería jugar contra mí con las cartas marcadas. Yo, por mi

parte, prefería un juego limpio, uno contra uno, solos él y yo, como si fuésemos los protagonistas de una película del oeste. Había salvado el encuentro que me había planteado bajo sus condiciones y ahora le tocaría lidiar a él con las mías.

Érika, cubierta con un albornoz y caminando con cautela, salió de la casa, se metió en el BMW y arrancó sin perder tiempo. Yo la seguí. Recorrió toda la carretera comarcal hasta el cruce que llevaba a la villa y luego giró a la izquierda. Por mi parte, continué recto en busca de la casa de Rey.

Supuse que, a pesar de estar herida, todavía le quedaban fuerzas para llegar en persona al cuartel. Sin embargo, ni siquiera necesitó completar el esfuerzo. A través del retrovisor, vi cómo un todoterreno de la Guardia Civil se cruzaba con el Z4 y paraba en el arcén a su altura. Érika lo había detenido a golpe de claxon. Del vehículo se bajó el guardia Carlos Montes para interesarse por tan sonoro aviso y, tras unos muy breves segundos de charla, miró en mi dirección y sacó el teléfono móvil. Supuse que no tardarían en llegar los refuerzos que había solicitado. En cualquier caso, yo no estaba dispuesto a esperarlos, porque de hacerlo, las posibilidades de que Rey se escabuliese subirían en gran medida.

En cuanto di la primera curva y desaparecieron de mi ángulo de visión, bajé la ventanilla y agarré la Glock con la mano izquierda. Si lo hubiera encontrado de frente por la carretera, le dispararía en movimiento sin vacilar, pero llegué al camino de grava sin cruzarme con nadie.

Una vez allí, puse el Toyota en punto muerto para hacer el menor ruido posible y dejé que se deslizara por la suave pendiente hasta alcanzar el arroyo. Me paré encima del estrecho puente de hormigón y giré las ruedas delanteras a la derecha para cruzarlo sobre el cemento. Luego bajé del vehículo y me aseguré de que no quedaba espacio por los lados para que pudiese pasar otro coche. Pensé que, si Rey planeaba irse por allí, iba a necesitar de una excavadora o de un tractor para escaparse. En todo caso, esperaba que mi fiel compañero no tuviera que aguantar un embiste.

Después me adentré en el bosque en busca de la zona menos visible de la finca de Rey. Seguí el cauce del arroyo y, cuando llegué

a la parte más empinada, trepé por la orilla hasta donde se acababa la zona arbolada y comenzaba la hierba alta. A partir de ahí, seguí con cuidado, paso a paso, levantando la cabeza de vez en cuando. Al poco rato, comencé a ver la casa. Primero el techo, luego la pared y, al final, toda la zona trasera. Las ventanas estaban cerradas y no había rastro de la furgoneta de Rey. Luego giré la cabeza a la derecha para echarle una ojeada al cobertizo, pero también se veía solitario.

Sentí una pequeña desilusión, aunque todavía me quedaba por comprobar la parte delantera. Así que, en vez de seguir recto, me moví en horizontal para tratar de situarme en una zona desde la que pudiese ver el frontal de la casa. Avancé entre la hierba agazapado como una tortuga, tanto por la postura como por la velocidad, impulsándome con la mano izquierda mientras sostenía la pistola con la derecha. Cuando estuve seguro de haber llegado a una posición adecuada, erguí de nuevo la cabeza. Entonces, la inicial sensación de desilusión se acrecentó, porque la puerta de entrada estaba cerrada, las persianas de las ventanas bajadas y no había movimiento alguno en los alrededores. Tampoco se veía la furgoneta en toda la finca.

Volví a cubrirme y me puse a pensar. Estaba seguro de que no me había cruzado con ningún coche de camino a la finca, por lo que di por hecho que Rey se encontraría allí, pero quizá me había precipitado.

Deduje que había tres posibilidades.

La primera era que no hubiese ido a su casa y se hubiera escapado. Sin embargo, no le encontraba sentido, porque en casa de los Cerreda había dejado con vida a Érika, un cabo suelto, a Spielberg, su director, y esperándole a Andrea, que no creía que quisiera dejarla atrás. Además, en ese caso, no tendría motivo para no haberme disparado y la razón que había esgrimido para no hacerlo me parecía tan descabellada como falsa. Más que nada, porque los psicópatas carecen de sentimientos.

La segunda opción era que se hubiese marchado a otro sitio, esperando a que yo saliese, y luego volviese a la casa para recoger a Andrea. Pero ¿qué sentido tiene dejar con vida a un hombre

desarmado que tienes enfrente y permitir que vaya a la Guardia Civil y destape tus actividades? Además, de ser así, tendría que abandonar la villa y, por fuerza, pasaría por su casa para recoger algunas cosas.

Y la tercera, que me estuviese esperando allí, con el encuentro preparado a conciencia, y que todavía no me hubiera apercibido de su presencia porque él a mí tampoco me había visto.

Aposté por esta última y volví a levantar la cabeza con temor a recibir un disparo desde la esquina más insospechada. Me fijé de nuevo en la casa y en todo el perímetro, pero ni aprecié movimiento, ni hubo detonación alguna. Estuve en esa posición cerca de medio minuto y luego bajé hasta el suelo otra vez. Me sentía en blanco. Pasé otro medio minuto inmóvil, dudando qué hacer, y luego regresé sobre mis pasos hasta la orilla del arroyo para camuflarme en el bosque.

Allí busqué un escondite y me cobijé en él. En la puesta en escena en la que me encontraba había algo que no me encajaba y no pensaba dar ni un paso más sin antes entender la situación. En todo caso, valoré que Érika estaba a salvo y, si Rey me había preparado un recibimiento a traición, la Guardia Civil no tardaría en llegar, por lo que el paso del tiempo estaba jugando a mi favor.

Volví a repasar lo que había visto, en busca de algo extraño en lo que no hubiese reparado, pero estaba seguro de que no se me había escapado ningún detalle. Más allá de los sonidos propios del bosque y del arroyo, todo el lugar estaba en silencio y, en apariencia, tal como lo había dejado yo unas horas antes.

Entonces, me puse a razonar. Me enfrentaba a un psicópata que no dejaba nada al azar y sabía con exactitud lo que haría cada persona en cada momento y situación. Por lo tanto, tenía que pensar que nada ni nadie se había salido del guion hasta entonces.

Después de mi enfrentamiento con Spielberg, pensé que me estaría esperando en la casa, pero me equivoqué. Luego creí que habría matado a Érika, pero me la encontré viva. Más tarde, me sorprendió que no hubiese inutilizado los coches, pero los dos funcionaban de manera correcta. Y, por último, me encontraba allí por haber apostado a que le había golpeado el ego lo suficiente

como para querer enfrentarse a mí en solitario, pero aquel lugar se veía desierto.

En un primer momento, pensé que este razonamiento tenía sentido. En sus previsiones, esas que nunca erraba, yo me ocuparía de Spielberg por él, reduciría a Andrea e iría a buscarlo allí, porque además me había dicho dónde lo encontraría. Y, una vez que me hubiese matado, podría volver a la casa de los Cerrada y poner todo en orden. Llevaría mi cadáver, mataría a Érika, rescataría a Andrea y prepararía la escena como un crimen pasional.

Pero, al momento, me di cuenta de que ese plan tenía dos fallos. Uno, que el arma con la que me matase debía ser la misma que empuñaba Spielberg, porque en el plan nunca abandonaría mi mano. Dos, Érika. Podía haberla matado y, sin embargo, la había dejado viva y con el BMW útil, aunque sin teléfono. Al hacerlo, tendría que pensar que yo la desataría y, en consecuencia, avisaría a la Guardia Civil.

Por lo tanto, más que nadie, Érika era la clave.

¿Qué pasaría de haberla matado? Que yo sería el que iría a reclamar refuerzos y, sobre todo, no perdería tiempo en desatarla.

¿Qué ocurriría si hubiese inutilizado los coches? En ese caso, no me quedaría más remedio que dirigirme andando por la carretera comarcal en sentido contrario a la villa para reclamar la ayuda del vecino más próximo.

El planteamiento de situación hubiese sido muy diferente en los dos casos.

Pero, ¿por qué no me había disparado él en el garaje? ¿Qué cambiaría si él mismo en aquel momento se hubiese encargado de mí y después de Spielberg y de Érika?

Dicho de otro modo, ¿qué beneficio le aportaba dar esa vuelta de tuerca al plan para terminar con el mismo resultado? Respuesta fácil: solo uno, que él no estaría allí en el momento de las muertes.

Pensé que tal vez eso era lo que trataba de conseguir, porque al estar el sargento tras la pista de las películas, a buen seguro ampliaría la investigación más allá del evidente crimen pasional con el que se encontrase. Y en ese caso, Rey necesitaría tener una buena coartada para sentirse a salvo por completo.

Quizá su plan se reducía a algo tan simple como eso.

Le di un nuevo repaso en la cabeza y vi que esa hipótesis no dejaba ningún fleco pendiente, salvo porque Rey necesitaba disponer de otra persona de su confianza para que se acercase a la casa de los Cerreda antes de que la abandonásemos y se encargase de nosotros.

En ese momento, recordé al guardia Montes auxiliando a Érika en el camino y se me heló la sangre. Sobre todo, cuando me di cuenta del terrible error que había cometido, cegado por las ganas de atrapar a Rey. La había escuchado, había mirado en mi dirección y se había comunicado por el teléfono móvil, no por la línea interna.

Visualicé lo ocurrido en un segundo.

Rey se había marchado a un lugar concurrido, que bien podría ser el Arime, y había llamado desde el teléfono del bar a Carlos Montes para que se ocupase de Érika, de mí y de Spielberg si aún estaba con vida. Más tarde, él volvería a la casa y arreglaría la escena. De esa manera, los tres moriríamos bajo el fuego de la escopeta de doble cañón que portaba Spielberg y con los cartuchos que esperaban en la nevera. Carlos llegaría, cargaría la escopeta y, sin que yo contase con ello, me dispararía a mí primero y luego a Érika. Él era la persona idónea, porque pertenecía a las fuerzas del orden y, además, se había ganado mi confianza. Mientras eso ocurría, Rey se estaría tomando una cerveza en un bar rodeado de gente y donde todos lo conocían.

Y sí, alguien se había salido del plan. Yo. Pero no por haberme defendido de Spielberg, salvado a Érika o ido a su casa a buscarlo, sino por haber hecho todo eso en menos tiempo del que había calculado Rey. Dejó a Andrea y a Érika para que me entretuviese reduciendo a una y auxiliando a otra, y los coches solo suponían un extra de tiempo por si yo hacía todo eso demasiado rápido.

Por esa razón yo estaba allí y no muerto en la casa. La parte buena consistía en que Rey llegaría de un momento a otro y, si no me había equivocado en el razonamiento, bien pudiera ser que en compañía de Carlos. La mala, que Érika se encontraba en grave peligro.

Pegué un brinco y empecé a correr por la escarpada orilla del arroyo para llegar al Toyota. Pero cuando todavía no llevaba recorrido ni la mitad del trayecto, vi entre los árboles la silueta de un vehículo que bajaba por el camino de grava. Me tiré al suelo y gateé como pude hasta conseguir esconderme antes de que me viesen.

Poco después, divisé la furgoneta de Rey detenida frente al Corolla atravesado y un todoterreno de la Guardia Civil detrás de ella. Después de unos eternos segundos, se abrió la puerta y salió David Rey. Se acercó al todoterreno y arrimó la cabeza a la ventanilla del conductor. Cuando esta descendió, apareció la cara del guardia Carlos Montes.

Carlos le dijo algo, que no escuché, y Rey le contestó en voz alta.

—Si tiene el coche aquí es porque todavía no se ha marchado —dijo—. Estará buscándome en la casa.

Montes hizo un comentario, que tampoco pude oír.

—Tenemos que entrar y acabar con esto —repuso Rey—. Solo tiene una pistola y, para disparar, necesita estar más cerca de nosotros que nosotros de él.

Entonces, Carlos alzó la voz:

—No, no pienso entrar ahí descubierta y que no sepa ni de dónde me caen los tiros. Joder, que es de la UDYCO.

Rey bajó la cabeza, esperó un par de segundos y luego dio un pequeño golpe con la mano en el marco de la ventanilla.

—Espera —dijo.

Se metió en el vehículo, lo puso en marcha y retrocedió unos metros, salvando al todoterreno. Tras eso, arrancó en dirección al Toyota y lo embistió hasta quedar medio vehículo en el puente y la otra mitad colgando sobre el arroyo. De nuevo dio marcha atrás y repitió la operación. En esta ocasión, mi fiel amigo no resistió el envite y se abalanzó de frente hasta el arroyo.

Me sentí como si hubiera perdido a un familiar cercano.

Al acabar, Rey se bajó, le hizo una seña a Carlos y abrió una de las puertas traseras de la furgoneta, dejando la otra enganchada.

—Entra y cúbrete con la cerrada —dijo, señalando hacia las puertas—. Voy a dar todas las vueltas que haga falta por la finca y

pasaré por todos los rincones. Cuando lo vea, giraré y te pondré frente a él. Tú solo ocúpate de disparar y no falles.

Carlos asintió y, cuando estuvieron colocados, esquivaron el sendero principal y arrancaron por el medio de la hierba alta en dirección a la casa. Gateé tras ellos y vi como llegaban al final de la finca y regresaban por el otro extremo. Antes de quedar en su radio de visión, me volví a camuflar en el escondite, arrastrándome por el suelo como si fuese una oruga.

Tenía claro que donde yo estaba no podrían entrar con el vehículo, pero era evidente que, cuando se cansasen de buscarme sobre cuatro ruedas, tendrían que decidir si continuar a pie en la casa o peinar la orilla del arroyo. Si elegían la primera opción, me estarían dando una oportunidad de sorprenderlos por separado, pero si optaban por la segunda, no, y de ningún modo me podía enfrentar a la vez a dos hombres armados con escopetas si quería seguir con vida.

Y eso significaba que tenía que eliminar a uno mientras daban vueltas.

Enseguida me puse a pensar cómo hacerlo. Lo ideal sería disparar al conductor mientras se acercaba de frente, porque perdería el control y la furgoneta acabaría estrellándose contra un árbol o cayendo al arroyo. Eso me daría el tiempo suficiente para alejarme y cubrirme a la espera de poder sorprender al otro.

El problema radicaba en que quien conducía era Rey e iba agachado sobre el asiento del pasajero, por lo que suponía un blanco casi imposible. Tampoco Carlos era un objetivo fácil. Debía esperar a que pasasen cerca de mí, no advirtiesen mi presencia y, a su espalda, descubrirme para acertar a medio cuerpo en movimiento. Además, si fallaba y luego exprimían bien sus posibilidades, podía considerarme hombre muerto.

Sin embargo, decidí arriesgarme y más cuando divisé un sitio que me pareció perfecto. Uno de los últimos árboles antes de la hierba era de un grosor importante y se veía lo bastante rodeado de maleza como para servirme de camuflaje.

Me arrastré hasta allí y esperé. Después de un buen rato, llegó mi oportunidad. Por entonces, la magullada furgoneta echaba cada

vez más vapor por el radiador y supuse que pronto tendrían que detenerse. Quizá, debido a eso, la última vuelta la tomaron todo lo abierta que la maleza les permitía. Yo esperé agazapado y guiándome por el sonido. Cuando me superó, rodé por el contorno del árbol hasta salir por el lado opuesto con el arma en alto. Tarde dos, tal vez tres segundos, en fijar el objetivo ante un Carlos que había advertido mi presencia y me apuntaba con la escopeta en el hombro.

Disparamos casi al unísono y de inmediato sentí el impacto de un buen número de perdigones en la pierna derecha. La fuerza de la semiautomática me hizo caer sobre las piedras y las hojas secas. La sensación que sentí fue como si hubiese pisado un enjambre y cien abejas enfurecidas me estuvieran picando todas a la vez en el muslo. Me giré de espaldas para gritar y arrastrarme como pude hasta detrás de otro árbol. El dolor casi no me dejaba pensar, pero quería seguir viviendo y tenía claro que, si me quedaba allí lamentándome, no iba a tener opción. Todavía estaba tratando de alejarme, cuando me di cuenta de que la furgoneta no se había detenido tras los disparos y que tan solo se limitó a atajar la vuelta para ir a la casa.

Paró delante de la puerta de entrada. Del interior, se bajó Rey, pero no Carlos, lo que me confirmó que había acertado el disparo. Ni siquiera echó una mirada hacia mi posición, se dirigió a parte trasera para coger la escopeta de Carlos y luego entró en la vivienda.

Yo aproveché para refugiarme en la orilla del arroyo. Pensé que lo único que necesitaba hacer era quedarme allí, cubrirme bien y esperar a que se acercase. El ruido al avanzar sobre las hojas secas me chivaría con más antelación su posición de lo que él advertiría la mía. Así que me refugié dentro de un hueco del terreno, con un par de tupidos arbustos a un lado y un árbol al otro. Me coloqué estirado en el suelo y con el arroyo a la espalda, para poder tener un mejor campo de visión.

Después de varios minutos allí inmóvil, sentí cómo el viento arremolinaba las hojas secas a la altura de mi cabeza y el agua en

movimiento seguía tintineando a mi costado, pero no escuché ningún sonido de pies moviéndose a través de la maleza.

No me resultó fácil, porque tenía la pierna muerta y perdía bastante sangre, pero me levanté impulsándome en los codos y avancé con sigilo hasta poder ver la casa más allá de los árboles. Rey no estaba allí, ni en los alrededores, ni en la puerta de entrada.

Me pregunté a dónde se había ido. De manera instintiva, me agaché y le di un vistazo circular al bosque, por si me buscaba a más distancia, pero tampoco lo vi. Incluso valoré que pudiese escapar por el lado opuesto al arroyo, pero más allá de que todavía le faltarían muchos kilómetros hasta llegar a una carretera, lo escarpado del terreno impedía el acceso a pie para cualquier humano que no contase con un equipo especial y la habilidad de un alpinista.

Volví al escondite y me puse a valorar la situación. Si Rey creyese que Carlos había acertado el disparo, con lo perfeccionista que era, en modo alguno iba a marcharse sin comprobar que yo estaba muerto. En cambio, si pensase que todavía seguía vivo, y armado como estaba, tenía que intuir que no sería rápido ni fácil terminar el trabajo.

Por lo tanto, su única opción era venir a buscarme y jugársela.

Pero, ¿cómo podía llegar a mí sin que lo escuchase con la suficiente antelación como para dispararle a placer?

Recordé lo que había pensado la primera vez que había ido allí para detenerlo: de ninguna manera este tío no tenía preparada una manera de escapar en caso de verse acorralado.

Entonces miré hacia el cielo y sonreí de forma sarcástica, asumiendo que el hijo de puta, por muy listo que fuera, no podía salir de allí volando. Pero, tan pronto como empecé a reírme, me detuve.

¿Y qué ocurriría si eligiese la estrategia opuesta?

¿Qué había dicho Sergio, el grandullón del Arime?

Que manejaba una excavadora y en una ocasión se la había pedido. ¿Y para qué coño querría allí una excavadora Rey?

Lo que se me estaba pasando por la cabeza era lo más descabellado que se me había ocurrido en la vida. Pero, al igual que

con el escondite del disco DVD en el gallinero, era todo lo que tenía: a una zanja, si le colocas una tubería, consigues un túnel de escape desde el salón de tu casa. Y si algo había asumido era que Rey tendría un plan de fuga y que este sería sofisticado y estudiado.

Así que me puse en el lugar del señor David Rey, tratando de matar a Lucas Acevedo a traición.

¿Qué haría una vez que el túnel de escape le llevase al bosque?

En primer lugar, tendría que pensar que, si fui allí, no iba a desistir hasta acabar con él. Pero claro, como acercarse con sigilo a mí desde la finca era una tarea arriesgada, por la broza que había en el suelo, por fuerza tendría que buscar por donde aproximarse de manera silenciosa hasta que estuviese lo bastante cerca como para no fallar el disparo.

Y solo había una ruta que cumpliese esos requisitos: deslizarse hasta el arroyo a través del túnel de fuga y luego avanzar por el cauce. De esa manera, no tendría que preocuparse por las hojas y las ramas secas, porque el sonido del agua cubriría el ruido, y cuando estuviese cerca del lugar donde disparé, solo tendría que seguir caminando por la orilla opuesta con la escopeta en la cuenca del hombro y los ojos fijos en la zona del otro lado. El arroyo quedaría entre los dos y, a medida que se fuese descubriendo mi lado, aunque yo lo escuchase en ese momento, la escopeta le daría una clara ventaja para disparar con más rapidez.

Además, como la lógica decía que le esperaría apostado de espaldas al arroyo, si no advirtiese su presencia, podría convertir al señor Lucas Acevedo en un cadáver sin necesidad siquiera de apresurarse en el disparo. Y aún le quedaría tiempo para reírse sobre mi cadáver.

Me pareció un plan descabellado, pero factible. Se había metido en la casa, no lo creía lo bastante valiente para enfrentarse a mí sin jugar con ventaja y no iba a permitir que yo siguiese con vida.

Me di la vuelta y busqué un lugar adecuado donde pudiera apostarme. Enseguida divisé una roca justo al lado del arroyo lo bastante grande y elevada como para evitar que se alcanzase a ver toda la parte trasera desde el agua. Avancé hasta ella, me aposté e

incluso enterré las piernas en la broza y les eché más hojas por encima.

Comprobé el cargador de la Glock y esperé.

Los minutos pasaron.

Luché contra el deseo de entrar en pánico y dudé si había tomado la decisión equivocada, porque el sonido del agua no me permitía escuchar si alguien se acercaba por la finca.

Así que tenía que elegir entre una opción u otra.

Decidí seguir en mi idea. Respiré con suavidad y agucé el oído.

Entonces, pasados unos minutos, percibí un ruido suave, golpeando algunas rocas en un tono apenas discordante del propio del arroyo. Y volví a escucharlo, y otra vez, y una más. Una ligera diferencia, solo una diminuta ruptura de la continuidad del discurrir del agua.

Contuve la respiración y escuché de nuevo. Allí estaba, siempre tan pequeño.

Solo era un cambio en la forma en que el agua pasaba por las piedras, llegando desde la derecha, pero acercándose con lentitud.

Medio minuto más y calculé que estaría casi a mi altura. Coloqué la pierna izquierda útil para impulsarme y comencé a bordear la roca. Arrastré la herida y volví a fijar una zancada con la sana para impulsarme.

Pero cuando llegó el momento y me empecé a descubrir, perdí el equilibrio al no hacer pie con la derecha y caí hacia el arroyo sobre mi costado. Vi su cuerpo de perfil, con cara de sorpresa mientras se giraba y cómo levantaba la escopeta hasta la cuenca del hombro. Pero antes de que llegase hacerlo por completo, apreté el gatillo.

Sentí el tirón del retroceso y, acto seguido, noté cómo mi cara penetraba en el agua hasta acabar chocando con todo el cuerpo contra algo duro que me obligó a soltar la pistola. El mundo se me volvió gris de repente. Por un segundo me entró el pánico y rodé dentro del agua hasta lograr sacar la cabeza fuera, consciente de que necesitaba localizar a Rey y la escopeta.

Lo vi a pocos metros, con la cabeza recién salida del agua. Supuse que el impacto de la bala lo había tirado hacia atrás y sumergido como me había pasado a mí. También debió de recordar

la escopeta al mismo tiempo que yo, porque me abalancé hacia él y, a pesar de nuestras heridas, los dos empezamos a pelear y a arañar en el fondo del arroyo.

La encontramos al mismo tiempo, yo agarrándola por la culata y él por la parte central. Los dos nos empujamos y pateamos, hasta que conseguí acertarle con una patada en la cara, que le hizo gritar y lo lanzó contra el barro de la orilla. Rodó sobre la cabeza hasta quedar de espaldas, mientras yo caía sentado y con la escopeta en las manos.

Me levanté y me quedé allí jadeando en medio del agua enrojecida por la sangre de mi pierna. Sacudí el cañón del arma y la coloqué en el hombro para apuntarle.

A Rey le costó mucho, mucho tiempo ponerse de rodillas en medio del barro y el agua. Tenía el impacto de la Glock a la altura del pulmón derecho y deduje que le había roto la nariz con la patada al descubrir que la tenía ladeada. El resto de la cara se veía ensangrentada y rascada por el barro.

Al final, cuando recobró el aliento, me miró y sonrió.

—Eres un hijo de puta con suerte, Acevedo —dijo con voz ronca.

Asentí con la cabeza.

—Sí, lo soy —dije después entre jadeos.

—Debí haberte matado en la casa.

—Sí. Debiste hacerlo.

Se tambaleó y se levantó con dificultad. El agua le llegaba hasta la parte baja de los muslos.

—Has tenido suerte, solo eso —dijo.

Esa vez le contesté con un mínimo movimiento de la cabeza.

—Soy un tío que siempre tiene todo previsto, ¿te lo he dicho alguna vez?

—Sí, creo que algo me has comentado.

—Por eso sé cómo eres. Parece que nada te afecta, pero en el fondo tienes un punto débil. Eso es, una debilidad. No tienes el alma fría como yo y no soportas ver sufrir a la gente. Lo descubrí el día que me hablaste de Érika.

No dije nada, pero él siguió.

—Así que no puedes seguirme, Acevedo. Estás herido y no eres capaz de mantenerte en pie. Solo hay una manera de que puedas impedir que me vaya y, aunque creas que no, te conozco lo suficiente como para saber que no vas a hacerlo.

—Te equivocas.

No insistió. Solo volvió a sonreír y su cara pareció más propia de una película de terror que del mundo real, con los dientes blancos sobresaliendo detrás del rostro ensangrentado, embarrado y con la nariz mal colocada.

Luego me saludó con la mano y se giró de espaldas, avanzando con pasos titubeantes sobre el agua.

Apenas un par de segundos después, grité su nombre. Necesitaba que estuviese de frente y, tan pronto como se dio la vuelta, apreté el gatillo. La explosión fue enorme y su cuerpo se derrumbó hasta quedar medio sumergido en el agua. Es posible que su cara, si hubiese tenido una real, adoptase una mirada de sorpresa.

Lo dejé allí y me arrastré como pude por el agua hasta llegar al todoterreno de Carlos. Activé la emisora de la Guardia Civil y pedí hablar con el sargento Lemos. Le expliqué la situación y, cuando acabé, él me informó que se iba a la casa de los Cerreda y que enviaba otro coche a mi posición. Sin embargo, no esperé a que llegase. Arranqué el motor y me puse en marcha, pese a disponer de un único pie útil con el que pisar los tres pedales.

Llegué a la casa desfallecido por el esfuerzo y la sangre que había perdido y me encontré que dos coches de la Guardia Civil ya custodiaban el camino. Avancé entre ellos a duras penas, arrastrando la pierna herida detrás de mí. Uno de los guardias que estaba fuera me ayudó a entrar. Otro se adelantó para avisar al sargento Lemos de mi presencia.

Me encontré con Mariano en el patio y se acercó a mí a paso lento.

—Lucas —me llamó con tono paternal.

Me echó una mano por la axila y me sentó en el banco que quedaba bajo el pasillo exterior.

—Santo cielo. Espere aquí, que ya viene una ambulancia de camino.

—¿Qué hay de Érika? —pregunté.

Él negó con la cabeza, con la viva imagen de la desolación en la cara.

—Lo siento mucho —dijo—. La hemos encontrado muerta en el garaje. Estaba al lado de su hermano.

Yo bajé la cabeza y pedí la mirada en el suelo. Él me colocó una mano en el hombro, tratando de confortarme.

—Andrea seguía atada en la habitación —añadió luego—. Se ve que ni siquiera se preocuparon de desatarla.

Después de decir eso, lo requirió uno de los guardias y me dejó allí sentado, llorando por la última persona que podría haber sobrevivido a aquel tsunami de destrucción. De manera ingenua, había albergado la esperanza de encontrarla con vida, pero estaba claro que Rey se lo había llevado todo en aquella casa: vidas humanas, inocencia, ilusiones, tranquilidad y tantas, tantas pequeñas cosas que hacen de este mundo un lugar maravilloso para transitar por él durante algunos años.

No sabía qué le iba a decir a Tomás, ni cómo me podría explicar, porque me había pedido que cuidase de Spielberg y ni siquiera había sido capaz de mantener con vida a Érika. Esperaba que fuese indulgente y valorase que de verdad había hecho todo lo que estaba en mis manos.

También supuse que, cuando lo viese, tendría que empezar por hablarle de las miserias humanas que él tan bien conocía al defender a diario a tantas y tantas personas con buena posición y mucho dinero en Vigo. Quizá más de uno hubiese encargado alguna película de aquellas y contribuido esa situación. Porque sí, podía hacer recuento de todo lo que se había llevado Rey consigo, pero siendo justos, sería mucho más exacto decir que su macaba perversidad compartía espacio con la de determinadas personas que se creían con el derecho de disponer de la vida ajena a la hora de su disfrute y recreo, como era más que probable que también lo hiciesen para amasar sus fortunas. Lo peor era que esas personas estaban camufladas en la sociedad, viviendo entre nosotros y

recibiendo en muchos casos nuestra admiración, del mismo modo que el propio Rey había conseguido integrarse y ganarse el respeto de todos los vecinos en un lugar pequeño y acogedor como Fonsagrada, y en el que en apariencia nunca pasaba nada.

La Guardia Civil podría buscarlas a partir de aquel momento, pero de ser cierto lo que había dicho Rey, que no guardaba registro alguno por escrito de sus clientes, lo más probable era que nadie acabase llamando a sus puertas.

Y eso significaba que no tardaría en repetirse esta historia.

FIN

SIETE LIBROS PARA EVA

Acabas de leer la segunda entrega del policia Lucas Acevedo. Espero que te haya gustado y quiero decirte que muy pronto publicaré la tercera. Mientras tanto, podría invitarte a leer la primera entrega, [«La suerte de los idiotas»](#), pero como si has llegado aquí es muy posible que ya lo hayas hecho, prefiero aprovechar para informarte de que tengo otra serie de novela negra, protagonizada por la inspectora Eva Santiago y que me gustaría invitarte a conocer. Su primera entrega se titula «Siete libros para Eva», la publiqué en el año 2016 y en ella se unen un secuestro, un secuestrador que lleva libros a su rehén y una historia familiar llena de secretos y violencia psicológica que acabarán por llevar a Eva Santiago a convertirse en policia. Este el inicio de la novela.

*«Por severo que sea un padre juzgando a su hijo,
nunca es tan severo como un hijo juzgando a su padre».*

(Enrique Jardiel Poncela)

1

Gustei, un día de Julio de 1999

3:00 de la madrugada

Eran cuatro, todos alrededor de una pequeña mesa y con diez cartas en la mano. Un pequeño grupo de amigos sentados en la estrecha terraza exterior de la Parrillada Samán sin más pretensión que pasar un rato agradable apostando un café, dos copas de licor y un refresco. A aquella hora, hacía rato que los clientes menos habituales habían acabado de cenar y no era raro que Carlos, el dueño, se prestara a bajar las luces y alargar la noche en el

momento del cierre cuando las únicas personas que quedaban dentro del local eran viejos amigos y fieles compañeros de *subastado*. Para los cuatro de igual manera, esas partidas suponían un momento de especial tranquilidad al final del día, jugadas sin mirar el reloj y cuando el suave rocío de la noche se convertía en el bien máspreciado en días de calor.

A la escasa luz de los focos exteriores, el dueño había repartido las cartas, todos expuesto sus subastas y Pablo, el más joven, fue el encargado de abrir el juego, dado que nadie había igualado la suya. Pablo vestía ropa de marca, tenía el pelo rizado y eso, unido a algunas poses estudiadas, le confería un cierto aire de galán. Una impresión que, por otro lado, se desvanecía en cuanto empezaba a hablar. Se había sentado de espaldas al aparcamiento y, desde esa posición, colocó una carta en la mesa con decisión. Sindo, su compañero de la derecha, dejó caer la suya encima con cierta desgana, inclinándose con lentitud hacia adelante. Este era un hombre alto, de ojos claros, mirada distante y una leve curvatura en su espalda. Con cada palabra que salía de su boca parecía querer demostrar al mundo que algunas personas pueden sentirse por encima del bien y el mal tan solo con desearlo. Una actitud que también se reflejaba en su manera de jugar, dado que nunca hacía esperar a sus compañeros.

El tercer turno fue para Toni, apenas dos años mayor que Pablo y que se había sentado de espaldas al local. Él era el único que divisaba el aparcamiento, la carretera y también la gasolinera que estaba situada casi enfrente de la parrillada. Una amplia vista en donde buscaba la inspiración para su juego. De pelo largo y poco arreglado, acostumbraba a reclinar el respaldo de la silla hacia atrás durante la partida, y esa acción se veía favorecida por la cercanía de la pared.

Toni había estado concentrado en sus cartas mientras sus dos anteriores compañeros jugaban. Cuando le llegó el turno a él, echó una ojeada a las que estaban en la mesa y perdió la mirada en la lejanía, como si la oscuridad de la noche le indicara por señas cuál era la mejor opción a elegir. Por lo general, lo hacía durante un par de segundos. Aquel día, sin razón aparente, se tomó algunos más.

—¿Juegas? —se oyó desde su izquierda.

El chico miró a su lado, eligió una de las cartas que tenía en la mano y la soltó encima de las otras. Carlos tenía la suya preparada. La puso sobre la última y recogió las cuatro apilándolas a su lado.

—No sé por qué piensas tanto —dijo en dirección a Toni—. Estaba claro que este as lo tenía yo.

Carlos estaba ese día contento. Las casi cincuenta plazas del aparcamiento se habían cubierto en su totalidad y eso suponía que la caja se había llenado más de lo normal. Hacía rato que no dejaba de sonreír y, con esa expresión en la cara, puso una nueva carta boca arriba para abrir la segunda mano.

Pablo la miró de reojo, de inmediato eligió una de entre las suyas, la lanzó casi sin moverse y volvió a centrarse en las que le quedaban. Sindo dejó caer otra, ya preparada, y cedió el turno a Toni que, de nuevo con la mirada perdida, pareció no enterarse.

Tras unos breves segundos de pausa y silencio, sus tres compañeros se fijaron en el chico al unísono. Este estaba concentrado en la penumbra de la gasolinera, pero no buscando la inspiración habitual, más bien daba la impresión de que pretendía transportarse hasta ella sin tocar el suelo.

—¡Toni! ¿Estamos al juego? —bramó de nuevo Sindo.

—Sí.

En un segundo, el chico echó la vista a las cartas ya jugadas, luego a las que tenía en la mano, y dejó una con rapidez, aunque sin seguir el ceremonial que acostumbraba.

Carlos no dio importancia al hecho. Amontonó las cuatro que había en la mesa junto a las anteriores y eligió otra para iniciar una mano nueva. Fue entonces cuando Toni interrumpió la partida de manera brusca:

—¿Qué es aquello? —preguntó señalando hacia el frente.

Sus tres compañeros miraron hacia la carretera alertados por el tono del chico.

—Allí —puntualizó él.

En ese momento, los cuatro se fijaron a la vez en la gasolinera, apenas iluminada por la pequeña farola del alumbrado público.

Ante sus ojos y en la distancia, una sombra de aspecto humano se desplazaba con torpeza desde la pequeña tienda de atrás hacia los surtidores del centro.

Carlos se levantó en su asiento, Sindo se dio la vuelta con cierta desgana y Pablo dejó caer sus cartas en la mesa boca arriba.

—Parece un hombre —apuntó este.

—¿Qué hace allí?

—¿Es un borracho o está herido?

Todos dudaron un instante.

—¿Vamos?

Los cuatro dejaron sus sillas y se dirigieron hacia aquel hallazgo cada vez a mayor velocidad. El aparcamiento lo cruzaron andando; la carretera, corriendo.

Mientras se acercaban, la figura se apoyó en uno de los surtidores y se escurrió hasta el suelo. Desde allí, alcanzó gateando el siguiente y, usando este como si de una pared se tratara, se levantó de nuevo para dirigirse a duras penas hacia la carretera, como si quisiera ir al encuentro de los hombres.

Carlos encabezaba el grupo.

—Es una chica —dijo en cuanto la escasa luz le permitió verla—. ¡Joder, está herida!

—¿Eso es sangre? —preguntó Pablo, que se había quedado petrificado unos metros más atrás.

—Sí —apuntó Sindo, cerrando el grupo.

Este adelantó a Pablo, echó una breve mirada a la chica y enseguida decidió su función:

—Voy a avisar a una ambulancia, y a la Guardia Civil.

Carlos, con Toni al lado, había agarrado a la chica por los hombros para evitar que se desplomara.

—¿Qué te ha pasado? —le preguntó.

La joven no pronunció una palabra. Tosió varias veces y se limitó a mirarlo mientras se agarraba el cuello con evidente dificultad para respirar. Su chándal, que parecía haber sido blanco en mejores tiempos, estaba teñido de un rojo que resaltaba incluso en la oscuridad del lugar.

Carlos la estiró con cuidado, se sentó en el suelo y colocó su muslo como improvisada almohada. La joven recostó la cabeza y cerró los ojos. Él le dio dos palmadas en la cara, suaves, sin imprimir más fuerza que la que consideraba del todo imprescindible para mantenerla consciente:

—No te duermas —dijo.

La chica abrió los ojos y volvió a toser.

—Intenta no dormirte ahora, ¿vale? —repitió él en un tono más paternal.

Después, le retiró con cuidado el pelo de la cara. Un pelo que se adivinaba rojo en condiciones normales, pero que en esos momentos, por efecto de la sangre, había adquirido un tono negruzco.

—Mira, ¿no es la chica que sale en la tele? —preguntó hacia Toni.

El chico, que hasta entonces había permanecido como espectador de la situación, se agachó a su lado.

—Se parece —dijo, con cierta sorpresa—. Sí, puede ser ella.

A su espalda, Sindo se esforzaba por hacerse entender al teléfono, también por transmitir una urgencia que no percibía que hubiera captado su interlocutor.

—No lo sé, está cubierta de sangre —decía, sin medir el volumen de su voz—. La cabeza, el pecho, parece que va vestida de rojo, pero creo que el chándal es blanco. Ha perdido mucha sangre, dense prisa. Sí, claro que he avisado a la Guardia Civil.

Al otro lado del teléfono, la demanda de más datos parecía no cesar.

—Pues no lo sé, debe de tener un golpe en la cabeza, o un corte profundo. Ella está más o menos consciente, pero no habla. No sabemos qué le ha pasado.

Los otros tres hombres lo escuchaban sin intención de contradecirlo.

En ese momento, el reflejo de la sirena de un coche patrulla iluminó el oscuro lugar de azul.

—Acaba de llegar la Guardia Civil —despidió Sindo una conversación a la que ya no sabía qué más podía aportar—. Me

imagino que ellos se harán cargo de la situación.

Toni había ido al encuentro de los recién llegados.

—Está malherida. Creemos que puede ser la chica que ha salido estos días en la tele.

Fuera del vehículo, los dos guardias se miraron entre sí, con evidente extrañeza.

—¿Quién? ¿Eva? —preguntó uno de ellos.

—Sí, esa.

Los agentes volvieron a mirarse. El primero dedicó un gesto de incredulidad al chico y se alejó unos pasos mientras abría línea en su interfono.

—De todos modos, si está herida, voy a pedir refuerzos —dijo—. Habrá que investigarlo.

A su espalda, el otro se acercó hacia donde estaba la chica. Nada más llegar a su altura, dijo para sí:

—No puede ser.

Al instante, se agachó al lado de Carlos y acercó su cara hacia ella, con la intención de verla mejor.

—Es imposible —balbuceó.

En esa posición, la observó en silencio durante un pequeño instante, pero que a todos pareció enorme.

—¿Cómo te llamas? —preguntó al fin.

La joven contestó mirando de reojo al recién llegado. No podía hacer más, pero las miradas no pronuncian nombres.

El guardia apoyó las rodillas en el suelo y pasó su mano por la mejilla de la chica, dos veces, buscando con ello una mejor identificación, como si la sangre seca se pudiese limpiar con el simple roce de la piel humana. Después, casi petrificado, volvió a tomarse un par de segundos para contemplarla.

—Cielo santo —murmuró para sí—. Es increíble, estás viva. Estás viva.

Su rostro hablaba de una manera mucho más explícita que su voz y parecía llevar un cartel que decía: «Estoy viendo a un fantasma».

Volvió a pasar la mano por la cara de la chica una tercera vez.

—¿Te llamas Eva? —preguntó.

Ella asintió con la cabeza con dificultad y volvió a toser hacia el muslo de Carlos.

Entonces, el guardia reaccionó y se levantó sobre sus rodillas buscando en la penumbra de la noche la figura de su compañero.

—Sí, es ella —gritó con fuerza—. ¡Y está viva!

El otro guardia se estremeció en su posición, antes de imprimir un mayor énfasis a la comunicación que estaba teniendo. El primero volvió a gritar, casi con desesperación:

—¡Que se den prisa, y pide refuerzos!

Al acabar, se sentó sobre sus talones y se concentró en la chica, con una mano apoyada sobre los hombros de esta, como si tratase de constatar que aquel cuerpo cubierto de sangre seguía respirando.

—Dios mío, ¿dónde has estado, de dónde has salido? —preguntó casi con el mismo tono con el que se le pregunta a un enfermo en coma en la soledad de un hospital, sin esperar una respuesta.

Sindo se acercó a él.

—Cuando llegaron ustedes estaba pidiendo una ambulancia. A esta hora de la noche y desde Ourense, no creo que tarde en llegar.

—Quince minutos —puntualizó el guardia entre dientes.

La chica seguía tosiendo a cada instante.

—Te pondrás bien, aguanta un poco. Solo un poco.

Con el interfono recién apagado todavía en la mano, el primer guardia se acercó hacia ellos y requirió a Sindo para hablar con él.

—¿Fue usted quien nos ha avisado?

—Sí, llamé yo, pero estábamos los cuatro juntos.

—¿Cómo la han encontrado?

—Estábamos allí, jugando una partida —repitió señalando hacia la terraza—. Vimos que se movía algo en esta zona, nos resultó extraño y nos acercamos a mirar. Al llegar, la encontramos.

—¿Y no vieron algún coche que se fuese minutos antes, o que hubiese llegado poco antes?

—No, no vimos a nadie. Ya le digo que estábamos jugando una partida. —Sindo alzó los hombros a modo de excusa—. En

realidad, tampoco nos fijamos demasiado hasta que la vimos.

Pero en este momento, un rayo de luz pareció iluminarse en su cabeza y se volvió hacia los demás.

—Toni, ¿tú has visto algo? Parar a algún coche o así.

El chico negó con la cabeza, balanceando su pelo de un lado a otro en la acción.

En el suelo, Eva alzó las cejas de un impulso, incluso levantó la cabeza unos centímetros sobre el muslo de Carlos, esforzándose en intentar hablar o tal vez para señalar algo, pero acabó por no conseguir ninguna de las dos cosas. Una reacción a la que el guardia que estaba agachado no le dio importancia.

—No te preocupes, pequeña, cogemos a quien te haya hecho esto —dijo en un tono paternal, a la vez que cogía de la mano a la chica.

Sin soltarla, echó una mirada en círculo e hizo un gesto de contrariedad.

—Pues está claro que alguien tuvo que dejarla aquí, ella no pudo llegar sola en este estado —razonó, más para sí que para ser oído.

Después alzó la voz, en un tono que no dejaba lugar a dudas de que aquello era una orden:

—No toquen nada y pisen lo menos posible. En cuanto llegue la ambulancia, cerraremos el perímetro y buscaremos algún rastro, o alguna huella. Algo tiene que haber.

En aquellos momentos, al reflejo azul que iluminaba la noche de manera intermitente, pronto se unió otro de color naranja, y poco después varios más de los azules. Una combinación de colores que anunciaba sin lugar a dudas que allí había sucedido algo grave.

Apenas media hora más tarde y cuando un camión de bomberos pasaba en dirección a Cea estremeciendo a los presentes con su estridente sonido, una ambulancia partía del lugar a toda velocidad en dirección contraria, rumbo a Ourense. Quizá contagiado por el sonido del camión, el conductor accionó su sirena, pese a estar la carretera despejada por completo. La Guardia Civil que la acompañaba hizo lo mismo. Con dos

motorizados delante para abrir paso y un coche patrulla custodiándola detrás, la comitiva semejaba una gran burbuja de luz y sonido dispuesta a atravesar la ciudad en el menor tiempo posible, sin permitir que nada ni nadie se interpusiese en su camino.

Dentro del vehículo, todo el mundo buscaba con afán una herida por la que pudiese estar sangrando la chica, otorgando una relevancia secundaria a cualquier otra lesión que pudiera sufrir.

Afuera, la investigación había comenzado.

Sábado, 27 de junio de 1999

Catorce días antes

Nada hay más minucioso en este mundo que una mujer madura acicalándose a solas para una cita especial. Y aquel día, Lina se encontraba sola, estaba dentro del baño de su habitación y en unas horas ejercería como invitada en un importante compromiso social. Tras dedicar largo tiempo a contemplar el traje comprado para la ocasión, al terminar de ponérselo no pudo evitar mirarse en el espejo durante un buen rato, casi como una adolescente. Primero, de frente; luego, de perfil; y, por último, se dio la vuelta sin llegar a apartar los ojos de su imagen. Incluso repasó con la palma de la mano derecha la curvatura de su trasero. Por primera vez en mucho tiempo se sentía atractiva y decidió que esa era una sensación que debía saborearse sin prisa. Era evidente que su cuerpo ya no causaba la misma envidia que en sus años de juventud, y que había ido ganando algunos kilos con el paso del tiempo, pero bien mirado, esto último motivaba que sus curvas fuesen mucho más evidentes y, sabiendo escoger el sujetador y el vestido adecuados, muy sugerentes a los ojos de cualquier hombre. Contemplándolas, se hizo un guiño hacia el espejo y pensó, satisfecha, que tres tardes recorriendo las tiendas más caras del centro de Ourense habían dado justo el fruto que deseaba.

Una vez acabado el examen corporal, se recogió el pelo y, abriendo el pequeño maletín situado encima de su tocador, tomó uno de los pinceles y un viejo bote de maquillaje para realzar un rostro en el que ya habían comenzado a aparecer las primeras arrugas. No es que resultaran muy evidentes, ni que empañasen la luz que siempre había desprendido su cara, pero ese día más que nunca deseaba disimular la inevitable huella que había dejado el discurrir de sus cuarenta y cuatro años de vida. Sobre todo, porque la mayor parte de ellos habían estado repletos de sinsabores, de

falta de cariño y comprensión, incluso de sexo rutinario y poco deseado. Y aunque en los últimos meses se sentía mejor, a veces tenía la sensación de que ella misma se había ido acomodando a su monótona existencia. Monótona y, sobre todo, apagada, porque ni siquiera la reciente celebración de sus bodas de plata había conseguido ilusionarla. Y eso que pudo convencer a su marido para irse de viaje a Roma. Pero fue llegar allí y comprobar que la magia que se presuponía entre los dos había perdido el billete de avión, y que de esa segunda luna de miel, solo iba a sacar en positivo eso: el poder conocer Roma.

Sin apartar la vista del espejo, dejó escapar un suspiro, profundo y lastimoso, y al instante volvió a concentrarse en su tarea. Ese día era especial porque se casaba Alberto, el único sobrino de Miro, todopoderoso presidente desde hacía años de la Unión Democrática Ourensana, la UDO, el partido político por el cual su marido acababa de alcanzar la alcaldía de Cea hacía poco más de un mes. De San Cristovo de Cea, como se empeñaba en decir él siempre, como si eso le concediese más importancia a su cargo. Sin duda, aquella celebración estaría a la altura de lo que se esperaba, la ocasión perfecta para aparecer radiante en público.

En la intimidad de su dormitorio, por un momento, sintió que era algo que le apetecía. E incluso más, no solo le apetecía sentirse guapa, sino que necesitaba volver a sentirse deseada, porque echando la vista atrás, ni siquiera lograba recordar la última vez que había notado como un hombre la miraba con deseo. Eso que en sus años jóvenes le asqueaba, que le parecía un comportamiento reservado a borrachos, y que en la actualidad le aportaría un increíble soplo de aire fresco a su triste existencia. Demasiada soledad y demasiado tiempo encerrada en aquella casa, situada en una finca enorme, y casi sin ver nada ni a nadie más que a algún vecino del pueblo y el imponente monasterio que se erigía majestuoso al otro lado de la carretera. Cierto que de lunes a viernes Sonia, la asistente, le hacía compañía por las mañanas, pero a pesar de ello, desde que sus dos hijas se habían ido de casa, cada día se sentía más sola y encerrada. Por mucho que allí fuese donde había nacido su marido, nunca debió aceptar

el irse a vivir a aquella finca situada a la entrada de Oseira, un pequeño pueblo surgido cuando, en el siglo XII, unos monjes cistercienses decidieron construir su monasterio en medio de la montaña. Lina echó una mirada hacia el monumento a través de la pequeña ventana del cuarto de baño y pensó que para aquellos monjes podría ser una zona ideal, pero para ella, a menudo aquel lugar era lo más parecido a una cárcel.

Estaba dando el último retoque a sus pómulos cuando escuchó cómo se detenía un coche delante de la puerta de entrada a su finca. Pocos segundos después, el sonido del timbre resonó en la planta baja de la casa, rompiendo el íntimo silencio que reinaba en aquel momento. Sin prisa, posó la brocha de maquillaje sobre el tocador, descendió las empinadas escaleras y descolgó el telefonillo situado al lado de la puerta:

—¿Quién es?

—Guardia Civil. Abra, por favor —contestó una voz grave al otro lado.

—Espere, voy.

Ella colgó de nuevo, se quedó un instante con la mano apoyada en el aparato, pensativa, y dejó escapar un leve gesto de extrañeza. Una expresión de sorpresa que no cambió durante los casi cincuenta metros que la separaban de la entrada a la finca. Al otro lado del grueso portalón, un hombre de gran estatura, joven, y otro un poco más bajo y más mayor, ambos uniformados de manera impecable, esperaban con impaciencia:

—¿Manuel Rodríguez Vázquez? —preguntó el mayor, dando un paso al frente en cuanto se abrió la puerta.

—Sí, es mi marido. En este momento no está en casa, aunque no creo que tarde en volver.

—¿Es suyo un Peugeot 206 con esta matrícula? —insistió él, mientras le mostraba la primera hoja de un raído bloc de notas.

Ella leyó los números anotados.

—Bueno, sí —no dudó en contestar—. Pero...

El guardia la interrumpió con tono serio:

—¿Podemos pasar?

—Sí, claro.

Los dos hombres entraron al instante y se dirigieron hacia la casa sin dar más explicaciones. La mujer los siguió. Tan solo el otro guardia, el más alto y joven, rompió por un momento el espeso silencio que se estaba produciendo durante el trayecto:

—¿Usted se llama...?

—Adelina Dacal Iglesias —dijo—, aunque todo el mundo me llama Lina.

Dentro de la casa, fue el primer guardia el que volvió a tomar el mando de la conversación:

—Antes nos ha dicho que su marido no tardaría en llegar. Díganos, ¿ha salido hoy con ese coche?

—No, no, era lo que pretendía explicarle en la entrada. Mi marido ha salido a tomar un café con Sergio, el chico que es teniente de alcalde. Supongo que habrán ido a algún pueblo de aquí cerca, porque ni siquiera ha llevado el móvil —explicó ella, tratando de dar el mayor número de detalles—. Pero la que usa ese coche es mi hija Eva, está estudiando en Santiago. ¿Por qué lo pregunta, le han puesto alguna multa?

Los guardias se miraron entre sí.

—No.

Tras la seca respuesta, el hombre dio un paso lateral y se colocó justo enfrente de Lina.

—Dígame, ¿ha hablado hoy con su hija?

—No.

—¿Cuándo habló con ella por última vez? —insistió.

En ese momento, el rostro de Lina palideció, desafiando incluso al reciente maquillaje que se había colocado con tanto esmero. Durante unos segundos, cruzaron su cabeza mil ideas, ninguna buena, y empezó a intuir que algo malo podía haber pasado para que le hiciesen aquellas preguntas.

Al final, tras unos segundos, solo fue capaz de responder de manera temerosa:

—El miércoles. No, el jueves. Pero ha quedado en venir ahora.

El guardia volteó la primera hoja de su bloc y le enseñó la siguiente, con un número de teléfono anotado:

—¿Este teléfono le resulta familiar?

Lina volvió a mirar aquel cuaderno, esta vez con mucho más detenimiento, y a continuación negó con la cabeza.

—Fíjese bien, por favor. ¿Está segura de que no sabe de quién es?

—No, no lo sé, no creo que sea de alguien que conozca.

—¿Puede darnos el de su hija?

Ella desgranó de cabeza los números uno a uno, mientras el guardia apuntaba en la tercera hoja.

—Por favor, ¿le ha pasado algo malo a mi hija? —por fin se atrevió a preguntar ella con voz temblorosa.

—Eso aún no lo sabemos —apuntó el guardia más joven, pero sin intención de entrar en más detalles.

Delante de Lina, el mayor se puso más serio aún de lo que había estado hasta ese momento. Acabó de escribir, arrancó aquella hoja y se la pasó a su compañero. Este se marchó con el pequeño papel en una mano y el interfono en la otra en dirección al patio. Lina lo siguió con la mirada. A su lado, el primer guardia requirió su atención:

—Señora, hemos venido porque nos han llamado los compañeros de Santiago de Compostela para informarnos de que esta mañana se había encontrado este coche en un camino cerca de Vedra. Al parecer, estaba en una cuneta y abierto —dudó un momento—, como si alguien lo hubiese abandonado por la noche. Quizá no sea nada, pero queremos asegurarnos —explicó—. ¿Sabe usted cómo pudo ir a parar allí?

—No.

—¿Tiene usted alguna idea de dónde puede estar su hija?

—No.

Durante unos instantes, el desconcierto de Lina hizo un forzado y silencioso paréntesis en la conversación. La mujer se encaminó hacia el centro del salón, en silencio, con el guardia siguiendo sus pasos. Pensó que había estado tan concentrada en arreglarse que no reparó en el hecho de que su hija ya debería haber llegado hacía tiempo.

El guardia seguía hablando a su espalda:

—Señora, ¿puede localizar a su hija de algún modo? Llamar a alguien que sepa algo de ella, por ejemplo.

Lina se volvió hacia él, como si hubiera retomado el hilo de la realidad de golpe.

—Sí, espere —dijo—. Voy a buscar los números de teléfono.

Subió a su habitación a buen paso y, al poco rato, bajó con una agenda en la mano. Eva compartía piso en Santiago con dos compañeras, por lógica, ellas deberían saber algo. Se sentó en la silla más cercana al teléfono, tomó aire intentando tranquilizarse y abrió el cuaderno más o menos por la mitad:

—A ver —murmuró—, Ana o Rebeca. Rebeca, aquí está.

Sin perder tiempo, marcó los nueve dígitos y esperó, pero nadie respondió al otro lado. Volvió a ojear la agenda:

—Ana. Es su otra compañera de piso —aclaró en alto.

Marcó con toda la rapidez que pudo, más que la primera vez, y alzó la vista hacia el guardia. Este esperaba de pie a su lado, semejando una estatua, mientras en el silencio de la habitación se oía el sonido de tres largos tonos. Antes de iniciar el cuarto, alguien descolgó.

—¿Ana? Soy Lina. ¿Sabes algo de Eva? ¿Está ahí contigo?

—¿Eh? No, no sé. Espera. —La chica parecía intentar desperezarse mientras hablaba—. Voy a mirar en su habitación.

De fondo, se escucharon unos pasos alejándose y cómo se abría una puerta. Al poco, se oyeron otra vez los mismos pasos. Esta vez de regreso:

—¿Oye? No, no está en su habitación —respondió la chica por el teléfono—. ¿La has llamado a su móvil?

La noche anterior habían pasado muchas cosas y no todas eran confesables a una madre que, en teoría, solo llama enfadada porque deben asistir a un compromiso familiar y su hija se está retrasando. Pero la esquiva respuesta de Ana fue cortada por Lina, cuyo tono de voz subía a cada palabra:

—¡Ana! Está aquí la Guardia Civil y dicen que han encontrado su coche abandonado en una cuneta. ¿Sabes dónde está ella?

—No.

—¡Ana! Tenemos que encontrarla. ¿La has visto hoy?

—¡Ostras! —exclamó la chica—. Ahora recuerdo que nos había dicho que iba a irse pronto para casa, pero si no ha llegado ahí... —razonó al final.

Al otro lado del teléfono, Lina ya gritaba sin disimulo:

—¡No, no ha llegado! También he llamado a Rebeca, pero no me ha respondido. ¿Qué está pasando ahí?

—No sé —se excusó—. Rebeca está aquí, pero está durmiendo y siempre duerme con el móvil apagado. Ayer por la noche era un día grande, uno de los últimos del curso, y salimos las dos. Eva no, nunca sale, y nos dijo que pensaba quedarse en casa. Yo ahora también estaba durmiendo, no sé nada —explicó temerosa—. Voy a llamar a alguna gente a ver si me dicen algo, ¿vale?

—¿Pero estás segura de que Eva no salió?

—No lo sé, ella dijo que no salía, pero no lo sé. Por favor, dame un minuto y te llamo.

Lina sabía que la chica volvería a llamar. En el fondo, Ana siempre le había parecido muy formal, la más cabal de las tres. Desde luego, mucho más sensata que Rebeca e, incluso, más que su propia hija. Además, era una chica que caía bien. Eso le hizo albergar la esperanza de que, con alguna de aquellas pesquisas, pudiese localizar a Eva.

Nada más colgar, el guardia quiso saber la dirección de Ana, que apuntó justo después del primer teléfono. Cuando apenas diez minutos más tarde volvió a sonar el aparato, fue él mismo quien respondió:

—¿Ana? ¿Es usted Ana?

—Sí.

—Soy Eduardo Salgado, sargento de la Guardia Civil de Cea. Dígame, ¿qué ha averiguado usted?

—Pues, nada —dijo la chica tras un inicial segundo de sorpresa—. A ver, he hablado con mi compañera Rebeca y ella tampoco la ha visto. También he llamado a toda la gente que podría decirme algo sobre Eva, pero nadie sabe nada de ella desde ayer por la tarde.

En este momento, la chica se paró un segundo, como si quisiera pensar las palabras que iba a pronunciar. Pese a ello, el

hombre esperó en silencio a que la chica continuara.

—Cuando Rebeca y yo nos fuimos, ella se quedó en casa. Eran sobre las ocho de la tarde y nos dijo otra vez que no salía. Después, cuando volvimos, tenía la puerta de la habitación cerrada y pensamos que estaría durmiendo.

—Bien, escúcheme con atención —respondió el sargento con autoridad—. No se mueva usted de ahí y dígame a su compañera que tampoco lo haga. En unos minutos irán los agentes encargados del caso para hablar con ustedes. Van a necesitar hacerles algunas preguntas.

—¿Los encargados del caso? —preguntó Ana, entre sorprendida y asustada.

—Sí, ya les explicarán ellos —remató.

El hombre colgó el teléfono sin dar opción a que la chica pudiese seguir preguntando, aunque quizá, ya no estaba en condiciones de hacerlo.

En ese momento, su compañero volvió a entrar en la casa y se acercó a él.

—El móvil da señal de apagado —dijo—. Ya lo he comunicado a Santiago, pero no saben nada más.

—Sí, también sabemos dónde vive. No te preocupes, aquí hemos acabado.

Luego, el guardia se volvió hacia Lina, que continuaba sentada al lado del teléfono sin saber muy bien qué hacer.

—Señora, ¿tiene alguna manera de ponerse en contacto con su marido? —dijo elevando la voz para llamar la atención de la mujer.

—No. Se lo he dicho antes, ha dejado su móvil en la habitación y no sé cómo avisarlo.

—¿No tiene otra manera? —insistió el hombre.

Las preguntas habían despertado a la mujer de su desconcierto, pero su nerviosismo iba en aumento.

—No lo sé —repitió—. Salió con Sergio en el coche de este, para no sacar el suyo de la finca. Sé que fueron a tomar un café, pero no sé a dónde. Puede que a Cea, o a algún bar que haya por el camino, yo qué sé.

—¿Sabe el teléfono del chico?

—No —dijo, moviendo la cabeza al mismo tiempo—. Yo nunca lo llamo.

—¿Puede estar en la agenda del móvil de su marido?

—Sí, seguro, pero tiene contraseña.

El hombre se tomó un segundo para pensar.

—Señora, ¿sabe la matrícula del coche en el que se fueron? —preguntó después.

—No —balbuceó a duras penas—. Es un Audi blanco, pero no sé la matrícula. Solo sé que es muy nuevo, porque lo compró en navidades.

Aquel dato pareció bastar al guardia para iniciar una búsqueda.

—Bien —dijo—, no se preocupe, nosotros vamos a ir en dirección a Cea y buscaremos ese coche por el camino. Si él llega antes, dígame que tienen que desplazarse a Santiago sin perder tiempo.

Aquello tranquilizó en cierta medida a Lina. Quizá por eso, cuando los dos hombres se encaminaban hacia la puerta, los interrumpió a su espalda:

—Por favor, ¿saben algo más que no me hayan dicho? —preguntó temerosa.

Esto detuvo a los guardias. El primero bajó la mirada un segundo, guardó silencio otro, y luego, por un momento, suavizó el tono serio que había mantenido desde su llegada.

—Señora, quizá no debería decirle esto a usted, pero hay algo en este caso que no me gusta —confesó, escogiendo las palabras de forma evidente antes de hablar—. Y le aseguro que llevo muchos años en el cuerpo.

La mujer no se atrevió a preguntar más.

Cuando los hombres abandonaban la estancia, en el reloj del monasterio sonaban las once, campanada a campanada. Tal vez como un aviso, o como una premonición. Tras el golpetazo de la puerta de salida, Lina apoyó su cabeza contra la pared y se dispuso a esperar. Manuel y Sergio no podían tardar.

A media mañana, el sol calentaba con insistencia en Oseira y todo transcurría con total normalidad en el pequeño pueblo. Daba la sensación de que aquel año el verano se había adelantado en una zona de montaña donde lo habitual era que solo hiciese calor de verdad durante los meses de julio y agosto. Por ello, los habitantes más madrugadores aprovechaban la jornada para trabajar en sus fincas desde muy temprano, cuando la temperatura aún era baja, mientras que los demás, los que dedicaban el fin de semana solo a descansar, comenzaban a salir a la calle a esta hora. Algo más tarde, y de manera escalonada, irían llegando los visitantes que se acercaban al pueblo con el único propósito de conocer su monasterio. La presencia de turistas nunca había alterado la tranquila armonía de Oseira, y un coche patrulla, aparcado delante de la casa del alcalde, tampoco suponía un motivo de alarma en ese momento. Sobre todo, si no estaba acompañado de unas noticias que todavía nadie había difundido.

Tan solo unos metros carretera arriba, en el centro del pueblo y con la casa fuera de su radio de visión, Manuel y Sergio saboreaban la última ronda en la puerta del bar «Escudo». Lo que en un principio pretendía ser un breve café mientras Lina se arreglaba, acabó por convertirse en dos vermouths en Cea y otros tantos en Oseira, estos por iniciativa de un vecino de hábitos poco sobrios y amistad fácil con el que los dos hombres habían conectado con inusual facilidad ese sábado. Unos hábitos, los del hombre, que hacían que su compañía fuese intermitente, y que por cada tres tragos que daba a su vaso, solo uno lo tomase en compañía de ellos.

—Hoy vas a comer en una gran fiesta —resonó en la empedrada calle, proveniente de la entrada del bar.

Manuel, en la puerta, avanzó un paso hacia el improvisado pregonero, colocó una sonrisa forzada en su cara y lo abrazó por los hombros.

—No hace falta que se entere todo el pueblo —le susurró al oído en tono conciliador.

Sorprendido por la indicación, el hombre detuvo su abrupta oratoria y miró a Manuel. Tras un instante de duda, se zafó del abrazo con cierta dificultad y golpeó con fuerza la espalda del alcalde como signo de complicidad, o como simple vía de escape a una situación que le resultaba incómoda. Sin descuidar el vaso que tenía en la mano, dio media vuelta y entró de nuevo en el local en busca de una compañía más receptiva, mientras Manuel volvió al lugar donde se encontraba Sergio.

La verdad era que, a pesar de lo que pudiera parecer, Manuel siempre se encontraba a gusto entre sus vecinos y, desde que había sido elegido alcalde, mucho más. Él era un hombre excesivo en todos los sentidos. En el aspecto físico, por su altura y gran corpulencia, cercana a los ciento cincuenta kilos de peso; y en el mental, porque nadie que lo conociese podía tener alguna duda de que era capaz de hacer cualquier cosa con tal de conseguir lo que se proponía. Aunque nunca había sido una persona de gran cultura, con su determinación había logrado levantar una de las mayores empresas constructoras de la provincia de Ourense. Una empresa que había labrado su crecimiento no solo con la construcción de viviendas nuevas, sino también adquiriendo locales a precio de saldo que, tras rehabilitar, vendía a uno mucho mayor. Nadie sabía con exactitud de cuántos inmuebles era propietario Manuel en Cea y Ourense, pero cualquier vecino de la localidad podría enumerar una amplia lista si se lo propusiese.

Sergio, por su parte, quizá buscaba en el alcohol la porción de seguridad que se había dejado la tarde anterior en Santiago. Lo que en un principio prometía ser una jornada especial, acabó por convertirse en una tarde noche mediocre. O incluso peor. Dos objetivos llevaba en la maleta cuando llegó a la ciudad: uno, aprobar una de las dos asignaturas que le faltaban para acabar la carrera de Psicología y otro, forzar un encuentro casual con Eva antes de tomar el camino de regreso a casa. En cuanto al primero, a esas horas su licenciatura seguía a la espera de los mismos dos aprobados que el día anterior y, respecto al segundo, el intento

acabó por convertirse en una empresa imposible. Si por la tarde, en la Facultad, no había conseguido verla, por la noche tampoco corrió mejor suerte. En busca de una remota posibilidad, a las tres de la mañana había bebido diez copas, visitado unos treinta locales y paseado por otras tantas calles. También había montado guardia en más del doble de esquinas a la espera de que, siendo un día grande de la noche compostelana, las compañeras de piso hubiesen convencido a Eva para salir, pese a que casi nunca lo hacía. Fue a esa hora cuando vio a Ana y Rebeca en compañía de algunos amigos y supo que su búsqueda y sus esperanzas habían acabado. Si Eva no formaba parte de aquel grupo, por fuerza tenía que haberse quedado en casa.

De lo que sucedió después, prefería no acordarse. No se sentía orgulloso, casi ningún hombre se sentiría orgulloso de ello, y él no dejaba de pertenecer a ese sexo. Cada vez que la idea asomaba a su cabeza, el chico se esforzaba por encerrarla a la fuerza en ese secreto rincón que todos tenemos reservado en nuestra cabeza para los recuerdos incómodos. Un escondite mental que, en su caso, comenzaba a ocupar demasiado espacio.

Hacía cinco años que Eva había roto la relación que habían mantenido hasta entonces y Sergio se negaba a aceptar aquella realidad. Le costaba asumir que una cosa había sido conquistarla cuando todavía era una adolescente y cualquier chico le resultaba interesante, y otra muy diferente conservar la pasión cuando los ojos de su amada se abrieron por completo a la realidad. Una realidad, además, que en ningún caso lo dejaba en buen lugar bajo el criterio de Eva. Pese a todo, Sergio todavía buscaba un punto, un momento, quizá una confluencia perfecta de circunstancias que volviera a unirlos. Y, a poder ser, de una manera definitiva. Pero el fuego de una relación nunca se apaga al mismo ritmo cuando dos personas ya caminan solas, y la idea de Sergio resultaba tan factible en Cea y en sus pensamientos, como imposible en Santiago y en los de Eva.

Los dos hombres acabaron esa última ronda con tranquilidad y decidieron recorrer a pie los trescientos metros escasos que les separaban de la finca. A la boda irían en el de Manuel, más grande

y cómodo, y dejaron el de Sergio aparcado frente al bar. Durante el trayecto de vuelta, nada les resultó extraño. Manuel estaba radiante porque aquella boda le permitiría ejercer el papel de alcalde recién elegido, uno de los siete con los que contaba su partido en la provincia. Sergio, por su parte, estaba incluso más callado de lo que en él era habitual y se limitaba a seguir la intrascendente conversación que dirigía su frustrado suegro. Sin embargo, cuando faltaban pocos metros para llegar a la finca y Manuel buscaba en el bolsillo la llave para abrir el portalón de entrada, Sergio se quedó atrás de manera intencionada. Recorrió con uno de sus dedos el arcaico muro del monasterio, miró un momento de reojo a su acompañante y preguntó por sorpresa, tratando de no imprimir una importancia especial a sus palabras:

—¿Qué quería Miro el viernes?

—¿En el Ayuntamiento? —contestó Manuel con aire rutinario—. Quería confirmar que íbamos a la boda. También me preguntó por ti.

—Os escuché hablar algo sobre una reunión y me dio la sensación de que estabais preocupados. Por eso te lo pregunto.

Sergio esperó la respuesta con disimulada expectación, pero desde su posición, solo apreció una pequeña mueca en la cara de Manuel mientras giraba la llave en la cerradura y empujaba el portalón.

—Siempre hay reuniones —murmuró tras entrar—. Eso no es cosa tuya.

Cuando los dos hombres llegaron a la casa había pasado casi una hora desde la visita de los guardias. Lina se había cambiado el vestido de gala y esperaba en el salón, sentada junto a la puerta, al lado del teléfono y mirando su reloj sin parar. Antes de que ellos pudieran tomar conciencia de la situación, los recibió con un escueto sollozo:

—Eva ha desaparecido... —solo acertó a decir.

La frase, que pretendía ser una explicación detallada, acabó convirtiéndose en un corto anuncio. Eso sí, en un anuncio muy elocuente.

Los dos hombres se quedaron paralizados en la puerta al oírlo. Sergio, en silencio, mientras Manuel, tras un breve instante de incredulidad, frunció el ceño como si el significado de aquellas palabras hubiese ejercido de espoleta a un incipiente cabreo.

—¿Cómo desaparecido? —dijo casi a gritos, mientras avanzaba hacia dentro—. ¿No le has dicho que tenía que estar aquí a las doce?

Lina se pasó una mano por los ojos ante aquel arrebató y continuó su explicación inicial:

—No, no ha llegado. Acaba de venir la Guardia Civil, han encontrado su coche abandonado cerca de Santiago y nadie sabe nada de ella desde ayer por la tarde. Tiene el móvil apagado y no han querido decirme por qué, pero creo que se temen que le haya podido pasar algo grave. Tenemos que ir a Santiago a hablar con la Guardia Civil, porque lo están investigando.

—Pero, que le haya podido pasar ¿qué? ¿Has llamado a Ana y a Rebeca?

—Sí —contestó, elevando el tono de voz hasta el que había usado su marido, con intención de reafirmarse—. No está en casa y desde ayer por la tarde no la han vuelto a ver —dijo de un tirón.

Después, cogió aire y añadió casi con desesperación:

—¡Tenemos que irnos!

Manuel se quedó parado un segundo, como aturdido por el inusual tono de voz de Lina.

—¡Joder, esta chica siempre metiéndose en líos! —sentenció después.

Y añadió:

—¿Estás segura de que te dijeron que teníamos que ir allí?

—Sí, y cuanto antes.

En el centro del salón, Manuel oscureció su semblante de manera definitiva y se dirigió hacia la posición de Lina para descolgar el teléfono que tenía al lado. Esta se apartó ante su avance. El hombre marcó un número con decisión y esperó apenas un tono. Cuando desde el otro lado alguien saludó anunciando que había entablado comunicación con el cuartel de la Guardia Civil,

Manuel dijo con voz seca y firme, como si estuviera iniciando un discurso:

—Soy Manuel Rodríguez, el alcalde. Creo que han estado en mi casa hace un momento.

La respuesta del guardia fue una corta y precisa explicación que se resumía en la necesidad de personarse en el cuartel de Santiago sin falta y a la mayor brevedad. Tan concisa que cualquier posible réplica estaría predestinada al fracaso. Así lo entendió Manuel, que tras colgar el teléfono con un forzado «de acuerdo», tomó camino de las escaleras.

—Voy un momento arriba a avisar a Miro —dijo pensativo—. Después vamos para allá —añadió antes de salir del salón.

—Yo voy a llamar a Vicky, que aún no he hablado con ella.

—Sí, dile que venga.

Vicky era la hija mayor del matrimonio. Muy educada y comedida, desde pequeña siempre había sido la preferida de Manuel. A sus veintiséis años y recién casada con Roberto, residía en Bilbao desde entonces. La chica no tardó en contestar la llamada de su madre y, nada más escuchar la noticia, fue ella misma la que resolvió que debía trasladarse de inmediato hasta Oseira. Sin abandonar el teléfono, ojeó un periódico y, tras unos segundos, anunció que a las cinco de aquella misma tarde llegaría al aeropuerto de Santiago de Compostela para quedarse el tiempo que fuese necesario. Allí la recogerían sus padres.

Aún no había acabado la conversación Lina cuando Manuel salió de su dormitorio pensativo, con su teléfono móvil en la mano y concentrado en la breve charla que acababa de mantener. Miro era un hombre de gran diplomacia en las distancias cortas y su respuesta había sido tan breve como cordial. No había preguntado grandes detalles, ni pedido muchas explicaciones, tan solo se limitó a responder que no se preocupase y que esperaba que la localizaran pronto. También había añadido que trataría de excusar su ausencia ante los demás invitados con toda la discreción que estuviese a su alcance. Esto último fue lo que en realidad desconcertó a Manuel. Por más vueltas que le daba en su cabeza,

no lograba interpretar el tono con el que el presidente de su partido había pronunciado aquellas palabras finales.

Sin dejar de pensar en ello, bajó al salón y esperó al lado de la puerta a que Lina acabase de despedirse. Una espera que, en algún momento, trató de hacer más breve apremiándola a poner un punto final precipitado a la conversación. Cuando esta colgó el teléfono, los dos salieron sin demora. Afuera esperaba Sergio, sentado en el porche de la casa. El chico se levantó en cuanto los vio aparecer. Ni Manuel ni Lina habían reparado en su ausencia dentro de la casa, ni en qué momento había abandonado el salón, como tampoco oyeron que había dicho que quería acompañarlos a Santiago. Daba igual, los dos lo conocían y, en el fondo, no les extrañó su comportamiento, ni tampoco su interés.

Si te ha gustado este fragmento y quieres seguir leyendo, busca esta novela en Amazon (disponible en ebook, papel y gratis en Kindle Unlimited): [SIETE LIBROS PARA EVA](#)